rara avis

El césped de manzanilla

Mary Wesley

ALBA

El césped de manzanilla

Mary Wesley

El césped de manzanilla

Traducción
Catalina Martínez Muñoz

rara avis
ALBA

Índice

Nota al texto

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII

XXXIV
XXXV
XXXVI

Notas
Créditos
ALBA

Nota al texto

El césped de manzanilla (The Camomile Lawn) se publicó por primera vez en 1984 (Macmillan, Londres).

Para James Hale

I

Helena Cuthbertson recogió el ejemplar arrugado de *The Times* de los pies de su marido, que se había quedado dormido, y fue a plancharlo al invernadero.

El día que propuso comprar dos ejemplares del diario, para disfrutarlo en un estado impoluto, Richard se puso hecho una furia, se pasó semanas reprochándole el despilfarro y subió el tono de las acusaciones cuando Helena le recordó que el periódico lo pagaban con su dinero.

Mientras planchaba las páginas, una tarea que ella misma se había impuesto, echó de menos su época de viuda, después de la guerra, cuando podía leer a cualquier hora sin esperar. Y mientras las ordenaba le pareció una ironía que un hombre tardase tanto en leer los titulares y los ecos de sociedad y dejara el periódico en semejante estado de desorden. Echó un vistazo al invernadero, ni mucho menos ordenado. A eso había que ponerle remedio, pero no ahora. Salió al jardín, fue paseando hasta el césped de manzanilla, se sentó en una tumbona y se puso a leer. Richard seguiría durmiendo una hora más y luego montaría una escandalera para decidir quién de los dos iba a esperar el tren a última hora de la tarde y qué dormitorios asignarían a sus sobrinos y sus sobrinas, como si no lo decidieran siempre los jóvenes. Richard atribuía su susceptibilidad y su mal genio al gas de las trincheras. Helena se hizo muchas preguntas mientras hojeaba el periódico. Lo dejó, cerró los ojos y levantó la cara mirando al sol. Últimamente no había buenas noticias, y aunque Richard tenía una fe conmovedora en el señor Chamberlain[1], todo apuntaba a que el siguiente ataque con gas les tocaría a Calypso, Walter, Polly y Oliver. A Sophy también, claro. Tendía a olvidarse de Sophy: tan poca cosa, tan pequeña, tan callada en comparación con los demás, siempre en ebullición. Era consciente de que tenía que esforzarse más con Sophy. Ni ella ni Richard habían tenido hijos. Calypso, Walter, Polly y Oliver eran sobrinos de Richard. Calypso era la única hija del hermano mayor de Richard, John Cuthbertson, un modesto abogado rural casado con una mujer tan guapa como insulsa. Polly y Walter eran hijos del hermano menor, Martin Cuthbertson, un cirujano muy prometedor; y Oliver era hijo único de Sarah, la hermana mayor, casada con George Anstey, un funcionario de alto rango.

A Richard le fastidiaba el éxito de Martin, el inteligente, despreciaba a John y tenía bastante miedo a su hermana Sarah, además de celos. La pobre Sophy era hija de una hermanastra, fruto de un error que mató a la madre y dejó a la niña sola en el mundo. En su fuero interno, Helena reconocía que, de haber sabido lo de Sophy cuando Richard le insistió tanto para que se casara con él, se lo habría

pensado dos veces. Los demás sobrinos eran mayores y solo venían de visita, pero Sophy vivía con ellos, aunque gracias a Dios era casi invisible.

Tumbada boca abajo en la rama de la encina que cubría el césped de manzanilla, Sophy observaba a su tía. No tenía escapatoria hasta que Helena decidiera moverse. La veía en escorzo: cómoda, relajada, con las piernas separadas, el vestido de algodón subido hasta los muslos. Una vista perfecta del césped hasta el acantilado que bajaba a la cala, y una vista del camino que se enroscaba siguiendo el contorno de la costa, a unos metros del mar, sereno este caluroso día de agosto. Pensó si Oliver querría organizar la Carrera del Pánico, como los tres últimos veranos, y si ella tendría edad suficiente para participar. La carrera se celebraba a la luz de la luna, por el camino que salía de la punta de tierra, debajo del puesto del guardacostas. El primer año, Walter se torció un tobillo, y el último Polly acabó llena de arañazos de las zarzas. De momento, Oliver ostentaba el récord. Calypso siempre salía ilesa, con la cara exquisita no más sonrosada de lo habitual y los pechos agitados por la respiración, para que los chicos pudieran admirarlos mejor. Mientras observaba al guardacostas, que en ese momento iba por el camino del acantilado hacia su puesto de vigilancia, Sophy pensaba cómo sería tener pechos y que los hombres se enamoraran de ella como se enamoraban de Calypso. La tía Helena llevaba los pechos embutidos en un corpiño, una prenda que a Calypso y a Polly les hacía mucha gracia. Ellas llevaban sujetadores de Kestos[2].

El guardacostas llegó a su puesto. El tío Richard salió cojeando por una de las puertas vidrieras.

–Ah, estás ahí –dijo con sorpresa, como si su mujer nunca se sentara en el césped. Helena se bajó la falda.

–¿Te apetece un té? –preguntó. La molestaba que la cojera de su marido fuese tan evidente. No había ninguna necesidad.

–Sí, claro. ¿Por qué no? ¿Se lo pido a Betty?

–Hoy tiene el día libre. Voy yo. Ya está todo preparado.

–Iría yo si no fuera por la pierna.

Richard Cuthbertson siempre decía lo mismo. Su pierna se había quedado en algún rincón de Flandes, una región de la que hablaba con afecto e inquietud.

–Tú descansa.

Helena siempre decía lo mismo. Una vez le oyeron decir a Oliver: «Desde que fui en coche con mamá por los campos de batalla de Flandes y me enteré de que la pierna del tío Richard estaba en una trinchera, entre la remolacha, decidí no volver a tomar el té con azúcar». No se dio cuenta de que Helena lo había oído. Calypso soltó su típica risita.

–¡Imagínatelo en la cama! ¡Pobre Helena! Quiero decir cuando van a… Bueno… Cuando van a… A eso… Con la pierna artificial apoyada en la pared y

casi siempre dentro de los pantalones. Yo no podría: no podría de ninguna manera.

A Oliver y Walter también les hizo gracia, y se rieron con ganas cuando Calypso añadió:

–No lo hacen, por supuesto. Antes dormían en camas separadas y ahora él duerme en el vestidor.

Y cuando Sophy preguntó: «¿Qué es lo que no hacen?», Walter dijo: «Qué dulce es la inocencia». Y Sophy se enfadó y se puso colorada.

Sophy estaba entrando en su habitación por la ventana cuando vio a Jack, el cartero, que subía hacia el jardín por el camino.

–Un telegrama para usted, comandante.

Sophy observó a su tío mientras rasgaba el sobre con el pulgar, leía y lanzaba al cartero una mirada asesina.

–¡Maldito chaval! –protestó, sin apartar los ojos de Jack, que retrocedió unos pasos.

–¿Alguna respuesta, señor?

–No, gracias. Maldito desconsiderado.

Jack volvió por el camino hasta donde había dejado su bicicleta.

El tío Richard empezó a gritar.

–Helena, Helena, oye.

–¿Qué pasa? –Helena salió por la puerta vidriera empujando un carrito–. He pensado que estaría bien tomar el té fuera. ¿Qué pasa? –repitió, acercando el carrito a la tumbona–. Voy a por otra silla –dijo, al ver que su marido se sentaba en la que ella había dejado libre.

–Es Oliver. Tiene que pasar por Harley Street[3] y vendrá en el tren de media noche. ¡Qué desconsiderado! Es un fastidio ir dos veces a la estación. Hazme el favor.

–Calypso sabe conducir. Puede ir ella a buscarlo.

–Con mi coche no. –El tío Richard cogió un bollito–. ¿Hay nata?

–A tu izquierda. –Helena sirvió el té–. Pues que se lleve el mío.

Le pasó una taza a su marido. Rara vez se permitía decir que no solo el coche sino también la casa y todo lo que tenían era suyo. Era una lástima que las pensiones militares fueran tan exiguas. Afortunadamente su primer marido la había dejado en buena posición.

–A Oliver lo hirieron en España. Supongo que George querrá asegurarse de que está bien.

–George es tonto. No sé cómo dejó que el chico se mezclara con los españoles.

–No creo que Oliver pidiera permiso. Simplemente se fue. Tienen suerte de que haya vuelto. Al hijo de los Turnbull lo mataron.

–Ese al menos luchó en el bando de los buenos.

–¿De los buenos o de los de derechas? –Helena untó su bollito con mermelada.

–Si vas a volver a ponerte así me niego a seguir hablando de eso, de las escaramuzas en España. ¿Dónde está Sophy? ¿No tendría que venir a tomar el té? ¿Sophy? –Levantó la voz para gritar como le habría gustado gritarle a su mujer si no la temiera.

–Ya voy. –Sophy se secó la lagrimita de decepción que se le había escapado, se peinó y repitió–: Ya voy.

A lo mejor Calypso la dejaba ir con ella a recoger a Oliver, aunque probablemente la mandarían a la cama mucho antes de medianoche. La cruz de Sophy era que quería a Oliver con todo su corazón y que siempre lo querría.

II

Helena fue a esperar el tren de Londres con Sophy, que estaba más callada de lo normal. Sophy tenía diez años y un aire exótico que no era lo que Richard llamaba negroide sino oriental. De los pómulos podía decirse que eran eslavos, pero no de los ojos. Helena tenía la esperanza de que la niña mejorara con el tiempo. Nunca quiso indagar a fondo qué había hecho la hermanastra de Richard, dónde o con quién había estado.

El tren de Londres entró en la estación de Penzance como una culebra. Calypso, Walter y Polly bajaron de un salto, con ímpetu. Besaron a Helena y abrazaron a Sophy hablando a gritos: «Bueno, bueno, ¿qué tal estáis? ¿No es una preciosidad? ¿No es maravilloso? ¡Qué aire en comparación con Londres! Vamos a por el equipaje. Buscad un mozo. ¿Dónde está el coche? ¿Cómo está el tío Richard? ¿Cómo está su pierna?». Al parecer su preocupación se centraba siempre en la pierna artificial, que efectivamente daba la lata con mayor frecuencia que la sana.

Calypso estaba arrebatadora. Helena se llevó una sorpresa enorme. A sus diecinueve años, Calypso seguía siendo desgarbada, pero ni el rojo horrible de los labios y las uñas, ni el exceso de polvos de maquillaje estropeaban su belleza. Walter, de dieciocho, había ensanchado. Era como su padre y su tío en moreno y en todo menos en la nariz, que se había roto de pequeño. Polly, en cambio, había salido a su madre en la mandíbula cuadrada, los ojos verdes y las pestañas largas que llamaban la atención. Los dientes ligeramente torcidos, como un paso mal dado en una coreografía, imprimían a su sonrisa una alegría especial. A los diecinueve años ya despuntaba su belleza.

–¿Sabéis algo de Oliver?

–Oliver llega en el último tren. –Helena observó a los jóvenes mientras se amontonaban en el coche–. Y que a nadie se le ocurra nombrar al general Franco. –Se puso al volante.

–Ay, tía Helena. Eres una aguafiestas. Ven, Sophy, siéntate en mis rodillas. –Calypso abrazó a Sophy por la cintura y la besó en la nuca–. Qué ganas tenía de verte. –Estrujó a la niña–. ¿Quieres venir conmigo a recoger a Olly? ¿Puedo venir a recogerlo, tía?

–Ven si quieres, pero Sophy a esa hora tiene que estar en la cama.

–Venga, tía, solo por esta vez.

–Está en edad de crecer y necesita dormir. Ya verá a Oliver mañana.

–Mamá habló con el tío George, y el tío le dijo que Oliver se ha salvado por

los pelos. La bala le pasó rozando la cabeza. –Desde el asiento trasero, donde iba con Polly, Walter se inclinó para hablar con Helena, que conducía temerariamente–. ¿Qué piensas de la guerra, tía?

–¿De cuál? –Helena pisó el freno para esquivar a una furgoneta–. ¿La que tu tío llama «las escaramuzas en España» o la que viene?

–La que viene. Me enrolaré en la Marina.

–Pero si siempre te mareas. –Polly cerró los ojos al ver que Helena aceleraba–. Hasta en una barca de remos.

–Pediré un submarino. Debajo del agua no te mareas.

–Eres demasiado joven –dijo Helena.

–Tengo dieciocho. Ya he terminado los estudios.

–Y ¿por qué no vas a Oxford? –Helena redujo la marcha para enfilar la cuesta a la salida del pueblo.

–Oxford puede esperar, si es que no lo destruyen. Además, yo no tengo plaza como Oliver. No sé si ahora querrá ir.

–Al tío George no le hizo ninguna gracia que Oliver aprovechara la prórroga para irse a combatir a España. Él quería que aprendiera alemán.

–A Oliver no le habría gustado Alemania. Estuve en Semana Santa. Era repugnante. Todo el día oyendo *Sieg Heil* y *Juden verboten*[4]. Un camisa parda asqueroso me insultó en Múnich por ir en pantalones cortos.

Calypso cerró los ojos cuando la caja de cambios rechinó en lo alto de la cuesta.

–No hablemos de política ni de guerra. Puede que estas sean nuestras últimas vacaciones de verano –dijo Polly en tono autoritario–. Ya no podemos evitarlo.

–Tu tío no cree que vaya a haber guerra. Prefiero que no lo habléis delante de él.

–¡Hay que ver, tía! –Calypso echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, pero al ver la cara de Helena se paró en seco.

–Quiere la última guerra toda para él –le dijo Polly a Walter en voz baja–. Y la tía perdió a su primer marido entero: no solo una pierna o un ojo afectado por el gas.

–Ya hemos llegado. –Helena entró por el camino que llevaba a la parte de atrás de la casa y la entrada protegida del viento dominante–. ¿Elegís habitación cuando hayáis visto a Richard?

–¿Vas a llenar la casa de refugiados, tía? –Walter cargó con las maletas.

–Con la pierna del tío no es posible. –Polly bajó del coche–. ¡Mierda, me he hecho una carrera en la media!

–Polly, por favor… –Helena se aguantó las ganas de darle un sopapo.

–Lo siento, lo siento, tía. Hola, tío Richard, ¿cómo estás? Papá y mamá te mandan muchos besos.

Polly y Calypso dieron un beso a su tío. Walter le estrechó la mano, demasiado mayor ya para dar besos y comentar después si su tío tenía o no tenía halitosis.

Tiritando en el andén, Calypso paseaba a la espera del tren de medianoche, que venía con retraso. Se acordó de que Polly había dicho que estas podían ser sus últimas vacaciones. Los primos llevaban diez años pasando allí los veranos, desde que Helena y Richard se casaron y compraron la casa, sosa y fea pero en un sitio maravilloso.

Desde que tenía la edad de Sophy, Calypso iba todos los años en agosto, con Polly, Walter y Oliver, a bañarse, trepar por las rocas y hartarse a comer a costa de Helena; trataban la casa como si fuera suya y luego se marchaban como una bandada de estorninos, dejándola libre para el tío Richard, Helena y Sophy, que vivía allí todo el año y hablaba de las tormentas en invierno, de la furia del mar, de aguaceros, de niebla y de vientos que la tiraban al suelo. Calypso se arropó con la chaqueta de punto y se puso a dar saltos. «Vamos, tren. Vamos, Oliver.» ¿Habría cambiado Oliver? ¿Seguiría siendo el mismo chico guapo y divertido, el que organizaba todos los juegos? ¿Qué habría visto y hecho en esa guerra de España que tantas pasiones levantaba?

Oliver bajó del tren como entumecido y echó un vistazo al andén. Calypso se acercó corriendo.

–Oliver, cariño, ¡qué moreno estás! Te pareces a Suzanne Lenglen[5]. ¿Te duele?

La cabeza vendada tenía una pinta extraña. Oliver le pasó el brazo a su prima por encima del hombro. Todo seguía idéntico. Nada había cambiado: los mismos mozos, el mismo revisor, la misma fila de taxis, el puerto, los lengüetazos de la marea alta y el tren cansado.

–¿Te duele? –repitió Calypso.

–No. Mañana ya puedo quitarme la venda. ¿Conduces tú? ¿Dónde está el coche?

–Donde siempre.

–¿Crees que habrá algún bar abierto?

–Es demasiado tarde. ¿Te has aficionado a beber?

–Solo quería aplazar la llegada.

–¿Por qué?

–Por las preguntas.

–No será para tanto. Helena nos ha dicho que no hablemos de España ni de la guerra. ¿Cuánto falta, Oliver? ¿Cuánto tiempo tenemos? Ya se han acostado todos.

–¿Podemos parar en el acantilado de camino?

–Claro. –Algo incómoda, Calypso atravesó deprisa el pueblo dormido y siguió

por la carretera de los acantilados–. ¿Aquí está bien?

Paró el coche. Oliver bajó, echó a andar por el terreno pedregoso y se quedó mirando el mar. Daba la sensación de que se había olvidado de Calypso, que lo observaba desde el coche. Al ver que no se movía, fue con él.

–La Carrera del Pánico –dijo, señalando el camino de los acantilados–. ¿Correremos este año? Polly dice que podrían ser nuestras últimas vacaciones.

–¿Me dejas que te folle? ¿Aquí? ¿Ahora mismo? Calypso, quiero casarme contigo.

Ella no dijo nada.

–¿Eh? –Oliver seguía mirando el mar–. ¿Me dejas?

–No, cielo. Soy virgen. Me quedaría embarazada. No puedo casarme contigo. Ya sabes que quiero casarme con un hombre rico.

–¿Para poder vivir en ese estado al que quieres acostumbrarte?

–Pues sí. Yo te quiero, Oliver, ya lo sabes. Además, solo tenemos diecinueve años.

–¡Diecinueve!

–Diecinueve son muy pocos para que un hombre se case. Tienes que ir a Oxford.

–A Oxford. ¡Joder!

–No nos fastidies las vacaciones.

–De acuerdo, haremos la Carrera del Pánico. –Volvió al coche–. Dios, qué cansado estoy. –Calypso se sentó a su lado–. Ese olor. No sé decirte a qué se parece.

–¿Qué olor? –Calypso encendió el motor.

–El de la muerte.

–¿A trocitos de gente, como la pierna del tío?

–Exacto. Pobre hombre. Y ¡nos burlamos de él!

–Has cambiado. –Calypso intentaba hablar con naturalidad.

–Solo he salido del cascarón: he despertado, he madurado.

–Ya hemos llegado. –Paró el coche delante de la casa–. Lo siento mucho, Oliver.

–Buenas noches. ¿En qué habitación estoy?

–En la roja.

–Gracias.

Oliver subió las escaleras sin mirar atrás y entró en su dormitorio. Se desnudó sin encender la luz, se puso el pijama, se acercó a la ventana para cerrar las cortinas y allí se encontró a Sophy.

–Sophy, ¿qué haces aquí?

–La tía Helena no me dejó ir a buscarte. Calypso quería llevarme a la estación.

–¿Ah, sí?

–Sí, lo propuso, pero la tía Helena dijo que tenía que irme a la cama, que ya te vería mañana. ¿Estás enfadado?

–No. Tienes frío. Ven. –La cogió en brazos–. Deja que te dé calor. –La niña estaba tiritando. La llevó a la cama–. Vamos a darnos calor los dos. Métete conmigo.

–¿Te duele la cabeza? ¿Cómo te dispararon?

–No, no me duele. Acuéstate y calla. A lo mejor oímos el mar.

–Oliver, estás llorando.

Sophy le acarició la cara húmeda. Él se acercó a la niña, con su pijama de viyela. Olía a jabón.

–Déjame llorar… –Lloraba por los horrores de España y el no de Calypso.

III

–¿Podemos invitar a los gemelos? –le preguntó Walter a su tía.

–Claro. –Helena miró de reojo los dedos y la coronilla de su marido, cada vez más calvo, que era lo único que se veía por detrás del periódico desplegado. Se fijó en los dedos tensos–. Invítalos a comer mañana o el viernes.

–Yo esos días estoy fuera.

Richard Cuthbertson dobló el periódico con una floritura y rasgó una página. Helena puso cara de dolor y Walter y Polly cruzaron una sonrisa.

–Llama por teléfono y díselo –le dijo Helena a Polly sin volver la cabeza–. Son unos chicos encantadores.

–Cosa extraordinaria, teniendo en cuenta cómo es su padre. Resulta que es objetor de conciencia. He oído decir que ha llenado la casa parroquial de alemanes. ¡A saber con qué nos sale la próxima vez!

–En realidad los Erstweiler son austríacos. Él tocó el órgano de maravilla el domingo pasado, y eso que necesita una puesta a punto. Fue un detalle de su parte.

–Toca a cambio de la manutención. Es judío. Eso he oído.

–Probablemente por eso están aquí. –Walter se sirvió más mantequilla de la necesaria.

Polly cogió una tostada.

–¿Hay algún Erstweiler joven, tía?

–Uno, en un campo. Los Floyer dicen que los Erstweiler están preocupadísimos.

–Así se curte. Le vendrá bien. El general dice que son espléndidos. Su amigo de la Embajada lo llevó a conocer un campo cuando estuvo allí. Aunque él sabe que todo es propaganda.

–¿Qué propaganda? –Calypso entró en el comedor adormilada–. Discúlpame por bajar en bata, tía. Buenos días, tío.

–De los campos de concentración. –Walter se tragó la tostada.

–Papá dice que el general Peachum es el hombre más ingenuo que ha conocido nunca. ¿Un poco de kitchiri?

–Me lo he comido yo. –Polly se levantó de la mesa.

–¿Todo? –susurró Calypso.

–No había mucho. Lo siento.

–No pasa nada. Tomaré un huevo. –Calypso se sentó al lado de su tío–. He pensado que no merecía la pena vestirse, porque tengo intención de pasar todo el

día al sol. Oliver está morenísimo.

–Mañana invitaremos a comer a los gemelos de la casa parroquial.

–Si son objetores, como su padre, en mi casa no entran –amenazó el tío Richard.

–La casa es de la tía Helena, tío, y papá dice que todos deberíamos admirar a personas como el señor Floyer. Si hubiera habido más gente como él en 1914 ahora viviríamos en un mundo mejor.

–Walter –le advirtió Helena en voz baja–. Para. Si lo provocas así destrozará el periódico.

Los tres jóvenes soltaron una carcajada. Helena se aguantó la sonrisa. Richard Cuthbertson salió del comedor.

–Tía Helena, el tío está peor que nunca –observó Calypso, posando la mano en la de su tía.

–No quiere otra guerra. –Helena acarició la mano de Calypso–. Se niega a reconocer que está muy cerca. Aquí viene Oliver. Has madrugado. Eso no va contigo.

Oliver entró por la puerta vidriera con una toalla.

–Ahora tengo otros hábitos, tía. Y no todos son buenos. He ido a nadar a la cala con los gemelos. ¿Queda algo de café para los tres?

–Pasad, gemelos, precisamente estábamos hablando de vosotros. Íbamos a invitaros a comer. –Polly fue a servir el café–. No os quedéis ahí.

David y Paul entraron tímidamente, murmurando un buenos días, un gracias y un hola. Idénticos, altos, de ojos castaños y con un pelo rubio que llamaba la atención, se sentaron sin apartar los ojos de Calypso, que les fascinaba.

–El tío estaba diciendo que os haréis objetores de conciencia si hay guerra. –Polly les pasó el café.

–No, no. En esta guerra no. Uno tiene que luchar por los judíos.

–Uno no, los dos –bromeó Calypso, consciente de cómo la miraban.

–Y eso haremos los dos –asintió David.

–Los dos nos alistamos cuando terminen las vacaciones –añadió Paul.

–Ah, ¿dónde? –preguntó Walter con interés.

–En las Fuerzas Aéreas –contestaron los gemelos.

–Para matar de lejos. –Oliver los miró–. ¿Habéis oído hablar de Guernica?

–Claro. De Picasso.

–Es igual de horrible que matar de cerca. Yo me alistaré en la Marina en cuanto me acepten –anunció Walter con ilusión.

–¡Ah! –protestó Helena, levantándose de la mesa–. Parad, chicos. Puede que no haya guerra. Puede que no lleguemos a eso. Otra vez lo mismo. No lo soporto.

Salió del comedor y cerró la puerta.

–Pobre tía Helena. –Oliver estaba untando mantequilla en la tostada–. No

quiere aceptar que en todos nosotros, también en ella, hay una persona capaz de matar: en ti, en ti y en ti. –Los señaló con el cuchillo–. Todos somos capaces de matar a otros seres humanos. Podemos jugar a eso este año. Además de la Carrera del Pánico podemos hacer una matanza. ¿Qué decís? ¿Lo echamos a suertes? No tendréis miedo, ¿verdad? Vamos a matar, como más os guste. Y Sophy también entra en el juego. Con ella somos siete.

–Estás loco, Oliver. –Calypso parecía entusiasmada.

–El mundo está loco. ¿Te apuntas?

–Me apunto. –Calypso sonrió a su primo desde el otro lado de la mesa–. Me apunto.

Nadie más dijo nada hasta que Sophy, que había entrado poco después que Oliver y los gemelos, preguntó:

–Y ¿qué más da si al final hay guerra?

–Me lo has quitado de la boca… –dijeron los Floyer con alivio. Y Walter cambió de tema.

–Muy bien. Los asesinos tienen un plazo límite de cinco años para matar. Esto nos incluye a todos. Sophy no cuenta.

–Sí que cuento. ¿Verdad, Oliver? –gritó Sophy.

–Sí, sí, tú también cuentas –la tranquilizó Oliver, sin apartar la vista de Calypso. Calypso lo miró y se acordó de lo grosero que había sido la noche anterior, y de la precipitación con que lo había rechazado, más por costumbre que por apetencia. El Oliver que había vuelto de España tenía una nueva dimensión.

IV

Richard Cuthbertson se alisó el pelo gris con los cepillos de marfil que Helena le había regalado cuando se casaron y se peinó los dos lados de la cabeza. Luego los dejó perfectamente alineados con el frasco de aceite capilar y en simetría con los de la ropa, y echó un vistazo, como hacía siempre, a la foto de Diana, su primera mujer, que posaba sin mirar a la cámara, abrazando a su perro, un fox terrier tranquilo y razonable, no de esos de pelo áspero que se veían últimamente, con el morro alargado y las patas temblorosas. No tenía perro desde que murió su retriever. Helena no quería olor a pedos ni pelo en las alfombras. Ella era más feliz sin perro. No le prohibía a Richard sustituir a su antiguo compañero, pero ponía pegas y lanzaba indirectas. Le seguiremos el juego, pensó Richard. «Sería bueno para Sophy.» Pasó de la foto de su primera mujer –¿de verdad era así?– a las de sus compañeros militares, un grupo de hombres formidables, en su mayoría muertos. Recordó sus nombres: una letanía familiar. ¡Qué jóvenes parecían todos! Peter ahora era agente de Bolsa, Hugh, cervecero, Bunty, secretario de un club de golf, Andrew, ganadero, y su jefe, un general ya retirado, el presidente de la magistratura local, maestro perrero y rico.

«Y yo vivo del dinero de mi mujer y me falta una pierna.» Observó más de cerca al grupo del regimiento de 1913: jóvenes sin miedo. Se secó una lágrima del ojo derecho con un pañuelo inmaculado: tenía una lágrima perpetua que era un engorro y una incomodidad, por culpa de los gases que lanzaron justo antes de que perdiera la pierna. Quería un perro. ¡A la mierda Helena! Se ajustó la chaqueta de tweed en los hombros, enderezó la raya de los pantalones de la pierna artificial y dio media vuelta para salir del dormitorio. Miró un momento por la ventana y vio que sus sobrinos salían corriendo de la casa con toallas y bañadores en compañía de los hijos del párroco.

–¡Esperad! –El grito de Sophy hizo pararse a Oliver, que cerraba el grupo con Calypso–: ¡Esperad, esperad!

¡Qué niña tan cargante! El comandante frunció el ceño al ver que Calypso y Oliver iban de la mano. Oliver se había quitado el absurdo vendaje que llevaba en el desayuno, para presumir, naturalmente. Soltó entonces la mano de su prima, cogió a Sophy y la subió a hombros, a caballito. A la niña se le levantó el vestido de cuadros y Richard vio que no llevaba bragas: la muy guarrilla iba enseñando el culo.

–¿Helena? –llamó, mientras bajaba las escaleras cojeando–. Helena, ¿dónde estás?

–Aquí.

–Helena, yo no suelo entrometerme en asuntos de tu competencia pero esta vez tengo que insistir…

–¿Qué pasa?

Helena estaba en el salón, poniendo rosas en una copa que Richard había ganado jugando al polo antes de la guerra. No se volvió a mirarlo.

–Hay que limpiar ese trofeo.

–Si siguiéramos tus indicaciones para limpiar la plata no quedaría ni la marca. ¿Qué pasa, Richard?

–Que la niña no se ha puesto bragas.

–¿Cómo narices lo sabes? –Los ojos de Helena se cargaron de inquietud.

–Lo he visto cuando Oliver la subía a hombros.

–¿Solo eso?

–¿Te parece poco? –Richard estaba atónito–. Es indecente. ¡Hay que ver!

Helena se echó a reír.

–Richard, solo tiene diez años y nunca lleva bragas cuando hace calor. ¿A qué viene tanto escándalo? Se ha ido a bañar con sus primos. Una niña de la edad de Sophy no puede ser indecente.

Que Helena se lo tomara a risa indignó a su marido.

–Tu amigo el general ha dicho que lo llames. –Helena siempre se refería al general como «tu amigo».

–¿Qué quería?

–Va a sacrificar a los perros. Cree que tienes que saberlo, porque estás en el comité de caza.

–¡Dios mío!

–Dice que si hay guerra será mundial. Que se acabaron las cacerías.

–¡Dios mío! Entonces ¿cree que habrá guerra? –Richard se había estremecido.

–Sí, cariño. Eso cree.

–Helena… –Cogió la mano que ella le ofrecía–. Helena, soy un inútil, un inútil.

–No digas tonterías, Richard. Tendrás montones de cosas que hacer.

–¿Por ejemplo?

–Tareas de organización, defensa antiaérea, cosas así.

–¿Atender el teléfono? Por favor. No soy un puñetero chupatintas.

–Llama al general. Habla con él: seguro que está en el meollo.

–Solo tengo una pierna.

–Para coger el teléfono no hacen faltan piernas –replicó Helena con brutalidad–. Bueno, tengo que irme a ayudar a la cocinera para alimentar a tu ejército de sobrinos.

–Y ¿qué pasa con las bragas de la niña?

–Va a estallar una guerra. ¿Qué importancia tienen las bragas de la niña? Por si te interesa: yo no llevo bragas cuando hace mucho calor. Las bragas son un invento victoriano.

Cogió las tijeras de las flores, echó las puntas de los tallos en la papelera y se fue. Ay, ¿por qué soy tan bruta con Richard?, se preguntó. Si Anthony hubiera perdido una pierna en vez de la vida, ¿sería igual de bruta con él? Y, no encontrando respuesta a esta pregunta hipotética, se quitó de la cabeza a su primer marido, enterrado en algún lugar de Francia, y se fue a la cocina a pensar el menú. Era increíble la cantidad de comida que consumían Calypso, Walter, Polly y Oliver, y no solo desayunaban, comían, merendaban y cenaban, sino que entraban continuamente en la despensa a picotear. Se acordó de la última guerra y pensó que quizá volviera el racionamiento de alimentos, que fue uno de los principales temas de conversación entre sus familiares y amigos en esa época. La escasez de patatas. La anécdota de que a una tía suya le robaron su ración de mantequilla en el autobús cobró dimensiones épicas y llegó a ser una tragedia casi comparable a la pérdida de un familiar en las trincheras. Helena se detuvo en la puerta de la cocina y se acordó del chico del telégrafo que vino a dar la noticia: «Caído en combate», y del dolor que sintió en el pecho.

–Y ahora otra vez lo mismo.

–¿Qué, señora? –preguntó la cocinera.

–Ah, nada. Estaba pensando. ¿Qué le damos a la tropa del comandante?

–Algo que llene.

La cocinera decía lo mismo todos los agostos. Helena se dio cuenta, con horror, de que la vida a la que se había acostumbrado iba a acabarse y temía las consecuencias de un cambio drástico en su frágil equilibrio. Cuando las mujeres entran en esa etapa que eufemísticamente se llamaba «el cambio» no se distinguen precisamente por hacer la vida agradable a los demás.

Tengo que hablar con Mildred, pensó. Mildred es una roca. Y sonrió a la cocinera mientras pensaba en Mildred Floyer, que medía poco más de metro y medio pero tenía la fuerza necesaria para manejar a su marido, sacerdote de la Alta Iglesia en una parroquia en la que eran mayoría los disidentes y partidarios de la Baja Iglesia.

–La pobre señora Floyer tiene dos hijos –dijo.

–¿Vienen a comer?

–Van a la guerra.

–Entonces tenemos que asegurarnos de que coman bien –zanjó la cocinera, que tenía el don de vivir el momento.

V

–¿Cuándo es la luna llena?

Polly, tumbada en las rocas al lado de Oliver, miró a su primo, que no apartaba la vista de Calypso. Se había ido a nadar con Walter y se estaban alejando de la cala. Oliver cerró los ojos y se tumbó.

–¿Estás pensando en la Carrera?

–Sí. ¿Dejamos a Sophy que participe? Le apetece.

–No veo por qué no, si entrena un poco antes.

–¿Quieres decírselo tú? Se pondrá muy contenta.

–La última luna llena –dijo Oliver– estaba en el Ebro.

Polly no contestó.

–A uno de mis amigos, un checo, lo mataron. No pudo decir nada: la bala le atravesó la yugular. Con sus compañeros había quemado a un cura: hicieron una hoguera y lo quemaron. ¿Para qué? Lo gracioso es que resultó que el cura era de los nuestros, o lo había sido.

–¿Gracioso?

–Las atrocidades son graciosas: de lo contrario no hay quien las resista. Todos hemos cometido atrocidades, en los dos bandos. Todos hemos cavado un foso, encendido un fuego y freído a los otros.

–¿Tú también?

–Yo me quedé mirando. Viene a ser lo mismo. No recuerdo haber empujado a nadie, pero creo que he colaborado.

–¿Crees?

–Estábamos borrachos, Polly. Cuando no era el vino era el miedo o la rabia o la necesidad de hacer algo. Hay muchos momentos de espera horrorosos. Para matar el tiempo, se incendia, se viola y se saquea.

–¿Se viola?

–Sí. Bueno, en realidad ella estaba más que dispuesta, y luego pensé: «¡Joder, a lo mejor pillo una gonorrea!».

–Y ¿la pillaste?

–No. Tuve suerte. No la pillé.

–¿Pasó solo una vez?

–No, cielo. Aproveché todas las oportunidades que se me presentaron. –Oliver se echó a reír.

–Por eso dices que todos somos capaces de matar. Has cambiado.

–¿A quién te gustaría matar?

Oliver se apoyó en un codo y miró a Polly, tendida a su lado, con un cuerpo casi tan bonito como el de Calypso.

Polly miraba desde la punta de la nariz las cabezas que oscilaban en la cala.

–Creo que no conozco a nadie a quien quisiera matar, pero me gustaría tener el poder de hacer sufrir a la gente. –En realidad mentía, hablaba a la ligera, porque a veces le daban ganas de quitar de en medio a Calypso–. ¿Cómo será el juego de la matanza?

–Por ahora no es más que una idea. Tengo que planearlo. Mira qué lejos se han ido los gemelos. Y se han llevado a Sophy.

–No la ahogarán. ¿Sabías, Olly, que el padre de los gemelos fue camillero en la guerra?

–Pues hay que ser valiente. Nunca se lo he oído contar. No es de los pelmas que hablan continuamente de la guerra.

–Pobre tío Richard. Espero que a ninguno de nosotros le pase lo que a él.

–El Somme, el Marne, Ypres, la Fuerza Expedicionaria Británica, el general Haig, el general French, las trincheras, los objetores de conciencia, los que sacan partido de la guerra, los yanquis, la camaradería y luego ¿qué? Amapolas de tela y dos minutos de silencio. ¡La hostia!

–No sé por qué –dijo Polly riéndose–, pero creo que si el tío Richard te oyera diría que tienes madera de oficial.

–Seguro. Pero yo soy más de la tropa.

–¿En serio? ¿Después de tanto entrenar en el colegio para entrar en el cuerpo de oficiales? –Polly estaba intrigada–. Yo creía que ibas derecho al Cuerpo de Guardia.

–Ya no puedo, por haber estado en las Brigadas Internacionales.

–Supongo que no. ¿Había camaradería?

–Mucha.

–¿Haciendo hogueras?

–Sí, sí, sí. Vamos a planear ese juego nuevo. ¡Sophy! –gritó, haciendo bocina con las manos hacia donde estaban los gemelos, que ya volvían nadando a la orilla. Sophy iba entre los dos, con una mano en el hombro de cada uno–. ¿Quieres participar en la Carrera del Pánico este año?

–¿Qué? –La niña ya estaba subiendo por las rocas–. ¿Qué has dicho?

–He dicho que si quieres participar en la Carrera del Pánico este año.

–Sí, por favor.

–Tendrás que entrenar.

–Conozco el camino. Lo conozco mejor que vosotros.

–Pero no a oscuras y a la luz de la luna.

–Sí lo conozco.

–Bueno, tendrás que demostrarlo para que me asegure.

–Yo estoy segura. En el camino hay un hombre con una serpiente. ¿Vas a estar vigilando todo el rato?

–Sí. Vigilaremos los extremos y el centro, para ver qué tal lo haces.

–Gracias, Oliver.

–¿Veis cómo se da felicidad?

Calypso se sentó al lado de los gemelos, que observaron a Oliver mientras este observaba deslizarse las gotas de agua hacia la entrepierna de su prima.

–¿Queréis correr? –preguntó Polly a los gemelos.

–Sí. ¿Cuándo?

–En luna llena. Cuando caiga.

–Y ¿lo de la matanza? –Calypso miró al grupo–. ¿Os sumáis también?

–Sí –asintieron los gemelos, para sorpresa de los primos.

–Entonces somos seis –dijo Walter.

–Siete –corrigió Sophy–. Yo también me sumo.

–No, Sophy, eres demasiado pequeña para matar a nadie.

–Oliver dijo que podía –protestó Sophy, mirando a todos con angustia–. Además, ya creceré.

–Dejadla que juegue. –Calypso se quitó con fastidio el agua salada de los brazos–. Creo que habría que decírselo también a la tía Helena y al tío Richard, y a Betty y a la cocinera y al párroco. Para que se parezca más a una lotería.

–A papá no –dijeron los gemelos.

–De acuerdo. Entonces al tío y a la tía, pero no a Betty ni a la cocinera.

–¿Por qué no? ¿Porque son del pueblo y no de nuestra clase? –atacó Walter a Oliver–. Creía que tú y tus camaradas no erais clasistas.

–Para nada –se rió Oliver–. Si hubieras estado allí lo habrías visto. No, Betty y la cocinera podrían imaginarse cosas que no nos convienen.

–¿Sentirse por encima de su posición?

–No, tonto. Podrían pasarse de rosca, tomárselo en serio.

–¿Ir a la policía? –preguntó Polly con una risita.

–Bah, dejadlo ya. No se lo digáis y punto.

–Yo creía que la idea iba en serio. –Calypso miró a Oliver con malicia–. ¿No?

–¿Puedo practicar pronto la carrera? ¿Vas a vigilarme?

Sophy acercó tanto la cara pálida a la de Oliver que le obligó a ponerse bizco para mirarla a los ojos grandes y negros. Oliver levantó una mano y le apartó el pelo de la frente, también negro y sedoso como el de un gato.

–Gatita.

La acarició como a un animal. Calypso y Polly lo observaban divertidas.

–¿Por qué no esta tarde? ¿Qué te parece?

Oliver acarició con desdén la mejilla pálida de Sophy.

–Tenemos que asegurarnos de que no hace trampas. –Walter estiró los brazos

hacia el cielo.

–Hace demasiado calor. –Polly se tumbó boca abajo.

–No pasaremos calor si vigilamos desde la cima del acantilado. Allí sopla la brisa. Será Sophy quien pase calor. –Calypso cerró los ojos y levantó la cara hacia el sol–. ¿Se me está poniendo la nariz roja?

–Cúbrete con una hoja –propusieron los gemelos a dúo.

–Qué listos. Buscadme una. –Se tumbó con una hoja en la nariz mientras todos se cocían en las rocas a fuego lento.

Su único defecto físico, pensó Polly, examinando a su prima, era que tenía las dos mitades de la cara simétricas y la expresión como una máscara. La mayoría de la gente tenía dos lados más o menos distintos: bueno y malo; feliz y triste. Los de Walter eran especialmente distintos, como si hubiera nacido indeciso; ella, por su parte, tenía la nariz algo torcida y Oliver bizqueaba un poquito. Esa tarde formaron en fila en el acantilado: Walter y Polly supervisaron la salida de Sophy desde el cabo, debajo del puesto del guardacostas, y los gemelos subieron a un punto más alto, a mitad del trayecto, mientras Calypso y Oliver esperaban al final. Así verían a Sophy en la mayor parte del recorrido y solo la perderían de vista en un tramo en que el camino atravesaba las densas matas de espinos o en un recodo, muy cerca del mar, donde giraba bruscamente por detrás de los peñascos de granito.

Esa tarde los gemelos se sentaron en la cima del acantilado, de espaldas a la cerca levantada para que el ganado descarriado no se despeñara.

–Ya está en marcha. Walter le ha dado la salida. –Vieron que Sophy se alejaba de Walter y enfilaba el camino.

–Me gustaría saber cómo se ven las cosas desde el aire.

–Nunca hemos volado. ¿Crees que nos dejarán ir juntos?

–¿Cómo van a separarnos? –Paul miró a David con horror.

–Es posible.

–Dios mío. Espero que no.

–O podríamos morir.

–Nosotros no. No nos matarán.

–Oye, que nos hemos olvidado de Sophy. No la veo.

–Estará entre los matorrales.

–O entre los peñascos. Iba a toda mecha. ¿No dirás en serio que pueden separarnos?

–Papá dice que las autoridades están obligadas. Puede que tenga razón. Acuérdate del lío que se hacían en el colegio.

El otro gemelo se echó a reír.

–Pase lo que pase nos divertiremos.

–Si te mueres yo me muero.

–¡No seas cenizo! ¡Si ni siquiera ha empezado! ¿Dónde narices está Sophy?

–A lo mejor se ha hecho daño. Venga, vamos a ver. Acuérdate del tobillo de Walter.

Bajaron a trompicones entre el brezo y las aulagas: anormalmente altos, ágiles como cachorros, con el pelo del color del maíz ondulante, los ojos castaños con unas pestañas como plumas, que llamaban todavía más la atención por el hecho de estar duplicados. Se apartaron el pelo de la frente sin dañar todavía por la experiencia, y recorrieron el camino sin prisa.

–¿Dónde están Walter y Polly?

–Seguramente han vuelto por el atajo.

En la meta estaban Calypso y Oliver, cogidos de la mano.

–Oye, Olly, aunque no me case contigo me acostaré contigo. ¿Tú ya lo has hecho?

–Sí.

–¿Es bonito?

–Bonito. –Oliver miró a Calypso y repitió «bonito». ¿Cómo aplicar a Calypso la palabra «bonito»?–. Te quiero para mí solo. Esperaré.

–Si hay guerra me acostaré contigo antes de que te maten. Es lo que hacían las doncellas en los libros y yo soy doncella.

–Insistes mucho en lo de la virginidad. La virginidad no significa nada. Puedes perderla montando en bicicleta.

–No sabía eso. Tendré que tener cuidado. En Londres iré en bicicleta. Papá dice que van a racionar la gasolina.

–Pero la virginidad no. ¿Cómo vas a encontrar a tu príncipe rico yendo en bicicleta? Es de lo más burgués.

–Lo encontraré. Cuando quieres mucho una cosa la consigues, y yo quiero un marido muy rico: siempre lo he querido.

–Ay, Calypso, no digas eso. –Oliver la abrazó–. Seré rico, amor mío, muy rico. Y entonces te casarás conmigo.

–¿Qué ha sido eso? –Calypso se apartó de él y se levantó de un salto–. Alguien ha gritado. Es Sophy.

–Ha pasado algo.

Salieron a buscar a Sophy, que se acercaba corriendo y se echó en brazos de Calypso, sollozando amargamente.

–¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? ¿Qué ocurre? Para. Sophy, para.

Pero Sophy, agarrada a su prima, no podía parar. Los sollozos se convirtieron en alaridos, y le clavaba los dedos en el cuello con tanta fuerza que le hacía daño.

–Sophy, le estás haciendo daño. –Oliver tiró de la niña y le dio una bofetada–. Para, Sophy. ¿Qué ha pasado?

Con la voz entrecortada y los labios blancos, la niña dijo:

–Una… una serpiente rosa.

–¿Qué? –Oliver no dejaba de mirarla: estaba pálida y tenía las mejillas cubiertas de lágrimas–. Habla.

Pero Sophy ni podía ni quería.

–¿Te ha picado? Ha dicho algo de una «serpiente». –Calypso miró a Oliver con angustia.

Sophy, que ya no lloraba, no dijo nada más.

–¡Caramba! Has tardado muy poco. ¿Qué ha pasado?

Los gemelos venían trotando por el camino, jadeando y colorados.

–Está asustada. Ha pasado algo con una serpiente. ¿Habéis visto algo?

–No. A ver si la ha picado. –Los gemelos examinaron las piernas de Sophy, que estaba tendida en el regazo de Oliver y de vez en cuando hipaba sin fuerza–. Nada. Ni un rasguño. A ver los brazos. –Terminaron de examinar a la niña–. ¿Por qué no te pones bragas? –dijeron, y le bajaron la falda.

–Dejadla en paz. Algo la ha asustado y no quiere decirlo.–Calypso, al lado de Oliver y los gemelos, no se había vuelto a sentar–. Venga, Sophy. Ya está. Vamos a merendar.

Habló como una adulta y le ofreció la mano. Sophy la aceptó y se soltó de Oliver.

–Perdón. –La niña miró las caras amables que la rodeaban–. Lo siento.

–Has corrido muy deprisa –dijeron los gemelos.

–Has batido el récord. –Oliver le dio una palmada cariñosa en el trasero mientras la niña se levantaba.

–¿En serio?

–Sí. Voy a empezar a preocuparme por mis laureles.

–¡Qué bien! Pues a la luz de la luna voy aún más y más deprisa.

Echó a correr hacia la casa.

–Ha pasado algo. –Oliver la miró mientras se alejaba–. No sé qué ha podido ser.

–Pues no nos lo va a decir. –Calypso puso punto final al incidente, con la sensación de que Sophy quería llamar la atención.

VI

La noche de la Carrera del Pánico, Helena invitó a cenar a Max Erstweiler y a su mujer, Monika. La pareja iba con los gemelos por la cima del acantilado, entre los matojos.

–Qué tranquilidad –dijo Monika–. Hace un año, en el campo, en la época de la cosecha, estábamos asustadísimos.

–Y seguimos asustadísimos, pero ahora no por nosotros.

–Para mí es peor que nos hayamos salvado y Pauli no. Tendría que haber venido con nosotros. Que Dios nos ayude y ayude a los nuestros.

–*Gott mit uns?*[6] No digas tonterías –replicó Max con desprecio.

–Papá dice que no podemos perder a Dios –señaló David, que iba al lado de Monika–, pero ya lo hemos perdido. Lo perdimos cuando nos lesionamos los cartílagos jugando al rugby. Y también perdimos el partido. Porque mira que habíamos rezado.

–¿Cuántos años teníais? –preguntó Monika, con una sonrisa.

–Doce –contestó Paul, riéndose.

–Y ¿rechazasteis a Dios así, sin más?

–Nunca se lo dijimos a nuestro padre –explicó David, muy serio.

–Vuestro padre es un santo –dijo Max–. Digo que es un santo si es que los hay, aunque personalmente lo dudo.

–Usted va a la iglesia de mi padre y toca el órgano para él.

–Es lo mínimo que puedo hacer por vuestro padre y vuestra madre. Vosotros también sois afortunados.

–Pues sí –asintieron los gemelos, lamentando la angustia de los Erstweiler–. Todo saldrá bien, Monika. Espere y verá. Vamos a combatir por Pauli.

–¿Cómo?

–En las Fuerzas Aéreas. Nos iremos a finales de este mes a combatir por todos ustedes. Le devolveremos a su hijo.

–En un féretro –dijo Erstweiler con amargura–. Te envían un féretro. Nuestro hijo es músico: no se puede tocar el piano dentro de un féretro.

Los gemelos se callaron y manifestaron su incomodidad tensando las piernas al andar.

–¿Qué juego es ese que habéis planeado? –Monika había notado en su silencio que estaban dolidos.

–Una carrera por el camino del acantilado. Oliver la bautizó como la Carrera del Pánico, porque le tiene miedo a las alturas. Hay tramos que dan un poco de

miedo, pero hasta Sophy se atreve a correr ya. Es una institución. Salimos a la luz de la luna.

–¿Podemos verlo?

–Claro. Los mayores se sientan a charlar en el césped de manzanilla mientras corremos.

–¿Y el juego nuevo? ¿No hablasteis de otro juego? –preguntó Max.

–Sí, pero es secreto, un desafío. Vamos a echarlo a suertes. Ustedes dos pueden participar si quieren.

–¿Aunque no sepamos de qué se trata?

–Sí. Nosotros lo sabemos, y los primos, y quien saque la carta marcada sabrá lo que tiene que hacer, pero será más emocionante si se suman ustedes. Solo hay tres cartas marcadas, así que mucho mejor si se suman, y también el comandante y la señora Cuthbertson. Así seremos ocho en total.

–Y ¿el resultado es secreto?

–Sí.

–Parece la vida misma –observó Max con pesimismo mientras llamaba al timbre de la puerta de los Cuthbertson.

Walter abrió la puerta.

–Pasen –dijo–. Vengan por la casa. Hemos convencido a la tía para que nos deje cenar en el césped. Síganme. Miren, ¿verdad que es genial?

–*Ach!* –exclamó Monika–. *So schön*.[7]

Los primos habían sacado las sillas y las mesas del comedor. La mesa estaba puesta con mantel blanco en el césped de manzanilla, con el mar y el sol poniente como telón de fondo.

–¿Verdad que es divertido? –Calypso se acercó a saludarlos.

–Precioso –asintieron los gemelos–. Una idea brillante.

–Fue idea mía. –Calypso se dirigía a presentarle a Monika a su tío–. Tío Richard, estos son Monika y Max Erstweiler, y se alojan en la casa parroquial.

–Nos vimos un momento en la iglesia. –Richard se acercó cojeando a estrecharles la mano–. Mi mujer es muy permisiva con mis sobrinos. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

Helena salió entonces con un vestido largo que daba dignidad a su figura regordeta. Admiró el estilo de Monika y se quedó impresionada por el encanto de Max.

–Celebramos esta fiesta todos los años –explicó–. Este podría ser el último. Cuando empiece la guerra tendremos que oscurecer las ventanas para que no se vean las luces.

–¿Todos los años al aire libre?

–Esta es la primera vez, pero esta noche parecía seguro. A los chicos les divierte.

–Los chicos ya empiezan a hablar de combatir como hombres hechos y derechos.

–Supongo que ya lo son. –Helena miró a los gemelos; a Oliver y Walter–. Hombres… –Se le apagó la voz.

–Creo que tienen ustedes un hijo en un campo. –Richard rompió el silencio enseguida–. Mi amigo el general dice que están haciendo mucho bien a toda esa gente.

Max Erstweiler se quedó boquiabierto y pronunció una palabra que sonó extraña en el césped y a ese lado del canal de la Mancha:

–*Unerhört*.[8]

Los jóvenes se pusieron a hablar todos a la vez y Helena intervino.

–¿Empezamos a cenar? Ya casi se ha puesto el sol. Que alguien encienda las velas. Señora Erstweiler, siéntese aquí, por favor, y usted a mi lado, señor Erstweiler.

–¿Qué ha dicho? –le susurró Richard a su mujer, que le había dado una buena patada en la espinilla–. No entiendo su acento.

–El problema es lo que has dicho tú –contestó Helena entre dientes.

–Ah, ¿he metido la pata?

Helena ya estaba hablando con Max, y el momento de angustia se diluyó con la comida y la conversación, mientras el sol se hundía en el mar y la luz de las velas daba un aire misterioso a las cuencas de los ojos brillantes. Las chicas parecían aún más guapas, y Sophy estaba callada, registrando mentalmente la escena. Se había sentado al lado de Oliver, que tenía al otro lado a Calypso y le daba la mano por debajo de la mesa.

Cuando asomó la luna, escandalosa como un globo, guardaron silencio para verla salir: roja, dorada y luego de plata contra un cielo de tafetán.

–Por la luna. –Oliver levantó su copa.

–Y por los ausentes. –Richard se levantó, apoyándose en la pierna buena y sonriendo a Monika–. Por los ausentes –repitió, mientras todos bebían.

A veces es maravilloso, pensó Helena. Tengo que animarlo en vez de atropellarlo.

–Gracias. –Monika sonrió a Richard con los ojos brillantes. Es un hombre sensible, pensó, al verle una lágrima en un ojo. Nadie puede negar que estos semitas tienen estilo, pensaba Richard, secándose la lágrima con el manotazo de costumbre.

–¿Lo echamos a suertes antes o después de la carrera? –preguntó Polly.

–Ahora. –Calypso soltó la mano de Oliver. La de él estaba seca; la suya cada vez más pegajosa.

–Tío Richard, baraja las cartas.

–Muy bien. –Cogió el mazo. Los Cuthbertson, los Erstweiler, los sobrinos, las

sobrinas y los gemelos sacaron su carta. Sophy fue la última–. Quien tenga una carta marcada que lo guarde en secreto.

Todos miraron su carta y la dejaron en el cuenco.

–Ya está –zanjó Oliver–. Y ahora, a correr. ¡Me pido primero!

–Yo segunda –dijo Calypso–. ¿Nos cronometras, tío Richard?

–Muy bien. ¿Tenéis las linternas?

–Sí.

–De acuerdo. Las reglas de siempre, supongo. ¿Encendéis la linterna al empezar?

–Sí.

–Pues venga. –Richard se instaló en una silla al lado de Monika.

Los jóvenes se pusieron en marcha.

–¿Sophy no es muy pequeña? –preguntó Monika.

–Los gemelos le echarán un ojo mientras corre. No le pasará nada –dijo Helena.

–¿Y ese otro juego que hemos echado a suertes? –preguntó Max.

–No tengo ni idea. Oliver se inventa algo nuevo todos los años. Da igual que preguntemos: no nos dirán nada.

–Entonces ¿en realidad no participamos?

–Puede que sí, pero no conscientemente –se rió Helena.

–Parece arriesgado.

–Sí.

–Nuestro hijo se ha metido en un juego parecido. Iba a venir con nosotros, pero los Camisas Pardas irrumpieron en la Universidad y se llevaron a uno de cada cuatro estudiantes. Es muy duro ser madre.

–Siempre he sentido mucho perderme esa experiencia –dijo Helena, con ánimo de consolar a Monika.

–Pues creo que te has ahorrado muchos disgustos –observó Richard–. Piensa en lo que sufrió la Virgen María.

Helena soltó una carcajada. Max, con cara de sorpresa, le susurró a su mujer: «*Herrlicher Humor*?[9]». Antes de su llegada a Inglaterra había oído hablar mucho de este rasgo inglés y quería cultivarlo.

–Han llegado a la línea de salida –anunció Helena–. Mirad las linternas.

Los Cuthbertson y los Erstweiler vieron a los jóvenes en la punta del cabo, a la orilla del mar, entre las rocas negras e imponentes y la luna ya alta. Al pie del acantilado, el mar sereno, y en la cima el puesto del guardacostas, blanco y funcional.

–¿No es peligroso? No veo el camino. –Monika parecía intrigada.

–Lo conocen todos muy bien. –Richard estaba encendiendo una pipa–. Si no me faltara una pierna sería pan comido.

Helena se mordió la lengua.

–¿Dónde está la meta? –La pregunta de Max puso fin al breve silencio.

–La tenemos debajo. No se ve. Los oiremos gritar cuando lleguen. Y entonces comprobaré el tiempo. Yo manejo el cronómetro y mi palabra es inapelable.

–Oliver está saliendo –advirtió Helena.

Se vieron tres destellos de linterna y Richard puso en marcha el cronómetro. Oliver echó a correr por el estrecho camino del acantilado, que primero se enredaba entre el brezo y los helechos y luego discurría más cerca del borde, donde crecían clavelinas y collejas de mar, la hierba se cubría en primavera de cebollas albarranas y las aulagas aún seguían en flor, mezclando su olor dulce con el del brezo.

Oliver corría con una emocionante sensación de miedo. Si aceleraba un poco más superaría el pánico. Nunca había dejado que nadie supiera cuánto miedo le daban las alturas, que se quedaba paralizado de vértigo si miraba hacia abajo. Competía en la carrera contra su debilidad.

Al doblar la curva de un salto y pasar las rocas pensó un momento en la serpiente de Sophy, hasta que los pies volvieron a pisar la hierba y la dulce fragancia de las trenzas de dama le indicó que había llegado.

–*Spiranthes autumnalis* –gritó, eufórico. Lanzó un destello con la linterna y se sentó, jadeando, a esperar a Calypso.

Minutos después Calypso había terminado el recorrido y se echaba en sus brazos.

–¿He sido rápida, Olly? Avisa al tío Richard, que a mí no me queda aliento.

Oliver la acercó a él, y se quedaron cara a cara, mirándose. La abrazaba con tanta fuerza que notaba el movimiento de sus pechos mientras se serenaba su respiración.

–¿A quién le toca?

–A Sophy, luego un gemelo, otro gemelo, Polly y Walter.

Oliver le acarició el pelo y deslizó una mano por su espalda, estrechándola un poco más.

–Oliver, ¿qué es eso?

–¿Qué?

–Esto. –Calypso lo tocó con la mano.

–Yo. Mi polla.

–¡Oliver!

–¿Qué pasa?

–Es enorme.

–Es muy normalita. Es que tengo una erección.

–Una ¿qué?

–Una erección. Quiero metértela. ¿Nunca has visto a un hombre con una

erección?

–No. –Calypso se volvió para darle la espalda sin despegarse de él. Oliver le cubrió los pechos con las manos.

–Entonces es verdad que eres inmaculada.

–¿Qué significa eso?

–Que eres virgen. No me lo creía.

–Me da vergüenza que digas estas cosas. –Calypso se apretó contra Oliver y le cubrió las manos con las suyas–. ¿Es verdad? ¿No me dolerá mucho?

–No. Te dilatas. Al fin y al cabo, tienes que dilatar para que pase la cabeza del niño. Supongo que sabrás cómo nacen los niños, ¿no?

–Pues claro. –Calypso cerró los ojos a la luna.

–Te quiero. –La besó en el cuello–. Te querré siempre.

–No lo creo. –Sophy ya estaba a su lado, gateando con sigilo por la última cuesta–. ¿Cuánto he tardado? Por favor, encended la linterna y avisad.

Calypso dio un grito bien largo.

–¿Por qué has dicho que no me querrá siempre? –preguntó. Pero Sophy sabía que no era buena idea contestar cuando Calypso hablaba en ese tono.

Esperaron, lanzando destellos con la linterna y gritando hacia el césped a medida que iban llegando Paul, David, Polly y Walter. Después se sentaron un rato a contemplar la estela de la luna en el agua.

–Nunca más –dijo Polly–. ¿Dónde estaremos el año que viene por estas fechas?

–Bajo tierra –gruñó Walter.

–«Caídos en algún campo lejano que será para siempre Inglaterra» –citó Oliver, mal[10]–, como la pierna del tío. Odio ese poema. Prefiero el que dice: «Y todavía queda miel para el té y panecillos para mi fulana[11]».

Hace unos meses, en una trinchera, con un par de compañeros hicimos un concurso de censurar obscenidades.

–¿Quién sacó con marca y quién sin marca? –preguntó Sophy, pensando en el juego nuevo, para olvidarse de Oliver y Calypso. Quería pillarlos desprevenidos.

–Eso no se puede decir. –Walter empujó a Sophy, que rodó por la hierba–. Éramos once, así que ocho serán inocentes y la mayoría de los once no sabría qué hacer si sacara una carta marcada.

–¡Qué emocionante! ¿Dijiste que la fecha límite eran cinco años, Oliver? Es muy poco para algo tan importante.

–Que sean diez –asintió Oliver con generosidad–. Así, si Sophy ha sacado una carta marcada puede esperar hasta los veinte.

–La guerra habrá terminado para entonces.

–O estaremos todos muertos. Venga, arriba y al acantilado. ¿Te llevo a hombros, Sophy?

–No, gracias.

–¿Qué hará en la guerra la gente mayor? –Polly iba al lado de los gemelos.

–Compararla con las suyas –contestó Walter por encima del hombro.

–Mirar y esperar –dijeron los gemelos, pensando en Pauli Erstweiler, encerrado en un campo de concentración.

–Guardar luto –añadió Calypso–. Eso se les da bien.

–Está claro que todos vamos a aprender –señaló Oliver secamente.

–El tío Richard quiere un perro –dijo Sophy sin venir a cuento.

–¿Cómo lo sabes?

–Echa de menos a Farticus.

–Pues le buscaremos uno. A Helena no le hará gracia.

–Ya va siendo hora de que dejemos de pensar siempre en Helena –replicó Polly–. Le dio al tío una patada considerable antes de cenar.

–Se la merecía: él y su general. Abajo los generales.

–Y sobre todo Franco.

–Eso.

–Va a ser incómodo para el general –observó David.

–¿Por qué? –preguntó Polly con brusquedad.

–Porque cuando sus amigos nazis lo invitaron al mitin de Núremberg y le presentaron a Hitler volvió impresionado por el espectáculo y diciendo que así los jóvenes se hacían valientes. El año pasado, cuando volvió de Múnich, no hablaba de otra cosa.

–A mi padre le dijo que sería un buen espectáculo meter a los maricas ingleses en las Juventudes Hitlerianas. –Calypso se echó a reír–. Lo dijo porque cree que a todos os hace falta un corte de pelo y porque le fastidian los zapatos de ante de Oliver.

–Ahora se ha vuelto muy patriota –dijo Polly–. Me han dicho que está organizando la defensa antiaérea y ha instado a todos sus tenientes a participar.

–Qué asco me da –dijo Walter–. Si voy a mi submarino no será por él, ni de coña.

–Será por todos los Pauli Erstweiler del mundo, ya lo sé. –Polly se volvió hacia Calypso–. ¿Tú qué piensas hacer?

–Buscar un trabajo elegante donde esté rodeada de hombres ricos.

–Yo creo que lo dice en serio. –Los gemelos se rieron–. ¿No te apetece animar a las tropas?

–También. –Calypso sonrió con dulzura–. Naturalmente –añadió, mirando de reojo a Walter y a los gemelos. ¿Ellos también tendrían erecciones? Se lo preguntaría a Polly, que entendía de sexo porque podía mirar los libros de ginecología de su padre, a ser posible sin delatar su ignorancia sexual.

Cuando ya llegaban al césped, Polly preguntó a voces:

–¿Ha ganado Oliver, como siempre?

Pero los mayores estaban en el salón, con aire preocupado y hablando en voz baja. Helena estaba al lado de la puerta, muy pálida.

–Ha llamado vuestro padre –les dijo a Walter y Polly–. Mañana van a evacuar su hospital.

–La guerra –dijo Polly. Y nadie la contradijo.

El miedo se palpaba en el ambiente. Monika buscó la mano de su marido. Helena cruzó una mirada de desesperación con Max. Luego, en las caras de los jóvenes, vio el miedo mezclado con una combustión sexual de la que más adelante se acordaría. Walter tenía los ojos vidriosos. Polly miraba con gesto interrogante a los gemelos, y ellos le aguantaban la mirada. Calypso miraba a Oliver.

–¿Bueno?

Sophy tiró de la mano de Oliver.

–¿Qué hay del juego nuevo?

–Anulado. –Oliver estaba mirando a Calypso y no prestó atención a la niña–. Ahora todos tenemos las cartas marcadas.

Sophy empezó a refunfuñar y Oliver se soltó de su mano.

Richard llegó renqueando hasta el vestíbulo y dio unos toques al barómetro.

–Va a hacer buen tiempo –anunció con alegría. Y la escena se diluyó.

–Deberíamos irnos –dijo Monika en voz baja.

Los Erstweiler se despidieron amablemente. Los primos y los gemelos salieron a sentarse en el césped delante del mar.

–Sophy, a la cama –se oyó a Helena desde la casa–. Es muy tarde.

Y la niña se fue sin dar las buenas noches, arrastrando los pies.

–¿Intentamos hablar con mamá?

Walter y Polly se encaminaron al teléfono.

–Anda, vámonos –dijeron los gemelos con tristeza–. ¿Se lo decimos esta noche o esperamos a mañana? –Pensaban en sus padres.

–Qué buenos ratos hemos pasado aquí. –David se volvió a mirar la casa, firme frente a los vientos–. ¡Qué casa tan fea! Propongo que los dejemos dormir y se lo digamos por la mañana –añadió, presa de la necesidad de proteger la inocencia de las buenas personas–. Son tan vulnerables como Sophy.

–En otro sentido.

Se miraron, viendo cada uno en la expresión del otro la preocupación que sentían por sus padres, y el miedo compartido.

VII

Helena se desvistió, se cepilló el pelo, se lavó los dientes, se puso crema en la cara y se sentó en el borde de la cama, atenta a la conocida rutina de Richard en el vestidor.

–Richard.

–¿Sí, cariño? Una buena velada. Gracias por el esfuerzo.

–No es ningún esfuerzo.

–Perdóname por meter la pata con esos judíos.

–Ya lo has compensado, Richard. Creo que no voy a ser capaz de dormir. ¿Podemos hablar un poco?

–¿De qué? –Richard estaba en pantalón y camisa, con los tirantes colgando por la espalda.

–De la guerra.

–Es otra falsa alarma –aseguró el comandante con violencia–. No habrá guerra.

–Están evacuando los hospitales y a los médicos, y también a los niños. Martin sabe que…

–Es otro simulacro. El general dice…

–El general está matando a los perros.

–Todavía no lo ha hecho. Por Dios, Helena, no habrá guerra. No te dejes llevar por el pánico. –Richard se había puesto muy rojo.

–No puedo hablar contigo. –Helena estaba rabiosa.

–¿Qué quieres decir?

–Que no puedo. ¿Cómo voy a hablar contigo si niegas lo que está pasando? Esos chicos tendrán que ir, y volverán a repetirse los horrores, solo que peor. Richard, no soporto que escondas la cabeza debajo del ala. Me voy a Londres.

–¿Para qué?

Ella lo miró con desesperación, incapaz de decir: «Para no estar contigo», que era su principal deseo.

–Para hacer unas compras.

Richard cerró la puerta del vestidor. Helena oyó que se quitaba los pantalones, dejaba la pierna en una silla, subía a la cama de un salto, y el colchón resoplaba al acostarse.

¡Por favor! Se vistió, hizo una maleta y salió de casa. «Es la peor discusión que hemos tenido y no nos hemos dicho nada.» Cargó con la maleta hasta el coche, arrancó y siguió cuesta abajo. Al llegar a la carretera, al pie del cerro, el motor

empezó a toser y se ahogó con un gemido. Se había olvidado de llenar el depósito. Cruzó los brazos sobre el volante, apoyó la cabeza y lloró de frustración.

Esa noche templada de finales de verano, Oliver y Calypso seguían en el césped aromático. Oliver había cogido la mano de su prima y estaba tumbado de espaldas, con el brazo libre encima de los ojos.

–¿Ahora te casarás conmigo?

–No, no, no.

–Pero la guerra lo cambia todo.

–¿Sí?

–Por supuesto. Si voy a combatir tengo que tenerte.

–Podrías encontrar un puesto en el que estés a salvo. Dicen que en esta guerra no hacen falta tantos hombres. Tiene que haber ocupaciones seguras.

–Yo quiero combatir. Estoy comprometido.

–¿Con quién?

–Conmigo mismo, contigo.

–Yo no te pido que combatas. No te pedí que te fueras corriendo a España de esa manera tan absurda. No te pido que luches por los judíos.

–Contra el fascismo, contra los nazis.

–Ah, eso son etiquetas. Algunos son encantadores. Ese grupo que conocimos esquiando. Me encantó ese grupo de Kitzbühel.

–Les gustabas. Me acuerdo. ¿Los besaste?

–A un par de ellos.

–Calypso, mírame. Te lo digo en serio. ¿Quieres casarte conmigo? Al menos vamos a comprometernos.

–Te he dicho que no por lo menos cien veces. No. Te consolaré, como suele decirse, pero casarme, no. Solo te haría infeliz –insistió.

–Estoy dispuesto a correr el riesgo. Ya soy infeliz.

–Bueno, entonces ya sabes lo que te espera. –Calypso se levantó, bostezando–. Tengo mucho sueño. Buenas noches, Olly.

–Te tomo la palabra en lo de consolarme.

–De acuerdo.

Calypso entró en la casa.

Oliver se tumbó boca abajo. Por encima de él, Sophy, con los pantalones del pijama arrugados alrededor de la cintura, empezó a bajar de la rama de un árbol.

–Sophy, ¿estabas escuchando?

–Sí.

–No está bien escuchar a escondidas.

–Ha sido por casualidad. Vengo a menudo.

–Ven. Te cojo. –Tendió los brazos para sujetar a la niña cuando saltara.

–Muy bien. Vamos a sentarnos un rato.

Se sentaron con la espalda contra el árbol, atentos al ruido del mar al romper en las rocas.

–La marea está alta –dijo Sophy.

–La marea de la guerra.

–Tengo miedo. ¿Tú?

–Sí, mucho.

–Más que en la Carrera del Pánico.

–Sí, mucho más. Esto es de verdad.

–¿En qué sentido?

–El ruido, el olor, la suciedad.

–Volveré a correr en tu honor.

–Qué graciosa eres. ¿Por qué no estás ya en la cama?

–Deja que me quede un rato.

Oliver abrazó a la niña. Al este se veía un falso amanecer. Le dio un beso en la cabeza.

–Me voy, Sophy.

–¿Cuándo? –La niña se sobresaltó.

–Ahora mismo. Cuanto antes mejor. Aquí no pinto nada. La guerra me espera.

Sophy lo miró con la cara llena de lágrimas. Tenía ganas de decir: «Estoy aquí. Soy algo». Lo siguió hasta la casa, lo vio meter la ropa en la mochila y después lo acompañó por las escaleras y hasta el jardín, saltando a su lado, descalza. Él se detuvo al llegar a la verja.

–Ahora dime adiós y vuelve a la cama.

–Yo te consolaría –dijo la niña con pasión.

Oliver se echó a reír y se agachó para darle un beso.

Sophy le echó los brazos al cuello.

–¿Volverás? Promételo.

–Puede. Ahora déjame, me tengo que ir.

La niña bajó los brazos y lo vio alejarse por la carretera a grandes zancadas, convertido en un monstruo por culpa de la mochila. La primera gaviota del día ya empezaba a gemir. Estaba en pijama y tenía frío y ganas de hacer pis. Su desolación era inmensa.

Al pie de la cuesta, Oliver se encontró con Helena, que se había quedado dormida en el coche con la cabeza apoyada en los brazos.

–¿Estás bien? –Le extrañó verla allí a esas horas.

–Me he quedado sin gasolina.

–Iré andando y te traeré un poco. Las gasolineras abrirán enseguida.

–Deja aquí la mochila. –Helena no hizo preguntas.

Oliver volvió con una lata.
–¿Adónde vas? –preguntó.
–A Londres.
–Yo también.
–Puedo llevarte. Nos turnaremos al volante.
–Muy bien. –Se sentó al lado de su tía–. ¿Te quedarás en casa con mamá?
–No lo había pensado.
–Se alegrará de tenerte allí. Si paramos a desayunar en Truro puedo llamarla.
–Gracias, Oliver.

Cuarenta y cinco años después, circulando por la quirúrgica autopista, Helena recordaría con nostalgia aquel viaje con Oliver. Pararon en Truro, en el Red Lion, y desayunaron en silencio –huevos con beicon y mermelada– en un salón vacío, leyendo los periódicos. Luego atravesaron el centro de Cornualles, viendo asomar de vez en cuando el mar a lo largo de la costa norte, y siguieron por Bodmin hasta el Páramo de Bodmin, y por delante de la Posada Jamaica, hasta que pararon a beber algo en Launceston, en el White Hart, antes de comer en el Arundel Arms de Lifton, donde en todas las mesas se hablaba del río y de las perspectivas de la pesca. Cruzaron Somerset, donde los campesinos segaban el maíz con unas segadoras escandalosas tiradas por caballos, y más adelante Ilchester e Ilminster, por una carretera bordeada de majestuosos olmos con las hojas del color verde oscuro que se les ponía al final del verano; llegaron a Mere, y allí cenaron en el Old Ship. Hicieron los últimos ciento sesenta kilómetros por las llanuras de Salisbury y admiraron la luna en el cielo raso al entrar en Hampshire, donde el maíz esperaba la siega. Continuaron por Andover y Camberley, pasaron por delante del Cricketers' Arms en Bagshot, pasaron Virginia Water y Egham, en Staines encontraron un atasco y por fin llegaron a la calle donde vivían los padres de Oliver, muy cerca de Harrods y de Peter Jones[12]. ¿De qué había hablado con Oliver, ese día tan largo? Helena, que iba deprisa por la autopista, no lo recordaba. ¿De qué habían hablado? Ni de Richard ni de Calypso. ¿De la guerra? ¿De libros? ¿De música, quizá? De viajar, muy probablemente. Se acordaba de que le contó cómo era Grecia. Los baños en el mar templado y los paseos por los montes pedregosos en otoño, donde el azafrán amarillo y el ciclamen rosa brotaban directamente de las rocas.

También hablaron de los pueblos que, en todo el camino de Londres a Penzance, estaban ornados con banderas apenas dos años antes, cuando en un estado de ánimo muy distinto salieron de Londres en grupo, huyendo de las multitudes y de la coronación del rey, y de que hicieron el viaje de noche, por carreteras desiertas. Había sido una noche feliz, pensó Helena. Oliver entonces era feliz: aún no se había enamorado de Calypso.

–Estaréis agotados –dijo la madre de Oliver desde la barandilla del balcón, inclinada sobre los geranios rosas–. Ahora mismo bajo.

Oliver sacó del coche la maleta de Helena. Sarah Anstey abrazó a Helena y le dio un beso.

–Sarah, necesitaba venir. Espero no molestarte. Puedo irme a un hotel.

–No digas tonterías. George llegará enseguida. Ha tenido que ir corriendo al Almirantazgo: está ocupadísimo, desbordado ya. Me alegro de verte.

–En Cornualles no puedo tomar decisiones. Nunca puedo.

–No, claro. Lo comprendo.

¿Lo comprendía Sarah? Por supuesto que no. Sarah era una mujer afortunada: estaba enamorada de George y lo estaría siempre; le preocupaban Oliver y la guerra, lógicamente, pero ¿cómo podía una mujer como ella, a quien todo le salía siempre bien, entender a Helena, que tenía el don de hacer que las cosas se torcieran?

Se acordó, yendo por la autopista, de que esa noche Sarah le ofreció la habitación libre del piso de arriba y avisó a la doncella –que más adelante llegaría a ser una persona importantísima para los Wren y los llamaba a todos por su nombre de pila–, que la ayudó a deshacer la maleta, le abrió la cama y le dio la bienvenida con muchos aspavientos. Se acordaba de un baño de espuma largo y caliente, y del placer de meterse en una cama lejos de Richard.

–No sé cómo no me dio vergüenza –dijo, yendo por la M4 a toda velocidad.

–Vergüenza, ¿de qué? –El conductor circulaba por el carril rápido, sin apartar la vista del asfalto.

–Vergüenza de mí misma –explicó Helena–, pero no me la dio. Fue un alivio estar en Londres.

–¿Cuándo fue eso?

–Cuando estalló la guerra.

–Ah. –El conductor aceleró, adelantó a un Lancia y lo obligó a dar un volantazo–. Es una pena esa enfermedad de los olmos –dijo, por dar conversación, ahora que Helena parecía despierta–. Este paisaje antes debía de ser precioso.

–No, no me dio vergüenza. Fue un alivio del carajo. –Helena se había propuesto escandalizar al conductor, y lo consiguió–. Oliver decía que ya era demasiado vieja para esas cosas.

–¿Cuándo?

–Hace cuarenta años… Más.

Pero sí le dio vergüenza, porque fue la vergüenza además de la compasión por el animal lo que le hizo comprar un cachorro para Richard en la sección de mascotas de Harrods unos días después.

–¡Cómo se rió Sarah!

–¿Quién era Sarah?

–Sarah era la madre de Oliver.

–¿Oliver Anstey?

–Sí.

–Era muy conocido. No sabía que lo conocieras.

–Sigue vivo y coleando.

–Ah. No lo sabía. He leído sus libros, por supuesto. Da la impresión de que siempre anda buscando algo y no sabe qué es.

–Eres muy perspicaz. ¿Podrías no ir tan deprisa? No tengo miedo de morir pero sí de acabar aplastada entre un montón de chatarra.

Y el conductor, que se había ofrecido a llevarla por amabilidad, desaceleró y lamentó ser tan amable. Ya estaba avisado para la próxima, aunque, pensándolo bien, su pasajera parecía frágil y quizá no hubiera muchas más ocasiones.

–Creía que tendrías prisa por llegar.

–Ah, no. Yo nunca he tenido prisa. De hecho, una vez estuve a punto de mandarlo todo a paseo.

–Ah, ¿sí? ¿Cuándo fue eso?

–No es cosa tuya.

El conductor pisó el acelerador.

VIII

–Sarah. –Helena se sentó con la madre de Oliver en la cocina ese domingo de septiembre por la mañana–. Estoy pensando en dejar a Richard.

–Me lo he imaginado. –A Sarah no la sorprendió–. ¿Por qué te casaste con él? Siempre nos ha extrañado.

–La verdad es que no lo sé. ¿Quizá porque era amigo de Anthony? ¿Porque necesitaba cuidar de alguien? ¿Porque me sentía sola? ¿Por lástima? ¿Porque se quedó viudo y con Sophy huérfana? No fue por amor.

–No fue por amor, claro que no. –Sarah seguía pelando los guisantes. Tal vez el mundo estuviera a punto de acabarse, pero su marido esperaba comer ese domingo–. No estoy acostumbrada a cocinar –murmuró mientras echaba un vistazo al redondo de ternera que tenía en el horno–. ¿Tú crees que se está haciendo bien?

–Creo que sí. –Helena miró los pies que pasaban por la acera, separada del sótano por una verja–. Richard tenía una buena hoja de servicio. Eso me pareció importante. ¿Quieres que prepare las verduras? Sé hacerlas.

–Sí, por favor. Aquí tienes un cuchillo.

Helena cogió el cuchillo y un manojo de espinacas.

–De repente he entendido por qué me casé con Richard.

–¿Por qué?

–Por la pierna, fue por la pierna.

–Pero esa es la razón por la que quieres dejarlo.

Los ojos de Sarah, tan brillantes como los de Oliver, captaron la mirada de preocupación de Helena. Y las dos se echaron a reír, llenando la cocina de carcajadas. Las risas no dejaron oír la voz de George, que estaba diciendo algo por el hueco de la escalera. Repitió la frase mientras bajaba los peldaños de piedra seguido de Oliver.

–¿Qué decías, cariño? –Sarah se secó los ojos.

–Os habéis perdido el anuncio. –George miró a las mujeres, que seguían riéndose–. Estamos en guerra.

–Qué pena: quería oír a ese gilipollas.

–En cierto modo es un alivio. –Helena había dejado de reírse y tomó aire. Sarah y George tenían un hijo–. Ay, Dios mío –añadió.

–Pensaba que tú ya no creías en Dios –dijo Oliver.

–En momentos de angustia…

Si hubiera podido terminar la frase, nadie la habría oído. La primera sirena de

la guerra empezó a sonar. Subieron al balcón para mirar el cielo, uno al lado del otro detrás de los geranios en sus jardineras.

–Pónganse a cubierto y busquen las máscaras antigás –les advirtió a gritos un guardia que iba con prisa.

La calma del domingo en Londres no se vio interrumpida. Una lechuza ululó a lo lejos, en Thurloe Square.

–Seguro que la ha despertado ese ruido infernal. No parece que nadie esté a cubierto.

George bajó la barbilla para relajar el cuello. Se estaba cambiando mientras oía el anuncio de Chamberlain y se había apretado demasiado el nudo de la corbata. Tenía la sensación de que se ahogaba.

–Afloja la corbata, cariño: te vas a ahogar. ¡Ah, mira!

Un taxi. La cabeza de Calypso asomó por la ventanilla mirando hacia el cielo. Calypso, Polly y los gemelos bajaron del coche.

–¿Alguna bomba? –preguntó Polly a gritos.

–¿Gas? –añadieron los gemelos–. ¿Han lanzado gas?

–Setenta y seis –dijo el taxista.

–¿Buscáis refugio? –ofreció George desde el balcón.

–No. Gracias de todos modos.

–Ve a abrirles, Oliver. –Sarah contempló el cielo, inocentemente azul.

–¿Dónde está Walter? –Helena se asomó al balcón.

–Se ha bajado en Plymouth para enrolarse en la Marina. Qué olor tan rico a ternera asada.

–¡Ay, Dios mío, el redondo!

Sarah bajó volando a la cocina a apagar el horno.

Fue más tarde, mientras tomaban la carne reseca, cuando Oliver anunció que se había alistado en el Ejército.

–Estoy en la tropa, aunque haber estado en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales me ha ayudado un poco. Me presenté antes de ir a Cornualles.

–¿Y lo de España? –preguntó uno de los gemelos.

–No me preguntaron, y yo no dije nada.

–Tenemos que darnos prisa. No sabemos adónde ir. ¿Alguna idea? –Miraron a George.

–Probad en el Ministerio del Aire. –George estaba preocupado.

–Habrán puesto carteles. Iremos a ver. El país nos necesita.

–¿Dónde os alojáis? –preguntó Sarah, mirando alrededor de la mesa.

–Conmigo –dijo Polly–. Mamá y papá han alquilado unas habitaciones en el campo, cerca del hospital. Dijeron que Calypso podía quedarse y los gemelos también, hasta que se alistaran.

–¿Qué vais a hacer vosotras?

–¿De trabajo? ¿Qué sugieres, tío George? –preguntó Calypso con aire seductor.

–Supongo que podría presentaros a algunas personas.

–Yo ya tengo trabajo –anunció Polly–. Me presenté hace meses.

–Ah, qué suerte. ¿Es elegante?

–No lo creo. Es en el Ministerio de la Guerra.

Richard llamó esa noche. ¿Cuándo volvía Helena?

–Tengo que hacer unas compras. –Qué excusa tan mala–. Habrá escasez. Voy a hacer provisiones. –Esto sí parecía más lógico.

–Estoy muy incómodo sin el coche.

–Pídele al general que te lleve.

–Está muy ocupado organizando cosas.

–Pues que te dé trabajo. Ahora te necesitarán.

–Helena, ha matado a los perros. ¿Te lo puedes creer? No sé si…

–Pobre Richard. ¿Qué sientes?

–Puede que tengas razón en lo de Hitler.

–Richard, ¿te encuentras bien?

–Claro que sí. El general también piensa lo mismo.

–¿Qué piensa?

–Que Hitler es un engreído y un sinvergüenza, que solo un chusquero sería capaz de hacer algo así.

–Richard, es el mejor chiste que has hecho en la vida.

–No era un chiste.

Helena oyó que su marido dejaba el auricular y colgaba el teléfono.

–¿Vas a volver? –preguntó Sarah, preocupada.

–Todavía no. Tengo que pensar.

–¿En qué? ¿En Sophy?

–Sophy tiene mucho que ver con todo esto. No es solo la pierna, es Sophy también. Sarah, no me gusta Sophy.

–Ya lo sé –asintió Sarah–. Ya lo sé. ¿Por qué no la mandas al colegio?

–¿En plena guerra?

–Helena, la vida no se detiene: sigue adelante, con guerra o sin ella. Mándala a un internado y estarás mucho más contenta.

–¿Tú crees?

–Pregúntale a Polly. Estaba encantada en su colegio. A lo mejor aceptan a Sophy. Con el de Calypso no podemos contar. La expulsaron. Creo que por coquetear con el jardinero.

–Pero el de Polly estaba cerca de Cambridge…

–Hay unas cosas que se llaman trenes. Habla con Polly y con su madre. Ellas te ayudarán. ¿Por qué no haces una lista? Empieza por la pierna, luego Sophy,

luego las compras. Puedes tachar la pierna directamente, porque eso no tiene remedio. –La preocupación impulsaba a Sarah a ponerse sarcástica.

–Ya sabía yo que me ayudarías. –Helena buscó un papel, escribió «Lista» y lo subrayó. Debajo anotó «Pierna» y lo marcó con una equis. Y a continuación: «¿Sophy? Comida y ropa»–. ¿Qué puede hacernos falta? –preguntó, pero Sarah estaba atareada y ya se iba.

Fue al día siguiente, después de gastarse un dineral, cuando al salir de Harrods atajando por la sección de mascotas compró un cachorro de dachshund. El intento de conseguir una rebaja con el argumento de que el perro era alemán se recibió con desprecio. Aun así consiguió organizarlo todo para que enviaran el perro a Richard por tren.

–En consideración a tus alfombras –le dijo a Sarah.

–No creo que las alfombras vayan a ser importantes. He hablado con la madre de Polly, por lo de Sophy.

–Y ¿qué ha dicho?

–Dice que es un buen colegio, que mandes a la niña, y que puede quedarse con Polly en vacaciones o cuando tenga que pasar por Londres.

–Me has quitado un peso de encima –resopló Helena.

–Puedes hacer una visita al colegio. Aquí tienes la dirección. Llama esta noche. Hazlo ya, Helena.

–Me estás metiendo prisa.

–Es que hay prisa. No es bueno que a una la odien a la edad que tiene Sophy.

–Yo nunca he dicho que la odie.

–Pero es verdad.

Helena fue a visitar el colegio. De vuelta en Londres la esperaba un recado de Richard: que llamara urgentemente.

–Le ha pasado algo a Sophy –explicó Sarah.

–¿Qué?

–No quiere o no puede decirlo. Parecía desesperado.

–Está bien. Iré –cedió Helena.

Por una vez, el viaje por aquellas carreteras laberínticas le resultó incómodo. Muy pronto, pensó, el racionamiento de la gasolina restringiría la poca libertad que podía darle el coche.

Richard salió a recibirla con el cachorro en brazos.

–Has recibido mi regalo.

–Lo muerde todo. Se ha comido mi mejor chaqueta.

–¿Dónde está Sophy?

–En la cama, en la casa parroquial.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

–No quiere contarlo, o no puede. La familia del párroco se ofreció a acogerla.

Al parecer que era mejor para ella estar con una mujer. Yo no puedo hacer gran cosa con la pierna así. Monika Erstweiler la está cuidando. El médico ha dicho que necesita tranquilidad.

–Pero, por Dios, ¿qué ha pasado?

–No lo sé. –Richard dejó al perrito en la hierba y vio que hacía pis–. Muy bien, amigo. Buena idea.

–¿Qué le ha pasado a Sophy? –Helena estaba impaciente y enfadada.

–Salió a dar un paseo. Ya sabes que le gusta andar por ahí. No sé adónde fue. Yo estaba aquí encerrado por culpa de la pierna.

–¡Maldita pierna!

–Sí. –Richard miró a su mujer con simpatía–. Ya sé que es un engorro tan grande para ti como para mí. Lo siento. Tengo que olvidarme de ella. He oído hablar de un hombre sin piernas que vuela. Se llama Bader y está intentando reincorporarse a las Fuerzas Aéreas sin piernas, fíjate.

–¿Sophy?

–El párroco la encontró en el camino del acantilado. La notó rara y se ofreció a llevarla, y Sophy se desmayó en el coche. No ha contado nada. Está en la cama. Es desquiciante.

–¿Tiene heridas o contusiones?

–Nada. Yo diría que ha tenido una especie de ataque.

–Tonterías.

–Bueno, sí. El médico dice que ha sido un susto, pero ¿cómo se puede llevar alguien un susto por aquí? Es ridículo.

–Vamos a verla.

Helena abrió la puerta del coche y Richard entró con el perrito.

–Ni siquiera reacciona con el cachorro. Yo creía que le gustaría.

–¿Ha dicho el médico si… o sea, si…? –Helena dudó.

–No la han tocado. Para nada. Tampoco ha podido cruzarse con Penrose. Ha sido una mala coincidencia.

–Penrose. ¿Quién es Penrose?

–El guardacostas. Ya lo conoces. El Ejército está levantando una alambrada contra los invasores en el camino. Hitler no podrá invadir estos acantilados verticales. Claro que yo, con la pierna así, nunca salgo a pasear por esa zona. ¡Ay, perdona! Ya he vuelto a hablar de la pierna.

–Da igual. –Helena aparcó delante de la casa parroquial–. ¿Qué pasa con Penrose?

–Se cayó por el acantilado. Borracho, supongo, o quería suicidarse. Su mujer dice que tenía muchos cambios de humor. El caso es que los soldados lo encontraron flotando en el agua. La policía está muy ocupada: por fin tiene algo que hacer. Si no me faltara la pierna…

Helena salió del coche y llamó al timbre de la casa parroquial. El párroco abrió la puerta y Helena le dio un beso en la mejilla.

–¿Quieres subir directamente? Monika está con ella. Es en el último piso a la izquierda. Mildred ha tenido que salir.

Sophy estaba recostada entre almohadones, con los ojos apagados y la cara no más pálida de lo habitual.

–Hola, cariño. –«Nunca la llamo cariño», pensó Helena con incomodidad–. Hola, Sophy, ya he vuelto a casa. ¿Cómo te encuentras?

La niña no contestó. Ni siquiera miró a Helena.

–Cuando estuve en Londres compré ese perrito, y también te he traído un montón de ropa.

No hubo respuesta. Helena miró a Monika, que sonrió para darle ánimos y señaló una silla cerca de la cama. Helena se sentó.

–Polly ya tiene trabajo en la guerra y Calypso está en ello. Walter se ha enrolado en la Marina y los gemelos en las Fuerzas Aéreas. Oliver se ha alistado en el Ejército de Tierra, en la tropa. No quiere ser oficial.

La niña parecía una muñeca de trapo: no parpadeaba. Era desconcertante. Helena notó que su exasperación crecía por momentos. ¿Por qué no respondía? Miró a Monika en busca de consuelo.

–La tía Sarah y yo hemos pensado que a lo mejor te gustaría ir al colegio, y he ido a conocer el colegio de Polly. Está cerca de Cambridge. Creo que te gustará. –Monika asintió–. Podrás estar con niñas de tu edad y jugar, y de todo. Polly dice que puedes quedarte en su casa cuando pases por Londres. ¿Qué es ese ruido?

Monika se había acercado a la ventana.

–La policía –dijo–. La policía.

–Ah, sí. –Helena bajó la voz hasta convertirla en un susurro que Sophy oyó perfectamente. Monika no llegó a oírlo, porque se había asomado a la ventana–. Creo que un guardacostas ha tenido un accidente. ¡Qué desgracia!

–Es por nosotros –dijo Monika, apartándose de la ventana con la cara blanca–. No por el guardacostas. Tu cuñado, que es muy amable, nos avisó. Vienen a detenernos. Somos enemigos extranjeros.

–¡Qué cosa tan absurda! –protestó Helena, levantando la voz con rabia.

–Tengo que ir a buscar a mi marido. –Monika se acercó a Sophy–. Sé valiente, mi niña. –Se agachó y le dio un beso–. Esto es la policía inglesa, no la Gestapo.

Sophy se sentó de repente.

–Os sacaremos. Escribiremos a nuestro diputado. Escribiremos a *The Times*.

Salió a gatas de la cama. Helena y Monika, atónitas por esta reacción tan adulta, se echaron a reír.

–Sophy, te quiero.

Monika la abrazó y la achuchó.

Mi vida sería más fácil si la quisiera, pensó Helena, observándolas.

–El tío Richard puede escribir las cartas. –Sophy había bajado las escaleras llamándolo a voces–. ¡Tío Richard, tío Richard, por favor!

–Y escribió –le contó Helena al conductor–. Escribió a *The Times* y a todos los diputados que se le ocurrieron. Se lo tomó muy a pecho.

–¿El qué? –El conductor adelantó a un camión grande y Helena cerró los ojos.

–El error de detener a esos extranjeros.

–¿Como a Arthur Koestler?

–Sí. Koestler era famoso, pero a los Erstweiler casi nadie los conocía por aquel entonces. Richard escribió al marido de Calypso y consiguió que se interesara por el caso. Ese hombre ayudó bastante, mucho, la verdad.

–¿Mi padre?

–Perdona. De repente me he olvidado de que Calypso es tu madre.

–No pasa nada.

–Richard encontró una ocupación y pudo olvidarse de su pierna.

–¿Qué le pasaba a la pierna?

–La perdió en Flandes.

–Pero eso no le impedía escribir, claro.

–No. La injusticia le sirvió de acicate.

–¿Consiguió sacarlos de la cárcel?

–Sí, al cabo de un tiempo.

–Y después se acordó de su pierna –señaló el conductor de Helena, que era estudiante de psicología.

–Sí, sí, se acordó –suspiró Helena–. Se acordó de la puñetera pierna.

El conductor, el hijo de Calypso, puso cara de asombro. En su mundo, las señoras de clase media no decían palabrotas, ni siquiera a los ochenta y tantos años.

–Claro que, visto con perspectiva, a Max le ayudó mucho ser de los primeros que entraron en prisión.

–¿Por qué?

–Su nombre se hizo muy popular en la prensa, y para bien, en comparación con Furtwängler, que se había quedado en Alemania. Aunque Furtwängler no era judío, como Max, y era muy partidario de Hitler. A Monika y a Max los pusieron en libertad justo cuando empezaron a encerrar a todos los demás. Max tuvo ventaja profesionalmente.

–Se hizo famoso en este país.

–Siempre he creído que el general tuvo la culpa.

–¿Qué general?

–El general Peachum, un amigo de tu tío abuelo, un vecino: odiaba a los

judíos y era admirador de Hitler y de Ribbentrop. Un hombre muy tonto, el maestro perrero. Instó a la policía local y a los guardacostas a buscar espías. Era el típico «señorito rural», un hombre de bien. Esa gente hace mucho daño.

IX

La boda de Calypso con Hector Grant en los primeros días de la guerra, cuando lo único destacable en muchos meses fue el frío glacial, se recibió como una distracción muy apetecible. De la noche a la mañana, Calypso dejó su elegante puesto de trabajo en el servicio secreto para invitar a todo el mundo a su boda en el registro civil de Caxton Hall.

Hector Grant, alto, elegante, diputado por una circunscripción escocesa, había estado casado antes, no tenía hijos, era desmesuradamente rico y dueño de una casa en Westminster y un castillo en las Highlands. La pega, para los padres de Calypso, era que Hector tenía la misma edad que su futuro suegro; de hecho, fue el padre de la novia quien los presentó.

–¿Cómo ha podido ser tan idiota John? –se lamentó Sarah al enterarse de la noticia.

–Supongo que no se le ocurrió –dijo George–. Todos daban por hecho que a ese no lo cazaría nadie. ¿Cómo iba a saber John que, al estallar la guerra, Hector decidiría que quería un heredero?

–Pero ya había tenido una mujer.

–Que no quiso o no pudo darle hijos.

–A lo mejor es Hector el que no puede.

–Ya lo veremos, ¿no?

Y George se fue a su despacho, desanimado, mientras Sarah iba a hablar por teléfono con el Contingente de Cornualles, como llamaba ella a Helena y a Richard.

Richard rechazó la invitación de Calypso con la excusa de que tenía mucho trabajo.

–He escrito a Hector para hablarle de los Erstweiler, por supuesto. Lo conocí en la guerra. Un tipo espléndido, condecorado por su valentía.

Richard no había recibido ninguna condecoración por perder la pierna. Sarah sospechaba que esto le dolía. Pidió hablar con Helena y se lo dijo.

–No seas absurda, Sarah –fue la tajante respuesta de Helena–. Le volaron la pierna mientras tomaba una taza de té, dando la espalda al enemigo. Lo recuerda perfectamente. En ningún momento esperó una medalla. Es verdad que está muy ocupado.

–¿Tú vendrás? Te quedas con nosotros.

–Me encantaría. Nunca he ido a una boda en el registro civil.

–La recepción es en el Ritz.

–Digo yo que se lo puede permitir. Tengo entendido que él paga el banquete.

–Sí. No ha consentido que los padres de Calypso se gasten ni un penique.

–Es que no lo tienen: ese es su problema. Calypso necesita dinero.

–Helena, ¿traerás a Sophy?

–Está en el colegio.

–Puede que le den permiso para venir. Inténtalo.

–Lo intentaré.

Seguro que no, pensó Sarah, pero no lo dijo, y Sophy no fue a la boda. Llegado el momento, George también estaba demasiado ocupado. Sarah y Helena, sentadas con la madre de Calypso, vieron cómo John, con gesto impasible, entregaba a su única hija a Hector, espléndido con su chaqué, sin apenas una cana en la cabeza y con las cejas negras unidas por encima de la nariz como las alas de una polilla.

Calypso estaba deslumbrante, con abrigo y falda blanca, blusa de raso y una corona de gardenias en la elegante cabeza.

–Nunca he visto a nadie presumir tanto –le dijo uno de los gemelos al otro.

Iban los dos con su uniforme de las Fuerzas Aéreas. Polly, que lo había oído, sonrió. Walter llegó a la hora del banquete, flamante y sano marinero de primera. Oliver llegó tarde, aunque a tiempo de besar y abrazar a la novia con su tosco uniforme caqui.

–¡Cómo raspas!

–¿Todavía vas a consolarme?

–¡Ah, eso!

–A lo mejor te lo reclamo pronto. Espero que me manden ya a Finlandia.

–Hector dice que todo se está desmoronando.

–Habrá otras campañas.

–Pues que las disfrutes… –Calypso lo miró con miedo.

–Bueno, ya has conseguido lo que querías. –Oliver no se molestó en bajar la voz. Dio media vuelta y cogió del brazo a Walter–. Ven, cabronazo, vamos a emborracharnos.

Hector puso cara de asombro.

–Parece que va camino de cumplir su objetivo –murmuró. Y, cogiendo a Calypso del brazo, se la llevó de allí–. Ven a conocer a mis amigos del Parlamento. Tenemos que irnos pronto, si no queremos perder el tren.

–Hasta tú has sido joven alguna vez –dijo Calypso alegremente, sentando las bases de su futura relación–. Cumpliré mi palabra si tú cumples la tuya –le susurró. Y a Hector se le ensombreció el gesto.

–Qué cariñosa es con él. –La mujer de un secretario de Estado intentó entablar conversación con Helena, que los estaba observando.

–¿Cariñosa? Ah, sí, cariñosa. –Helena, que había bebido más champán de la cuenta, abortó la conversación.

Esa noche, Polly llevó a los gemelos al York Minster, en el Soho, donde se encontraron con Oliver y Walter flotando en la melancolía del alcohol. Luego sorprendió a todos llevándolos al Gargoyle, un garito del que Oliver había oído hablar pero en el que no había estado nunca, y que Polly por lo visto conocía muy bien. Le hicieron gracia las caras deslumbradas de sus primos.

–No me he dedicado a ver crecer la hierba –explicó–. Trabajo para la mitad de los intelectuales de Londres en mi cuchitril.

Oliver recuperó la sobriedad mientras ella señalaba a Cyril Connolly, Philip Toynbee, Erica Mann, Robert New-ton, Brian Howard y otras figuras de la generación anterior.

–Mis jefes los conocen: yo no –explicó Polly, por consolar a Oliver–. ¿A qué hora sale tu tren?

–A media noche. De Paddington.

–El de Walter también. Os llevaremos. Los gemelos se quedan hasta mañana.

–Es genial tu hermana –le dijo Oliver a Walter cuando consiguieron subir al tren y abrirse camino por el vagón abarrotado.

–No es idiota –asintió Walter.

–Y es muy guapa, la verdad… Qué lástima que Sophy no haya venido.

–Nunca había estado en una boda más incómoda. –Sarah durmió con George esa noche–. Nunca he visto tantas caras tristes. Pobre Oliver.

–Si quieres saber mi opinión, creo que es una suerte para él haberse librado.

–Puede. Siento curiosidad por saber qué está pasando en el tren, camino de Inverness.

–Por la pinta de la novia será la noche de los cuchillos largos.

Pero George se equivocaba. Hector se llevó a Calypso corriendo al Savoy, donde la alegría de la novia al encontrar un teléfono al lado de la taza del váter fue el preludio de una bonita noche de bodas.

–Me ha gustado mucho –dijo por fin–. No te imaginas el miedo que me daba.

–Ya me lo imaginaba. –Hector estaba contento–. ¿Te apetecen unas ostras?

–¿A media noche?

–¿Por qué no?

–¿Necesitamos reponer fuerzas para las Highlands? Eso también me da miedo.

–Espera y verás.

–Muy bien, esperaré. Más vale que me gusten.

–Vas demasiado deprisa otra vez. –La anciana Helena, instalada en el asiento deportivo, volvió la cabeza para mirar a Hamish, que tensó los labios con fastidio mientras obedecía y aflojaba la velocidad–. Te pareces mucho a tu madre.

–¿Ah, sí? Me alegro. Creía que había salido a mi padre.

–Y es verdad, pero muchas veces tienes la expresión de tu madre.

Helena se desabrochó el cinturón de seguridad, para alarma de Hamish.

–Tienes que ponerte el cinturón, tía abuela. Debió de ser muy guapa.

–No hace falta si vas a una velocidad razonable. Claro que era guapa. Lo sigue siendo. Ha mejorado mucho desde que tuvo el derrame cerebral.

–¿Qué quieres decir?

–Calypso tenía unos rasgos demasiado perfectos: los dos lados de la cara eran idénticos. Desde que tuvo el derrame cerebral parece humana, asimétrica. Aunque no creo que el carácter le haya cambiado.

–Parece que se ha recuperado bien en todo menos en la cara. A veces arrastra un pie. ¿La conocías bien cuando era joven?

–Yo solo era una observadora, hijo. Tu madre venía con los demás todos los veranos. Todos los hombres estaban enamorados de ella; y ella al parecer no les hacía ascos.

–¿Al parecer?

–No sé. –Helena se volvió a contemplar el paisaje, que pasaba volando–. Siempre tuvo muy claro lo que quería.

–¡Ah!

–Y lo consiguió. Dinero, diversión, casas bonitas, ropa, joyas: sí, consiguió lo que quería.

–Y ¿a mí me quería?

–Claro que sí. –A sus más de ochenta años, la voz de Helena era mejor que a los cuarenta–. Claro que te quería –repitió. ¿No era Hamish parte del trato?–. Creo que eras lo que más quería. Lo pasó muy mal cuando naciste.

–Siempre lo dice.

–Bueno, no fue culpa tuya, hijo. Se empeñó en quedarse en Londres. Los bombardeos aéreos y el parto no son compatibles, pero a ti la guerra te traía sin cuidado.

–¿Por qué me tuvo en Londres?

–Odiaba Escocia. Era un obstáculo en su vida de casada. Tu padre quería que nacieras en Edimburgo.

–A él le encantaba Escocia. A mí también me encanta.

–Llevó a tu madre allí en su luna de miel. A ella le pareció frío. ¡No paraba de quejarse cuando volvieron! El tren se quedó bloqueado por la nieve.

–Espero que fueran en coche cama. –Hamish trató de imaginarse a Calypso, joven y guapa, en un coche cama con su padre–. Supongo que habría coches cama en la guerra…

–Claro. De Paddington a Penzance. De Euston a Inverness. Los cogíamos siempre que podíamos. Tu padre tenía prioridad, por ser diputado.

–Seguro que a mi madre le gustaba. –Hamish había acelerado.

Helena se resignó y cerró los ojos.

–No creo que compensara el frío.

–Entonces, ¿no crees que me concibieron en un coche cama?

–Fue mucho después, hijo. A esta velocidad llegaremos muy pronto.

–Podemos tomar algo.

–Sí, claro.

–En eso no he salido a mi padre.

–No he insinuado nada.

–¿Crees que se emborrachó en el coche cama?

–No sabría qué decir –contestó Helena, que se había hecho la misma pregunta a menudo.

X

Oliver, que no llegó a salir para Finlandia después de una breve entrevista en Londres, pasó por casa de sus padres a darse un baño. La casa estaba vacía; hacía un frío brutal y el agua o se cortaba o se congelaba. Estuvo dando vueltas por la casa desierta y por fin llamó a Calypso y escribió su nombre en el polvo mientras sonaba el teléfono.

–Voy a pasar la noche en Londres. ¿Hay alguna posibilidad de que nos veamos?

–Vamos a salir. Nos has pillado por los pelos. Hector ya está en la puerta. Nos esperan en una fiesta. –Hablaba con mucha prisa.

–¿No puedo ir yo también?

–No es tu estilo de fiesta, lo siento. Otra vez avisa con más tiempo. Hay muchas fiestas. Londres es muy divertido.

–Mi campamento no lo es.

–Ya me imagino. ¿Por qué no llamas a Polly? Ya voy, Hector, ya voy. –Y colgó.

Oliver fue andando por la nieve hasta casa de Polly, llamó al timbre y, mientras esperaba, se puso a dar pisotones con las botas.

La puerta se abrió de golpe.

–¡Oliver!

–Sophy, ¿qué haces aquí? Creía que estabas en el colegio.

–Tengo una semana de vacaciones, porque he pasado la rubeola. Polly ha salido con los gemelos. Pasa, no dejes que entre el hielo.

–Has crecido. ¿Crees que podría darme un baño?

–Claro.

–¿Algo de beber?

–Hay un poco de ginebra en la cocina. Justo iba a cenar. Los gemelos se quedan a pasar la noche.

–Te llevaré a cenar después de darme un baño.

La niña parecía pachucha. Mientras se servía una ginebra, Oliver intentó acordarse de lo que le había dicho su madre. A Sophy le había pasado algo. ¿Qué?

–¿Hay alguna noticia de los Erstweiler?

–El tío Richard está intentando sacarlos. Recibí una carta de Monika. La habían censurado. ¿No es absurdo? –Sophy se puso colorada.

–Esta puñetera guerra es absurda. –Oliver bebió un trago de ginebra–. Y aburrida, también. Polly no debería dejarte sola en casa: podría haber un bombardeo.

–No pasa nada. Estoy acostumbrada a estar sola. No ha habido bombardeos.

–Los habrá.

Oliver se sintió mejor después del baño.

–¿Dónde vamos a cenar? –La niña parecía esquelética. Tenía un corte de pelo muy poco favorecedor y la mirada recelosa.

–En cualquier sitio. Te llevaré al Savoy. Me apetece cenar bien.

–Nunca he estado en ningún restaurante de Londres.

Y la llevó al Savoy.

–Mi padre me traía a comer aquí en vacaciones. ¿Por qué no has vuelto a Cornualles?

–La tía Helena dijo que estaba demasiado lejos para tan poco tiempo.

–¿Te molesta?

–La verdad es que no. –Sophy parecía evasiva.

–¿Te gusta el colegio?

–Está bien.

–¿No es como Cornualles?

–Para nada. ¿Cómo es la vida del soldado?

Oliver intentó explicárselo mientras la observaba comer, y vio que se relajaba un poco después de tomarse una copa de vino.

–No fuiste a la boda de Calypso.

–La tía Helena no quería que faltara al colegio.

–Ya. ¿Irás a Cornualles en vacaciones?

–Sí. A lo mejor para entonces el tío Richard ya ha conseguido sacar a los Erstweiler. Monika decía en su carta que tenían esperanzas.

Oliver volvió a llenarle la copa.

–Bebe.

–¿No me emborracharé?

–Yo te cuido.

Sophy bebió.

–No me gusta mucho, pero me hace entrar en calor. –Se tocó el pecho plano, se acercó a Oliver y susurró–: He hecho la Carrera del Pánico.

–¿Qué?

–Han cerrado el camino con una alambrada, pero hice la carrera un día antes de que la pusieran para impedir la invasión de los alemanes.

–Ah, la Carrera del Pánico. Se me había olvidado. Parece que ha pasado mucho tiempo. ¿Cuál iba a ser el otro juego? Una estupidez. Lo echamos a suertes. ¿No era matar a alguien?

–Sí –asintió la niña despacio–. Pero lo anulaste.

–¿Qué te pasa, Sophy? Estás rara. ¿Viste algo en la leñera? ¿Te asustó la Carrera del Pánico?

–El miedo me dio alas. Me encontré, quiero decir que vi… –Sophy no apartaba los ojos de Oliver, y él también la miraba a los ojos, pensando: «Algún día será preciosa, con esos ojazos. ¿Qué vio?».

–¿Sí? –preguntó.

Sophy tomó aire.

–Me encontré con el párroco. Fue muy amable y me llevó a casa. –Recolocó el cuchillo y el tenedor, que seguían al lado del plato–. Mira –dijo, señalando con la mirada hacia el fondo del comedor–. Ahí está Calypso.

Y, efectivamente, allí estaba Calypso, cenando con un hombre que vestía el uniforme de la Marina, no con Hector. Por la pinta de la mesa habían llegado a la fase del brandy. Llevaban un buen rato allí.

–Qué cabrona… «Londres es muy divertido.» ¿Desde cuándo sabías que estaba aquí, Sophy?

–La vi cuando entramos. Y no soy una cabrona.

–Lo decía por Calypso, no por ti. Camarero, la cuenta, por favor.

Sophy vio algo en la leñera y no quiere contármelo, pensó Oliver, muerto de celos del marino desconocido mientras pagaba la cuenta y pasaba con su invitada por delante de Calypso, que absorta en la conversación, no los había visto.

–¿Te va a consolar, amigo? –le preguntó al desconocido, que reaccionó con sorpresa, mientras empujaba a Sophy.

Calypso se echó a reír. El frío cortaba como un cuchillo en el Strand. Oliver cogió a Sophy de la mano.

–Vamos a dar un paseo.

Sophy recordaría toda su vida, cada vez que había luna llena, ese paseo por las calles vacías, con la mano en el bolsillo del abrigo de Oliver, el crujido de sus pisadas en la nieve, las sombras negras de los edificios a la luz de la luna y el aire tan frío que dolía respirarlo mientras iban en silencio hasta la catedral de San Pablo, donde pararon a contemplar la cúpula y los estorninos, que se peleaban por posarse en la fachada, silbando, gritando, agresivos.

¿Cuánto tiempo estuvieron allí? El que necesitó Oliver para recobrar la compostura, Sophy para congelarse y un policía solitario para interesarse por ellos y acercarse despacio.

–Cuando la policía fue a buscarlos, a Max y a Monika, ella dijo que esta policía no es la Gestapo. Espero que los dejen salir pronto.

Sophy estaba tiritando en la nieve.

–Sophy, estás helada, ¿por qué no lo has dicho?

–Estoy bien. –Al menos tenía la mano caliente, dentro del bolsillo de Oliver. De eso también se acordaría.

–A los Erstweiler los pondrán en libertad. Vamos, tengo que llevarte a casa de Polly. No hemos dejado una nota. Pensará que te has evaporado.

–Ha salido con David y Paul.

–A lo mejor ya han vuelto.

En los años que siguieron, Oliver nunca llegó a entender por qué el silbido de los estorninos siempre le producía una sensación de celos sexuales. Se había olvidado por completo de San Pablo a la luz de la luna antes de los bombardeos.

Los gemelos y Polly habían cenado en el Royal Court, un sitio más modesto. Polly les había señalado a Augustus John[13], que estaba en la barra. Los gemelos parecían mayores, más confiados, más iguales que nunca de uniforme. Oliver se preguntó si no se habría equivocado al elegir servicio.

–¿Cómo va todo, Oliver?

Polly también había crecido. Se le había afinado la cara y los ojos parecían más grandes, las pestañas más largas, la boca más amplia.

–No va a ninguna parte. He intentado ir a Finlandia, pero dicen que allí la guerra casi ha terminado. Estoy en el campamento, muerto de aburrimiento y de frío. A ti te veo bien.

–Estoy ocupada. Creo que estoy haciendo algo útil.

–¿Secreto?

–No tanto si lo has notado. Bueno, la verdad es que sí.

Los gemelos, que la estaban mirando, se echaron a reír.

–Hemos visto a Calypso –dijo Oliver, para ponerlos a prueba.

–Nos hemos distanciado mucho. –David miró a su hermano, buscando confirmación–. Se ha vuelto muy importante: tiene mucha vida social y poco interés por los viejos amigos… Se codea con otra gente.

–Estaba cenando con uno. –Oliver seguía enfadado–. Cuando la llamé por teléfono me dijo que iba a salir con Hector.

–Hector pasa casi todas las noches en el Parlamento. No le puede pedir que se quede sola en casa. –Polly salió en defensa de Calypso.

–No tenía por qué mentirme.

–Bueno, Calypso es así. Ya estará libre en otra ocasión. Vuelve a intentarlo y tal vez tengas mejor suerte.

–Calypso no es Penélope. –David cruzó una mirada con Polly–. Fuimos a su casa la última vez que vinimos. ¿Tú has estado?

–No. –Oliver notó el cambio de actitud de los gemelos–. Siempre os poníais a babear delante de ella. Le encantaba.

–Tú hacías lo mismo. Le gustabas más que nosotros.

–O que Walter –dijo Polly. Y luego, al ver la expresión de Oliver, añadió–: Se ha casado, tiene dinero, una casa preciosa, recibe invitados y es la mujer de Hector Grant: ya no es como nosotros.

–¿Es feliz?

–Creo que sí. La próxima vez que estés de permiso avísala. Es lo que hicieron

los gemelos.

–¿Qué tal os fue? –preguntó Oliver, mirando a Paul y a David–. ¿Se alegró de veros?

–Me temo que prefiere a los oficiales –dijo David con ironía.

–Ya ascenderéis. Contadme cómo os va. –Oliver quiso cambiar de tema de repente–. ¿Dónde estáis destinados? ¿Qué estáis haciendo?

–De momento estamos cerca de Cambridge. Mañana acompañaremos a Sophy al colegio. Queríamos entrar en bombarderos pero nos están entrenando para los cazas. En nuestra inocencia, creímos que en bombarderos podríamos estar juntos.

–¿Cuánto tiempo de instrucción os queda?

–Otro mes; algo menos.

–Y yo aquí esperando, muerto de aburrimiento. ¡Dios!

–Walter también se queja mucho. No lo aceptaron en los submarinos. Dice que en la Marina son unos sádicos, que se va a pasar la guerra mareado. –Polly bostezó–. Mañana trabajo. Me voy a la cama. Si cuando os despertéis ya me he marchado, no os preocupéis. Volved cuando queráis. Hay sitio de sobra. Yo estoy durmiendo en la habitación de mis padres y los gemelos en la de invitados. Tú, Oliver, puedes quedarte en la de Walter. Sophy está conmigo. Buenas noches.

Oliver se quedó mirando a Polly mientras se retiraba.

–Calypso no es la única que ha cambiado.

–Todos hemos cambiado –dijeron los gemelos–. ¿Quién iba a imaginarse hace un año que estaríamos en una cocina vestidos de etiqueta? Los días del césped de manzanilla han terminado.

–¿Sabéis que sigo sin ser capaz de distinguiros? ¿Tú los distingues, Sophy?

–No. –Sophy sonrió–. Polly tampoco.

–Ni en las Fuerzas Aéreas. Es como en el colegio. A lo mejor la guerra nos acaba diferenciando.

Sophy miró a los gemelos, preocupada.

–Si os hieren –dijo con voz clara–. O si os matan.

Los gemelos la miraron.

–Nunca se sabe –contestaron alegremente–. ¿Queda algo de beber?

–Hay alguien en la puerta. –Oliver se levantó–. ¿Quién será a estas horas?

–Ve a ver. No despertéis a Polly, que de verdad trabaja mucho.

Oliver salió a abrir la puerta.

–Pero, bueno, ¡tío Richard! ¿Qué haces aquí?

–Busco refugio. –Richard entró cojeando–. Me perdí en el puñetero apagón. No había forma de ver los números. ¿Cómo es que ordenan apagón con luna llena?

Oliver cerró la puerta.

–Estamos en la cocina. Polly se ha ido a la cama.

–Fui a vuestra casa y estaba cerrada. No había nadie. ¿Qué ha sido de la criada?

–Se ha alistado en la Marina.

–¡Mujeres de uniforme! ¡Qué cosas!

–Las hay a montones. ¿Qué haces aquí, tío? Pasa a tomar algo. Están los gemelos, y Sophy.

–¿Qué hace aquí Sophy? ¿Se ha escapado del colegio? No, no me lo digas. Está de vacaciones.

–En realidad ha tenido la rubeola.

Oliver acompañó a su tío a la cocina. Los gemelos se levantaron con cortesía.

–Hola, hola. ¿Al final no sois objetores? Me alegro de veros. ¿Qué es eso del sarampión?

–La rubeola –aclaró Sophy, dándole un beso en la mejilla–. ¿Qué haces en Londres? La tía Helena no me dijo que…

–Los alemanes, hija. Bueno, en realidad son austríacos pero a esos les da lo mismo. Dicen que son enemigos extranjeros, fíjate. Es ridículo. Un violinista tan respetable y respetuoso de la ley. Eso les he dicho. «Dejaos de burocracia y soltadlos: les está costando un dineral a los contribuyentes. El párroco y yo nos encargamos de ellos.» ¿Qué es esto? ¿Ginebra? Ah, bueno, si no tenéis otra cosa… Me he pasado toda la tarde en el Ministerio del Interior. Qué asco de gente. Siguen los mismos métodos que los teutones: se ahogan en burocracia. No saben distinguir a un simple violinista que toca el órgano y que sería incapaz de hacer daño a una mosca… han llamado a Tompkins, por cierto, por si lo necesitamos… no saben distinguirlo de un agente enemigo. ¿Hay más ginebra? Gracias. Espero no estar bebiéndome la última que os quedaba. Bueno, en el Ministerio del Interior no he conseguido nada, y a mi pierna no le ha sentado nada bien. Me han mandado de payaso en payaso. Les he preguntado por qué no estaban en el frente. No les ha hecho gracia, os lo aseguro. «Id al frente y perded una pierna, como yo», esto he dicho. Nosotros no nos pasamos la última guerra en un despacho, con el culo en la silla. Fuimos al frente a combatir. He hablado con seis cabrones y no he conseguido nada de nada. ¿De qué os reís?

–De nada, señor.

–Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí, nada de nada, pero no me he dado por vencido. Yo no soy alemán. No digo que ellos se hayan dado por vencidos pero ya lo veremos: acordaos de lo que os digo. Fui a la Cámara de los Comunes y me reuní con ese tipo con el que se ha casado Calypso y dos amigos suyos. Tienen un buen bar, por cierto. Y ¡bingo! ¿Qué os imagináis? El tío, que es diputado por no sé qué condado, me dice que van a poner en libertad a los Erstweiler, que llegarán a Londres pasado mañana, y ese montón de burócratas inútiles que no mueven el

culo no se habían enterado. No sé yo qué va a ser de este país. ¿Queda ginebra?

Oliver sirvió el último dedo de ginebra en el vaso de Richard.

–Entonces, ¿has conseguido sacar a los Erstweiler?

–Es lo que he dicho. ¿No he sido claro? Perdí una pierna, no la cabeza. No veo qué os hace tanta gracia. No entiendo de qué os reís.

Dejando con cuidado el vaso vacío sobre la mesa, Richard Cuthbertson fue a recostarse en el asiento, pero era un taburete, y se cayó de espaldas al suelo.

–Cuidado con la pierna.

Sophy fue dando saltos detrás de Oliver y los gemelos mientras llevaban a la cama al comandante inconsciente.

XI

–Intenta relajarte. –La médica sonrió a Polly.

–Para eso he venido –dijo Polly, tumbada en la camilla.

La médica estaba calentándose las manos.

–Hale, ya tengo las manos calientes. Siempre he creído que tocar a los pacientes con las manos frías es el colmo de la crueldad.

–El médico que teníamos de pequeños nos hacía saltar de frío.

–Un hombre, claro.

–Sí. Y nos daba medicinas asquerosas.

–Ya está, hija. ¿Qué tal? ¿Te sientes cómoda?

–¿No se moverá?

–¡Claro que no! Ahora tócalo tú, sin prisa, recuerda lo que te he dicho.

Polly lo tocó.

–¿Así?

–Perfecto. Una vez más, para asegurarte. No quiero que te entre el pánico cuando llegues a casa.

–No creo que me entre el pánico.

–Eso espero. ¿Cuántos años has dicho que tenías?

–Diecinueve.

–¿Están de acuerdo tus padres?

–Todavía no se lo he dicho. Mi padre es médico. Lo han evacuado con su hospital. Mi madre está con él.

–Parece que eres de las chicas que saben lo que quieren.

–Lo sé.

–Espero que seáis muy felices. Que todo salga bien es cosa de dos.

–Sí. –Polly bajó de la camilla–. Muchas gracias. –Sonrió con amabilidad–. La guerra no ayuda –añadió.

–No podemos permitir que la guerra destruya los valores. –Y al ver la cara de Polly explicó–: Es mi único cliché.

–Yo me aferro a mis valores. –Polly tendió la mano–. Muchas gracias por su ayuda.

La médica miró con aire pensativo los ojos verdes y el pelo claro de Polly. Se dieron la mano. Esta chica no tiene unos valores corrientes, pensó. Mientras esperaba a la siguiente paciente, vio a Polly ya en la calle, bajando de un salto los peldaños de la entrada y corriendo unos metros antes de cruzar. Como un mono. ¿Qué se traería entre manos? No había visto ningún motivo para decirle que

había sido alumna de Martin. Seguro que una hija de Martin Cuthbertson sabía bandearse bien.

Polly fue sola a ver *El mago de Oz* y entró en casa de sus padres cantando *Somewhere over the Rainbow*. Cerró la puerta de la calle y recorrió la casa a tientas, cerrando las cortinas antes de encender la luz. Un olor acre a tabaco y alcohol llegaba desde el piso de arriba a la habitación de sus padres, de la que había tomado posesión porque tenía un teléfono al lado de la cama. Maldijo a Oliver y a los gemelos, que la habían molestado al subir la noche anterior. Esa mañana se había ido sin despertarlos. Subió a la habitación de Walter y abrió la ventana de par en par. Un bulto gimió en una de las camas. Polly dio media vuelta. Sin ver nada, tropezó con un obstáculo envuelto en tela y se dio de bruces contra el suelo.

–¡Maldita sea!

–¿Quién es?

La voz quejumbrosa que salía de la cama era la del tío Richard. Polly se zafó de los pantalones de Richard, cerró las cortinas y encendió la luz.

–Tío Richard, ¿qué haces aquí? He tropezado con tu pierna.

–Llegué anoche. He debido de quedarme dormido. ¿Qué hora es?

–Alrededor de las siete.

–Me levantaré a desayunar.

–Querrás decir a cenar. Son las siete de la tarde.

–Ah. –Richard se sentó con dificultad. Polly nunca lo había visto canoso y sin afeitar–. Estuvimos de celebración. De eso me acuerdo. Lo que no sé es cómo llegué a la cama.

–Oí a Oliver y los gemelos hacer mucho ruido al acostarse. Supongo que te subieron ellos.

–¿Dónde está Sophy?

–Los gemelos la han llevado al colegio esta mañana. Este era el plan. Estaban todos dormidos cuando salí.

–Sophy se alegró mucho por los Erstweiler.

–¿Qué ha pasado?

–Han salido; están saliendo. ¿Qué día es hoy?

–Miércoles.

–Mañana llegan a Londres.

–¡Qué emoción! ¿Lo has conseguido?

–He tocado algunos palos y he dado mucho la lata. Me emborraché. Ahora me acuerdo. Bebí brandy con Hector, el de Calypso, antes de venir aquí, y luego ginebra. No me emborrachaba así desde 1918. ¿Qué va a decir Helena?

–No tienes por qué contárselo. ¿Por qué no te das un baño? Voy a ver si

encuentro algo de cenar. Tiene que haber una cuchilla de afeitar de papá en alguna parte.

–Me encuentro fatal. –Richard Cuthbertson se tumbó con un gemido–. Fatal, fatal.

–Te traeré un Alka Seltzer. Baja a cenar cuando hayas terminado. Ahora vivo en la cocina.

Polly fue a por el Alka Seltzer y esperó delante de su tío mientras se lo tomaba.

–Dios mío. ¡Sabe asqueroso!

–Pero sienta bien.

Polly esperó hasta que vació el vaso.

–Ahora me acuerdo. Me tomé un par de whiskys antes de ir al Ministerio del Interior. ¿No se lo dirás a Helena?

–Claro que no.

–Anoche se rieron mucho cuando les conté lo que les había dicho a esos burócratas. Les hizo gracia. A Helena también le hago gracia. No sé por qué, porque yo nunca estoy de broma. ¿A ti te hago gracia?

–Ahora mismo no. Baja cuando estés listo, tío. Voy a hacer un poco de sopa.

En la cocina puso la mesa para dos y preparó la cena canturreando la melodía de Judy Garland. La interrumpió el timbre de la puerta principal.

–¿Quién es? –preguntó desde el sótano.

–Soy yo, Calypso. ¿Puedo pasar?

–Claro.

Calypso se acercó a tientas a las escaleras.

–Antes de que nos bombardeen nos habremos partido el pescuezo con uno de estos escalones. Me he hecho una carrera en las medias al tropezar con el bordillo.

–Esa no eres tú. Entra. ¿Qué pasa? –Polly miró a su prima. Algo no iba bien–. ¿Qué ha pasado?

–Tenía ganas de verte. Hector está en la Cámara y me apetecía charlar un rato. Casi no nos hemos visto desde que me casé.

–Entre que estás casada y que yo trabajo no es fácil. ¿Qué pasa?

–Nada. Ah, ¿esperas a alguien? –Calypso se fijó en la mesa–. No quiero molestar. ¿Me voy?

–Es el tío Richard. Tiene una resaca de mil demonios. Por lo visto ayer estuvo dándole al whisky con Hector. Ha venido a Londres para sacar a los Erstweiler de la isla de Man. Me lo he encontrado en la cama al llegar. Anoche lo subieron Oliver y los gemelos, que estaban aquí. Yo acabo de verlo.

–Y ¿siguen aquí?

–No, han ido a llevar a Sophy al colegio, de camino a la base, y Oliver tenía que volver al campamento.

–Qué divertido. Me habría gustado verlos a todos.

Calypso parecía nostálgica. Polly no hizo ningún comentario.

–Los gemelos vinieron una noche, y Olly me llamó anoche, pero tenía otra cosa que hacer. Qué pena.

–Aquí pueden venir cuando quieran. Estoy sola. Les he dado unas llaves. Y Walter tiene la suya, claro.

–Polly –Calypso tomó aire–. Necesito contárselo a alguien.

–Dispara. Te quedas a cenar, ¿no?

Calypso tenía muy mala cara: parecía angustiada, había perdido su alegría y confianza habituales.

Richard entró en la cocina.

–Hola, chicas.

Dio un beso a Calypso en la mejilla que su sobrina le ofrecía. Las chicas se miraron: fin de las confidencias. Mientras cenaban, Richard les contó todo lo que había hecho por los Erstweiler y concluyó su relato con un cumplido.

–Un tío cojonudo, tu Hector. Sin él no lo habría conseguido. Eres una chica con suerte.

–Sí –dijo Calypso–. Desde luego que sí.

Helena llamó desde Cornualles. Polly le pasó el teléfono a Richard. Las chicas escucharon la conversación.

–Sí, claro que estoy aquí. No pude llegar a casa de Sarah. La han cerrado. ¿Qué? Mañana voy a recibir a los Erstweiler y se vendrán conmigo. Díselo al párroco. ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Quién? ¡Qué ridículo! Habrá sido uno de esos burócratas cabrones, para fastidiar… Mira que se lo advertí… ¿Qué? ¿Hasta la semana que viene? ¿Cómo lo sabes? ¿Han llamado a Floyer? ¿Por qué no a mí? Soy yo quien se está encargando de todo. Soy yo quien va corriendo de un lado a otro. Bueno, corriendo no. Con mi pierna no puedo. Polly ha tropezado con ella. ¿Qué? Ah, de acuerdo. Iré a casa. Sí, esta noche. Es que… –Se volvió hacia las chicas–. Cuelga ya, puñetas. Los Erstweiler no salen hasta dentro de una semana y vienen por Bristol. Tienen un pase para el tren. Helena quiere que vuelva a casa. No sabía dónde estaba. Mejor cojo el tren esta noche.

Parecía triste.

–Solo es una semana más, tío –lo animó Polly–. Has hecho milagros. Si salen es gracias a ti.

–Yo te llevo a Paddington. Tengo el coche de Hector en la esquina –se ofreció Calypso.

–Pero ¿tú no querías...? –Polly no terminó la pregunta, al ver que Calypso negaba con la cabeza.

–No era nada. Nada importante.

Y Polly esperó mientras el Lagonda de Hector, con Calypso al volante y su tío a su lado, se esfumaba en la oscuridad del apagón.

–Pobre Calypso –dijo en voz alta, parada en la calle gélida. Era la primera vez que su prima le daba lástima–. ¡Qué extraño!

Fue derecha al teléfono y marcó con aire pensativo.

–Perdona. No he podido llamar antes. Me he encontrado a mi tío en la cama. –Había interferencias–. No en mi cama, en una de las camas de invitados. –Escuchó y dijo–: La verdad es que estoy bastante mal. Llegué a casa muy ilusionada. Fui a ver *El mago de Oz* y volví muy contenta y en paz, pero además de encontrarme con el tío Richard… Ya sabes quién, el que perdió una pierna… Me tropecé con la pierna y me caí. ¿Cómo? A oscuras. Pues no, no tuvo ninguna gracia. Y luego apareció Calypso. Sí, la prima guapa a la que quieres conocer. No, no estaba en su mejor momento. Tenía muy mala pinta: bueno… preocupada, angustiada. Justo iba a contarme algo cuando el tío Richard nos interrumpió, y no hemos podido hablar. No, se ha cerrado como una ostra. No, no se me ocurre qué puede ser. Lo tiene todo. Sí, ya sé que no te tiene a ti. Sí, te prometo que la conocerás, ¡qué pelma! Sí. No. No, esta noche no. Porque estoy triste. ¿Ah sí? ¿Tú crees? ¿Animarme? ¿Seguro? Vale, entonces ven. Ya veo que tengo mucho que aprender. No te olvides de que ficho a las nueve en la oficina. Vale, vale. No, no es broma. A mí no me hace gracia.

Pero, cuarenta años después, camino del funeral, Polly se reía con ganas y su hija preguntaba desde el asiento de atrás:

–¿De qué te ríes, mamá?

–De una cosa que me pasó hace mucho tiempo. No creo que te hiciera gracia. Es solo algo que aprendí.

–Siempre decías que te morías de aburrimiento en clase.

–Esa vez no. –Y, en el intento de aguantarse la risa, Polly relinchó como un caballo.

XII

Cuando tuvo el derrame cerebral, en 1979, Calypso estuvo dos días completamente paralizada, sin poder hablar, aunque sí veía y oía. Como lo que oía la aburría mortalmente –todo el mundo parecía muy cauto– y solo veía una parte de la habitación desde la cama, tuvo el valor de ponerse a pensar mientras pudiera y recordar lo ocurrido. Sabía, desde hacía mucho tiempo, que para protegerse practicaba el autoengaño, el olvido voluntario y la doble moral. Se había convertido al catolicismo y era consciente de sus mentiras, incluso en el confesionario, del aire cómico que daba a sus pecados para que pareciesen menos graves. Se enfadaba siempre cuando el cura no compartía su opinión. Ahora, convencida de que se estaba muriendo, volvió al momento en que se había dado cuenta de que era adulta y tenía que arreglárselas por sí sola. No tardó en recuperarse, y las primeras palabras que le dijo a Hamish, sentado al lado de su cama, fueron:

–Fue la noche que dejé al tío Richard en el tren. Le conseguí un asiento, pero no una cama.

Arrastraba solo un poco las palabras al hablar y en cuestión de unos días ya no se le notaba. Le quedó únicamente una leve rigidez en un lado de la cara y una cojera mínima.

–No me estoy muriendo –añadió, al ver la cara de su hijo–. Hacen falta tres.

Hamish, que no entendía nada, miró a su madre con compasión.

–¿Tres qué?

–Derrames –dijo Calypso, y se sumió en un sueño reparador.

Fue un lío meter a Richard en el tren, cargando con la bolsa en una mano y llevándolo del brazo con la otra. La estación era un enjambre de soldados, marineros y aviadores, la mayoría borrachos. Superaban abrumadoramente a los civiles y olían diferente. Calypso pensó que la tela de los uniformes absorbía el olor a tabaco y a cerveza de otra manera. Arrastró a su tío hasta los vagones de primera clase.

–Sube, tío Richard. Voy a buscar un asiento.

Se abrió camino a empujones y codazos, asomando la cabeza en varios compartimentos.

–¿Hay sitio para mi tío? Le falta una pierna. No puede ir de pie hasta Penzance.

Pasmados por su belleza y sintiéndose culpables por la pierna mutilada, los

viajeros se peleaban por dejar los asientos que habían reservado o conseguido con enorme esfuerzo. Calypso empujó a Richard hasta un rincón a la vez que decía:

–Gracias, gracias, son muy amables. No se encuentra demasiado bien, son ustedes especialmente amables. Vengan a verme cuando pasen por Londres. Sí, se lo agradezco. –Le dio un beso a Richard y le dijo al oído–: No se te ocurra darles mi dirección. Adiós, tío Richard, adiós.

Bajó al andén de un salto cuando el jefe de estación ya tocaba el silbato. Y mientras el tren abarrotado se perdía en la oscuridad se sintió completamente sola, asustada, pero desafiante. Ahora, pensó, y todavía se acordaba después de tantos años, ahora tengo que vivir.

Y, si el tío Richard no nos hubiera interrumpido y le hubiera pedido consejo a Polly y lo hubiera seguido, mi vida habría sido totalmente distinta. Mientras se recuperaba del derrame pensó que era mejor haber tomado sus propias decisiones. No podía culpar a nadie más que a sí misma. Al despertarse vio que Hamish seguía a su lado. Seguro que estaba inquieto. Él también se aburría fácilmente, y la estaba cuidando.

–¿Por qué no lees un libro?

–¿No te molesta? –No soportaba ver la cara preciosa de su madre ahora torcida.

–¿Por qué iba a molestarme?

–Parece un poco insensible.

–Yo no soy sensible pero cumplo mis promesas.

–Claro. No hables, que te cansas.

–Es que es maravilloso ver que puedo hablar. Tú eres una promesa.

–¿Qué?

–Me alegro de haberla hecho. –Los ojos de su madre sonrieron. Hamish se sintió más cerca de ella que nunca. ¿Se estaría muriendo? Se agachó y le dio un beso.

–No me voy a morir todavía. –Sonrió con la boca torcida–. Todavía no.

Se fue a casa cuando dejó a su tío en el tren. Cogió el metro en Paddington hasta el parque de St. James y desde allí fue andando por las calles oscuras. Metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. Hector estaba en el vestíbulo.

–Creí que ibas de visita a tu circunscripción electoral.

Calypso sintió de pronto un cansancio enorme.

–He decidido ir mañana en vez de hoy.

–Ah.

Le pasó por delante y empezó a subir las escaleras.

–Quería decirte que lo siento.

Ella lo miró desde arriba.

–¿Te pones así a menudo?

–Creí que me habías dejado.

–¿Te pones así a menudo?

–No muy a menudo. Cariño, quería decirte que lo siento.

–Ya lo has dicho.

Y dio media vuelta para seguir subiendo.

–Calypso, he dicho que lo siento. ¿Me perdonas?

–No.

–Calypso, lo siento, cariño. Lo siento.

–¿Por qué no me advertiste?

–Si te hubiera advertido no te habrías casado conmigo.

–Sí me habría casado.

–¿Por qué?

–Por tu dinero.

–Zorra. –Y el odio se abrió entre ellos como un abismo, tangible, atroz. Se miraron desde las dos orillas del abismo–. Es culpa mía –añadió Hector.

–Y ahora mía también. –Con un cansancio infinito, Calypso se sujetó a la barandilla–. Vengo de dejar a mi tío Richard en el tren.

–Vaya por Dios. Todo empezó con él. Ese idiota me cogió por banda en el bar.

–Eso he oído –dijo ella con frialdad. Estaba entumecida de dolor–. Tengo frío. Estoy cansada.

–No volverá a…

–Claro que sí. Solo tengo diecinueve años pero sé que estas cosas se repiten. Hasta ahí llego… La semana que viene cumplo veinte.

–Veinte. Por favor, Calypso, no me dejes.

–No voy a dejarte.

–¿Por qué no? –La miró desde el vestíbulo con una mirada extraña–. Daphne me dejó.

–Yo no soy Daphne.

–A ella no la quería. A ti te quiero.

–Me da igual que me quieras o no. No estoy enamorada de ti. Sinceramente, no creo que sea capaz de amar. Me casé contigo por tu dinero y para darte un heredero. Este es el trato, por más que quieras adornarlo. Cumpliré mi palabra, y espero que no te emborraches y te pongas violento con demasiada frecuencia. Te prometo que cumpliré mi palabra. Solo espero que mi hijo no sea un cerdo como tú.

–Seremos unos buenos padres –dijo Hector. Y enseguida añadió–: ¿De qué coño te ríes?

–De que he dejado… Ay, Hector, he dejado tu precioso coche en Paddington. Lo cogí para ir a casa de Polly, y luego llevé al tío Richard a Paddington. ¡Ay! –gimoteó–. Tu precioso coche está en Paddington. He vuelto en metro. Se me olvidó que había ido en coche. ¡Ay! –Y se rió a carcajadas–. Está al lado del andén 1.

–Y con las llaves puestas, supongo…

–Pues sí. ¿De qué te ríes?

–Es que eres muy graciosa. Voy a llamar a la policía y luego subo a la cama.

–Conmigo no. No voy a cumplir mi promesa esta noche.

–No pensaba pedírtelo. Yo también estoy molido. Llevo todo el día trabajando como un perro con una resaca bestial.

–Y con mala conciencia.

–Eso también.

–Fue unos meses después –le susurró Calypso a Hamish.

–¿Qué? No te canses.

–Unos meses después cumplí mi promesa. Nunca le permití que prometiera nada. Habría sido demasiado humillante.

–¿Qué habría sido demasiado humillante? –Hamish temía que el derrame le hubiera afectado a la cabeza.

–Da igual –dijo, buscando la mano de su hijo–. Mira, puedo mover el brazo. Me pondré bien.

XIII

Llamó Oliver por teléfono.

–¿Puedes cenar conmigo?

–¿Cuándo?

Calypso estaba tumbada en el sofá.

–Esta noche. Por favor. Me marcho.

–¿Adónde?

–Ya te lo diré cuando nos veamos. Paso ahora mismo a buscarte.

Calypso lo recibió en la puerta.

–Querido Olly. –Lo abrazó.

–Me voy a Noruega.

–¡Ay, Dios mío! Hector dice que ese país está maldito. ¿Por qué tú?

–Necesitan gente que conozca las montañas. Hasta están trayendo hombres de la India que han combatido en las montañas. Me asignan una misión.

–¿Y tus principios?

–Sin misión no hay acción, así que he aceptado. Me aburro mucho sin hacer nada. Es desmoralizante.

–¿Adónde vamos? Hector está en la Cámara. Hoy volverá tarde.

–¿A Berkeley?

–Bien. Voy a vestirme.

–No. No pierdas tiempo.

–Ven a hablarme mientras me arreglo, entonces.

Oliver la siguió a su dormitorio.

–Vives con estilo.

–¿Verdad que es bonito? Estoy cambiando mucho la casa. Hector me deja hacer lo que quiera aquí, con tal de que no toque la casa de Escocia.

–¿Cómo es? ¿Con cornamentas y faldas escocesas?

–Es la casa de Hector –dijo ella escuetamente.

Oliver la miró mientras se cepillaba el pelo, se retocaba la cara, se ponía un abrigo y daba vueltas por la habitación. No quiso mirar la cama. La cama de Hector, su marido rico.

–Polly tiene una más grande. –Calypso lo miró desde el espejo, mientras se peinaba las cejas con un dedo.

–¿Una qué más grande? –Se había dado cuenta.

–Una cama más grande. Se ha mudado a la habitación de su madre, para tener el teléfono a mano. Así no está tan lejos, en caso de bombardeo.

–Supongo que habrá ataques aéreos. Date prisa, Calypso, estoy muerto de hambre.

–Solo tengo que hacer una llamada.

Oliver esperó con impaciencia. Le pareció entender que Calypso anulaba una cita. Colgó.

–¿Quién era?

–Alguien con quien iba a cenar esta noche. Puedo salir con él en cualquier momento.

–¿Un marino?

–Solo iba a pasar una noche en Londres.

–Como yo.

–A él no lo conocía como a ti. ¿Llevaste a cenar a Sophy, *faute de mieux?*[14]

–Polly la había dejado sola.

–Seguro que se lo pasó bien. Sophy será una belleza. Y te adora.

–Nos quiere a todos porque somos mucho mayores que ella.

–Representamos el glamur.

Iban por la calle. Oliver había cogido del brazo a Calypso, que olía a perfume y llevaba tacones y un abrigo de piel caro. Se acordó de cuando la había abrazado en el acantilado, del roce de sus pechos. Paró un taxi. Subieron.

–Hueles distinto.

–Lo mismo te va a pasar a ti cuando te den el uniforme.

En el restaurante se sentaron uno al lado del otro. Calypso conocía a gente que cenaba en otras mesas. Saludaba con la mano.

–Háblame de tu marido rico.

–Está muy ocupado. Es listo. Es ambicioso. Las cosas le van bien. Le irán mejor. Va de visita a su circunscripción. Me deja hacer lo que quiero, dentro de un límite.

–¿Eres feliz?

–Tengo lo que quiero.

–No es lo mismo.

–¿Cuándo te vas a Noruega?

–Aunque lo supiera no podría decírtelo. Me voy de Londres mañana. En realidad esta noche, de madrugada.

–Ya veo.

–¿No ibas a consolarme? Juraste que te acostarías conmigo.

–¿Lo juré?

–Lo sabes perfectamente. Me voy a la guerra.

–Yo cumplo mis promesas. ¿Adónde iremos?

–No tengo alojamiento. Te llamé desde la estación. A tu casa no.

–¿Adónde, entonces?

–¿A la mía? Mis padres están fuera. Tengo la llave. Podemos ir.

–De acuerdo.

Calypso fue dócil. Fueron en taxi a casa de Oliver. La casa estaba a oscuras y las jardineras del balcón vacías. Oliver metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. Un pedazo de periódico crujió en el vestíbulo. No se encendió la luz al darle al interruptor.

–Está vacía. Se han llevado los muebles. ¿Lo sabías? –Oliver cogió a Calypso del brazo.

–Me lo dijo la tía Sarah. Han alquilado una casa en Bath, cerca del trabajo de tu padre, y se lo han llevado todo.

–Eres una zorra. Te voy a follar en el suelo.

–Con este abrigo no. Hector dijo que si me compraba un visón tenía que durarme.

–Que se vaya a la mierda Hector.

–Ah, bueno.

–Ven. A lo mejor han dejado algo: un sofá, una cama, una alfombra.

Tiró de Calypso y cerró de un portazo. Subieron de la mano, haciendo ruido en los peldaños de madera sin alfombra. Se asomaron al salón, vacío, con los ventanales negros, la celosía del balcón casi invisible.

–¡Qué mierda!

–Ve tú a explorar. Tengo miedo de romperme una pierna. No me voy a escapar.

Calypso oyó los pisotones de las botas militares mientras Oliver recorría la casa. Volvió.

–Puedes tumbarte encima de mi uniforme.

–¿Esa cosa tan áspera?

–Estoy supercaliente.

–Yo no. Tengo frío.

–Lo has prometido.

–Ya lo sé. Vamos a casa de Polly, a ver si está. –Lo cogió de la mano–. Venga, Olly. Ten un poco de sentido común.

Oliver se apretó contra ella y la empujó contra la pared.

–¡De pie, como una furcia de dos peniques! ¡Ni hablar!

–Vale. Vamos a casa de Polly. Seguro que ha salido o tiene invitados. Esto es un asco.

Oliver cerró de un portazo y echaron a andar por la calle.

–Tengo un sofá grande.

–No quiero ni un sofá ni la cama de tu marido rico.

–Eres un tiquismiquis.

–No es cierto. Te he propuesto hacerlo en el suelo.

–Y yo me he negado. –Seguían andando. Oliver la llevaba del brazo–. No es que no tenga ganas, Olly, es que, bueno, me gusta tener un poco de comodidad para hacer el amor.

–Tú no sabes lo que es el amor.

–Creo que no lo sé.

–Es en esta calle, ¿no?

–Sí.

Llamaron al timbre y miraron las ventanas oscurecidas.

–Polly es muy quisquillosa con lo del apagón. –Oliver se fijó en el cuello de Calypso cuando miró hacia arriba: blanco en contraste con el visón negro–. No contesta. Ha salido.

–¿Qué hora es?

–La una y media. ¿Y si vamos a un hotel?

–No tengo dinero.

–Yo sí tengo.

–No quiero el dinero de tu marido rico.

–¿Mi sofá?

–Tu marido habrá vuelto.

–Es probable, pero estará dormido.

Oliver la estrechó contra su pecho.

–Antes olías a manzanilla y a sal.

–Ay, Olly, querido Olly. De eso hace mucho tiempo.

–El mes de agosto pasado. –La besó con rabia–. Te acompañaré a casa. Ya no estoy caliente.

Cuando llegaron a su calle, Calypso estaba muy cansada. Le dolían los pies.

–A ver si la próxima vez tenemos más suerte.

–A lo mejor no vuelvo.

–Lo organizaremos mejor. Cuídate. Claro que volverás.

La empujó y se quedó mirándola hasta que llegó a la puerta y salió un rayo de luz al entrar. La puerta se cerró enseguida, y Oliver emprendió el largo paseo hasta la estación, el tren, el campamento y la guerra que por fin empezaba para él.

Calypso se metió en la cama con Hector, que la abrazó adormilado.

–¿Dónde estabas?

–He ido a cenar con Oliver. Se va a Noruega.

–Pobre diablo. Es una locura.

–Tiene una misión.

–Yo también.

–¿Cuál?

Calypso se sentó en la cama.

–Túmbate, que entra frío. Acurrúcate.

Hector olía a cigarro puro.

–No soporto los puros. ¿Qué decías?

–Que me han asignado una misión. Me han avisado hoy. En el Cuerpo de Guardias. No pueden dejarlo todo en manos de los chavales. Es una agradable sorpresa para ti.

–Pues ¡no!

–¿No te alegras?

–No, no me alegro. Te irás.

–A ti te da lo mismo.

–No es verdad.

–Te acostumbrarás, cariño. Tengo cuarenta y cuatro años. Supongo que no me dejarán hacer nada peligroso. Si me envían a ultramar vete a Escocia. Allí estarás a salvo.

–De eso nada. Me quedo aquí, pase lo que pase. Te tengo mucho cariño –dijo, acurrucándose con él–. Qué calorcito tan agradable.

Pensó en Oliver y suspiró. Hector le dio la espalda y se quedó dormido.

Oliver iba apretujado en el asiento, sin poder dormir, en el tren que lo llevaba al cuartel. En el compartimento de al lado los soldados iban cantando. Pensó con ironía en lo malas que eran estas canciones en comparación con las de la última guerra.

XIV

Cuando los Erstweiler quedaron en libertad, la casa parroquial estaba abarrotada de refugiados. Helena, con el pretexto de la pierna de Richard, se había librado de su cuota de niños díscolos, pero se alegró de acoger a Monika y a Max como huéspedes de pago. Los Erstweiler no habían estado ociosos en el campo de internamiento. En cierto modo lo habían pasado muy bien. Mientras Max encontraba amigos con intereses similares, Monika descubrió que tenía un primo en la banca internacional dispuesto a arriesgarse y ayudarlos económicamente. Se acabó la humillación de estar sin blanca. Max, gracias a las presentaciones de sus amigos músicos, había entablado una correspondencia a varias bandas que lo llevaría primero a encontrar trabajo en orquestas de todo el país y poco después a dar conciertos como solista en Londres.

Helena, insensible a la música y sin ningún interés por el arte, no era consciente de la posición que los Erstweiler habían tenido en Viena, Praga y otras ciudades europeas, y se vio convertida en la sombra de Richard, que de pronto se había revelado como un gran amante de la música. Ella nunca había sospechado esta afición, y la fastidió descubrir que los conocimientos musicales de su marido eran considerables.

Max hablaba muy mal en inglés y Richard se ofreció a traducir sus cartas centroeuropeas a un inglés claro, compró una máquina de escribir y se convirtió en secretario y asesor de su huésped.

Con ayuda de Monika, Helena se adaptó a los cambios que trajo la guerra. Su primer contratiempo fue la huida del servicio doméstico. Nunca se imaginó que tendría que llevar la casa del acantilado con menos de tres criados. Daisy, la doncella, fue la primera en desertar: avisó con el tiempo estipulado, volvió a la granja de sus padres y se hizo campesina. Janey, que llevaba años de criada sin quejarse, se alistó en el Servicio Territorial Auxiliar. Cuando llegaron Max y Monika, Helena estaba sola con la cocinera, una mujer tranquila que le tenía cariño a su señora, era agradable con Richard, adoraba a Sophy y recibía con ilusión la visita anual de los sobrinos. Si para Helena fue un alivio la llegada de los Erstweiler, ya que le permitía librarse de los niños refugiados, para la cocinera tuvo un efecto inesperado.

Monika, con ganas de ser útil, ayudaba en la casa, y resultó que barría, limpiaba el polvo y sacaba brillo mejor y más deprisa que Helena, que se daba más maña que ella con la plancha, y enseguida empezó a proponer cosas que a Helena nunca se le habrían ocurrido para ahorrar trabajo y mejorar la comodidad. Pero las cosas se torcieron cuando se adentró en el territorio de la

cocina.

Todo empezó un día en que salieron las dos a pasear. Monika recogía hierbas y bayas y las llevaba a casa. Encontró un diente de ajo y le enseñó a Helena a cultivarlo.

–Si cultivas hierbas y ajo, *carriño,* transformaremos las raciones.

–Richard no come nada que lleve ajo. Lo odia.

–No se lo digas y no se dará cuenta. Se lo diré a la cocinera.

–¿Te parece prudente?

–Helena, tiene que aprender. La he visto tirar la leche agria.

–Bueno, si estaba agria…

–¡Que haga queso! Tiene que aprovecharla.

–No quiero que se moleste.

Monika sonrió.

–Vale. No te preocupes. Me voy al bosque. ¡Yogur también! –añadió por encima del hombro cuando ya se alejaba con el perro de Richard, muy necesitado de ejercicio.

Helena le dijo adiós con la mano y repitió: «Yogur».

–Helena está aprendiendo alemán –señaló Richard, levantando la vista de la carta que estaba traduciendo.

–El yogur es un alimento. –Max tenía el ceño fruncido–. Necesito un atril, un piano y un taburete. Sin piano no puedo trabajar.

–Llamaré al general. Tenía un piano, de su madre.

El general se negó a separarse del piano.

–No pienso prestárselo al enemigo.

–Oye, amigo, no es un enemigo. Es un refugiado que trabaja para nosotros, te lo aseguro.

–¿A eso lo llamas trabajar? ¿Por qué no se suma a la Milicia Local? Aunque no creo que lo acepten. Este tío es un espía y te está dejando en ridículo. Ponlo a hacer algo útil. Ya sabes lo que ha pasado con los perros.

–Los has sacrificado.

–Sí, pero los ganaderos han traído otros y han formado su propia jauría. No van a consentir que les quiten la diversión. Esto es un motín. –El general se echó a reír–. Muy emprendedores. Han demostrado su valía: hasta han tenido el cuajo de pedirme una aportación.

–Y ¿has aceptado?

–Les he dicho que me lo pensaría. Soy muy partidario de una Milicia Local montada.

–¿Para qué?

–Para conseguir una ración de maíz. Para conservar mis caballos. Es una idea cojonuda, si te interesa mi opinión.

–¿Qué pasa con el piano? Es por una buena causa.

–¿Qué buena causa?

–Entretener a las tropas, levantarles la moral. Déjame ir con Erstweiler a echarle un vistazo. Tú nunca tocas. Lo tienes solo de adorno. Te recuerdo que estamos en guerra.

–Vale, está bien –refunfuñó el general.

Max consiguió el piano y pidió que fueran a afinarlo. El párroco encontró un atril. Monika volvió del bosque con grandes esperanzas de enriquecer su dieta con las setas de otoño, pero la cocinera se despidió antes del otoño. Monika había empezado a hacer yogur. La cocinera se fue a trabajar en una fábrica de Birmingham, un plan que llevaba meses considerando. Mientras Helena se desesperaba, Monika se movía con desenvoltura en la cocina, preparaba platos continentales tan deliciosos como nutritivos y aún le sobraba tiempo para acompañar a Max al piano cuando era necesario.

–Ha tomado la casa por asalto –se quejó Helena un día por teléfono con Sarah, que estaba en Bath–. Solo me deja hacer la compra y conducir.

–Tendrías que estarle agradecida –dijo Sarah–. Limpiar te repatea y no sabes cocinar. Siéntete afortunada. Ya me gustaría a mí tener unos Erstweiler.

–Pero el salón se ha convertido en estudio musical. No puedo entrar sin tener la sensación de que molesto.

–Ya encontrarás algún consuelo. Los tres minutos se han acabado.

Sarah, que no tenía noticias de Oliver, en Noruega, sentía poca simpatía por Helena. ¿Dónde estaba Oliver? ¿Vivo o muerto? En la radio hablaban de retirada. Desesperada, llamó a Calypso. ¿Podía Hector enterarse de algo?

–No, tía Sarah. Hector no sabe más que tú. Prueba con Polly.

–¿Qué va saber ella?

–Trabaja en un departamento que está bien informado…

–Pero no puede decir nada.

–Es verdad. Si me llega algún rumor te llamo.

–Si hay noticias Oliver se pondrá en contacto contigo. Te quiere.

–Recibí una carta –admitió Calypso.

–¿Qué decía? Vamos, dímelo.

A pesar de lo débil que era la línea, la preocupación de Sarah se transmitía con toda claridad.

–No mucho. La habían censurado. Solo decía: «Esto es peor que la Carrera del Pánico».

–¿Ese juego vuestro? ¿Qué significa, por Dios?

–No lo sé. No te preocupes. Volverá sano y salvo.

Calypso sabía perfectamente lo que significaba el mensaje. Oliver tenía miedo. Decidió hablar con Polly.

–Polly, la tía Sarah está muy preocupada por Oliver. ¿Tenéis alguna noticia en vuestra oficina?

–Nada bueno –dijo Polly evasiva.

–En la radio dicen que se están retirando, y Hector parece bastante desanimado.

–No puedo decirte nada; es inútil que me preguntes. No lo sé y aunque lo supiera no podría decírtelo.

–¡Mierda!

–Ven a cenar a casa. ¿Estás haciendo algo?

–Estoy mano sobre mano.

–Pues ven a cenar. Estoy con un amigo que quiere conocerte.

–¿Me gustará? –Calypso dudaba.

–Sí. Es diversión fácil. Justo lo que hace falta.

–Muy bien. Pero no puedo quedarme hasta muy tarde. Hector ha dicho que volvería esta noche.

–Ya está. Viene esta noche –le dijo Polly al hombre que estaba a su lado–. ¿No te prometí que la conocerías?

–Sí –sonrió su compañero.

–Ya puedes ser amable con ella.

–Siempre lo soy, te lo aseguro. –Parecía contento.

–Puedes acompañarla a casa después de cenar. Quiero acostarme temprano.

–Pero Polly…

–Pero Polly está harta, así que lárgate.

–¿Me estás dando calabazas?

–Sí. Este era el trato. Ha funcionado muy bien y se ha acabado. Un millón de gracias y tal y cual.

–Eres una cabrona con mucha sangre fría.

–No, no –se rió Polly–. Solamente soy práctica.

–Me he encariñado mucho contigo. Me has utilizado.

–Sí. Es verdad. Has sido una inversión: un tutor.

–¡Te has portado como un niñato en un burdel!

–Y ¿por qué no? –contestó Polly, que iba por delante de su tiempo.

–Polly iba por delante de su tiempo –le dijo Helena a Hamish muchos años después, en la autopista–. Y si sigues conduciendo a esta velocidad vas a vivir muy poco.

–Seguro que de joven era muy guapa. –Hamish aflojó un poco la velocidad–. Y también desquiciante –añadió, porque sabía que a Helena le gustaba chismorrear.

–Sí, podía ser desquiciante para algunos, para los encantados de conocerse, los

que se creen muy importantes.

–¿Como yo?

–Yo diría que a ti no te hace falta. Eres hijo de tu madre.

–¿Ella estaba encantada de conocerse?

–Yo no diría eso. Simplemente sabía que era la chica más guapa en cualquier parte. ¿Cómo no iba a saberlo?

–Seguro que hizo feliz a mucha gente. Muchas veces me he preguntado si sufrió. –El hijo de Calypso estaba poniendo a prueba a Helena.

–No lo sé, hijo. Tu madre es tan orgullosa como guapa. –Helena cerró los ojos. Tengo que hacerme la dormida, pensó, o acabaré siendo desleal con Calypso y haciendo daño a su hijo. Si nunca ha querido a nadie de verdad, ¿cómo va a sufrir?–. Yo me quedaba al margen y observaba. –Miró a Hamish de reojo–. Eran todos muy jóvenes. Yo era de la generación anterior. Aunque tampoco fui tan inútil –añadió, en parte para sus adentros.

Y Hamish se imaginó cómo habría sido esta mujer tan vieja y encogida cuando su madre tenía veinte años.

–Tenía veinte años cuando yo nací.

–Más o menos. Y recuerdo que recuperó el buen tipo enseguida. Era delgada.

–Lo sigue siendo.

–Yo era gordita –dijo Helena, volviendo a los días en que nació Hamish–. A algunos hombres les gustan las mujeres gorditas. Yo tenía la misma edad que tu padre, aunque creo que no me miró ni una sola vez –añadió, mientras el coche daba un volantazo–. Un hombre muy atractivo, tu padre. Le gustaban las chicas delgadas.

–¿A quién le gustaban gorditas? –Hamish quería jugar con los recuerdos de Helena–. Además de al tío Richard.

–Pobre Richard. Sabía mucho de música, o eso creía él.

–Estás utilizando a mi padre para despistar –especuló Hamish.

–No tienes un pelo de tonto.

A sus ochenta años, Helena se divertía recordando lo que había ganado cuando perdió su salón. Nunca se le había ocurrido, hasta que se vio tumbada en el campo de narcisos, pensar en Max como un amante. Llevaba tanto tiempo casada con Richard que creía que era tarde para estas cosas.

XV

Al final del trimestre, Sophy llegó a Londres con otras compañeras, escoltada por una profesora encargada de dejar a las niñas con sus familias. Helena informó a Polly de los horarios de llegada con la esperanza de que recogiera a la niña, se quedara con ella todo el tiempo necesario y la dejara en el siguiente tren de Cornualles que le resultara más cómodo. No contó con que Polly trabajaba y quizá no pudiera tomarse el día libre.

Para resolver el contratiempo, Polly le pidió a Sophy que fingiera reconocer a la persona que se le acercara saludando alegremente: «Sophy, ¿cómo estás?», un truco con el que engañarían a cualquier profesora desconfiada. «Si no puedo ir, pajarito, mandaré a un amigo.» Aunque muy recelosa al principio, Sophy aprendió a disfrutar con sus escoltas, en su mayoría hombres. Fueron a recogerla soldados, marineros, aviadores, franceses libres, holandeses, polacos, una vez un sij con turbante y más tarde americanos. Nunca se paró a pensar cómo la reconocían estos desconocidos. Y de haberlo pensado habría supuesto que Polly les enseñaba una foto. Nunca supo que las indicaciones de Polly eran: «Busca a una niña flaca, con el pelo negro y los ojos rasgados, que parece un gato siamés. Llama la atención entre las inglesitas pavisosas».

En las vacaciones de 1940 fueron a recogerla los gemelos y la saludaron al grito de: «Sophy, ophy, ophy, danos un beso. No te vas a casa. Te quedas a pasar las vacaciones con nosotros».

–Ah, qué bien, ¿dónde?

–Con Polly. Vamos a construirle un refugio. Puedes ayudarnos –dijo Paul.

–Polly dice que no piensa bajar a un refugio, así que vamos a proteger su cama.

–¿Cuándo empezarán los bombardeos? –Sophy había aprendido a ser escéptica.

–Empezarán, descuida –dijeron los gemelos, y se la llevaron en un coche muy viejo que habían comprado por cinco libras–. No podemos consentir que nuestra Polly corra un peligro innecesario.

–No se ha fijado –le dijo David a Paul–. No se ha fijado en nuestro ascenso, ¿verdad que no, Sophy?

–¿Qué?

–No te has fijado.

–Estáis idénticos, más parecidos que nunca. Ah –exclamó–. Sois oficiales. ¡Qué bueno!

–¿Qué más?

–Las alas. ¡Madre mía, tenéis alas!

–Oficiales de vuelo de permiso. Nos han asignado destino. Hemos ido a casa y ahora tenemos tres días libres en Londres.

–¿Sabéis algo de Oliver? –Sophy no quería preguntar, pero lo hizo.

–No –fue su escueta respuesta–. No. Seguro que está bien.

Le enseñaron el refugio: un dosel de hierro ondulado cubriría la cama de Polly, apoyado en una resistente estructura de puntales y traviesas. Una cama con dosel para tiempos de guerra.

–¿Le gusta?

–No lo sabe. Puedes pintarlo cuando hayamos terminado. No hemos encontrado otro color que verde musgo: no está del todo mal. Queremos tenerlo listo cuando vuelva de la oficina.

Sophy disfrutó del caluroso día de junio preparando bocadillos, hablando por teléfono con Polly cuando llamó para preguntar si había llegado y llamando luego a Calypso para invitarla a que pasara a ver a los gemelos.

–No puedo. Estoy en la cama: me duele la garganta. Casi no puedo hablar. Dales muchos recuerdos.

Los gemelos abrieron las ventanas para disipar el olor a pintura y mandaron a Sophy a Harrods, a comprar cinta. De pequeños habían construido una casa en un árbol del jardín de la casa parroquial, y ese día de guerra, reforzando la cama, revivieron el placer de la infancia. Cuando Polly volvió a casa, el dosel cubría el lecho y los postes estaban adornados con lazos rosas y amarillos.

–Ay, gemelos. –Los abrazó–. ¡Sois maravillosos! Me encanta y os quiero.

–Tenemos que protegerte. –La abrazaron.

–¡Hostias! ¿Qué pasa aquí? –Walter apareció por sorpresa con una botella de ginebra.

–Walter, creía que estabas en Portsmouth. –Polly le dio un abrazo.

–Y estaba. Voy camino de Plymouth a otro puñetero destructor. Es un infierno: son unos sádicos y unos hijos de puta.

–¿Quiénes?

–Los del Ministerio de Marina. ¿Puedo quedarme esta noche? Os invito a cenar a todos.

–La casa es tan tuya como mía –dijo Polly con indignación.

–Es que no paro de conocer a gente que ha pasado la noche aquí. Me extrañaba que quedase alguna cama libre.

–Normalmente son amigos tuyos.

–Vamos a salir mientras se ventila esto. Sophy, has crecido.

Sophy estaba contenta con Polly, los gemelos y Walter. Se alegraba de que Calypso no hubiera venido, de que el dolor de garganta no se lo permitiera.

Walter llamó a Calypso.

–Dice que no podemos acercarnos a ella, que está hecha un asco. Debe de estarlo porque va a perderse no sé qué fiesta a la que iba a ir con Hector. Le apetecía mucho. Espera que él se divierta solo. Es toda una mujercita, nuestra Calypso.

–Sí –asintió Polly–. Ehhh… sí. –Y luego–: Vamos, Sophy, ponte un vestido bonito. Yo voy a ponérmelo.

Calypso contestó con un graznido ronco cuando sonó el teléfono en la mesilla.

–¿Puedo hablar con Calypso?

–¡Oliver! Creíamos que estabas muerto. Hace meses que…

–Pues no. Volví hace tiempo, pero acabo de llegar a Londres. ¿Y esa voz tan sexi?

–Estoy fatal: amigdalitis. Medio muerta.

–¿Vienes a cenar conmigo? Lo prometiste.

–No puedo. Estoy en la cama. Por orden del médico.

–Anda, ven. He reservado una mesa.

–Me encuentro fatal. Hector se ha ido a una fiesta sin mí.

–Bueno.

–Y tampoco he podido salir con Walter, Polly y los gemelos. Están todos con Sophy. Y yo aquí sin poder moverme de la cama.

–Levántate y sal. No te vas a morir por cenar conmigo.

–No puedo. El médico dice…

–Mierda: tienes que venir.

–Tengo fiebre.

–Me da igual. Te espero en el Berkeley dentro de media hora.

–¿Te sientes rico?

–En Noruega no tenía en qué gastar la paga. Media hora. Sé puntual. –Oliver colgó.

Mientras cenaban hicieron manitas. Calypso se encontraba mal. Oliver no quiso hablar de Noruega, solo dijo que había sido «horroroso, un puto horror. Si el Ministerio de la Guerra no se hubiera entrometido continuamente a lo mejor habríamos podido hacer algo». Estaba muy resentido.

–¿Cuánto hace que volviste?

–Unas semanas. También he estado enfermo.

–¿Herido?

–Nada grave. Lo que tenía era cansancio. Retirarse, que es como llaman ellos a salir corriendo, cansa mucho.

Calypso no dijo nada. Estaba con otro Oliver, muy distinto del Oliver que había vuelto de España. Entonces era un hombre furioso pero intacto.

–Si no hubieras estado retirándote en Noruega a lo mejor te habrían mandado

a Francia. Es increíble que sobrevivieran tantos. Hector fue a recibirlos a Dover.

–Qué bonito. Que te reciba Hector debe ser el no va más.

–Vale, vale.

–Ya nadie se acuerda de Noruega. Solo oigo hablar de la heroica batalla de Dunkerque. Vapores de ruedas y botes salvavidas ayudando a la Armada Británica. ¿Walter estuvo allí?

–Polly dice que sí. Llamó para contar que no se había mareado, que el mar estaba tranquilo. No lo he visto, porque me encontraba fatal.

–Está obsesionado con el mareo. ¿No pasó miedo con los bombardeos?

–Polly no ha dicho nada de eso. Solo estaba contenta de ver a Walter bien.

–Como yo.

–Él estaba más animado que tú. Quería que saliera con ellos esta noche y parecía muy normal. Está en Londres de paso, como tú, solo una noche. Me alegro de no estar en París: tiene que ser horrible. Si estuvieras unos días en la cama en Londres, sin poder tragar, no dirías que estuviera pasando algo… –Tenía muchas ganas de volver a la cama. Oliver no era una buena compañía. Estaba tenso. Calypso había leído cosas sobre la neurosis de guerra pero nunca la había visto–. ¿Has tenido, o sea, tienes neurosis de guerra?

Oliver se echó a reír y su expresión tensa se relajó.

–Solo estoy desmoralizado. Tengo una habitación en Half Moon Street. Vamos a echar un polvo a lo bestia.

–¿Ahora?

–Sí. No tengo hambre. Y tú tampoco estás comiendo nada.

–No puedo tragar.

–Eso no te impide…

–Oliver, no puedo. Soy contagiosa.

–Procura no ser tonta y deja de poner excusas.

–¿Le has dicho a tu madre que has vuelto?

–Todavía no.

–Pues deberías. Está preocupadísima.

–Se lo diré enseguida.

–Llámala ahora mismo y luego iré contigo a tu habitación. –Lo acompañó al teléfono–. Yo marco. –Calypso se fijó en el gesto tenso de Oliver mientras marcaba el número de Sarah en Bath–. ¿Tía Sarah? Soy Calypso. No, solo amigdalitis. Estoy con Oliver…

Le pasó el auricular a su primo, que al principio no dijo nada.

–Sí, estoy muy bien. Sí, iré mañana. No, estoy completamente recuperado. No era grave. Dile a papá que me han dado una medalla. Se alegrará. ¿Por qué? ¿Qué medalla? Una Cruz Militar, por ser el último en retirarme. No corría tanto como los demás. Hasta mañana. –Colgó–. ¿Por qué lloran las madres?

–Llora de alivio. –Calypso le dio la mano cuando salieron a la calle–. No sé si yo lloraré por mi hijo.

–¿Estás embarazada?

–Todavía no. Lo estoy aplazando. Pronto tendré que concentrarme en eso. Se lo prometí a Hector.

–Y a mí me prometiste que me consolarías mucho antes de conocer a Hector. Ya hemos llegado.

–¿Por qué no me has contado que te dieron una medalla?

–Cuánto tiempo llevo esperando este momento. –Llevó a Calypso a su habitación–. Espero que no te espante. Es lo único que he podido encontrar en poco tiempo. La patrona es una vieja dura de roer. –Oliver se quitó el abrigo y ayudó a Calypso a desnudarse–. Vamos, mi amor, date prisa.

–Se ha atascado la cremallera. –Calypso tenía los brazos levantados por encima de la cabeza–. Abajo no, tonto. Súbela y vuelve a bajarla.

–Creo que lo estás haciendo a propósito.

–No es verdad. ¡Ay!

Calypso gritó cuando la cremallera le pellizcó la carne. Y en ese mismo instante se oyó el aullido de la sirena antiaérea. ¡Ay, Dios mío, un ataque aéreo! Hector me matará si me quedo aquí atrapada.

Se bajó el vestido y se quedó mirando a Oliver boquiabierta y con el pelo revuelto. Se oyó un golpe fuerte en la puerta.

–Abra, señor. Nos están atacando.

–Ya lo sé. Ya lo oigo.

–Tengo que asegurarme de que la ventana esté bien oscurecida.

–Lo está –gritó Oliver, corriendo las cortinas.

–Tengo que asegurarme personalmente y entrar también en el cuarto de baño. Abra –gritó la voz airada–. El vigilante es terrorífico.

Calypso se metió corriendo en un armario y Oliver abrió la puerta.

–Justo iba a acostarme –dijo de mal humor.

–¿Está solo? Me ha parecido oír voces. No permito que mis huéspedes traigan señoritas.

–Mire la ventana y lárguese.

–¿No va a ponerse a cubierto?

–¡No! ¿Ya? ¿Ha mirado bien? Buenas noches, entonces. Que tenga un buen ataque. –Cerró la puerta en cuanto salió la patrona y sacó a Calypso del armario–. ¿Por qué te has escondido?

–Por Hector.

–Era la cotilla de la patrona.

–Tengo que andarme con cuidado con Hector. Si se entera me mata. Ay, mira qué pelos tengo. –Empezó a peinarse–. Madre mía. Me encuentro mal. Por favor,

Olly, ¿me llevas a casa? No creo que pueda consolarte gran cosa…

–Estás un poco ronca, ahora que caigo.

Mientras cruzaban Green Park, camino de Westminster, sonó la señal de fuera de peligro.

–No creo que las Furias me quieran consolado.

–Es la noche de San Juan. Date prisa, Oliver. Yo no estaré fuera de peligro hasta que Hector vuelva a casa y me encuentre en la cama. No quiero divorciarme.

–No te agobies tanto. No es tarde. ¿Qué tiene que ver la noche de San Juan con nosotros?

–Nada. Solo he pensado que… Bueno, Hector dijo esta mañana que hoy era San Juan, y por ahora hemos tenido un verano estupendo. A Hector le encanta el calor.

–A la mierda Hector. Que arda en el infierno.

–Se me olvidó decirte que se ha alistado. Le han asignado una misión en el Cuerpo de Guardias.

–Ojalá lo maten. Ya hemos llegado a tu calle.

–Ah, qué bien. Cogió el coche y todavía no ha vuelto. No parece que tengamos mucha suerte hoy, ¿eh? –Echó los brazos al cuello de Oliver y lo besó–. Tengo que meterme en la cama deprisa, antes de que vuelva.

Echó a correr por la acera. Oliver la miró, apoyado contra una farola, y muy poco después vio llegar el Lagonda, y a Hector, deslumbrante con su uniforme azul, que bajaba del coche, lo cerraba y entraba en casa. Sin ganas de volver a su habitación, Oliver cruzó el parque y siguió por Knightsbridge hasta que se encontró delante de la casa de su tía. Vio una grieta de luz por debajo de la puerta principal y oyó risas. Bajó corriendo a la cocina. Alrededor de la mesa estaban Polly, Walter, Sophy y los gemelos.

–¡Oliver! –lo saludaron, sorprendidos y con gran alegría.

Oliver se sentó, apoyó la cabeza entre los brazos y rompió a llorar. Sophy se puso a su lado. Oliver tendió una mano y la niña la cogió entre las suyas.

Camino del funeral, muchos años después, Polly se acordó de aquella noche.

–¡Qué tonto era Oliver! –dijo en voz alta–. ¡Qué tonto!

–Yo creo que es lo último que alguien diría de Oliver –observó su hijo, que lo admiraba mucho.

–Tengo derecho a tener mi propia opinión –replicó Polly–. Era tonto.

Y al ver que su hijo no estaba de acuerdo, con la misma irritación de aquellos años, añadió:

–Estaba obsesionado… loco.

–¿Por qué?

–Por Calypso.

–¡Nunca se me habría pasado por la cabeza! –dijo Iris, la hija de Polly–. ¡Qué mujer tan artificial!

–Es porque ha tenido un derrame cerebral, idiota –protestó su hermano.

–No, es porque se ha hecho un lifting –explicó Iris, que siempre lo sabía todo.

–Se ha hecho un lifting y ha tenido un derrame: las dos cosas –insistió James, que lo sabía todo mejor aún.

–Dejad de discutir –protestó Polly–. Sois horribles. –Encendió la radio para no oírlos y aceleró. Y levantó la voz para que la oyeran a pesar de la música pop–: Calypso es sincera.

El hijo y la hija de Polly, que iban en el asiento de atrás, para que el chucho de su madre pudiera ir a su lado, se miraron e intentaron deducir qué entendía su madre exactamente por sinceridad hablando de Calypso.

XVI

Max Erstweiler estaba tan entusiasmado con el éxito de su primer concierto en guerra que no podía dormir. Llamó por teléfono a Helena, que estaba en casa de Polly.

–Quiero que salgas conmigo, estoy inquieto.

–Pero, Max, justo iba a meterme en la cama. Polly ha preparado una infusión. Estamos cansadas.

–Tienes que venir a pasear conmigo. No entiendes el alma de músico.

–¿No puedes pasear solo?

–No te ablandes, tía Helena –le susurró Polly al oído.

–Si me paran pueden interrogarme. Te necesito para que traduzcas. Necesito calmarme paseando. Voy para allá. –Max colgó.

–Tía Helena –dijo Polly, aclarando su taza en el fregadero–, ese hombre te está utilizando.

–Me necesita. Es extranjero.

–Sí, comprendo que necesite apoyo moral pero… ¡sacarte de casa a estas horas! Hemos ido a su concierto y hemos salido con las manos doloridas de tanto aplaudir. ¿Por qué no ha venido Monika?

–Tiene miedo de los bombardeos.

–¿Y los demás no? Esta noche no hay bombardeos. Podría haber venido. Aquí vivimos un montón de gente con bombardeos y trabajamos con bombardeos. ¿Por qué la aterra tanto?

–Ella es así. Max llegará enseguida.

–Pero estás cansada, tía.

–La verdad es que no.

–Te trata como si fueras su amante. ¡Ay! –Polly vio la cara de Helena–. ¿Lo eres?

–No digas tonterías. –Helena se había puesto colorada.

–Ajá: ahora lo entiendo.

–No, no lo entiendes. –Helena se apresuró a negar un hecho que no estaba dispuesta a discutir con la sobrina de Richard–. El pobre está muy tenso. Necesita…

–Público –dijo Polly–. Me voy a la cama. Tengo que levantarme temprano. –Le dio un beso a su tía y subió a abrirle la puerta a Max–. Supongo que sabes que son las dos de la mañana.

–¿Y? –Max entró. Por aquel entonces Polly no le caía demasiado bien, porque se resistía a sus encantos–. Me gusta ver las ciudades cuando duermen. Ven,

Helena –llamó por el hueco de las escaleras de la cocina; y Helena contestó con obediencia.

–Ya voy, Max.

Polly se fue a la cama con la determinación de hablar con Calypso al día siguiente, porque al ver cómo colaboraba Helena en los preparativos del concierto, su prima había dicho: «La tía Helena está liada con Max Erstweiler».

Polly se había tomado a broma la teoría, con el argumento de que Helena era muy mayor.

–Tiene un año menos que Hector –le recordó Calypso.

–Pero él es un hombre. Es distinto.

–Seguro que tienes razón. ¿Cómo habrá empezado todo? Si Sophy no estuviera en el colegio lo sabría.

–Pero no necesariamente nos lo diría.

–Sí, si se lo preguntamos veladamente.

Repasando esta conversación, Polly se acurrucó debajo del dosel de hierro ondulado y se quedó dormida. Y estaba tan cansada que no oyó el gemido con que la sirena alertaba a la ciudad del ataque. Hacía semanas que no tenían noticias de Walter, y nadie había visto a los gemelos desde el comienzo de lo que más tarde se conocería como la Batalla de Gran Bretaña. Polly solo sabía que a los dos los habían derribado una vez pero sobrevivieron. Con lo alegres que eran, cuando hablaron por teléfono parecían cansados y asustados. Que Helena tuviera una aventura con Max Erstweiler daba cierta tranquilidad en un mundo negro y lleno de preocupaciones.

–La guerra fue muy romántica –diría Helena muchos años después, a Hamish, el hijo de Calypso.

–Seguro que no, tía abuela.

–Seguro que sí. Un día Max y yo fuimos a Covent Garden al amanecer, cuando estaban descargando los camiones, y él compró flores. Llenó un taxi de rosas y claveles. Estaba eufórico con su primer concierto en Londres. ¡Qué éxito! ¡Qué flores! Aún recuerdo el olor. Empezaba a clarear cuando volvimos a casa de Polly. Yo me alojaba allí. Lo que pasó después no fue tan romántico.

–¿No había suficientes jarrones?

–No. Alguien acababa de despertar a Polly para comunicarle que una bomba perdida había matado a sus padres. Estaban cerca de Godalming, cerca del hospital. Su padre era médico, ya lo sabes.

–No lo sabía.

–Los padres de Polly no podían saberlo, claro, pero fue muy triste para Max después del concierto.

–¿Los conocía? Sin duda, el golpe sería peor para Polly.

–No los conocía, pero imagínate el bochorno, nosotros con tantas flores, y Polly tan triste.

–¿Qué pasó con las flores?

–Le dijimos al taxista que las llevara a un hospital, aunque supongo que las vendió. Me quedé con unas rosas para Polly.

–El final no fue tan romántico.

–Fue romántico cuando las compramos. Momentos así son los que se guardan en el recuerdo. Ya lo creo.

–Es bonito volver la vista atrás.

Hamish sabía que las personas mayores vivían en el pasado. Se alegraba de ver que la pobre Helena disfrutaba con estas cosas.

–Prefiero pensar en Max comprando flores, en un arranque de euforia, y no en que vamos camino de su funeral. No he enviado flores.

–¿He hecho mal? Yo he encargado una corona –dijo Hamish.

–¿Mal? ¿Bien? Tienes que hacer lo que te apetezca. Si te ayuda encargar una corona, encárgala. A Max no le ayuda. Una corona no es un salvavidas.

A Hamish le molestó el tono irascible de Helena. Hizo un esfuerzo por seguir siendo amable.

–Seguro que Max Erstweiler te quería mucho.

–Yo le convenía. Llegó a confiar en mí. Le enseñé las costumbres y los modales ingleses. No sé si era amor. Yo lo quería. No sé si él me quería tanto como yo.

–¿Qué pasó con su mujer?

–¿Monika? Estaba preocupada, adelgazó mucho. A Max le gustaban las mujeres gorditas. Yo era gordita. Sí.

–¿Por qué estaba preocupada? ¿Por ti?

–No, no, no. Monika estaba acostumbrada a las cosas de Max. Decía que era peor que Furtwängler. Estaba preocupada por su hijo.

–Ah. ¿Lo conozco?

–Estaba en un campo de concentración. Pauli. Habrás oído hablar de él.

–¡Caramba! Sí.

–Llegaban noticias a través de Suiza, y la pobre Monika se iba apagando poco a poco. Nunca montaba escándalos, pero a punto estuvo de morir de angustia.

–Pobre mujer.

–Bueno, a Max no lo ayudaba. Ni le convenía –añadió Helena–. No.

–Pero tú sí –señaló Hamish, como felicitándola.

Helena sonrió.

–Sí –asintió, regresando al pasado–. Almas de músico… ¿Te acuerdas de que él decía que tenía «un alma de músico»?

–Sí, me acuerdo. Como Thomas Mann.

–Pueden llegar a ser aburridísimos.

–Para quienes no se interesan por la música –bromeó Hamish.

–Para todo el mundo. Esto son tonterías centroeuropeas. Nunca las he defendido. Yo aplaudía y le decía: «Para, Erstweiler». Y él paraba. Cuando se emocionaba más de la cuenta tocaba mal. No es que yo lo notara, pero me lo dijeron, y cuando veía que se ponía nervioso le decía: «¡Para! ¡Que pares, te digo!». Y él se reía y me llamaba su «*Kleine*[15] Flema Británica». –Helena se rió al evocar estos recuerdos.

–No es un nombre especialmente cariñoso: Flema. Nunca le oí llamarte así. Nadie lo ha dicho nunca.

–Eran cosas nuestras. Me lo decía también en la cama.

–Ah. –Y Hamish, que se había puesto pensativo, se dejó adelantar por una motocicleta–. ¿Por qué en la cama, tía abuela?

–¿Es que nadie te ha dicho nunca que te calles? –dijo Helena con aspereza.

–A veces. –Hamish se echó a reír.

–Pues eso. –Helena sonrió, apretando los labios, una costumbre que había desarrollado desde que tuvo que ponerse dentadura postiza.

–Es muy interesante tenerte de tía abuela –observó Hamish, mirándola por el retrovisor–: Has conocido a un hombre grande y famoso…

–He sido su amante –puntualizó Helena–. No hay necesidad de andarse con rodeos. Todo el mundo lo sabía y lo sabe. Sí.

–Y ahora vamos a su funeral.

–Es un engorro. –Helena empleó una expresión de sus tiempos.

–¿Qué?

–Ser la última de mi generación. Es un aburrimiento. Sí.

–Lo llevas muy bien.

–Por dentro no –confesó Helena, buscando en el bolso una petaca–. ¿Crees que podrás aflojar un poco para que beba un trago? A Max le encantaba esta petaca: era de mi primer marido.

–¿Del tío abuelo Richard?

–No, hijo. Me casé con un hombre con dos piernas: lo mataron en 1916. Que quede claro. Richard fue el segundo. A él también le encantaba esta petaca. No te ofrezco porque vas conduciendo. –Se llevó la petaca a la boca y dio un trago–. Así está mejor.

Hamish pisó el acelerador y siguió conduciendo con soltura por la M4.

–¿Cómo se llamaba tu primer marido?

–Anthony. Era guapo. Nunca tuve que pedirle que parara. No.

Hamish intentó imaginarse a la marchita Helena como objeto sexual. A lo mejor su madre o Polly tenían fotos. Se lo preguntaría.

–Él paró para siempre cuando casi no habíamos tenido tiempo de empezar. Las chicas deberían complacer a sus hombres antes de que se vayan a la guerra. –

La voz de Helena se convirtió casi en un murmullo.

–¿Qué has dicho? No te he entendido.

–He dicho «aunque sea incómodo». –Guardó la petaca de plata en el bolso–. Aunque sea incómodo complacer al que complace. Yo ahí no fallé. No.

–Seguro que no.

–¡Ja! –Helena se rió enseñando los dientes–. Claro que fallé. No era una experta como tu madre.

–¿Mi madre? –Hamish la miró de reojo. Tenía la cara arrugada como una manzana en enero.

–Creo que al final sí me gustaría comprar unas flores cuando lleguemos a Penzance, si no te molesta parar. Hay una buena floristería en Causeway Head.

–Es una calle muy estrecha.

–Pero es la mejor floristería. –Helena no quería seguir hablando de Calypso.

XVII

Fue en el otoño de 1940, en plenos bombardeos, cuando Helena compró dos casas adosadas en Enderby Street. Los dueños, impacientes por salir de Londres, las vendían baratas.

–Tú estás loca –le gritó Richard por teléfono desde Cornualles.

–Es mi dinero.

–¡Lo estás tirando!

–Están muy cerca de Harrods y de Peter Jones.

–Las bombardearán, te lo digo yo.

–No necesariamente. No.

–¡El general dice que tienes que ir a un psiquiatra!

–Mi abogado y mi banco dicen lo mismo.

–¿Por qué no puedes quedarte en casa de Sarah y George?

–Se han ido a Bath.

–Pues quédate con Polly, donde estás ahora. Comprar casas en Londres es un disparate. Esa calle se edificó deprisa y corriendo. Ni siquiera la construcción es sólida. Te lo digo yo.

–Las casas son una inversión. Ya han pasado los tres minutos. Adiós. –Helena se volvió hacia Polly–. ¿Qué te hace tanta gracia?

–Tú y el tío Richard. Los tres minutos aún no habían pasado.

–Se ha enfadado tanto que ni se ha dado cuenta.

–Yo sé por qué quieres comprar esas casas. ¿Vas a comunicarlas por dentro con una puerta?

–¡Qué buena idea! ¿Conoces a algún constructor asequible?

–Podemos encontrarlo. Ya sabes, tía, que aquí puedes quedarte siempre.

–Gracias, pero esta casa es para los jóvenes. Yo quiero una casa propia. Será divertido amueblarla.

–¿Por qué conformarse con la puerta? Si unes las dos habitaciones principales tendrías espacio para un piano de cola. Podrías organizar veladas musicales.

–No lo creo. Por su culpa ya me he quedado sin salón en Cornualles. Y ahora que él no está lo aporrea Monika. El salón ya no es mío. Richard la animó. No, no.

–Entonces ¿dónde pondrá Max el piano?

–Le dejan uno en Pont Street. Puede ir allí a tocar. Está a solo un minuto.

–Eres dura de pelar.

–Pont Street no la bombardearán.

–¿Por qué no?

–Es demasiado feo. Me niego a tener un piano en casa. No.

Helena no tardó nada en encontrar a un constructor con muchas ganas de decorar y hacer la fontanería. A finales de octubre las dos casas estaban listas, con pocos muebles pero cómodas. La puerta que las comunicaba se camufló con una librería. Monika, en el caso de que venciera el miedo, podía quedarse con Max decentemente.

La noche que Calypso fue a casa de Polly, cuando llegó en bicicleta antes de la hora del bombardeo, se encontró a su prima con Helena hablando de muebles.

–¿Qué has comprado por ahora? –se interesó Calypso.

–Camas. Las mejores de Heals.

–Muy importante. Hector tenía una cama horrible. Había dormido allí con Daphne. El colchón estaba hundido en el centro. Compré uno nuevo.

–Yo creía que no se tocaban.

–No. Hector dormía en su vestidor. Daphne dormía con su gran danés. Eso dice Hector, pero vete a saber.

–Buscaré muebles de casas bombardeadas. Si sobrevivimos a la guerra los precios se pondrán por las nubes. Encontraré antigüedades.

Las chicas se miraron con aire divertido.

–Es un reto –observó Calypso.

–Vale la pena –asintió Helena–. Buenas noches, chicas.

–La tía Helena tiene muchas más facetas de lo que pensaba –dijo Polly–. ¿Cómo crees que será Max en la cama?

–Mejor que el tío Richard. Por cierto, le he dicho a Tony que podía pasar a recogerme cuando termine el turno, a las ocho. ¿Te parece bien?

–Perfecto –dijo Polly tranquilamente–. Parece que le gusta ser bombero. ¿Quién lo habría dicho?

–¿No te molesta?

–¿Por qué iba a molestarme? No es mío.

–Yo creía que sí.

–¿No fui yo quien os presentó? –le recordó Polly.

–Sí, pero yo creía que… Bueno…

–Eso duró solo una temporada. El tiempo justo, en realidad.

–¿El tiempo justo?

–Sí, cariño. ¿Crees que si fuera mío te lo habría presentado?

–Tony dice que no te entiende.

–Claro que sí.

–¿Será él? Hay alguien en la puerta. ¿Esperas a alguien?

–No.

–Puede acompañarme a casa.

–¿Hector está de viaje?

–Sí, ha ido a Aldershot. No lo veo desde hace una semana. ¿Quieres que vaya a abrir?

–No enciendas luces.

Polly se puso a recoger la cocina mientras Calypso subía corriendo a abrir la puerta. Oyó voces de hombres y una exclamación de su prima, y Calypso volvió, bastante colorada, con Tony y Oliver.

–¿Puedes alojarme un par de días? Estoy de permiso antes de embarcar. –Oliver saludó a Polly con un beso.

–Claro. –Polly miró a Calypso por encima del hombro–. ¿Has conocido a Tony en la entrada? Es bombero. ¿Entras o sales del turno, Tony? –Y Polly sonrió, enseñando los dientes torcidos.

–Salgo –contestó Tony, mirando a las chicas como dando a entender «Ya lo sabéis». Y añadió–: Vi tu bicicleta en la calle, Calypso. Alguien puede tropezar con ella.

–Sí, bueno, ya me iba.

–Te acompaño a casa –dijo Oliver.

–Voy en bici.

–Yo la llevo, o voy corriendo a tu lado.

–Ay, Olly, como un perro fiel.

–¿Vamos?

Polly y Tony los oyeron salir.

–¿Sabía Calypso que él venía? –preguntó Tony con recelo.

–No, Tony. Y yo tampoco.

Tony se echó a reír.

–Tendré que esperar a que termine su permiso.

–Supongo que sí. ¿Te apetece conocer a nuestra tía?

–¿A vuestra *tía?* No especialmente.

–Es Helena. La amiga de Max Erstweiler.

–Ah, esa. Sí me apetece. ¿Está aquí?

–Acaba de subir. Ha comprado dos casas por aquí cerca. Es una mujer… Bueno, mejor que la conozcas.

–La vi en el concierto de él. No tenía pinta de ser del mundo musical. Está gordita.

–No lo es, pero está aprendiendo muchos trucos.

–¿Cómo lo sabes?

–No me refiero a trucos de cama sino de idioma. Le ha dado por terminar las frases en sí o no con *ja* o *nein*. Antes tenía una vida de lo más aburrida y ahora es todo lo contrario.

–Vamos a verla.

–Tony Wood se hizo muy amigo de Helena –les contó Polly a Iris y a James de camino al funeral.

–¿En serio? ¿Tony Wood? ¿No es homosexual?

Polly apartó una mano del volante para acariciar a su chucho. El perro miraba al frente, como si nada.

–Sí, lo es, pero en aquella época a las chicas les encantaba. Yo le decía que era ambidextro.

–¿Era amigo tuyo o de Calypso?

–Yo se lo presenté a Calypso. Todos lo compartíamos. A Hector le hacía gracia. A Walter le caía bien; creo que incluso a Oliver llegó a gustarle con el tiempo, pero quien le atraía a él era Helena. Tony era mayor que nosotros: estaba mucho más cerca de ella. Helena aprovechó su experiencia mundana, aprendió mucho con él, y lo puso en práctica con Max.

–Yo habría dicho –dijo James– que en la guerra, entre tanto bombardeo y tanta cosa, no quedaba mucho tiempo para la vida personal.

–Pues te equivocas –contestó Polly–. Vivimos intensamente. Hicimos cosas que en otras circunstancias nunca habríamos hecho. Fue una época muy feliz.

–¿Y el miedo? ¿Y la preocupación por la gente que queríais? –Iris se había inclinado desde el asiento trasero para hablar con su madre.

–Siempre estaba asustada y preocupada, pero así los placeres eran más placenteros y las sorpresas más sorprendentes. La gente como Oliver, Walter, David y Paul aparecía y desaparecía, y era maravilloso ver que seguían con vida. A mis padres los mataron. Yo creía que en Godalming estarían seguros. Yo sobreviví en Londres. Calypso sobrevivió. Si nos enamorábamos era a tope. Nos divertimos. Sé que Calypso se divirtió. Yo me divertí, y Helena, que no se había divertido en la vida, lo aprovechó muy bien. Tony pasó toda la guerra en Londres: nos observaba, le hacíamos gracia y a su manera nos quería. Los demás iban y venían, pero Tony siempre estuvo con nosotras.

–¿Y Oliver?

–Lo vi a finales de 1940. Calypso había pasado a verme. La acompañó a casa empujando su bicicleta. Calypso tenía una bicicleta.

Oliver llevaba a Calypso de una mano y empujaba la bicicleta con la otra. Calypso llevaba la linterna con cuidado.

–Los vigilantes se enfadan mucho si ven un destello.

–¿Está Hector en Londres? –preguntó Oliver con frialdad.

–No. Podría aparecer pero no lo creo. Llevo semanas sin verlo. Estoy sola. He ido a casa de Polly para ver qué se trae entre manos la tía Helena.

–¿Quién era ese?

–Tony Wood. Un amigo de Polly.

Oliver cogió del brazo a Calypso.

–Estoy de permiso antes de embarcarme.

–¿Otra vez? ¿Adónde?

–No lo sé. Se supone que no puedo decirlo.

–A Egipto, me imagino.

–¿Cómo lo sabes?

–Oigo hablar a Hector y a sus amigos. Ya sabes que él estuvo en Dunkerque.

–La última vez que te vi dijiste que estaba en Dover.

–Bueno, es que fue a recibir a los franceses que venían de Dunkerque, y de ahí fueron a Cherburgo. Algunos son divertidísimos.

–¿Más que yo?

–Mucho más. –Calypso se rió en la oscuridad–. Uno de ellos, un compañero de Hector, llegó remando hasta Dover; después lo mandaron de nuevo a Francia y nada más llegar tuvo que pirarse otra vez. Se piran continuamente, ¿no? Como tú en Noruega.

–¿Es esta tu calle?

–Sí. –No dijo nada hasta que llegaron a su casa–. ¿Me dejas la bici en el vestíbulo?

Oliver apoyó la bicicleta en un radiador, abrazó a Calypso y la besó en el cuello con ternura.

–Cariño.

–Querido, Olly. Tengo un buen sofá. Ven. –Lo llevó a su cuarto de estar–. Hay que correr las cortinas. Quítate ese uniforme que araña horrores. Ah, ya no. Me había olvidado de que ahora eres oficial, pero quítatelo de todos modos, que no me gusta clavarme los botones. Los de Hector forman un diseño muy bonito, de tres en tres, ¿o son cuatro?

–Tu esnobismo con los botones no me va a disuadir. Esta vez mejor que te bajes tú la cremallera…

Calypso se rió mientras se descalzaba de un puntapié. Oliver la observó mientras se quitaba el vestido y cruzaba la sala, desnuda, para echar unos leños al fuego.

–Uno de mis lujos es tener chimenea. Nos trae la leña un amigo de Hector que vive en Berkshire.

–No hables. Ven.

–Estoy nerviosa.

–No es verdad. Ven. Eso es. –La abrazó y le acarició la espalda–. Relájate. Piensa en el césped de manzanilla: es mágico.

–Helena lo plantó para nuestros juegos, nuestras aventuras.

–Chss, concéntrate.

–Ay, Oliver. Oliver.

–No te ha gustado. Mierda, no te ha gustado. Me cago en todo.

–No he dicho que…

–No hace falta que lo digas. –Oliver recogió su ropa, se puso los pantalones, se abrochó la camisa, se la metió por debajo de la cintura y se puso los calcetines y los zapatos con amarga concentración.

Calypso estaba sentada en el sofá, desnuda, mirándolo con ojos pensativos. La puerta de la calle se abrió de repente y se cerró de golpe. Alguien chocó contra la bicicleta y una voz de hombre exclamó:

–¡Uy!

Calypso cogió rápidamente su vestido, se lo pasó por la cabeza y se subió la cremallera.

–Es Hector.

Escondió la ropa interior debajo de un cojín.

–¡Uy, uy, uy! –Otro golpe contra la bicicleta. Hector empezó a cantar–: «Y si me muero que no me entierren». –Dio una patada a la bici–. ¡Quita de en medio, trasto! «Que conserven mis huesos en alcohol.»

Calypso, muy atenta a los ruidos, sonrió.

–Viene de buen humor. Gracias a Dios.

–¿Se emborracha a menudo?

–A veces –dijo evasivamente.

–¿Se pone violento?

–Creo que es mejor que te vayas. –Salió al rellano y se asomó a mirar por la barandilla de la escalera–. Se ha desmayado –susurró.

–¿Te ayudo a llevarlo a la cama?

–No, no. Te acompaño a la puerta de la cocina: está bloqueando el paso a la puerta principal. Vamos –dijo con impaciencia.

–¿Estás segura? Mira que puedo…

–No. Por favor, Olly, vete. –Le dio la mano y lo llevó al sótano, hasta la puerta de la cocina.

En la calle, Oliver la cogió de los hombros y la miró a los ojos.

–Adiós.

–Me temo que te he consolado poco. Aunque espero que haya sido mejor que nada.

Oliver pensó que lo decía casi con preocupación.

–Es mejor saberlo –dijo con voz neutra. Le dio un beso apresurado y se marchó. Sus pasos rápidos se perdieron en la calle silenciosa.

Calypso vio el Lagonda aparcado en diagonal al bordillo, con las luces encendidas. Lo aparcó como es debido y apagó las luces. De nuevo en casa, desenredó las piernas de Hector de la bicicleta, fue a la cama del tocador a por unas mantas y unos almohadones para apoyarle la cabeza y que estuviera lo más

cómodo posible, y le desabrochó la chaqueta.

–¡Qué manera de poner los botones! –dijo, y le sorprendió que su voz fuera tan cariñosa.

Hector abrió los ojos, enfocó con dificultad y se puso bizco.

–Estoy borracho.

–Ya lo sé. Ven a la cama cuando puedas.

–Yo no... Yo no… Esto… ¿Qué quiero decir? Calypso, no me dejes solo: quédate conmigo.

Se acostó a su lado. Él la abrazó mientras se arropaba con las mantas.

–Acércate.

–Me hacen daño los botones.

–Da igual.

–Estoy incomodísima.

–Duérmete.

–¿Te ves capaz de subir a la cama?

–A cuatro patas.

–Yo te ayudo. Anda, inténtalo.

–Estoy muy borracho.

–Sí. Ponle más ganas.

Hector se levantó de pronto y enfiló las escaleras corriendo. Mientras apoyaba la bici contra la pared, Calypso oyó un golpe y una carcajada. Lo ayudó a desnudarse y tuvo que sujetarlo para que se quitara los pantalones.

–Anda, acuéstate.

–La habitación no para de dar vueltas.

–Voy a hacer un café.

Cuando volvió con el café Hector se había dormido. Se tomó el café mirándolo. Parecía vulnerable, con los ojos cerrados y las cejas gruesas. Se las alisó con cariño y luego le pasó el dedo por los labios, un poco ásperos. Sonó la sirena de fuera de peligro. No había oído la alerta. Apagó la luz y abrió las cortinas para mirar fuera. ¿Seguiría allí Oliver? La calle estaba desierta.

Vio doblar la esquina a un agente especial. Un vigilante de ataques aéreos se acercó a saludarlo. Se rieron. Pasaron por delante del coche de Hector y lo admiraron. El vigilante acarició el capó como si fuera el hocico de un caballo. Calypso se volvió hacia su marido, que había abierto los ojos y la estaba mirando.

–¿Hector?

La cogió de la mano y tiró de ella.

–¿Me huele el aliento?

–No –dijo ella. Olfateó–: Sí.

–Acuéstate conmigo. ¿Te molesta?

–No. ¿Qué pasa?

–Me embarco pronto.

–¿Tú también?

–¿Quién más?

–Oliver.

–¿Ha estado aquí?

–Sí, me ha acompañado desde casa de Polly.

–Está enamorado de ti.

–Eso cree él.

–¿Y tú?

–No. Esos chicos me caen bien. Son mis primos: podrían ser mis hermanos.

–Eso es incesto.

–Para mí no.

–Yo podría ser tu padre.

–Mi padre nunca se ha portado como tú. No es un salvaje.

–Ay. ¿Crees que habrá Alka Seltzer?

–Sí. Y café.

Le sirvió un café. Hector se lo tomó y se tumbó en la cama, pasándole un brazo por debajo de los hombros.

–¿Quieres ir a Escocia? ¿Quedarte allí?

–No, no.

–Sería más seguro.

–Pero estaría muy sola. Lo odio. Me moriría de pena. ¿Cuándo te vas?

–Dos semanas. En cuanto ordene mis cosas. Prepara el uniforme ligero.

–¿A Egipto?

–Probablemente. Tengo que hacer una escapada al norte, ¿vienes?

–Claro, pero solo uno o dos días: no más.

–Me gustaría que te quedaras allí, lejos de Londres.

–Si las cosas se ponen muy mal en Londres me iré a Cornualles. Sé cuidarme.

–¿Me lo prometes?

–Sí.

–Ese hombre, Tony Wood, también está enamorado de ti.

–Eso no es amor. Es lujuria.

–¿Tú conoces la diferencia?

–Conozco la lujuria. Creo que no conozco el amor. –Calypso apoyó la cabeza y cerró los ojos.

–Qué suerte tienes, qué suerte, sí, qué suerte.

–¿Por qué? Yo creía que me estaba perdiendo algo.

–Sí, te lo estás perdiendo.

–¿Qué?

–Dolor, un montón de dolor.

–Qué tonterías dices. –Calypso se rió.

–Lo que tú digas –contestó Hector con sequedad.

–No conozco a nadie que esté enamorado. No creo que eso exista.

–Aparte de mí: lo tienes delante de tu linda nariz.

–¿Quién, por favor?

–Helena, Polly, Sophy.

–Eres un payaso. A lo mejor por eso estoy contigo, además de por tu dinero.

–Eso me recuerda que tengo que hacer testamento.

–Qué mal gusto.

–Soy un escocés cabezota.

–Me haces daño.

–Bueno. La próxima vez –la voz de Hector empezaba a ponerse desagradable–, haz el favor de dejar la bicicleta donde no pueda tropezar con ella.

Los dos se rieron, ya relajados.

–Mi madre dice que mi padre y ella se reían mucho –le contó Hamish a su pasajera.

–Sí, es verdad. Calypso no tenía demasiado sentido del humor, pero es que amor tampoco tenía, la pobre.

–Dicen que mi padre tenía sentido del humor.

–Y también tenía amor.

–¿Quería a mi madre?

–La adoraba y la conocía.

–¿Qué quieres decir? Parece como si –Hamish dudó un momento–, bueno, como si no te cayera bien mi madre.

–Me cae bien; siempre ha sido muy amable conmigo. Es solo que no sabe dar. Es su carácter y no puede evitarlo.

–A mi padre algo le dio: a mí.

–Tú eras parte del trato. Un heredero para su dinero.

Hamish se pasó al carril lento y paró el coche.

–¿Qué pasa? ¿Ha fallado el motor?

Helena lo vio salir y pararse en la cuneta, dándole la espalda. Se acordó de Hector el día de su boda, hacía mucho tiempo: alto como una torre al lado de Calypso, que era una chica alta.

–¿Me quería? –Hamish volvió al coche.

–Te quería muchísimo.

–¿Estás segura? En realidad nunca lo he sabido.

–Segurísima. Estaba muy orgulloso de ti. Te pareces mucho a él, aunque eres menos cariñoso.

Hamish se echó a reír.

–Eres una vieja perversa.
–Ya lo sé –asintió Helena–. Malvada.

XVIII

Polly cogió el teléfono.

–Ah, hola, Monika. ¿Cómo estás? ¿Puedes hablar más alto?

–Polly, tenemos solo tres minutos. ¿Puedes avisar a Helena? Es urgente.

–Nos están bombardeando, intenta hablar más alto.

–*Mein Gott!* Necesito hablar con Helena. No contesta al teléfono.

–Se ha ido a Liverpool, al concierto de Max.

–Allí también hay bombardeos, *lieber Gott*. ¿Qué es ese ruido?

–Una bomba. –Polly se metió debajo de la mesa, con el teléfono en la mano–. Sophy y yo estamos debajo de la mesa de la cocina. ¿Para qué quieres a Helena?

–Richard está enfermo. Creo que tendría venir, y *der General* y *der Rektor* dicen lo mismo, y también *Frau Rektor*.

–Entiendo. Intentaré localizarla. Vuelve a Londres mañana. ¿Está muy enfermo? ¿Qué? No te oigo –gritó Polly.

–Era gripe y ahora es neumonía.

–Pobrecillo. Jo, qué cerca ha caído esta.

–¿Qué has dicho? Polly, ¿eso son bombas?

–Sí –gritó Polly–. Haré lo que pueda. No te preocupes, te lo prometo.

–En Penzance también nos bombardean.

–Sí, ya me lo han dicho.

–Han caído en la bodega. Tu tío cogió frío mientras intentaba rescatar el vino.

–¿El qué?

–El vino. Tenía allí tres docenas de burdeos. Las bombardearon.

La voz de Monika se perdió. Polly se agarró a Sophy mientras colgaba el auricular.

–¡Su burdeos! –Y se partieron de risa.

–¿Os habéis puesto histéricas, chicas? –Tony Wood venía de la calle–. Hay mucha animación esta noche.

–¿No estás de guardia?

–Voy de camino. He pasado a ver si estabais bien. ¿Qué hace aquí Sophy? ¿Estás bien, Sophy?

–Sí, gracias. Acabo de empezar las vacaciones.

–Si encontramos a la tía Helena podrás irte con ella.

–Prefiero ir sola, gracias.

–Con Helena es más seguro. En Plymouth también hay bombardeos… –Se encogieron de miedo, al oír que caía una bomba–. ¡Vaya, esa ha caído muy cerca!

–Yo diría que por Brompton Road.

–Ojalá pudiera prestaros el casco. Ya viene otra.

Tony abrazó a las chicas. Aguzaron el oído. No lejos de allí sonó un cañón antiaéreo: bom, bom, bom… bom, bom, bom.

–¡Y otra! ¿A qué hora entras de guardia?

–Dentro de media hora. Me temo que tengo que irme. He traído un poco de whisky.

–¡Qué amable! Ten cuidado.

–No te preocupes. ¡Y otra! Siempre me acuerdo de Peter Pan…

–De cuando al capitán Garfio se le rompían los pantalones.

–Claro. Adiós, chicas, tengo que irme. –Tony les dio un beso–. Seguid debajo de la mesa. –Se fue.

–Ha sido un detalle que viniera. No le pilla de camino. Un whisky estupendo.

–Ojalá estuviera aquí Oliver. ¿Sabes algo de él? –Sophy se arrimó a Polly todo lo que pudo.

–La tía Sarah ha recibido una carta: está en Oriente Próximo. Más seguro que Walter en mitad del Atlántico. Dice que es horrible, que se pasa todo el día mareado.

–Polly.

–Sí.

Se acurrucaron.

–¿Te acuerdas de la Carrera del Pánico?

–Claro que me acuerdo. Sí, pensemos en eso. El mar, la luna, el césped de manzanilla.

–Tengo miedo. Me gustaría… Necesito contarlo.

–Esto pasará pronto. Algún día volveremos todos.

–Polly, en el camino del acantilado yo… –El ruido de una bomba muy próxima tapó la voz de Sophy. Se notaba que había caído muy cerca, y Sophy terminó la frase con una clara nota de miedo–… Te decía que yo… Fue solo un empujón. –Pero Polly estaba atenta al ruido de cascotes y cristales en la calle y no oyó lo que decía: algo de unos gritos de un hombre y de los gritos de las gaviotas. Vio con preocupación que la niña estaba llorando y temblando en sus brazos.

–Tranquila, Sophy: esa ha caído más lejos; ya falta poco. Cuando den la señal de fuera de peligro prepararé un té con un chorrito de whisky. Puede que haya heridos cerca: tenemos que ayudarlos. El whisky de Tony nos vendrá muy bien.

–Intentaba contarte una cosa.

–Claro que sí. Naturalmente. Escucha. No hay cañones, no hay aviones. Ah, ya suena la señal de fuera de peligro. Asómate a la puerta y echa un vistazo mientras pongo el agua a hervir. Tengo que localizar a la tía Helena, si es que funciona el teléfono.

Poco después, mientras Sophy servía el té a un grupo variopinto de vecinos bombardeados que contaban cómo se habían librado por los pelos, Polly consiguió hablar con el hotel de Liverpool donde sabía que se alojaba Max Erstweiler.

–*Allo, Erstweiler hier*.

–Max, ¿sabes dónde está la tía Helena? Estoy tratando de localizarla. Ha llamado Monika desde Cornualles.

–¿Monika? –La voz de Max delataba recelo–. ¿Qué quiere?

–A Helena.

–¿Para qué? –Max encendió la lámpara de la mesilla y dio un codazo a Helena, que estaba dormida a su lado. Se despertó y vio que Max se llevaba un dedo a los labios mientras sujetaba el teléfono con el otro–. Son las cinco de la mañana.

–Ya lo sé. ¿Puedes avisar a Helena? Monika dice que el tío Richard está muy enfermo. Tanto ella como el párroco y el general creen que Helena tendría que volver.

–Voy a avisarla, *ein Moment*. –Max tapó el auricular con la almohada–. Es Richard, está enfermo, tienes que ir con él.

–Mierda.

Helena se apartó el pelo de la cara y se echó un chal sobre los hombros. Tendió la mano para coger el auricular.

–Hola. ¿Qué pasa? Acababa de dormirme. Han caído muchas bombas después del concierto de Max. Ha sido un gran éxito, el concierto.

–Tía Helena, Monika está intentando localizarte. El tío Richard está muy enfermo.

–Sé que tenía gripe.

–Pues ahora es neumonía.

–¿Dónde la ha cogido? –Helena oyó la explicación confusa que Polly le daba desde Londres en voz muy alta.

–¿Su burdeos? ¿Intentando salvar su burdeos? El burdeos es mío. Creí que se acabaría, y ahora no hay manera de encontrar ni arroz. No, carroza no, arroz. No.

Polly se dirigió a ella de pronto en un tono severo, sin rodeos.

–Mientras dices tonterías puede que el tío Richard se esté muriendo. Voy a dejar a Sophy en el tren de las diez. Si tienes forma de llegar a Bristol podrías cogerlo en Exeter.

–¿Sophy?

–Sí. Ya han empezado las vacaciones. Está aquí, pero no parece muy sana. Yo tengo trabajo. No puedo dejarla sola en casa.

–Saldré en cuanto me sea posible. ¿Puedes llamar a Cornualles? Yo no puedo. Lo intenté anoche. Max quería contarle a Monika cómo había ido el concierto –mintió Helena. Colgó el teléfono–. ¿Por qué mentimos?

–Por instinto. –Max la estaba observando: sonrosada, amplia, redonda, rubia, su tipo–. Pareces una modelo de Greuze.

–¿Eso qué es? –Helena se estaba cepillando el pelo con rabia–. ¡Que contrariedad! Ayuda un poco, anda. Averigua lo de los trenes mientras hago el equipaje. Alegra esa cara. Qué típico de Richard salir de casa con gripe cuando llueve. Seguro que se ha echado a perder todo el burdeos. Ay, ¿por qué me porto mal en los momentos críticos? –gimoteó Helena con frustración.

–*Nimm deine Arschbacken zusammen*[16] –dijo Max.

–¿Qué es eso?

–Una grosería en alemán. Averiguaré lo de los trenes.

–Me había olvidado de las vacaciones de Sophy. He perdido la cabeza además del corazón.

–Tú no me quieres.

–En este momento no. Ve a averiguar lo de los trenes. Seguro que hay una de esas horribles líneas comarcales. Corre, ve.

Sophy, desde su rincón, vio a Helena, que venía jadeando desde otro andén de Exeter para subir al tren. Se encogió y se tapó la cara con un libro, sin ganas de aguantarla en el trayecto, porque el tren paraba en todas las estaciones de Exeter a Penzance. Se escondió, aunque sospechaba que a Helena le apetecería su compañía tan poco como a ella la suya.

Apretujada en un compartimento abarrotado, Helena se reprochaba por haber abandonado a Richard, con plena conciencia de que desde el revolcón en el campo de narcisos había tirado su vida por la borda y dejado el funcionamiento de la casa en manos de la mujer de su amante y el cuidado de Sophy en manos del colegio, con ayuda de la casa parroquial en vacaciones. Se acordó de aquel día en que hizo el amor con Max bajo el cielo azul, rodeados de narcisos dorados, en éxtasis en plena guerra. Pasó por alto la verdad, que era que la temporada de los narcisos había pasado hacía tiempo, que las hojas marchitas tenían un color apagado y pajizo, que había malas hierbas entre los bulbos y que cuando se bajó las bragas la picaron las ortigas. Lo que sí era verdad es que ese día con Max tuvo el primer orgasmo de su vida, y a cambio le ofreció una devoción violenta que a él le resultaba conmovedora y útil. Ahora que Richard estaba enfermo, Helena reparaba por primera vez en los sentimientos de su marido, y le entraron remordimientos, teñidos de culpa, por su nueva forma de vivir. No tenía la más mínima intención de cambiar. Otra mujer, una mujer buena, se quedaría al lado de Richard simplemente porque era un soso, porque había perdido una pierna y porque lo habían gaseado.

–Yo no –dijo en voz alta, para confirmar el rumbo de su vida–. No soy así.

Y su vecina de asiento, una joven con uniforme de la Marina, la miró con

sorpresa.

–He dicho que no hay té aquí –explicó Helena–, que no hay té en este tren. No.

–Ah. ¿Quiere que le traiga una taza en Plymouth? Me bajo allí. Suele haber un puesto, si es que no han bombardeado la estación.

–Es muy amable, pero creo que no, gracias.

La joven de la Marina volvió a dormirse. Helena hizo planes para su vida en Londres. Era una suerte que a Monika le dieran pánico los bombardeos y Richard aborreciera Londres, que solo pasara por la ciudad una vez al año para reunirse con sus compañeros en la cena del regimiento y que se alojara en su club. Ahora, con la guerra, no había cenas para comandantes retirados sino oportunidades para que sus mujeres se entregaran al adulterio. Helena veía la situación con ironía.

Unos días antes se había encontrado en la calle con Hector, y la había llevado al bar del Ritz. Cuando se sentaron en la barra, señaló a la gente y dijo:

–Mira, aquí nadie está casado. Esto es un caos. La guerra vuelve a la gente lasciva. A ti a lo mejor no te pasa, ¿o sí? –Y examinó a Helena con ojo crítico. Ella se puso colorada–. Bueno, que tengas suerte, amiga. Ahora que estoy en el ejército, Calypso sale todas las noches. Dice que va a casa de Polly pero a mí no me engaña. La verdad es que tiene un ligue con un amigo de Polly, el tal Tony Wood, un tipo simpático, y también ve a Oliver. Está enamorado de ella.

–Se han criado juntos.

–*Ceci n'empêche cela!*[17] El pobre está loco por ella.

–Pues ella no le corresponde –le aseguró Helena.

–Es posible. Y luego están Walter y los gemelos. Que le gustaran ellos lo entendería. ¡Qué chicos tan guapos! Si tuviera un cupé y ellos fueran caballos…

–A ellos no les interesa Calypso.

–¿Seguro? Me alegro. Pero mira el surtido que tiene para elegir. Los más intrépidos franchutes, holandeses, belgas, polacos… Lo que quieras. Andan husmeando por todas partes, y ya puede ayudarnos Dios a los hombres casados cuando se decidan a venir los americanos. Esta es una oportunidad cojonuda para el libertinaje. –Hector vació el vaso y le hizo señas al camarero–. Lo mismo.

–Para mí no, gracias. Tú y yo no somos especialmente libertinos. –Helena, en su papel de amante de Max, se oía hacer comentarios que hasta muy poco antes jamás habría hecho.

–No pero, bueno, lo que quiero decir es que no soy tan idiota como para pensar que cuando esté lejos, y eso será muy pronto, Calypso se quedará en casa, bordando.

–Y ¿qué harás tú?

–Yo estaré apoyado en la barra de un bar con alguna chica, como ahora.

–No con tanta inocencia, diría yo. –A Helena se le había subido el Martini a la cabeza.

–Tú tienes a tu violinista…

–¿Qué?

–Todo se sabe. Las noticias vuelan. Son buenas noticias y son ciertas.

Helena no supo por qué no lo negaba, y llegó a la conclusión de que estaba orgullosa de que la señalaran como la amante de Max. Era lo único que le permitía soportar esos conciertos soporíferos.

–¿Te gusta la música? –le preguntó a Hector.

–Sí, pero no a todas horas. Seguro que a ti te pasa lo mismo.

Se había levantado para marcharse, y se estaba ajustando la correa del cinturón Sam Browne. Antes de despedirse cruzaron una mirada que Helena iba a recordar. La mirada de Hector decía: «Si no fuera por Calypso» y «Si no fuera por Max». En el tren, cuando volvía a casa con su marido, Helena se echó a reír. El soldado que iba enfrente la observó y decidió que estaba un poco pirada. Era muy joven y aún no sabía a qué extremos podía llegar la sexualidad reprimida de una mujer de cuarenta años. Había intentado ocultarle a Max su ignorancia sexual, pero él se había dado cuenta y había sabido aprovecharla: disfrutaba del placer de Helena como se disfruta de una erupción volcánica. No estar a una distancia segura era el toque picante para el experto paladar del músico.

Cuando el tren llegó por fin a su destino, Helena se espabiló, cogió la maleta con nerviosismo y bajó al andén, buscando medio conscientemente a la mujer que era antes, sus antiguas preocupaciones con Richard, su casa, su jardín, sus amistades en el vecindario. Reconoció a lo lejos a Sophy: una figura casi familiar doblada hacia un lado por el peso de la maleta. Había crecido desde la última vez que la vio, y estaba casi en la etapa que hoy se llama adolescencia y que Helena llamaba difícil. Le dio rabia ver que un joven con uniforme de la R. A. F. se acercaba a Sophy, le cogía la maleta y sonreía mientras ella lo miraba con perfil risueño. Sophy saludó entonces con el brazo y echó a correr hacia Monika, que había venido con el dachshund atado de la correa. Se abrazaron, el perro se puso a ladrar y a dar saltos, el joven llevó la maleta hasta el coche, saludó y siguió su camino. «Mi coche, ¿qué hace con mi coche?» Helena sabía que no era justa. Vio que Monika le preguntaba algo a Sophy y esta negaba con la cabeza. Monika echó un vistazo alrededor con aire preocupado y subió al coche; Sophy y el perro juguetón la siguieron. Monika arrancó el motor. Helena la llamó a gritos.

–¡Eh! ¡Monika!

Con cara de alivio, Monika bajó del coche de un salto dejando el motor encendido.

–Sophy me ha dicho que no venías en el tren. Qué bien que hayas venido.

La niña parecía reticente.

–Lo cogí en Exeter. No te vi.

Helena dejó que Sophy la ayudara con la maleta.

–Yo a ti tampoco –mintió Sophy.

–El pobre Richard se va a alegrar muchísimo –dijo Monika con la mejor intención–. ¿Quieres conducir tú?

–No, conduce tú. Supongo que sabes. –Helena estaba desagradable con Monika, y se enfadó consigo misma–. ¿Cómo está Richard? ¿Mucho mejor?

–No está mejor, Helena. No está mejor.

Helena suspiró con exasperación.

–Bueno, en marcha. ¿No puedes hacer algo para que este animal se esté quieto, niña?

El perro iba tranquilísimo en brazos de Sophy. Helena lo miró a los ojos, que parecían de cristal, y esquivó los ojos negros de Sophy. La niña sonrió.

–Estarás preocupadísima. –Monika se dirigió hacia la salida de la ciudad.

–Claro que sí. Max te manda afectuosos recuerdos –tuvo la crueldad de añadir.

–Es que tiene afecto para dar y tomar. –Monika estaba acostumbrada a estos ataques y los disfrutaba–. ¿Qué tal estuvo el concierto?

–Espléndido. Qué deliciosos los olores del mar.

Su yo de antes de la guerra empezaba a despertar. Hizo un esfuerzo consciente por recuperar a Helena, la tía política de los sobrinos de Richard, la que iba a la iglesia y era miembro del Instituto de la Mujer[18].

–Aquí es donde cayó la *bompa* –Monika desaceleró mientras cruzaban la ciudad–. El pobre Richard *unt der general* estaban muy preocupados, pero no hubo heridos.

–¡Ese vino tan bueno! Les pedí que me lo guardaran. Ganaremos esta guerra, pero piensa en lo que se habrán bebido los alemanes entretanto. ¿Hay noticias de tu hijo?

–No. –Monika aceleró–. Ninguna. –Y se tragó la angustia.

–¿Puedo bajar antes de llegar a casa? Voy a echar una carrera con Duck. –Monika paró el coche para que Sophy bajara con el perro.

–Quiere mucho a este perro, igual que Richard. Eres una buena persona, Helena.

–No, no lo soy. No.

–Vamos, Duck, corre.

Sophy echó a correr cuesta arriba con el perro, encantado, y llegó enseguida al césped de manzanilla. Lo rodeó corriendo, cepillando la hierba con los pies. El césped no estaba en sazón y apenas olía. Sophy se detuvo y miró hacia el mar, encrespado y gris: las palomillas se convertían en olas grandes antes de estrellarse contra el acantilado. Miró el camino, cerrado con alambre de espino, hacia el

puesto del guardacostas, antes tan valerosamente blanco, ahora camuflado de marrón y verde sucio.

–Todo ha terminado –le gritó con pena al perro. Y Duck gimió al notar el viento afilado y cruel en el pelaje fino.

Helena subió a ver a Richard mientras Monika se ocupaba del equipaje. Parecía como desmayado entre un montón de almohadas.

–Pobrecillo. ¿Cómo te encuentras? –Se agachó para besarle en la frente–. Tienes fiebre. ¿Qué ha dicho el médico?

–Me ha dado un jarabe para la tos. –Richard tenía la voz débil.

–Espero que te siente bien. ¿Quién ha hecho estos cam-bios en la habitación? –Helena miraba con mala cara el cambio de los muebles.

–Monika. Así es más fácil atenderme. Es muy buena.

–Hace un momento ha dicho que yo era buena. –Helena se rió y Richard sonrió con complicidad–. Te pondrás bien –añadió con voz confiada.

–Ya estás aquí.

Helena sintió una puñalada de culpa.

–Sophy venía en el mismo tren. No nos vimos hasta llegar a la estación. Polly la dejó en Paddington. Yo estaba en Liverpool con Max cuando me avisaron de que estabas enfermo.

–No había necesidad de molestarte.

–Seguramente no. De todos modos, no habría estado bien que no viniera.

–¿Qué dirían los vecinos? ¿Verdad?

–¿Me estás tomando el pelo?

–De ninguna manera –dijo Richard con voz ronca–. Hay que pensar en el general y en Monika. No es que a ella la preocupe. –Bajó la voz hasta que fue poco más que un susurro–. Ya se ha acostumbrado. ¡Se ha acostumbrado! ¡Fíjate! –Empezó a toser.

–¿Tú te acostumbrarás?

Richard asintió. Parecía débil y estaba feo. Helena buscó la pierna con la mirada y, al no encontrarla, miró a su marido.

–Monika la ha puesto al lado de la puerta.

–Ah. –De repente Richard le inspiró un arrebato de cordialidad; le sonrió con cariño, se sentó a su lado y le cogió la mano. Tenía la sensación de que acababan de decirse la verdad en un instante y se habían acercado. El perro arañó la puerta.

–Ahí está tu perro. Te quiere mucho.

–Sí. –Richard observó a su mujer mientras iba a abrir la puerta. Su forma de andar había cambiado–. No puedo seguir amenazándote –dijo, tosiendo.

–En realidad nunca lo has conseguido.

Helena vio que el perro subía a la cama de un salto, apoyaba la cabeza cerca de la de Richard y la miraba desde la punta del hocico.

–Monika ha reordenado los muebles de la cocina, y tú vas a dormir en la habitación de invitados.

–Ah. –La sorpresa de Helena era ahora contrariedad–. ¿Por qué?

–Podrías coger la gripe.

–¿Y entonces?

–Te quedarías más tiempo. –Richard se echó a reír, tosió y se puso muy colorado.

–Ah, conque esas tenemos. –Se quedó mirándolo mientras tosía y trataba de hablar entre espasmo y espasmo–. ¿Qué has dicho?

–Sería un trueque justo –dijo, con la voz entrecortada.

–Pero no lo es, ¿verdad?

–No. –Richard cogió el absurdo hocico del perro con la mano de tal forma que la punta húmeda y negra asomaba entre el pulgar y el índice y los ojos miraban por encima del puño surcado de venas–. Pero no pasa nada.

Helena estaba furiosa, se sentía insultada. Richard era su marido: tendría que molestarle.

–Tienes bronconeumonía –dijo, pensando si iba a morirse y si ella lo sentiría.

–No me voy a morir. –Cesó el ataque. Richard volvió a tenderse.

–¿Tío Richard?

Sophy se acercó a la cama corriendo y le dio un beso, luego retrocedió, le cogió de la mano y se quedó mirándolo.

Los ojos de Richard se iluminaron.

–Sophy.

–¡Me alegro de verte! –dijo la niña. Helena estaba sorprendida. Sophy nunca había dado muestras de tenerle cariño a Richard–. Gracias por tus cartas –añadió–. Me han ayudado a sobrellevar los días en el colegio.

–Bien –dijo él, sin apartar la mano–. Bien.

La quiere, pensó Helena, la quiere. Sophy percibió algo y, volviéndose hacia Helena, explicó:

–En las cartas me habla del jardín y de los pájaros, y de lo que pasa en el pueblo y de lo que dicen el general y el párroco, para que sepa que todo sigue aquí, que mi nostalgia de esta casa no es una simple idea. Y yo siempre me despido diciendo: «Recuerdos al césped de manzanilla». –Miró a Helena y añadió–: Lo sembraste tú, ¿no?

–Sí –asintió Helena, recordando–. Todo el mundo decía que no iba a crecer.

–Pues ha crecido. –Sophy se sintió de pronto muy compenetrada con Helena, y por unos momentos las dos se cayeron bien.

–Has crecido. –Richard seguía sin soltarle la mano–. Un día… –Le vino otro ataque de tos, fuerte y ronca–. Maldita tos: también tengo neumonía. Según el médico: «Que te gasearan no te favorece». Los alemanes no querían favorecernos,

ya te lo digo yo. Querían matarnos, por decirlo suavemente.

–Ya va siendo hora de callarse. –Monika entró en el dormitorio del enfermo con un inhalador–. Tómate las pastillas y luego inhalas, ¿vale?

–Lo que tú digas, querida.

–¡Querida! –Helena puso cara de asombro.

–Ha hablado demasiado.

Monika las despidió amablemente a las dos.

Helena bajó las escaleras detrás de la niña.

–A mí no me escribe –dijo.

–Tú no necesitas cartas. Tienes muchas cosas. ¡Qué maravilla! –Sophy admiró la nueva disposición de la cocina–. El tío Richard dijo que me gustaría. A ti te gusta, ¿no? –Se volvió hacia Helena.

–Sí. –Observó la cocina transformada–. Reconozco que sí.

–Mucho más acogedora que cuando estaba la cocinera. Y muy vienesa, ¿no?

–Sí.

–Está contenta en la fábrica.

–¿Quién? ¿Qué fábrica?

–La cocinera.

–¿Cómo lo sabes?

–Nos escribimos. Se ha prometido con el encargado. Se llama Terence y es viudo.

–Seguís en contacto.

–Lo necesito. Si no…

–¿Qué? –Helena dejó de examinar la irreconocible cocina y miró a la sobrina de Richard.

–Nada.

Sophy acarició un cojín traído de otra parte de la casa para hacer más cómoda una silla

«Si no, tendría que perderme –dijo para sus adentros–. Desaparecer.»

XIX

–Voy a tener que parar y sacar a Jumbo.

–No puedes parar en la autopista, mamá –dijeron a dúo Iris y James, que lo sabían todo.

–No nací ayer. Puedo coger la próxima salida.

–La salida 17 está a cinco kilómetros –contestaron los hermanos a la vez.

¡Qué niños!, pensó Polly.

–Viajar en la guerra era muy distinto –dijo–. Solo había gasolina para trayectos cortos y los trenes iban a reventar. La gente como Calypso conseguía un coche cama. Le ponía un billete de diez al encargado en la mano, lo miraba a los ojos y le decía: «Soy parlamentaria por Hogmanay», o como se llamara la circunscripción de Hector. El truco le servía hasta para ir a Penzance.

–Hector era diputado, ¿no? ¿Conservador?

–Sí. –Polly salió de la autopista–. Muy bien, Jumbo, enseguida te dejamos salir. Cuando se marchó al frente alguien se hizo cargo de su circunscripción. A la vuelta empezó a votar a los laboristas y abandonó la política. –Paró el coche y dejó salir a Jumbo a la hierba de la cuneta–. No te quedes ahí todo el día –le dijo–. Hector tenía más electores en los regimientos de las Highlands que en ninguna parte.

– Y ¿atacaban en el desierto con gaitas? –Iris vio que el perro estaba haciendo caca–. Tenía ganas de salir.

Polly silbó. Jumbo, que no había terminado, no le hizo caso.

–No sé por qué no me imagino a Calypso en las Highlands.

James chasqueó los dedos para llamar al perro, que estaba escarbando en la hierba y levantando una nube de turba.

–Estuvo allí de luna de miel y otra vez antes de que Hector embarcara. Se trajo a Catherine de la casa de Escocia, que ahora es de Hamish, claro. Catherine cuidaba de él cuando era muy pequeño, y siempre que iba a pasar las vacaciones. A Calypso le parecía un sitio aislado y lúgubre.

–No es su estilo.

Iris metió a Jumbo en el coche. El perro saltó al asiento delantero, al lado de Polly.

–No es su estilo para nada. –Polly volvió a la autopista–. Hamish en cambio…

–Da la impresión de no tener una gota de sangre inglesa –señaló Iris–. Es escocés hasta la médula.

–Y eso que es hijo de Calypso.

–Si alguien me hubiera dicho que esto sería divertido le habría aconsejado que se mirara la cabeza.

Calypso, apretada contra Hector, se dejaba acunar por el tren mientras él la abrazaba, con los pies apoyados contra el borde de la litera.

–Me gusta mucho el ritmo –le susurró al oído–. Dice: «Folla folla, cabrón, folla folla folla, cabrón, folla».

Hector volvió la cabeza para buscar la boca de Calypso.

–Estas palabras son muy obscenas.

–No para una mujer casada.

–¿Otra vez?

–Otra vez. No te caigas de la litera.

–Lo intentaré.

–¿A qué hora llegamos a Euston?

–Cállate un rato.

Cuando se quedó dormida, Hector la abrazó. El tren surcaba la noche rugiendo, hacia el sur. La locomotora lanzaba un aullido extraño.

–¿Ya casi hemos llegado? –preguntó Calypso, adormilada.

–No, todavía no.

–Somos demasiado grandes para esta litera.

–¿Quieres que me cambie a la mía?

–No, si puedes soportar la incomodidad.

Si le digo lo feliz que soy se reirá de mí, pensó Hector, rechinando los dientes para aguantar los calambres.

–Ay, necesito estirarme. Me estás aplastando. –Calypso se espabiló de repente y lo empujó al suelo–. ¿Queda algo de whisky en esa botella? –Se puso un jersey y se sentó.

Hector se había levantado y, balanceándose al compás del tren, fue a buscar el whisky y le sirvió una copa.

–¿Crees que el perrito está bien? –Calypso buscó con la mano por debajo de la litera la cesta donde iba acurrucado un cairn terrier de cara negra. El cachorro movió la cola–. Sí, está bien. –Cerró la cesta–. Es un regalo precioso. –Cogió el whisky que Hector le ofrecía sin dejar de mirarla: con el jersey y las piernas largas colgando del borde de la litera. Se sirvió otro whisky, se sentó a su lado y le puso una mano en la tripa caliente hasta rozarle el pelo.

–Lo llamaré Highland Fling[19], Hamish, para abreviar. –Calypso se bebió el whisky de un trago–. Es un nombre familiar, ¿no?

–No pega para un perro –protestó Hector, con un arrebato de rabia.

–No hablaba del perro. –Hector no supo interpretar la expresión de Calypso–. Vas a embarcarte, ¿no?

–Cariño… –la miró, boquiabierto.

–Sí. Con un poco de suerte. Estaré ocupada. Ay, Hector, ¿lo que estoy viendo es una lágrima?

–Lo siento… Te quiero.

–Y ¿duele mucho? –La sonrisa irónica de Calypso le hizo reír.

–Es un tormento. No te lo imaginas.

–Me alegro.

–Calypso tuvo un perro mientras duró la guerra.

Polly aceleró.

–Creía que no le gustaban los animales –dijo James, a quien sí le gustaban.

–Ese perro sí. Era un bicho horrible. Mordía y estaba mal educado. Se lo regaló Hector. Dormía con ella.

–¿Fue el que mordió a Tony?

–Seguramente, porque Calypso nunca tuvo otro perro.

–Entonces Tony no se lo inventa cuando dice que se acostó con Calypso –señaló James.

–Eso es para fardar, como se decía entonces –dijo Polly–. Espero que no lleguemos tarde. No está bien llegar tarde a un funeral. Te pasas la vida esperando ese día, y es una falta de educación que la gente llegue tarde.

–Él no se dará cuenta, mamá. Esto no es un concierto. Además, el funeral es mañana.

–Siempre había otro concierto.

–¡Por favor, mamá! No vayas a liarla.

–En los funerales se puede toser, llorar y sorber por la nariz, pero no se puede llegar tarde –dijo Polly con tristeza.

–Por favor, mamá. Conduce despacio o el funeral será el nuestro.

Calypso observaba a Hector mientras preparaba el equipaje.

–¿Vas a dejarte bigote militar? No te sentaría nada bien.

–¿Te molestaría?

–No estaré para verlo.

–Calypso, cariño, ¿me harías el favor de quedarte con Catherine?

–¿Quién es Catherine? ¿Por qué?

–Lo sabes perfectamente. Su padre es el criador del cachorro. Cuidará del niño.

–¿Y de mí?

–Sí.

–Pero aún no sé si estoy embarazada. No lo sabré hasta dentro de unas semanas.

–Si lo estás quiero que venga Catherine.

–De acuerdo, pero después de que nazca el niño. ¿Por qué no está colaborando en la guerra? ¿En la Marina o como auxiliar de Transporte Aéreo? ¿Es retrasada o algo? –Calypso se puso desagradable.

–Es coja.

–Pobrecilla. Lo siento. Pero no quiero a tus criados espiándome.

Hector le soltó un bofetón.

–Idiota, ¿crees que voy a irme y dejarte aquí sola sin nadie que te cuide? No quieres ir con tus padres porque te aburres, no quieres ir a Escocia porque te aburres. Te has empeñado en quedarte en Londres, y podría caerte una bomba encima. Me preocupa.

–No hace falta que me pegues. Esto es mucho más preocupante.

–No nos enfademos.

–Está bien. Si pasa algo le pediré a Catherine que venga.

–Hector se fue de muy mal humor. –Calypso estaba sentada en el borde de la mesa de la cocina de Polly, balanceando las piernas–. Tuvo que hacer el equipaje deprisa y corriendo.

–¿Lo echarás de menos?

–No es mi intención. Me encanta tener la casa para mí sola, trabajar cuando me apetezca y acostarme cuando me apetezca.

–Con quien te apetezca.

–Yo no he dicho eso.

–Por supuesto que no.

Polly tenía curiosidad por saber con quién pensaba acostarse Calypso y si Tony ya había reclamado sus derechos.

–Si te sientes sola puedes venir aquí.

–Gracias. ¿Hay noticias de Walter?

–No, desde hace siglos.

–¿Y los gemelos?

–Están vivos. Vienen cuando tienen una noche libre.

–¿Siempre juntos?

–Normalmente uno solo. Tienen pesadillas espantosas, Calypso. Gritan.

–A mí me pasaría lo mismo si me derribaran a tiros. Es difícil de asimilar. Hector dice que a la hora del desayuno, cuando echas un vistazo y ves que falta alguien del grupo, se te quitan las ganas de papear: piensas que el siguiente puedes ser tú. Eso dice. El caso de los gemelos a lo mejor es muy distinto. Hector habla de su experiencia en la última guerra.

–Como el tío Richard. Tiene gracia que Hector sea tan mayor. No le dejarán entrar en combate ni de lejos, ¿verdad?

–Es muy agresivo, se le daría muy bien.

–Walter dice que están tardando siglos en llegar y que podrían torpedearlos.

–Muchas gracias: eso me anima mucho. No sé adónde dices que van a llegar: si es El Cairo, Creta o el canal de Suez. A Hector no creo que le guste estar encerrado en un barco; no puede estar inactivo. Polly, ¿oyes cosas en tu oficina, noticias fiables?

–Puedes leer los periódicos y oír la radio.

–¿Pero quién se va a creer eso? Mira lo que pasó en Dunkerque. Hector dice que fue un desastre, una vergüenza.

–¿Eso dice? En la oficina creíamos lo mismo pero no nos atrevíamos a decirlo. Madre mía. –Polly miró a su prima con aire pensativo y sintió respeto por Hector–. Mi jefe creía que nos invadirían a finales de junio; hasta sabía la fecha.

–¿Qué fecha era?

–El 24 de junio. Lo recuerdo porque era el día de San Juan. ¿De qué te ríes?

Polly no entendía las risitas de Calypso.

–De nada, de nada. Pobre Oliver. Yo tenía amigdalitis. ¿Dónde estará? Él también se fue enfadado.

–Tendríamos que aprovechar que estamos juntas para llamar a los mayores. La tía Sarah se preocupa por todo, y hace semanas que no tengo noticias de Cornualles. Helena hace como si no existieran.

–Se lo está pasando en grande –dijo Calypso con admiración–. No me lo esperaba de ella, ¿tú?

–Ni en sueños.

–Seguíamos en contacto por teléfono –dijo Polly–. En la guerra –explicó, al ver la cara de su hijo por el retrovisor–. Este viaje, este funeral, pensar en Max, en el tío Richard y en todos ellos me trae muchos recuerdos.

–Parece que te acuerdas con mucha claridad. –Iris se agachó para acariciar a Jumbo.

–Con mucha claridad, sí. Londres en llamas. La Cámara de los Comunes, el Guildhall, el East End. Algunas noches subíamos al tejado para verlo. Turner no lo habría pintado mejor. Otras veces nos escondíamos debajo de la mesa de la cocina.

–Tal como lo cuentas parece bonito y emocionante, incluso divertido.

–Lo era. Aunque debería darnos vergüenza. Antes de que empezara la guerra juramos no convertirnos en unos pelmas como el tío Richard. Jo, qué aburrido era. Todo el día hablando de camaradería, de valor, de matanzas y…

–¿Gonorrea? –apuntó James.

–Si los de su generación tuvieron gonorrea nunca se dijo. Pobre hombre.

–Nunca hablas de tus padres, mamá.

–Ya. No sé por qué. –Polly cambió de postura en el asiento–. Estaban vivos,

mi padre en su hospital, mi madre colaborando en tareas bélicas, y de un día para otro se los llevó una bomba perdida. Walter no pudo ir al entierro: estaba en alta mar. Vinieron la tía Helena, la tía Sarah y el tío George. Es horrible decirlo, pero me había olvidado de ellos. Estaban pasando demasiadas cosas.

–Ah –murmuraron Iris y James, pensando si en el caso de que su madre falleciera de repente se lo tomarían con tanta calma.

Seguro que habrían puesto objeciones a la situación, habrían intervenido, pensó Polly.

–La Divina Providencia es imprevisible –dijo en voz alta–. Hablábamos por teléfono. Las llamadas estaban racionadas: duraban tres minutos y en ese tiempo había que dar todas las noticias.

–¿Hay noticias, tía Sarah? ¿Hay noticias? ¿Cómo estáis, tú y el tío George?

–Estamos bien, hija. ¿Cómo estás tú?

–Estoy bien. Hector se ha embarcado.

–¡Hija mía! ¿Estás sola?

–Ahora mismo estoy con Polly.

–No puedes estar sola.

–Me gusta. ¿Hay noticias de Oliver?

–Recibimos una carta. Está en Egipto.

–¿Cómo lo sabes? Creía que no podían…

–Dijo que hacía un tiempo espléndido. Vienen por aquí muchos antiguos amigos. Tocan la bocina y entran.

–¡Qué mal por parte de Oliver! –Polly le quitó el teléfono a Calypso–. Aunque tampoco es para tanto. No sé nada de Walter. Está embarcado. Vamos a llamar a Cornualles.

–Parece que les han encasquetado a alguien que no les cae bien. No entendí del todo lo que decía Monika: ya sabéis qué acento tiene. Con vuestro tío no hablé: había salido. Sé que tú estás ocupada, pero ¿podrías pedirle a Calypso que vaya a verlos? Helena ha desertado. Esta historia de amor se le ha subido a la cabeza.

–No solo a la cabeza –dijo Polly–. Mierda, ya han pasado los tres minutos.

Esperaron con paciencia la comunicación con Cornualles. El tío Richard cogió el teléfono.

–Ah, Calypso. Qué oportuna. Necesito hablar con tu Hector.

–No puedes. Se ha ido.

–Pues dale un recado.

–No puedo localizarlo, tío.

–Es imprescindible, hija. El puñetero Ejército me ha puesto un cañón delante de las narices. ¿Me oyes? ¡Un cañón!

–¿Qué tipo de cañón?

–Un cañón antiaéreo. Nos convierte en blanco del enemigo. Los alemanes nos van a acribillar.

–Seguro que lo han camuflado.

–Lo tengo delante de las narices. No lo voy a consentir. Ya se lo he dicho. Y el muy cabrón, ese presumido que se cree tan gracioso, va y me dice: «Estamos en guerra». Como si no lo supiera. Perdí una pierna en la última, le contesté. Y no voy a consentir que ahora me destrocen el césped. Hector puede hacer que se lleven el cañón a otro lado de la costa.

–¿No pueden ponerlo en la finca del general? –Polly cogió el auricular y se sumó a la conversación.

–Lo intentaron, esos mocosos. Lo intentaron, pero el otro echó mano del rango: les recordó que era general. A él no le afectaría un cañón, pero si disparan aquí el maldito chisme asustarán a la vaca.

–¿Qué vaca?

–Monika ha comprado una vaca, muy bonita. La tiene atada. Dice que así es como se hace en Austria. Si disparan, el pobre bicho querrá huir y se estrangulará. Es horroroso imaginárselo. Hector podría arreglarlo.

–¿Para que se lleven la vaca?

–No seas lerda, hija. Para que se lleven el cañón. Si los alemanes son capaces de invadir Saint Mary's[20] con metralletas nosotros estamos desprotegidos.

–¿Han invadido Saint Mary's?

–Sí. Dicen que mataron al tonto del pueblo, aunque la gente últimamente dice cualquier cosa.

–No sabía lo de Saint Mary's.

–Se supone que es alto secreto. También han tirado una bomba en esa base secreta de Goonhilly Downs, pero han fallado, claro. Han abierto un cráter de narices. No tenemos defensas. Esos cabrones sobrevuelan la costa como si estuvieran de vacaciones, porque aquí no hay quien se lo impida. Me dicen que todo el Ejército está en Oriente Próximo.

–Parece que te dicen muchas cosas, tío Richard.

–Monika oye las noticias de Alemania: son mucho más claras que las nuestras. Y también oímos conciertos muy buenos. Sin interferencias. Son muy eficientes los alemanes: eso hay que reconocérselo. Ellos no me plantarían un cañón en el césped.

–¿De verdad está en el césped?

–Es una licencia poética. Anda, sé buena e intenta que Calypso localice a Hector. A este paso nunca ganaremos la guerra: primero Dunkerque y ahora esto. Inténtalo y…

El teléfono chisporroteó y se quedó mudo.

–Nos han cortado. –Polly colgó el auricular–. ¿Podrías ir a ver qué pasa, Calypso?

–Estaba pensando volver al trabajo, ahora que Hector está fuera.

–¿No podrías ir primero a Cornualles? Parece que el tío Richard está en apuros.

–De acuerdo. Se lo debemos. Supongo. Ven, Fling. –Cogió al cachorrito–. Buenas noches, cielo, hasta pronto.

–Llámame. Quiero saber qué está pasando, y dile al tío que tenga cuidado con lo que dice.

–¡Como si sirviera de algo!

–Se va a meter en un lío si es así de indiscreto y escucha las noticias de Alemania.

–Es Monika. No hace daño a nadie.

–Monika es una víctima. ¿Cuándo irás?

–Pronto. Así me quito cosas de la cabeza. Buenas noches, mi discreta prima.

–¿Por qué me dices eso?

Calypso se fue, riéndose y sin contestar.

–Ay, cariño –dijo Polly después, en la cama–. Qué contenta estoy. ¿Estará bien Calypso sola en esa casa tan grande? ¿Pasará miedo con los bombardeos?

–Puede alargar la mano, tocar a Fling e imaginarse que es el pecho peludo de Hector.

–A lo mejor le gustan los hombres peludos. –Polly estaba medio dormida.

–Tiene gustos católicos.

–¿Lo dices por experiencia propia?

–Suposiciones y rumores. Date la vuelta…

XX

–Gracias por venir a buscarme, sé que tenéis la gasolina racionada.

Calypso se sentó en el coche al lado de Monika.

–No te preocupes. El general dijo lo que teníamos que poner en el formulario del racionamiento. Él entiende de estas cosas.

–¿Qué hicisteis?

–Richard pidió gasolina para hacer la compra, ¿sí? Y gasolina para ir a la iglesia, ¿sí? Nadie va mucho a la iglesia. Luego gasolina para llevar a Sophy al colegio. Se «ha olvidado» de anular esta solicitud, aunque ahora Sophy está en el internado. Luego gasolina para los conciertos de Max, que se consideran tareas de guerra. Gasolina para Richard, para ir a su puesto en la unidad de Defensa Antiaérea, y por supuesto, gasolina para la pierna de Richard. Muy hábil, ¿verdad?

–Mucho. –Calypso estaba impresionada–. No creía que el general fuese tan listo.

–La guerra agudiza la inteligencia –dijo Monika con tristeza.

–¿Qué es eso de una vaca y un cañón?

–La vaca también es tarea de guerra. Se la compré al general. Hago queso y mantequilla, y además tenemos leche.

–Pero ¿qué come la vaca? El tío Richard y Helena no tienen tierras.

–La he atado al lado del camino y come de lo que llaman el «pasto largo». Me lo han dicho los viejos del bar.

–¿Es legal?

–En Austria se hace así. Y los gitanos también lo hacen. La hierba se echa a perder si la vaca no se la come.

–Madre mía. Y ¿dónde duerme?

–En el césped, y si llueve en el garaje.

–¿En el césped de manzanilla?

–A la vaca no le gusta la manzanilla.

–Pero a nosotros sí. –Calypso estaba indignada–. Seguro que lo llena todo de caca.

–Recojo la caca para el huerto.

–Y ¿dónde está el cañón?

–En el acantilado, donde estabais tú y Oliver cuando el marido de la señora Penrose se cayó porque iba borracho.

–¿Qué hace la señora Penrose en casa?

–Vive en el pueblo, pero trabaja tres días en la casa parroquial para frau Floyer y tres días para mí.

Calypso se fijó en que Monika decía que la señora Penrose trabajaba «para ella».

Desde fuera, la casa del acantilado estaba como siempre, agazapada y triste sobre el mar, pero, al entrar, Calypso se puso a rastrear los olores. No quedaba ni rastro de las rosas y el popurrí de Helena, sino que olía a cocina continental. Al principio no notó otros cambios, porque el dachshund de Richard se levantó de un salto, ladró y clavó a Fling en el suelo. Mientras Calypso intentaba rescatar al gimiente cachorrito llegó Richard y abofeteó a los perros enzarzados con la pierna postiza.

–Túmbate, boche asqueroso. ¿Es que no ves que el pobrecito es un bebé? Hola, Calypso, hija, qué bien que hayas venido. –Le dio un beso–. Tomaremos el té al lado del fuego, Monika.

Calypso, cogiendo a Fling para que Duck no pudiera atacarlo, siguió a su tío hasta el salón.

–Le hablas como si fuera una criada –observó.

–A ella no le molesta. Es judía. Fueron esclavos en Egipto, ya sabes. Me ha cogido el tranquillo. Echa un vistazo y mira lo que ha hecho. Mira, por favor.

Calypso miró. Había cambiado de sitio los muebles, y también los cuadros; las cortinas colgaban ahora con elegancia y todo estaba reluciente.

–Lo mismo en toda la casa –resopló Richard.

–Está precioso.

–Es lo malo. Qué tiene muy buen gusto. Dicen que los judíos son una raza de artistas.

–Pero…

–Tienes que ver cómo ha cambiado el jardín. Está la vaca. Tenemos gallinas. Y ponen huevos. Cultiva verduras, teje, cose y cocina. Es tan eficaz que tengo que hablarle como a una criada. ¡Qué puñetas! –Richard Cuthbertson se echó a reír, chorreando por el ojo lloroso–. Hasta me ha conseguido una pierna nueva, con bisagra. –Se subió la pernera del pantalón y le enseñó el ingenio–. La otra tenía un diablillo dentro.

–Y también te ha dado una forma de hablar nueva.

–Como los gemelos del párroco. Turbulencias. Barrena. Colapso. Fuego de Santelmo. Prácticamente incomprensible.

–Y… ¿qué dice…? –Calypso no se atrevió a terminar.

–¿Qué dice Helena? Le conviene. Ella también ha cambiado. Seguro que te has dado cuenta. Se ha vuelto caprichosa.

–¿Puedo elegir mi habitación, tío Richard? –Calypso pensó que Helena se había vuelto peligrosa además de caprichosa.

–Eso pregúntaselo a Monika. ¡Monika! –llamó a voces Richard Cuthbertson.

–¿Richard?

–¿Dónde va a dormir Calypso?

–¿Puede ser en la habitación roja?

–He preparado lo que antes era el tocador de invitados.

–Ah.

Calypso siguió a Monika al piso de arriba con el perrito en brazos. Monika llevaba su maleta.

–Richard ahora duerme aquí y Helena ahí. Max necesita lo que antes eran sus dormitorios, por el piano. Necesita tenerlo a mano de noche, cuando le viene la inspiración. Yo duermo aquí, Sophy en el dormitorio de siempre, y este es el cuarto de los invitados. A ti te pongo en esta habitación y tu perro puede dormir en el fregadero.

–No, no puede.

–¿No? ¿Será prudente? ¿No ensucia?

–A veces. Parece que has trabajado sin parar, Monika, que te has echado a la espalda un montón de tareas. Has cambiado por completo la casa de la tía Helena. La has ocupado. Quiero decir que te has instalado y lo has cambiado todo. Me han dicho que cocinas, coses, limpias, cultivas, tienes una granja y cuidas al tío Richard. Está muy bien, pero ¿es tu obligación? Me parece todo precioso y de un gusto exquisito, pero Fling no va a dormir en el fregadero. ¿Qué obligación tenías de hacer todo esto? ¿Qué obligación, Monika? ¿Qué pasa? –Vio que a Monika le corrían lágrimas por las mejillas–. Lo siento, Monika, pobrecilla.

–Es por Pauli. Si no trabajo me vuelvo loca. Tú no tienes hijos, así que no lo entenderás. Puede que ya me haya vuelto loca. –Le cayeron las lágrimas hasta el jersey, y allí quedaron atrapadas como rocío en una telaraña–. Lo siento. Me he inventado estas tareas por mi bien. Quería dar las gracias a Richard y a Helena pero he estropeado vuestra infancia. Lo siento mucho.

–No pasa nada. –Calypso dejó al perrito en el suelo y buscó un pañuelo. Le secó las lágrimas a Monika–. No tiene importancia. Ya soy adulta. –Estaba incómoda, delante de Monika–. Pobrecilla. ¿Max está igual de preocupado?

–No. Él tiene su trabajo, su éxito, y a Helena. Ella le conviene. A Max le gustan gorditas y con flema. –Sonrió sin fuerzas.

–Tú tienes al tío Richard. Suénate la nariz, anda.

–Pobrecillo. Y a la vaca también. Tengo a la vaca. Si quieres, cambio las cosas y te quedas en la habitación roja. No tardaré ni un minuto.

–No, por favor, no. –Calypso atrapó a Fling, que se había ido a explorar–. Aquí estaré estupendamente. No he venido a darte trabajo. Pensamos, en realidad fue idea de Polly, que al tío Richard, y a ti también, claro, os gustaría tener visita, que tú, que yo… ¡qué más da! Quería ser amable y, si te digo la verdad, Monika,

normalmente no me molesto en serlo; ni me preocupa, así que en esto llevas ventaja.

Monika torció la boca.

–Eres tan guapa que da igual lo que hagas.

–No me digas eso, que me siento fatal. Creía que venía a echar una mano. Bueno, si te soy sincera, era Polly quien lo creía.

–Puedes echar una mano. Los hijos de los Floyer vienen mañana. Puedes echar una mano con ellos.

–¿Vienen Paul y David?

–*Ja*. Frau Floyer está hasta arriba de niños refugiados. La semana pasada llegó otro grupo. Le dije que los chicos podían dormir aquí.

–Ah, qué bien. Es estupendo, aunque mucho más trabajo para ti.

–Tu tío se anima con ellos.

–Y contigo también, Monika. Está entusiasmado con todo lo que has hecho, con la vaca y con todo lo demás.

–Procuro que esté cómodo, como una buena criada.

–Ven a tomar algo, Calypso –dijo Richard desde el vestíbulo–. ¿No es la hora de sacar a la vaca, Monika? Llévate al perro cuando salgas. Necesita correr.

Calypso aceptó una copa de jerez.

–Me temo que está asqueroso: es sudafricano. ¿Te has enterado de que bombardearon las bodegas? Una tragedia perder ese burdeos. Helena tendría que haber pedido que lo trajeran aquí. ¡Qué tonta! Tenía la cabeza en otras cosas. Nos van a bombardear ahora que tenemos ese puñetero cañón, ya verás. ¿A qué idiota se le habrá ocurrido? En mis tiempos, el Ministerio de la Guerra habría… Bueno, la verdad es que habrían sido capaces de hacer algo peor todavía. Eh, Monika, no te has llevado al perro. Vamos –dijo, abriendo la puerta para echar al dachshund–. Sal. Anda, tómate tu copita. Bueno, bueno, ¿has visto qué mirada me ha echado? Mira igual que Monika. Tiene el hocico largo, como la nariz judía, y los ojos acuosos, acusadores. Mira igual que la vaca también: es una Jersey.

–Las Jersey no tienen… –replicó Calypso.

–Ya sé que no; pero son los ojos, acuosos y oscuros. No sé qué pasará cuando disparen el cañón; la artillería antiaérea hace mucho ruido. Por cierto, cuidado con lo que dices. El general está embelesado con ella: fíjate, se ha ofrecido a llevársela.

–¿A la vaca? Y ¿eso no resolvería…?

–No, no, a Monika. No lo puedo permitir de ninguna manera. En confianza… Ahora que eres una mujer casada te lo puedo decir… El general es tremendo con las chicas.

–¿Un viejo verde?

–Eso me han dicho, aunque son solo habladurías, claro, y yo no aguanto las habladurías, pero no puedo poner en peligro a Monika. Le preocupa su hijo, que está encerrado en el campo de concentración: si quieres saber mi opinión, creo que a estas alturas estará muerto, porque Hitler no quiere bocas inútiles. Por cierto, ¿has traído tu cartilla de racionamiento? Si la tienes, dásela a Monika. Se me acaba de ocurrir, aunque ahora que cultivamos tantas cosas aquí te mandaremos a Londres bien cargada. Te enseñaré el cañón después de cenar: a ver si cautivas al oficial que se encarga de él.

–Me he enterado de que vienen los gemelos.

–Sí, su madre tiene una horda de niños piojosos amontonados en casa. Monika va una vez a la semana para ayudar a la enfermera a lavarles la cabeza. Están infestados, la verdad. Están arrasando el pueblo. En la última guerra nos afeitaron la cabeza, y el mayordomo me planchaba el uniforme cuando volvía del frente.

–¿Lo planchaba?

–Los piojos no resisten un hierro caliente. Los mata el doble de rápido. Tengo que darle un par de consejos a ese orangután. Me parece que está bastante verde: es un reservista, no un profesional.

–¿Cuándo lo voy a ver? –Calypso dio un sorbito de jerez y buscó con la mirada un jarrón en el que verterlo.

–Si no te gusta –dijo Richard, que se había dado cuenta–, échaselo a la sopa. Monika hace una sopa muy buena. El orangután viene a cenar. Se llama Brian Portmadoc.

–Qué apellido tan rimbombante.

–En realidad es el nombre del pueblo donde nació. Es galés. Confío en ti para que se lleven ese cañón. Sedúcelo, llévalo a ver los campos de flores del general: seguro que funciona. Es romántico.

–¿No podrían ocuparse los gemelos?

–No, no, no. Son de otro sexo y de otro cuerpo militar. Las Fuerzas Aéreas y el Ejército de Tierra se llevan fatal: ya tendrías que saberlo. Y para estas cosas hace falta una mujer.

–¿A qué se dedica en la vida civil?

Paseando por el valle, hacia los campos de flores del general, Calypso se disponía a preparar el terreno para hablar del cañón, agazapado sobre el mar como un animal obsceno cubierto con una red de camuflaje.

–Seguros. –Brian Portmadoc, fascinado sin remedio desde el mismo momento en que vio a Calypso, repitió la palabra con tristeza–: Seguros. –Un trabajo que difícilmente podría interesar a una mujer de semejante belleza, casada con un parlamentario que parecía tan romántico y marcial–. Seguros –dijo por tercera

vez, examinando el perfil de su acompañante.

–Y ¿qué pasa con las ventanas?

Calypso dejó que sus ojos divinos se encontraran con los de Brian Portmadoc. No era feo: tenía los dedos rechonchos y las piernas cortas, pero por lo demás era presentable, y el acento galés resultaba encantador.

–¿Las ventanas?

–Cuando disparen el cañón se romperán. Lo sabrá si trabaja en seguros. Este cañón está creando mucha hostilidad. ¿No podrían llevárselo a otra parte? Es horrible para el tío Richard.

–Tengo órdenes. El sitio no lo he elegido yo. –Calypso no le quitaba los ojos de encima–. Cuando hayamos disparado una vez lo llevaremos a otro punto de la costa, para que los alemanes crean que hay muchos cañones –explicó Brian, intimidado.

–¡Qué tontería! ¿Vamos a ver si podemos robarle unas violetas al general? Sígame –dijo Calypso con frialdad. Y Brian notó el frío–. Es aquí. Voy a sentarme mientras coge usted un ramo.

Se sentó en una roca y señaló las violetas, plantadas en largas hileras. Brian empezó a coger flores obedientemente a la vez que pensaba en cómo agradar a esa chica. La fragancia de las violetas húmedas despertaba sus sentidos de un modo irresistible. Agachado sobre las flores, se devanó los sesos imaginando cómo complacerla sin que le formaran un consejo de guerra.

Calypso ya había sembrado la semilla de una idea y ahora podía esperar tranquilamente hasta que floreciese.

El vivero, una llanura de campos diminutos, delimitados por muros de piedra, le pareció delicioso a Calypso, que siempre lo había visto en el árido mes de agosto. En esas se encontraron con el general, que estaba amenazando a su cuadrilla de trabajadores: viejos y niños. Calypso le pidió que le enseñara el vivero. Brian los seguía de mal humor, oyendo presumir al general de sus violetas, sus anémonas y sus narcisos.

–Ven cuando quieras, hija, y llévate todas las que quieras. Qué lástima que los junquillos blancos no hayan salido aún.

–¿Los vende?

–Sí, claro. Y el negocio nunca ha ido mejor. Dentro de unas semanas estaremos vendiendo toneladas. Cuantas más bombas tiren mejor para el negocio. Las compran para los funerales. A mí la guerra me reporta beneficios. Los ataques aéreos tienen su lado bueno. Saco una media de cinco peniques por planta.

–¡Caramba! –dijo Calypso–. Pensaré en sus ganancias cuando haya un bombardeo.

–A una chica como tú hay que regalarle flores a todas horas.

El general le pasó un brazo por la cintura, pero ella se apartó.

Los gemelos llegaron a última hora, quejándose del viaje, del tren abarrotado y de las interminables paradas en todas las estaciones.

–La gente se ha vuelto grosera.

Habían pasado la noche anterior en Londres. Fueron a un espectáculo y cenaron mal en un restaurante.

–¿Visteis a Polly?

–Nos quedamos en su casa. Te manda muchos recuerdos.

Dejaron las maletas en la habitación de invitados y se fueron a ver a sus padres.

Calypso llamó a su perrito y al dachshund y salió a pasear por el acantilado. Le vinieron recuerdos de las vacaciones, de los días de verano en las rocas, de los baños en la cala. Ahí abajo, en la oscuridad, estaba el rincón donde tomaban el sol, donde ella se tumbaba en las rocas, consciente de cómo la miraba Oliver. Y justo donde se encontraba en ese momento Oliver había dicho: «Quiero follarte». Recordó el miedo y la emoción que sintió. Estuvo un rato en la oscuridad, abrazándose con el abrigo, acordándose de la Carrera del Pánico, de los juegos, de las risas, de Oliver, asustado por la altura del borde del acantilado sobre el mar. Los perros encontraron una madriguera y Duck se puso a cavar como loco, se tumbó de costado para arañar la tierra con sus absurdas patas. Calypso miró al cachorro, ignorante pero siempre dispuesto a participar. La brisa que venía de tierra traía el olor de la labranza y las voces de los soldados que vigilaban el cañón. La guerra parecía tan lejana como su infancia, barrida por los cambios que Monika había hecho en la casa. Hasta el césped de manzanilla ha perdido su aroma, pensó con pena, y le echó la culpa a Monika. «Ya sé que en invierno no huele –murmuró–. Nos lo dijo Sophy.» Llamó a los perros, que no le hicieron caso. Se arrodilló para alcanzar la madriguera y coger al dachshund, y trató de tirarle de la cola. El perro seguía escarbando y el cachorro empezó a ladrar. Un zumbido familiar sonó en el cielo. Ocupada con los perros, tardó unos momentos en reconocer el motor de un bombardero alemán. Arriba, en el cañón, se oían gritos y órdenes nerviosas. El zumbido estaba cada vez más cerca. Miró el cielo, tranquila, atenta al alarido lejano de las sirenas en el pueblo. El bombardero seguía acercándose, y Calypso oyó el ruido desgarrador de una lluvia de bombas. Agarró al perrito y se agachó junto a la madriguera del conejo. El cañón disparó: bom, bom, bom, bom; y otra vez, lanzando su amenaza tan estruendosa como inútil. El ruido del bombardero se alejó, y Calypso se sentó con el perrito en el regazo. El dachshund seguía cavando, aporreando la tierra con las patas. Metió la mano en la madriguera, lo cogió de la cola y lo sacó de un tirón. Con los dos perros en brazos echó a andar por el acantilado. Oía gritos y veía luces. Quería correr, pero tenía las piernas débiles y el pulso acelerado. En casa, su tío estaba dando voces.

–¡Maldito idiota! ¡Mira lo que ha hecho! Monika, la vaca se ha soltado. Ha entrado directamente en la casa, ha hecho añicos los cristales. Bien que se lo advertí. Mira qué desastre.

–Tío, ¿estás herido? ¿Ha dado en la casa?

–Claro que no. No tienen puntería. Es ese orangután. El cañón ha asustado a la vaca. Mira lo que ha hecho. Ha embestido las puertas vidrieras, ha roto los cristales, ha rajado las cortinas, y ahora suena el teléfono. –Fue cojeando hasta el teléfono, que no paraba de sonar en el vestíbulo–. ¿Que tengo la luz encendida? ¿Y qué? Malditos alemanes: no tienen nada mejor que hacer que asustar a mi vaca. Pues claro que tengo la luz encendida. La pobre vaca intentó huir cuando todo estaba a oscuras y se metió en casa: ha roto la ventana, y no veas la que ha armado. No hay nadie herido, claro que no. ¿Que apague la luz? Muy bien… Si insistes. A la mierda tus normas, ten corazón. El bombardero ya está a muchos kilómetros de aquí.

–Esos valientes nos han perseguido. –David y Paul entraron corriendo–. Han abierto unos cráteres preciosos en el sembrado. ¿Alguien herido? ¿Algún daño?

–La vaca ha entrado en casa y se ha escapado.

–Está perfectamente. –Monika entró sin hacer ruido–. Está en la cocina. Tenemos que oscurecer las ventanas. Se ve la luz, Richard.

–Ya lo sé, coño. ¿Cómo está mi vaca? ¿Dejará de dar leche?

–No, no. Tiene un corte pequeño en el hocico y se ha cagado en la cocina. Voy a limpiar. La llevaré al garaje y le daré un poco de heno. Sí.

Calypso vio que Monika se llevaba a la vaca y después ayudó a los gemelos a oscurecer las puertas vidrieras todo lo posible.

–A Hector le da miedo que me quede en Londres –dijo, sujetando la escalera mientras David clavaba las cortinas rotas–. Quería que me fuera a Escocia.

–Allí también caen bombas de vez en cuando. –Paul barrió los cristales.

–Se lo diré cuando le escriba. –De repente, Calypso echó de menos a Hector–. Estoy mareada –dijo, sentándose en el sofá, sudando.

–Es el miedo. Nos pasa a todos.

Calypso miró a los gemelos.

–No me había dado cuenta. Creía que era cosa mía. –Sintió admiración.

–A Sophy le dará pena habérselo perdido. –Richard entró cojeando–. Monika dice que dejéis esto y vengáis a la cocina: tiene un poco de sopa para todos. Va a ser un cambio poder darle a la niña noticias frescas: mis cartas empiezan a volverse un poco aburridas.

–Hay alguien en la puerta. –Paul fue a abrir–. Hola, señor Hoskings.

Un hombre mayor, con casco de la unidad de Defensa Antiaérea, entró en el vestíbulo.

–La intención era bombardear Coverack. He creído que querría saberlo,

comandante. ¿Algún daño por aquí?

–Coverack está a cincuenta kilómetros. Estos boches están mal de la cabeza. Y usted, joven –Richard Cuthbertson vio de pronto a Brian Portmadoc, mansamente escondido detrás del vigilante–, supongo que estará contento de lo que ha hecho.

–Lo siento muchísimo, señor. Nos iremos enseguida. No podemos disparar dos veces desde el mismo sitio.

–Ah, y eso ¿cómo lo sabe el enemigo? –preguntó el vigilante de malos modos–. ¡Qué incordio de extranjeros, que venís aquí a fastidiar con los cañones!

Calypso sacó de allí a Brian Portmadoc.

–¿Quién es extranjero? –preguntó, ofendido.

–Cualquiera que no sea de Cornualles.

–Supongo que no volveré a verte.

El joven no se iba, presa de sentimientos encontrados: orgulloso de haber disparado su cañón; enfadado con el vigilante; locamente enamorado de Calypso.

–Ven a verme cuando vayas a Londres –le ofreció, a la ligera–. Salgo en la guía.

–¿En serio? ¿Puedo?

–Por supuesto. De noche.

Cerró la puerta, fue al lavabo del piso de abajo y vomitó.

–En Londres nunca paso miedo –dijo cuando volvió a la cocina–. Seguramente tengo agorafobia.

Pero su tío, Monika y los gemelos no le hicieron caso. Estaban apiñados alrededor de la radio, atentos a las noticias de Alemania, que Monika les iba traduciendo.

En ese momento se oyó el motor de un coche en la puerta, y entró el general.

–Me han dicho que habéis tenido algún percance –dijo, echando un vistazo a la cocina–. Espero que no sea nada grave.

Richard le obsequió con la lista de daños y de quejas. El general llevaba el uniforme de combate con la insignia de la Milicia Local.

–He pensado que si había destrozos a lo mejor Monika quería refugiarse conmigo. Y los demás, naturalmente. ¿Tú qué dices, Calypso?

–No –contestó Richard Cuthbertson–. Que no se diga que los boches han echado a mis invitados; no voy a tolerar la más mínima insinuación de derrota. La vaca está nerviosa, eso sí. Lo único que quiero que se vaya es ese cañón infernal. Ese idiota ha disparado el maldito artefacto, cuando hasta yo sé que la posibilidad de acertar en la oscuridad es una entre un millón. Lo ha disparado solo para hacer ruido, te lo digo yo.

–Ha venido a disculparse –señaló Paul–. Lo que es justo es justo, señor.

–Vamos a ver si están recogiendo.

David le hizo una seña a Calypso. Calypso había notado que Monika se apartaba del general cuando este la cogía de la cintura.

–¿Quieres venir, Monika? –preguntó Paul–. ¿A tomar un poco de aire fresco antes de acostarte?

Salieron con Monika al jardín y se quedaron mirando el cañón. Había actividad por todas partes; se oían protestas y una palabrota fuerte. Alguien arrancó un camión. Las luces de posición se encendieron, el motor subió de revoluciones y los camiones se alejaron rebotando sobre la hierba.

–A Sophy le habría divertido. –Calypso le dio la mano a Monika–. ¿Te encuentras bien, Monika? Hector dice que no somos tan ineptos como parece; habla como si fuéramos a ganar la guerra. ¿A vosotros qué os parece, gemelos? –preguntó, riéndose.

–Hacemos todo lo posible –contestaron, muy serios.

Y entonces Monika soltó un grito agudo y prolongado que resonó en los acantilados y les heló la sangre: un aullido de rabia, desesperanza y frustración.

XXI

Cuando Sophy fue a casa por Navidad, las dimensiones de la epopeya del cañón habían aumentado. Aviones enemigos, le dijeron en el pueblo, habían atacado las islas Sorlingas, matado a varias personas y hundido un buque torpedero. Unos decían que era un destructor pero otros decían que no. Lord Haw-Haw decía que un torpedero. Los aviones siguieron luego su camino para bombardear la casa de Helena y Richard, y el objetivo no era el cañón antiaéreo sino el señor y la señora Erstweiler. ¿No había dicho el general que eran espías alemanes? Se equivocaba: en el pueblo lo sabían. La señora Erstweiler era inofensiva y su hijo un prisionero de guerra. No estaba en un campo de prisioneros sino en un campo de concentración. ¿Cuál era la diferencia? La señora Erstweiler no podía ser una espía, porque la señora Penrose trabajaba para ella en la casa del acantilado. La señora Penrose trabajaba también en la casa parroquial, con esa patulea de niños de Londres, asquerosos, la verdad. El señor Erstweiler era un hombre agradable; lástima que no se le entendiera, con ese acento. Según la prensa era un violinista famoso, así que nada de espía, por mucho que dijera el general. Afortunadamente, los gemelos Floyer acudieron al rescate en cuanto dejaron de caer las bombas, y la única herida resultó ser la vaca, de la que curiosamente lord Haw-Haw no decía nada. Había que reconocer que tenían valor, los bombarderos, porque de aquí se fueron a bombardear Penzance, después de que los dispararan con el cañón, y allí causaron algunos daños: eso sí lo contaba lord Haw-Haw. Después se dirigieron a Plymouth y lanzaron muchas bombas.

–He venido por Plymouth y la estación está destrozada –dijo Sophy.

Bueno, ahora se demostraría todo. Sophy oyó historias en la oficina de correos y en la tienda, y noticias frescas en el taller mecánico y, lo más importante, se enteró de la verdad por la señora Penrose, que juraba que era la verdad y seguramente lo sabía mejor que nadie. ¿No se había caído su marido por el acantilado, empujado por un espía alemán, justo antes de que empezara la guerra? La señora Penrose sentía adoración por Sophy, que la había visto fregar los suelos arrodillada, con el pecho grande bien alto, negándose a utilizar la fregona que había comprado Helena en su última visita. Sophy la seguía por toda la casa y la veía limpiar el polvo, hacer las camas y trabajar en la cocina con Monika. Mientras esta cocinaba en silencio, la señora Penrose hablaba de su vida con Penrose, como llamaba ella a su marido. De joven había sido marinero, antes de incorporarse a la guardia costera. No le gustaba el puesto del acantilado y había sido feliz en los barcos, lejos de la bebida, porque Penrose bebía. Nunca

cuando estaba de guardia, pero en cuanto volvía a casa le daba a la botella. La señora Penrose, que se estaba tomando su té de media mañana, agarró la tetera a modo de ilustración.

–Penrose iba muchas veces a trabajar medio borracho. No es raro que no pudiera ser un buen marido, pobrecillo.

–¿Qué es un buen marido?

–Da igual. –Los superiores de Penrose nunca supieron de su debilidad–. Iba por el acantilado tan tieso como el que más. Se sentaba en el camino antes de entrar de guardia a contemplar el mar. Le encantaba el mar: el mar y la bebida. No tendría que haberse casado, porque no podía ser un buen marido, ¿verdad? Seguro que Penrose estaba borracho: si no habría visto al espía que lo empujó.

–¿Vio alguien al espía?

Nadie, los espías eran gente escurridiza, que actuaba a escondidas. Y de repente, hale, un empujón y se acabó; y la señora Penrose ahora era viuda, aunque él no fuese un buen marido, porque de haberlo sido…

–¿Qué?

–Bueno, yo tendría hijos, ¿no? No es que me gusten los niños, porque mira que son un quebradero de cabeza. Bien que lo sabe usted, pobrecilla. Si el señor Erstweiler, en fin, si fuera como Penrose, no estaría usted tan preocupada por su Pauli, ¿verdad? Bueno –dijo la señora Penrose mientras dejaba la taza en el fregadero–, no me entretengan aquí de cháchara que tengo mucho que hacer.

Y Sophy y Monika sonrieron, demasiado discretas las dos para que ninguna preguntara a la otra qué sabía o qué creía saber de Penrose.

–¿Hay gente como la señora Penrose en Viena?

–Cornualles no se parece a Viena –dijo Monika–, pero la señora Penrose es un personaje universal.

–¿Conocerá Oliver a gente como ella en Oriente Próximo?

–Seguramente. –Monika miraba un libro de cocina con el ceño fruncido, intentando descifrar la receta del pudin de Navidad–. ¿Le escribes, Sophy? Este pudin seguro que es indigesto.

–No, no le escribo. Yo creo que están pensados para ser indigestos. Cuesta mucho imaginarlos a todos ahora. Walter en el mar. Los gemelos pilotando Spitfires. La tía Sarah le contó a Polly que Oliver está en Egipto. Espero que esté bien –dijo Sophy, que se pasaba la vida esperando la noticia de que a Oliver lo habían matado, y si lo mataban la matarían también a ella.

–Pareces triste, niña. Ayúdame con estas tartas. Las Navidades son días felices.

–Yo no lo creo. Y no me creo que tú lo creas.

–Tienes que estar contenta: tu tía llega esta noche.

–No es mi tía y no me quiere.

–Claro que sí; tenemos que darle una bienvenida. Y Max viene también:

estará cansado después de los conciertos.

–Un buen marido –dijo Sophy, imitando a la señora Penrose.

Monika se echó a reír y pensó en su marido en casa de Helena, en Londres, y en que durante las vacaciones probablemente se despertaría por la noche y le pediría que lo acompañase al piano, cosa que para Helena era imposible.

–Ojalá no vinieran. Es mucho mejor estar aquí solo contigo y el tío Richard.

–Hija mía…

–Supongo que tú te alegrarás de que venga Max.

–Claro.

–La tía Helena siempre lo estropea todo. Parece como si nunca se lo hubiera pasado bien.

–A lo mejor ha cambiado –dijo Monika secamente.

–¿Como la señora Penrose, solo que al revés?

–Eres muy observadora.

–¿Tú crees que la señora Penrose quería a su marido, aunque no fuera un buen marido? –Monika no estaba segura de que a Sophy le conviniera esta conversación–. ¿Tú eres capaz de amar? –insistió Sophy.

–Sí, soy capaz. Y tú también lo eres.

Monika cantó una canción antillana que había traído del East End uno de los refugiados de la casa parroquial.

> Fue por amor y solo por amor
> por lo que el rey Eduardo abdicó.[21]

–Siento que no hayas visto a Calypso y a los gemelos –dijo.

–Me da igual. –Sophy prefería no ver a Calypso, por lo mucho que la quería Oliver–. Ninguno de los tres venía en invierno antes de la guerra.

Helena llegó cargada de buenas intenciones, con regalos para Richard y Monika, libros para los Floyer, un vestido precioso para Sophy y un montón de discos de gramófono para Max, que fingía no saber qué había en el paquete.

Bajaron del tren y esperaron a un mozo de equipaje rodeados de maletas. Max llevaba un abrigo negro con el cuello de astracán y un sombrero de Anthony Eden, y el estuche del violín en los brazos, protegiéndolo de los empujones de la multitud de soldados que se apeaban a toda prisa. Helena llevaba un abrigo de piel nuevo y unos tacones muy altos que le acentuaban las pantorrillas. Olía a lujo, y el pelo le enmarcaba la cara con ondas suaves. Le ofreció una mejilla a Monika.

–Hola, Monika. Hola, Sophy: has crecido. ¿Richard está bien?

–Ha ido un momento a comprar cigarros. –A Sophy le gustó la nueva Helena–. Estás espléndida –dijo.

–Es complicado ahora que tenemos la ropa racionada, aunque da la impresión de que a mucha gente le sobran los cupones. ¿Te parece inmoral, Monika?

–La moral es elástica. –Monika besó en las dos mejillas a Max, que seguía sin soltar el estuche el violín y el paquete de discos.

–Deja que te ayude. –Sophy cogió el paquete.

Max le dio los discos y abrazó a su mujer con el brazo libre.

–¿Cómo estás, *mein Schatz?*[22]

¿Schatz? ¿Qué es *Schatz?*, pensó Helena. A mí nunca me llama *Schatz*.

–Querido Richard –exclamó, al verlo renquear por el andén. Y salió al trote para besarlo con alegría.

–Bueno, bueno –dijo Richard, sorprendido, secándose la lágrima–. ¿Qué es esta transformación? Eres una londinense.

Helena se tomó el comentario como un cumplido.

–Andas mejor –observó cuando iban hacia el coche–. Siempre he creído que le dabas demasiada importancia a tu pierna.

–A la falta de pierna. Esta es nueva.

–¿Qué? –Helena se paró en seco–. ¿Cómo que es nueva?

–Monika consiguió que me hicieran un chequeo. Me llevó a Exeter. Mira, tiene una bisagra. –Se agachó y se subió los pantalones–. ¿Ves? Aprieto aquí y ¡bingo!: la rodilla se dobla. Así no se tropezará tanto la gente. En general es mucho más cómoda. Ahora uso la vieja para atizar el fuego. A veces me acuesto con esta, porque me da la gana. Me gustaría saber qué hace el tal Bader por la noche ahora que es prisionero de guerra.

Helena no dijo nada. No tenía derecho a enfadarse después de haberlo dejado solo con el *Schatz* de Max: se lo merecía.

–¿Te parece mal? Te noto molesta.

–No, por favor. –Cogió del brazo a Richard–. ¿Por qué iba a parecerme mal? –Siguieron andando hacia el coche–. Se me tenía que haber ocurrido; ahora me siento…

–Monika escribió a la tienda de prótesis, una especie de St. Dunstan's[23] para brazos y piernas. Es una chica con imaginación, la querida Monika: piensa en todo, seguramente porque lleva muchos años cuidando de un artista. Ahora verás lo que ha hecho con la casa: ni siquiera dormimos en las mismas habitaciones. Lo ha cambiado todo. Es un espectáculo. No lo vas a reconocer.

–Ah. –Helena estaba indignada–. Qué ganas de verlo.

Se pusieron en camino. Richard iba al lado de Monika, y Helena y Max detrás, con Sophy en el centro. Cuando llegaron, Monika le dijo a Sophy:

–Enséñale a tu tía su nuevo dormitorio, cariño.

Helena exclamó con sincero placer al ver en la mesita del vestíbulo y en el salón los cuencos de narcisos que daban un olor agridulce.

–¡Qué preciosidad, Monika!

–Me gustan en Navidad. –Monika sonrió–. Te he puesto en la habitación roja,

Helena, para que Max pueda estar cerca del piano. –Señaló el antiguo dormitorio de Helena. Donde antes estaba su tocador ahora había un piano vertical–. Ahí estarás más tranquila y no oirás tanto ruido. Como seguramente sabes, a Max le gusta tocar de noche.

–El piano no. –Helena se delató. Monika no le hizo caso.

–Así puede llamarme para que lo acompañe. De noche es cuando está mejor. Más inspirado. Yo duermo al lado, en el antiguo vestidor de Richard.

–¿Por qué necesitaba Richard una pierna nueva? –Helena explotó como un terrier enfadado.

–¿Tienes celos de algo que te sacaba de quicio?

–Sí –admitió Helena–. Los tengo. La echaré de menos.

–Aun la conserva, de repuesto –explicó Monika, con calma y cordialidad.

–Como Max a ti… de repuesto… Su *Schatz*.

–Siempre me llama así. Es un nombre cariñoso. ¿A ti todavía no te ha puesto ninguno? –Monika parecía divertida; pasó por alto el insulto de Helena.

–No. –Ni en sueños confesaría Helena que su apodo era *Kleine Phlegm*–. Aquí estaré muy bien. Gracias, Monika. –Inspeccionó la habitación roja–. Me gusta este dormitorio: es uno de los favoritos de los niños. ¿Se sabe algo de Pauli?

Monika vio que Helena quería ponerla nerviosa.

–No, nada.

–¡Maldita guerra! –Helena abrazó a Monika–. ¡Maldita, maldita sea! Soy un ser horrible y egoísta. Monika, por favor, perdóname –dijo, cogiéndola de los hombros y zarandeándola.

–No haces nada malo. –Monika le dio un besito–. Somos compañeras, *nicht?*

–Qué generosa eres. –Helena tuvo un acceso de humildad.

–Intento sobrevivir. Vamos a pasar unas Navidades bonitas, ¿sí?

–¿Qué has planeado? –Se sentó en la cama y la miró. Los ojos azules, el pelo rubio y rizado y la tez sonrosada eran lo opuesto a la piel aceitunada de Monika, la nariz semita y el pelo oscuro y lacio recogido en un moño que acentuaba los ojos negros–. Eres muy guapa, Monika. Te pareces a Nefertiti.

–Tengo rasgos judíos: mucho más que Max.

–Yo antes de la guerra nunca había pensado en los judíos. –Helena se miró los tobillos esbeltos mientras se quitaba los tacones de un puntapié.

–No tenías por qué.

–Para mí simplemente eran distintos. Los sobrinos de Richard me hablaron de los nazis, y empecé a interesarme cuando vi que se acercaba la guerra. No te imaginas lo insoportable que estaba Richard: se creía todo lo que le decía ese general tan aburrido. Le caían bien los nazis.

–Pues ya no. El general está muy comprometido con la guerra: ha mandado a sus trabajadores jóvenes que se alisten. Es *der Patriot*.

–No creo que ellos quieran ir.

–Les ha prometido que el trabajo les estará esperando cuando vuelvan… Si es que vuelven.

–¿Te cae bien?

–Intenta ser amable. Es útil. –Monika se encogió de hombros–. No hace daño a nadie.

–¿Al contrario que yo?

–Ay, Helena. Tú y yo somos amigas, ¿sí? Trabajamos en equipo, como se supone que hacen los ingleses. Tú haces feliz a Max.

–¿No te molesta? –Miró a Monika con inquietud.

–No –contestó tranquilamente Monika–. No me molesta, así que espero que a ti tampoco.

–¿Richard? –Helena estaba confundida–. Pobre Richard.

–Conmigo es menos pobre.

Helena se miró los pies. Menos pobre, pensó. Menos pobre significaba más rico… Una mujer que se preocupaba por él, una pierna nueva: naturalmente que era menos pobre. Le costó no sentir rencor.

–Cuéntame los planes para Navidad. –Quería cambiar de tema.

–Habrá una fiesta en el pueblo para los niños de Londres. Los niños del pueblo no se juntan con ellos, pero a lo mejor las Navidades ayudan un poco. El párroco ha preguntado si Max querrá tocar el violín y yo el órgano en la iglesia. Sophy me ha ayudado a hacer un pudin. El general nos ha mandado un pavo y quiere que vayamos todos a cantar a su casa el día 26: que cada uno elija su canción favorita y la cantemos juntos.

–Supongo que habrá mucho para beber –dijo Helena, cogiendo a Monika del brazo para bajar con ella–. Yo no bebía nunca, pero desde que empezó la guerra me he aficionado. Creo que es la amenaza de escasez lo que hace que tenga ganas. Mañana estaremos muertas.

–Por supuesto –dijo Helena muchos años después– no morimos. Aquí estamos, yendo al funeral de Max. Murieron algunos de nuestros allegados, pero yo no. ¡Fue una fiesta divertidísima!

–¿Qué fiesta? –se interesó Hamish. La edad quebraba a veces la voz de Helena.

–Cuando cantamos en casa del general. Se murió de un infarto en 1948. Ganó una fortuna con las flores y no vivió para disfrutarla.

–¿Qué pasó en la fiesta?

¡Cómo divaga la gente mayor!, pensó Hamish.

–Le dio el infarto en un lavabo público. Eso no lo había planeado. En la fiesta quiso que cada uno tarareara su canción favorita y los demás la cantáramos si la conocíamos.

–Parece una idea de lo más inofensiva –observó Hamish. La risa de Helena le hizo volverse a mirarla–. ¿Qué pasó? –El chico tenía la teoría de que a los mayores les gustaba recordar desastres.

–El general tarareó una marcha militar que había aprendido en el mitin de Núremberg, en 1938.

–¿La de Horst Wessel?

–Sí. Como te puedes imaginar, a Max y a Monika no les hizo ninguna gracia; sobre todo porque eran los únicos que entendían la letra.

–Y ¿ahí se acabó la fiesta?

–Fue la elección de Sophy la que puso el broche final.

–¿Qué eligió?

–*La Internacional*. La cantó de principio a fin. Por lo visto se la había enseñado Oliver. Yo creí que al general le iba a dar algo. Y de remate dijo: «Los rusos son nuestros aliados y ayer fue el día en que nació Cristo, el primer comunista». Estaba en una edad difícil. Después me enteré de que Max le había dado alcohol. Como fiesta fue un fracaso –añadió, disfrutando con sus recuerdos–, pero recuerdo que la noche acabó bien.

–Pues no debió de ser fácil. ¿Cómo se puede ser tan ingenuo como vuestro general? Es increíble.

–Había una amplia minoría como el general. Conservadores que admiraban a Mussolini por sus trenes. No querían saber que a los abisinios los tiraban al mar desde los aviones. A Max le costaba creer que el general fuese un patriota y un hombre honorable. Cuando volvimos a casa, Richard nos dio a todos una copa y nos fuimos a la cama. ¡Qué divertido! –Se rió con ganas, y hasta se le escaparon unas lagrimitas entre las arrugas–. En realidad no debería contártelo.

–Sigue –le pidió Hamish, atento a la carretera–. Cuéntamelo.

Helena se deleitó en sus recuerdos unos momentos.

–Me desnudé y me fui a la cama. Me olvidé de que Monika había cambiado las habitaciones y me metí en la cama con Max, como si estuviéramos en Londres. Cuando caí en la cuenta del error, estaba tan achispada que me dio igual. Y al rato viene Richard y se mete en la cama por el otro lado.

–¿Un trío?

–Hijo mío, llevaba puesta la pierna y era… –Helena se calló, recordando.

–¿La pierna artificial? ¿Qué hiciste?

–Tirarla. Tirarla por la ventana. Creo que me confundió con Monika.

–¿Y luego?

–Max estaba indignado y me dijo que fuera a buscar la pierna. No fui, claro. Me fui a dormir con Monika. Por la mañana seguían los dos en la misma cama, tan amigos. Siempre digo que nunca se sabe qué son capaces de hacer los hombres.

–A lo mejor estaban cansados.

–Borrachos. Estaban borrachos. A partir de hoy –dijo Helena con aire pensativo– volverán a estarlo.

–¿Qué quieres decir?

–Juntos, en una cama… Esta vez de tierra. No te olvides de que quiero comprar flores, ¿eh, hijo?

–No –asintió Hamish, pisando el acelerador.

XXII

Brian Portmadoc, destinado a una batería antiaérea en Londres, llamó a Calypso para invitarla a cenar.

–Me encantaría, si no me haces trasnochar.

–Claro que no.

–Es que estoy trabajando. Me han aceptado en el puesto que tenía antes de casarme.

–Ah, ¿qué haces?

–Es alto secreto. No puedo decírtelo. No entiendo ni la mitad de las cosas que hago.

–¿Te recojo en la oficina?

–No puedo decirte dónde trabajo. Ven a mi casa.

Brian se presentó con flores.

–¡Qué bonitas! ¡Qué amable! –Calypso se llevó las flores a la nariz y lo miró.

–Estás muy guapa –dijo, y se puso colorado.

–Bueno. ¿Adónde vas a llevarme?

–¿Adónde te gustaría ir?

Calypso estaba cansada de esta situación. Brian tenía que elegir un sitio que pudiera pagar; decir, co-mo decía Hector: «Vamos al Savoy o al Lyons Corner House». ¿Cómo sabía ella cuánto dinero podía gastarse Brian? Los hombres de uniforme parecían todos iguales.

–Podríamos probar en el Soho –propuso Calypso.

Y pareció que Brian lo agradecía. Las flores habían sido caras. Buscó un taxi.

–Hector tiene el coche escondido en el campo. Si no conduciría yo. Traga mucha gasolina.

–¿Qué es? ¿Un Rolls?

–Casi. No quiere que le caiga una bomba encima. Es su propiedad más valiosa.

–¿Y tú?

–Yo no soy de su propiedad. Soy su mujer.

Brian no supo qué quería decir esto.

No conseguir mesa en el primer restaurante en el que entraron fue humillante para Brian, que se sintió aún peor cuando a Calypso la saludaron efusivamente en el segundo y la llevaron a una mesa en un rincón, muy cotizada. La conocían y la mimaban. Saludó a varias personas que estaban cenando. Un francés se acercó a hablar con ella en francés, y Brian no entendió una palabra hasta que el tipo le

dio un beso y se despidió diciendo: «*Alors, à demain*». Fueron más hombres a saludarla en el curso de la cena. Brian tenía la sensación de no dar la talla, de que Calypso prefería estar con otro, más inteligente, más elegante.

–¿Todos estos hombres te dicen lo guapa que eres? –se atrevió a preguntar.

–Algunos. Ya sé que soy guapa, así que dime algo que no sepa. Háblame de seguros.

–Te estás burlando de mí. –Brian tragó un poco de vino–. Yo aseguraría hasta el último pelo de tu cabeza. Creo que es lo que llaman rubio ceniza.

Calypso asintió.

–Aseguraría tus ojos azules y tus pestañas largas y negras.

–Son naturales –lo animó ella.

–Aseguraría tu nariz, tu boca, tus dientes, tus orejas.

–Vale, vale. ¿Y mi cuerpo?

Brian se bebió la copa de vino de un trago. La botella ya estaba vacía.

–De tu cuerpo no sé qué decir –murmuró–. No puedo…

–Pues habrá que ponerle remedio. ¿Vamos? ¿Me llevas a casa?

Cuando salían del restaurante le dijo al francés: «Hasta mañana». Y a dos hombres que cenaban juntos: «Nos vemos el jueves». Brian la cogió de la mano y no la soltó mientras iban en el taxi. Le daba miedo besarla. Al llegar a su casa, Calypso dijo:

–Voy a sacar al perro y luego entras a tomar una copa. –El perro se puso a dar saltos de alegría al verla y a correr como loco por la acera–. Date prisa. No tardes toda la noche. Es de las Highlands. En realidad no debería estar en Londres. ¿Te has fijado en que últimamente no se ven perros ni niños? –Le dio la mano a Brian, como una madre, mientras el perro levantaba la pata, olisqueaba la verja y volvía trotando y moviendo la cola, mirándola con los ojos como cuentas de cristal–. En la oficina lo escondo debajo de la mesa. Mi jefe hace como que no lo ve.

Brian estaba a su lado, bastante borracho, sin saber qué hacer.

–Anda, pasa. Vamos a ponerle remedio a tu ignorancia –lo animó Calypso.

En la cama, con la cara escondida en el pelo de Calypso, el oficial dijo:

–Te quiero. Te quiero.

–Yo no sé lo que es el amor. –Lo acunó entre sus brazos–. Pero esto me gusta. Me caes bien. En realidad no me quieres.

–Sí. Si no sabes lo que es el amor ¿cómo puedes estar segura de que no te quiero?

–Es cierto. Pero no durará, no puedes asegurarlo. No puedes asegurar las emociones: son un placer, como comer o beber.

–En mi caso sí durará.

–Es cosa tuya. Yo no puedo evitarlo, ¿verdad? Ahora tienes que volver a tu

cañón y yo necesito dormir un poco.

Vio cómo se vestía, se ponía el uniforme y se abrochaba los botones.

–¿Volveré a verte? –preguntó, al lado de la cama.

–Espero que sí. Llama. ¿Puedes salir solo?

Le oyó bajar las escaleras y esperó el ruido de la puerta al cerrar. El perrito, que estaba en su cesta, gimió.

–Ay, Fling. ¡Qué sola estoy!

El perro subió a la cama de un salto. Calypso se tumbó boca abajo, intentó dormir y luego alargó la mano, encendió la radio y empezó a toquetear los botones. De las ondas salían voces fantasmagóricas en alemán, en francés y en inglés. Se preguntó qué narices estaba pasando en el mundo. ¿Qué hora sería en Egipto, donde supuestamente estaba Oliver? ¿Qué estaría haciendo Hector, y dónde? Hacía mucho tiempo que no recibía carta y solo tenía una dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Qué podía contarle? Difícilmente le alegraría saber que se había acostado con Brian Portmadoc y que tenía intención de acostarse con el francés, que era amigo suyo. Tampoco le gustaría nada enterarse de que se acostaba a menudo con Tony, cuando no estaba de guardia en el puesto de bomberos. ¿Eran fieles la mayoría de las mujeres a sus maridos ausentes? ¿Eran leales las novias? Podía contarle, pensó, que había estado en Cornualles, y las andanzas de los mayores, pero en realidad no podía, porque Helena y Hector eran casi de la misma edad.

Se quedó dormida y tuvo sueños inquietos que desembocaron en una pesadilla. Iba corriendo por las calles de una ciudad desconocida, huyendo de algo. Le costaba mover las piernas y se le cortaba la respiración. Intentó despertarse, porque sabía que estaba soñando y, si se despertaba, podría contarle sus miedos a Hector. Alargó la mano para despertarlo, buscando a tientas su vello. Y gritó, porque en vez de la polla caliente de Hector encontró algo húmedo y frío. Le entró tal pánico que se agarró a la cosa peluda, húmeda y fría, y oyó un aullido de dolor, porque estaba estrujando el hocico de Fling, no a Hector. En lugar de Hector para despertarla de la pesadilla tenía al lado un perrito asustado.

–Ay –dijo, consolando a Fling–. No quería hacerte daño. Ay, Fling, mi chico de las Highlands, lo añoro.

Sudando, pegajosa, se levantó a preparar un té. Después de tomárselo se mareó mucho, y estaba tan débil que tuvo que tumbarse en la cama hasta que se encontró mejor.

Por la mañana llamó a Polly.

–Polly, no te he visto desde que fui a Cornualles.

–¿Cómo estaban todos? Ven a cenar y me lo cuentas. Ven esta noche.

–Esta noche no puedo. Voy a salir con un franchute que es amigo de Hector. ¿Qué tal mañana, si me encuentro bien?

–¿Estás enferma?

–No sé. He comido algo que me ha sentado mal. Tengo náuseas y hace un momento he estado a punto de desmayarme. Ahora que caigo, ya vomité en Cornualles cuando dispararon el cañón. Pensé que sería el miedo. Seguramente habré pillado algún bicho.

–¿No te ha venido la regla?

–No se me da bien llevar la cuenta.

–Pues ponte a llevarla. Llego tarde a la oficina. Y tú a la tuya, por cierto.

–Tendré que mirar la agenda.

–Hasta mañana. Adiós.

–Madre mía. –Calypso miró la agenda–. Madre mía –murmuró, hojeando las páginas–. Madre mía. Lo sabía. Pero parecía una broma –murmuró mientras iba a lavarse los dientes.

Y otra vez le entraron ganas de vomitar. Llamó a la oficina y pidió permiso para tomarse el día libre porque se encontraba mal.

–¿Has ido al médico? –le preguntó su jefe enérgicamente.

–Ahora mismo voy a pedir cita.

–Bueno, a ver si puedes venir mañana. Ya sabes que estamos muy ocupados. Eres la única que conoce ese expediente de…

–Ya lo sé, ya lo sé. Iré mañana.

–Y que no te pille comiendo en el Écu de France con algún franchute.

–¿Vas a comer allí?

–No. Iré a mi club.

Calypso llamó al médico de Hector y le pidió cita. Luego, pensativa, marcó de nuevo: el número de Helena. Contestó Max.

–Oye, ¿puedes invitarme a comer? Vamos a medias, si estás pobre. Necesito apoyo moral.

–¿Dónde nos vemos?

–En el Écu de France.

–Tendrá que ser a medias.

Cuando salió del médico, llevó a Fling a Hyde Park y paseó por la hierba mientras el perro correteaba. Hombres y mujeres de uniforme pasaban deprisa por los caminos de asfalto, y los globos de barrera flotaban en el aire, sujetos a sus anclas. En Mayfair encontró una oficina de correos y buscó un formulario. Puso el nombre y el rango de Hector y su dirección secreta en el extranjero. Escribió: «Hamish *en route*. Calypso», y se lo entregó al empleado.

–Mejor que escriba en inglés –le aconsejó.

–¿Por qué?

–Parece un código secreto. ¿Calypso es un barco?

–No, Calypso es mi nombre.

–Entonces ponga también su apellido.

El mensaje «Hamish en camino. Calypso Grant», quedaba frío. Rompió el formulario.

–No es un baúl –dijo–. Mejor escribo una carta.

–Como quiera –asintió el empleado. Y entonces, viendo lo guapa que era Calypso, sonrió.

Salió a la calle.

«Es una transacción comercial –pensó–. Tengo que ponerla por escrito.»

Con tiempo de sobra hasta la hora de comer, decidió pasear por la ciudad, fijándose en los socavones que habían dejado las bombas. Nadie prestaba atención ni se paraba a mirar. Ella iba despacio; Fling trotaba tranquilamente en su correa. En el Écu de France le dijo a Max:

–Me siento generosa. Invito yo.

–¡Dale! –Y Max miró entonces los platos más caros de la carta–. ¿Qué celebras?

–Un asunto personal.

–¿Puedo saber qué es?

–Quizá en otro momento. ¿Cuál crees que es el mejor plato?

Deliberaron, eligieron y pidieron.

–¿Le has dicho a Helena que comías conmigo?

–Ha ido de compras.

–¿Quién te ha enseñado a decir «¡Dale!»?

–¿Verdad que es esnob?

–¿Quién te ha enseñado? Vamos, Max, dímelo.

–Una chica que conozco.

–Le eres infiel a Helena.

–Y a Monika. No soy un hombre fiel y tú tampoco eres una mujer fiel.

Calypso sonrió.

–Me acosté contigo solo por experimentar, Max. Quería saber si mi tía tiene algo bueno, si vas a romperle el corazón.

–Querida Calypso, ¿es mucho pedir que no te metas en lo que no es asunto tuyo?

–¿Me prometes que no le harás daño? Que no se entere de que te acuestas con todo el mundo. Todos queremos mucho a Helena y al tío Richard. Son parte de nuestra infancia.

–¿«Todos» sois Polly, Oliver, Walter, Sophy y los gemelos?

–Sí.

–No voy a hacerle daño. Soy un hombre sensible. Y tu tía, debajo de su flema británica, también lo es.

–¿De verdad? –Calypso se quedó pensativa–. Nunca lo habría imaginado.

–Hay muchas cosas que no sabes. Por ejemplo de tu Hector.

–¿Qué pasa con Hector? –Calypso se puso en guardia inmediatamente.

–Tu Hector es sensible.

Calypso se echó a reír.

–¡Anda ya! Hector no es sensible. Es cazador, tirador y un político agresivo.

–Y muy rico.

–Por eso me casé con él, por su dinero. Y a cambio…

–¿Sí?

–A cambio él tiene una mujer guapa.

Ni loca, pensó Calypso, sintiendo que la sangre le subía a las mejillas. Ni loca voy a contarle al amante de la tía Helena que estoy esperando un hijo de Hector. Guardaré mi promesa y él será el primero en saberlo. ¿Por qué iba a decirle a Max, que además ni siquiera es la bomba en la cama, una sola palabra del hijo de Hector? El hijo de Hector, pensó, no mío. ¿Por qué iba a ser mío, si ni siquiera me gustan los niños? ¿Qué narices voy a hacer cuando lo tenga?

Se acordó del traqueteo del tren y de la voz de Hector cuando le dijo: «Tienes que llamar a Catherine»; y cuando contestó secamente: «Es niño». El balanceo de una persona coja acunaría al bebé cuando lo tuviera en brazos.

–¿Puedo ir a tu casa esta tarde?

A Max le gustaba copular por la tarde, antes de un ensayo.

–No, lo siento. Tengo que escribir varias cartas. ¿Por qué no vas con Helena, o con la chica que dice «¡Dale!»?

–Tu tono de voz es cruel. Tus cartas pueden esperar –dijo Max, persuasivo.

–¿Cómo lo sabes? ¿Pides la cuenta, por favor?

Hizo señas al camarero mientras Calypso buscaba el dinero en el bolso.

–¿No te gustó la tarde que pasamos juntos?

–Estuvo bien, pero creo que es mejor que me ciña a tus conciertos, por el bien de Helena.

–De repente te has vuelto muy considerada. –Max miró la cuenta, que el camarero ya había traído en una bandeja.

–Hoy es un día para tener consideración –dijo Calypso, seria, mientras dejaba el dinero en la bandeja.

–¿Lo reconsiderarás?

–Creo que no. Bueno –añadió con frivolidad–, gracias por la compañía. Recuerdos a Helena. Hasta pronto. Adiós.

Pero mientras cogía el bolso, un hombre que estaba en otra mesa cruzó el comedor. Se disculpó con ella, acercó una silla, se apoyó en la mesa y empezó a hablar con Max en alemán.

Calypso los observaba sin entender una palabra. El desconocido era grande, iba bien vestido, con ropa cara, y llevaba el pelo engominado, peinado hacia atrás

en los lados. Olía a cigarro y lucía un reloj de oro macizo. Prestó atención y llegó a entender palabras sueltas: América, concierto, dólares. Nombraron a Monika. Max negaba con la cabeza y hablaba deprisa, gesticulando con las manos. Había cambiado la expresión que Calypso tanto despreciaba, la de querer agradar, por una de orgullo. Terminó su discurso en inglés.

–No. Ni puedo ni quiero.

El desconocido se dirigió a Calypso.

–Discúlpeme, por favor. Max no nos ha presentado. –Miró a Max, que no quiso esforzarse en cumplir con las normas de cortesía–: Estoy intentando que acepte una oferta maravillosa.

–¿Qué oferta? –A Calypso no le gustaba el desconocido: lo encontraba demasiado opulento.

–Le ofrezco un contrato en Estados Unidos, un pasaje en barco para él y para Monika, y lo rechaza. En América estará seguro y ganará dinero a espuertas. No tienen por qué quedarse aquí: aquí corren peligro. En América los judíos están a salvo.

–Aquí también lo están –contestó Calypso.

–Solo hasta que lleguen los alemanes. Entonces correrán un peligro grave.

Calypso iba a contestar, pero Max la cogió de la mano.

–Tengo que hablar por mí mismo, Calypso. Este hombre era alemán. Ahora es estadounidense. Intenta convencerme para que huya, y yo no quiero. Ya he huido suficiente. Aquí puedo trabajar.

–Por menos dinero –señaló el desconocido.

–*Ja*, por menos dinero, quizá, pero trabajo para la gente que nos acoge. Trataré de corresponder a su amabilidad con mi música.

–Yo no he sido especialmente amable –dijo Calypso.

–Tu país sí, y por eso quiero pagar de la única manera que puedo: con música.

Se estaba poniendo pomposo, pensó Calypso, pero lo compensaba con cierto aire de orgullo. Miró a los dos hombres, calibrándolos, y llegó a la conclusión de que Max le caía bien.

–Oliver diría que pagas con una idea.

–Las ideas son su especialidad –dijo Max, relajándose y echándose a reír.

–¿Quién es Oliver? –preguntó el desconocido con suspicacia–. ¿Un director? ¿Un aficionado?

–Un joven que combate a los nazis, que combate por los judíos. Igual que los gemelos y el otro chico, Walter.

–¿Quiénes son? ¿De una orquesta?

–No lo entenderías. Ellos también tienen ideales.

–¿Tocan el violín?

–Juegan con la muerte.

El próspero extranjero se rió, acomodando el amplio trasero en la silla.

–Escucha –dijo–, Inglaterra está perdiendo la guerra. Rommel pronto llegará a Egipto. El Ejército británico está en retirada. Hitler invadirá este país después de bombardearlo un poco más, y entonces, adiós a tu talento; adiós a los refugiados judíos. He corrido un gran peligro viniendo a buscarte para llevarte a Estados Unidos. Sé razonable, piensa en tu música, en tu talento: no lo desperdicies. No te conviene hacer caso a Churchill, aunque admito que hace buena propaganda. Inglaterra empezará muy pronto a morirse de hambre. Hoy has disfrutado de una buena comida, pero ¿cuánto va a durar eso? ¿Sabes lo que están haciendo los submarinos? ¿Has oído hablar de que navegan debajo del mar a toneladas? En cuestión de unos meses todo se habrá acabado en Europa. Yo te ofrezco un futuro en Estados Unidos. Hasta puedes traerte a tu amante.

Observando a los hombres, Calypso descubrió a un Max al que no conocía. El amante de Helena, encantador, talentoso, frívolo, medianamente bueno en la cama, se había transformado en un hombre de acero que daba escalofríos. Ella, que conocía la rabia, que conocía la ira, pensó que eran emociones nimias en comparación con lo que Max sentía en ese momento. Este volvía a hablar en alemán, en voz baja y con dureza, mirando a los ojos a su enemigo; porque si el desconocido antes no era un enemigo, pensó Calypso, ahora sí lo era. Hablaba con amargura. El grandullón intentó interrumpirle con comentarios despectivos. Max pasó de pronto al inglés.

–Ahora, ¿me haces el favor de irte? Lárgate de este país, porque aquí no eres digno ni de cagar. Vuelve a tu seguridad en América. Espero que los submarinos que tanto admiras hundan tu barco en el viaje. Fuera, fuera de aquí, pedazo de mierda…

El extranjero empujó la silla y se marchó. Los comensales de las mesas vecinas, que habían oído el final de la conversación, lo observaron mientras salía y después miraron a Max. Calypso vio las caras de desconcierto. Apartaron la mirada. Ella le cogió la mano a Max.

–¿Quieres un brandy? ¿Quién era ese matón? –Hizo señas al camarero–. Brandy, por favor.

–Un representante alemán. Ahora estadounidense. Muy importante en el mundo de la música.

–Pues a ti no te ha asustado, ¿eh? Aquí tienes tu brandy. Saboréalo.

–Odio a ese hombre. ¿He sido muy vulgar? ¿Tanto como cuando digo: «¡Dale!»?

–Como no entiendo el alemán no te lo puedo decir, pero sonabas bien grosero.

–Me alegro. –Max recuperaba el color poco a poco. Estrujó la mano de Calypso–: ¿Amigos?

–Tengo la sensación de haber crecido varios años. He empezado a crecer esta mañana. ¿Crees que esta escena afectará a tu interpretación, que estropeará tu concierto esta noche?

–Tocaré mejor que nunca, porque a mí la rabia me sienta mejor que un orgasmo.

Calypso se echó a reír y se levantó. Max le buscó un taxi. Mientras recorría las calles abandonadas por culpa de la guerra, hizo una reflexión que era nueva para ella: no necesitaba acostarse con Max porque ahora eran amigos. Pensó si podía contárselo a Hector en su carta y decidió que sería demasiado difícil. Estaba en la acera, delante de su casa, pagando al taxista, cuando apareció Max en otro taxi.

–Te olvidaste de tu pobre Fling. Lo dejaste atado en el guardarropa de señoras.

–La gente como yo no está capacitada para tener un perro. –Cogió a Fling y se quedó mirando el taxi en el que se alejaba Max–. Y quién sabe si estoy capacitada para tener un hijo –le confió al perro, que la había perdonado.

Entró en el vestíbulo, donde la bicicleta estaba apoyada en la pared. ¿Cuánto tiempo podría seguir yendo en bici sin que afectara al niño? Se sentó al escritorio y empezó su carta: «Querido Hector…».

XXIII

Sophy soportaba el colegio gracias a las cartas semanales de Richard, que eran una crónica de la vida en Cornualles. Las noticias del perro, la vaca y las gallinas se volvieron más importantes que la historia o las matemáticas. Todos los lunes, en el sobre abultado de Richard llegaban las noticias que le permitían sobrevivir. Richard hablaba de la Milicia Local y de lo que pensaban de ella en el pueblo, y decía que el general era un mandón. Contaba que los refugiados de la casa parroquial que habían vuelto a Londres, cuando hubo una tregua en los bombardeos, tuvieron que salir corriendo otra vez porque se reanudaron los ataques. Le decía que se discutía la posibilidad de disponer de una Milicia Local montada en Cornualles y que se envidiaba a la Milicia Local de Exmoor, que por lo visto iba a caballo. Hablaba de la flota pesquera belga de Nelly y de cómo los pescadores cornualleses se habían pasado a la marina mercante. Hablaba de las cosechas y de las flores del general. Le contaba a Sophy cuándo hacía Monika mermelada y cómo ahorraba azúcar. Y le decía que cambiaban la mantequilla de Monika por carne y los huevos por pescado. Le contaba a qué chico del pueblo habían llamado a filas y a qué regimiento, y quién tenía la suerte de conseguir un puesto en la reserva. Decía que Monika y Mildred se habían quedado de piedra al enterarse de que podían comprar bajo cuerda cupones de ropa en la tienda del pueblo. Le contaba qué gallina habían escogido para acabar en la cazuela. Hablaba del pastel de conejo y arándanos, del tiempo –de la lluvia, de la niebla, del viento y del sol, que describía con todo lujo de detalles–, de la pierna nueva y de la visita de Calypso, del cañón y de cuando lo dispararon. Decía que los agujeros que abrieron las bombas servirían de estanques, que atraerían a los patos salvajes.

Sophy guardaba las cartas en la taquilla, al lado de la cama, para releerlas a lo largo de la semana. Todas las noches, nostálgica y sin poder dormir, se imaginaba a Richard y a Monika sentados junto al fuego: él escribiendo su carta; ella cosiendo o tejiendo. Soñaba con los días de verano en que Polly, Walter, Calypso y Oliver retozaban en el césped de manzanilla, riéndose y gastando bromas. Conservaba como un tesoro la noche que había pasado con Oliver en Londres. Siempre que tenía frío se acordaba de las calles gélidas en los alrededores de San Pablo. Se acordaba de cuando Oliver se echó a llorar y ella le dio la mano, porque le había ocurrido algo terrible con Calypso. Oliver se había dejado dar la mano unos minutos, hasta que se soltó para sonarse la nariz. Todas las noches, antes de dormirse, se imaginaba en casa, en su habitación; allí podía escaparse por la rama

del roble que cubría la manzanilla y aspirar su fragancia, mezclada con el olor a salitre. Recordaba con dolor a Oliver, bajando la cuesta para irse a la guerra.

Una vez a la semana escribía a Richard y le hablaba de la vida escolar, de lo que aprendía, de que no soportaba el frío y de los juegos, de lo que les dejaban oír en la radio: las noticias, *ITMA* y *The Brain's Trust*.[24] De vez en cuando, si Richard escribía para pedir permiso, la autorizaban a escuchar un concierto de Max. Esperaba las vacaciones con impaciencia. Nunca habló de su inquietud por la señora Penrose y tampoco podía decirle a Richard que esa costumbre suya de meterle la mano por debajo de la falda, que cuando era pequeña no le molestaba, ahora le resultaba desagradable, aun cuando fuese un precio módico a cambio de seguir en contacto con el único hogar que conocía. Encontraría el modo de sortear la situación sin hacerle pasar vergüenza, porque Richard era su único vínculo con Oliver. Y es que a veces, entre las menudencias de la vida cotidiana, Richard le contaba las noticias que llegaban de los demás. Escribió cuando murieron los padres de Polly y Walter: «No se enteraron de nada: se fueron sin sufrir». Le contó que Sarah había recibido carta de Oliver, que estaba combatiendo en el desierto: «Un espectáculo de aúpa». Le contó que Hector, a pesar de los años que tenía (cuarenta y cuatro), quizá también entrara en acción: otro espectáculo de aúpa, porque: «No hay ninguna necesidad de que corra peligro». Para Walter, embarcado en el Atlántico Norte, Richard no tenía elogios: «El muy tonto sigue mareándose. Acuérdate de Nelson». De vez en cuando decía que el párroco y Mildred habían tenido noticias de los gemelos: «Ahora están separados, como es lógico». Elogiaba al señor Churchill y criticaba a los generales, porque, gustara o no, decía, «hay que reconocer que el general Rommel es el mejor en esta guerra, y aunque terminará derrotado cuesta imaginar cómo», y ese otro que parecía tan torpe, «el general de Gaulle, es el único franchute que da la cara y con el que se puede contar». Por aquel entonces Sophy casi llegó a querer a Richard. La soledad le hizo olvidar la repugnancia que le inspiraban la pierna mutilada, el horror de su mal aliento, el asco cuando la tocaba, cuando le acariciaba los muslos igual que acariciaba a Farticus, el perro viejo y apestoso que llevaba muchos años muerto. A Duck no lo acariciaba así; le hacía cosquillas en las orejas y murmuraba: «Lo único bueno que ha salido del territorio enemigo». Sophy extraía de los informes semanales de Richard la sustancia con la que mantenía vivo el corazón. Era demasiado joven para entender lo irónico que era que Richard, que nunca le había caído bien, y a quien ella nunca había caído bien, fuese la única persona que se esforzara en seguir regularmente en contacto con ella.

Pero, cuando llegaban las vacaciones, Sophy iba a Londres con su colegio, donde la esperaba la persona a quien Polly hubiera convencido para ir a recibirla, pasaba la noche con su prima y cogía el tren de Penzance. Cuando Monika iba a

buscarla a la estación, Sophy siempre había cambiado. Llegaba a la casa del acantilado tan tímida y reticente como siempre, y veía que le era posible comunicarse con Monika y con los Floyer pero imposible con Richard. A Richard, por su parte, esto le parecía natural y esperaba a que volviera al colegio para reanudar la íntima relación epistolar que habían establecido.

En las vacaciones de Semana Santa fue Tony quien la esperaba en la estación.

–Hola, Sophy. Polly está fuera y me ha pedido que venga a recogerte.

–¿Adónde ha ido?

–No lo sé. Cosas de trabajo. Walter está en Londres, de permiso, muy contrariado por no poder verla. Aún estaba dormido cuando pasé por allí antes de venir a la estación. ¿Qué tal el colegio?

–Horrible. Tengo ganas de ver a Walter. ¿Cómo está?

–Cansado y contrariado. Polly no es la única que está fuera. Calypso se ha ido a Escocia, así que tampoco coincidirás con ella.

–¿Por qué? Calypso odia Escocia.

–Le reventaron todas las ventanas y se ha ido mientras las reparan. Dijo que tenía algo que hacer; algo que le había pedido Hector.

–Ella nunca haría nada por Hector.

–Tú sabes muchas cosas para la edad que tienes –le reprochó Tony. Le molestaba que una niña, aunque fuera tan lista como Sophy, criticara a Calypso. Cuando llegaron a casa de Polly dejó la maleta en la puerta y llamó al timbre–. ¿Puedo dejarte aquí? Tengo que estar en el puesto de bomberos dentro de unos minutos.

–Sí, gracias.

Lo miró mientras se alejaba y se sintió desagradecida. Walter abrió la puerta.

–Justo iba a desayunar. ¿Tienes hambre?

Le dio un beso, con mucho cariño.

–Ya desayuné antes de salir del colegio.

–No te vendrá mal repetir. ¿Te ha dicho Tony que las chicas no están?

–Sí.

–Es horrible. Consigo el primer permiso en siglos y no tengo ni hermana ni prima. –Bajó a la cocina–. ¿Te gustan las patatas fritas?

–Sí, mucho.

–¿Y un poquito de beicon? Vale. Tú siéntate donde no estorbes mientras yo lo preparo. ¿Crees que en Cornualles les molestaría si fuera? Aquí no tengo nada.

–Les encantaría. A mí por supuesto. Monika se alegrará y el tío Richard también.

–¿De verdad? No quiero abusar. ¿Dónde está la tía Helena? ¿Está con Max, o no sabes que están juntos?

–Claro que lo sé. Ya no soy una niña.

–No, se te ve mucho más grande. De acuerdo, entonces. Cogeremos el tren esta noche. No he vuelto desde esas últimas vacaciones de verano. –Sacó de la sartén el beicon y las patatas fritas–. Cómete esto y luego me pones al corriente de todos los cambios que se han hecho en Cornualles.

El tren de la noche iba abarrotado. Tuvieron que amontonarse en un vagón lleno de humo y de marineros que viajaban a Plymouth bebiendo cerveza. Walter empujó a Sophy hasta un rincón y se apretujó a su lado. Con las ventanillas oscurecidas, circulaban a velocidad constante y paraban en estaciones mínimamente iluminadas donde el revisor voceaba el nombre de los pueblos. Walter se había adormilado pero Sophy iba despierta, observando a los marineros y atenta a su conversación. Estaba demasiado incómoda para dormir y no había luz suficiente para leer. Por una rendija en las cortinas veía aparecer y desaparecer la luna entre las nubes rápidas. En Taunton subió todavía más gente y tuvo que quedarse en el pasillo, fumando, murmurando, de pie. En la penumbra se veían carteles que decían: «Sé como papá. Cuida de mamá». Walter se abrió camino a empujones para bajar a por algo de comer. El tren se puso en marcha y Sophy se inquietó al pensar que lo hubiera perdido. Empezaba a disparársele la angustia cuando oyó un revuelo en el pasillo y vio a Walter, que se abría paso a codazos con una taza de té en cada mano, esquivando las piernas de los pasajeros.

–Creo que con esto reviviremos. –Sophy cogió el vaso con agradecimiento–. Me temo que se ha derramado mucho.

–Da igual.

–En realidad es una porquería. –Walter se apretujó con ella–. Va a ser raro estar en la casa sin los primos. Siempre vamos juntos.

–Yo soy tu prima.

–Claro. –Walter dejó el vaso vacío debajo del asiento–. Es que parecías demasiado pequeña.

–Ahora soy más grande.

–Mucho más. –Le pasó el brazo por encima de los hombros–. ¿Estás cómoda? No será lo mismo sin Oliver dando órdenes, y sin Calypso y los gemelos. Qué bien lo pasábamos, ¿verdad? ¿Te acuerdas de las últimas vacaciones, antes de la guerra? ¿Te acuerdas de la Carrera del Pánico? ¿No te mordió una serpiente o algo así, y acabaste llorando en brazos de Calypso? –Walter se acordaba de la cara de preocupación y fastidio de Calypso. El reflejo del mar daba un color nuevo a sus ojos–. ¿Qué dijiste?

–Dije que no me había picado nada. Fue otra cosa.

–Y ese otro juego al que íbamos a jugar: el que echamos a suertes. ¿Qué era? Matar a alguien o algo así. Una de las ocurrencias más descabelladas de Oliver.

–Dijo que todos éramos capaces de matar, pero luego se echó atrás.

–Bueno, ahora resulta que estamos en guerra y hacemos lo que podemos.

Walter, que seguía abrazando a Sophy, se estaba adormilando. Sus compañeros de vagón, despatarrados, roncaban con la boca abierta. Sophy empezó a llorar.

–¡Eh! ¿Qué pasa? Cuéntaselo a tu querido Walter. Vamos, vamos, toma un pañuelo.

–Intenté decírselo a Polly pero no lo entendió. Se lo conté una vez que hubo un ataque aéreo y nos refugiamos debajo de la mesa de la cocina. Ni siquiera sé si me oyó.

–Cuéntamelo a mí. Soy todo oídos. –Walter, de un bostezo colosal, estuvo a punto de dislocarse la mandíbula–. Casi me disloco la mandíbula. ¿Qué decías?

–Lo empujé yo.

–¿A quién empujaste? ¿De dónde lo empujaste?

–Al guardacostas. Siempre se escondía detrás de un matorral, en el camino del acantilado. Tenía una cosa rosa en el bolsillo, como una serpiente…

–Ah. –Walter se espabiló despacio–. Un exhibicionista.

–¿Qué es un exhibicionista?

–Da lo mismo. Sigue. Te escucho. Estoy despierto. Cuéntame. Deja de llorar, porque si no no te oigo. ¿Saltó de detrás de un matorral?

Walter la abrazó en silencio, recorriendo con la mirada a los marineros dormidos.

–No saltó exactamente. Solo apareció entre los matorrales. ¿Sabes cuáles? Los que están cerca de las rocas.

–Sí. Sigue.

–Bueno, eso fue lo que me asustó en la Carrera del Pánico. Por eso grité.

–Me acuerdo.

Recordaba que Sophy estaba histérica. Que Oliver tuvo que darle una bofetada.

–Cuando volví a encontrármelo, lo empujé al pasar y se cayó. –La voz de Sophy se había vuelto casi inaudible–. Lo encontraron en el mar. Yo me puse enferma, y la policía vino a llevarse a Monika y a Max.

–Y ¿qué tenían ellos que ver con eso?

–Nada, nada. Ay, Walter, ¿qué voy a hacer? ¿Tú me crees?

Walter no dijo nada. La abrazó un poco más mientras el tren avanzaba despacio, los marineros dormían y, en el pasillo, un grupo de soldados arrancaba a cantar una melodía triste aunque bien afinada.

–Deben de ser galeses porque no desafinan.

Acunó suavemente a Sophy, con la barbilla apoyada en su cabeza. ¡Qué pelo tan sedoso! Polly decía que era china. Notó cómo la tensión abandonaba el cuerpo de la niña y vio que se había dormido. No sabía qué decir. Esto me supera, pensó.

–Tú me crees, ¿verdad? –preguntó Sophy, medio dormida.

–Sí, sí –contestó en voz baja–. Sí, sí.

–Polly no me creyó.

Volvió a dormirse. Walter seguía abrazándola cuando el tren llegó a Plymouth. Los marineros se despertaron, recogieron su equipaje y bajaron dando tumbos. Otros pasajeros ocuparon sus asientos.

El tren siguió su camino, parando en todas las estaciones de Cornualles, sin que Sophy se despertara. Por fin, Walter oyó: «St. Erth, transbordo a St. Ives», y al subir la cortina vio que estaba amaneciendo.

–Despierta, Sophy. Ya casi hemos llegado. –El sol brillaba en Mount's Bay y St. Michael's Mount se levantaba sobre el mar–. Despierta, despierta. Ya estás en casa. ¡Madre mía! Qué ilusión me hace este permiso.

–¿Verdad que el mar está precioso? Espero que Monika venga a recogernos. –Sophy se peinó, se ató los cordones de los zapatos y contempló el mar con sus ojos orientales–. Me comería un buey –dijo.

–Qué bromas gastan algunos –murmuró Walter mientras bajaba las maletas del portaequipajes–. Tengo que hablar con Polly.

–Lo terrible –les dijo Polly a Iris y James muchos años después, de camino al funeral de Max– es que yo estaba en Portugal cuando Walter tuvo su último permiso. No volví a verlo. Si lo hubiera sabido habría evitado ese viaje para verlo.

–Pero no podías saber que lo iban a matar –observó Iris, que había oído a su madre decir lo mismo tantas veces que ya se lo sabía de memoria–. No podías despedirte de él, porque no lo sabías.

–Ahí aprendí que cuando alguien se va a lo mejor es para siempre. Es posible que Walter quisiera contarme algo. Dijeron que parecía preocupado. Solo nos teníamos el uno al otro: a nuestros padres los había matado una bomba.

–Ya lo sé. –Iris también había oído esta otra historia muchas veces–. Y Max y Helena llegaron de Covent Garden en un taxi lleno de flores.

–Os aburro tanto como nos aburría a nosotros el tío Richard –dijo Polly con despecho.

–No, mamá, no nos aburres. Lo que pasa es que…

Pero, mientras se ahogaba en el Atlántico Norte, tres semanas después de aquel permiso, Walter tuvo un nítido recuerdo de Sophy, llorando en el tren. Abrió la boca, para llamar a Polly, y se ahogó mucho más deprisa.

XXIV

Fueron Calypso y Brian Portmadoc los primeros en enterarse de lo de Walter. Habían cenado juntos. En lugar de invitarlo a su casa, como él esperaba, Calypso dijo que tenía que ir a contarle a Polly lo que había hecho en Escocia.

–¿Tiene que ser ahora? –Brian soñaba con la cama de Calypso y con Calypso en ella.

–Sí, necesito verla.

Cruzaron la ciudad en autobús a la hora del apagón. Calypso llamó al timbre y esperó con impaciencia.

–Tengo que pedirle una llave. Parece que todo el mundo tiene una.

Abrió la puerta una chica con el pelo rizado y la piel ligeramente oscura.

–¿Quién eres?

Calypso entró, tirando de Brian.

–Elizabeth. Soy amiga de Walter. Tú debes de ser Calypso. –La chica parecía incómoda y cohibida–. Walter me dio una llave. Dijo que a Polly no le importaría.

–¿Está aquí?

–Está fuera. No sé dónde. Walter dijo que…

–¿Y dónde está él?

–Ha vuelto a su destino. Tuvo un permiso hace unas semanas pero yo…

–¿Eres su novia?

–Bueno, yo era…

–¿Qué estás haciendo aquí, si dices que «eras»?

–Lo acordamos así. Hablamos por teléfono y me dijo que fuera a casa de Polly. De todos modos, ¿qué te trae…?

–No me trae nada. Solo quiero ver a Polly.

–Ah.

Elizabeth parecía dolida por el tono seco de Calypso.

–¿Tienes idea de cuándo vuelve? –Calypso empezó a echar un vistazo a un montón de cartas dirigidas a Polly que había en la mesa del vestíbulo–. ¿Qué es este telegrama?

–No lo sé.

–Podría ser algo urgente. –Calypso abrió el telegrama y lo leyó–. Ay. Ay. –Miró a Brian y a la chica que se llamaba Elizabeth–. Lo han matado –dijo–. ¿Por qué a él? ¿Por qué no a alguien desagradable? ¿Tú lo querías? –le preguntó a la chica, que con un gemido dio media vuelta y subió corriendo las escaleras.

Calypso la miró mientras desaparecía.

–Vamos a ver si hay algo de beber.

Bajó a la cocina. Brian se puso a buscar mientras ella esperaba al lado de la mesa.

–¿No habían matado a sus padres?

–Sí. Date prisa con esa copa.

–Entonces ¿Polly se ha quedado sola?

Encontró un poco de whisky.

–Sola exactamente no, pero ya no tiene familia. Gracias. –Calypso bebió un trago de whisky–. Qué mierda, qué mierda tan grande.

–Y esa pobre chica…

–Ya encontrará a alguien. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

–Elizabeth.

–Elizabeth ¿qué?

Se oyeron pasos arriba, en el vestíbulo. La puerta se abrió y se cerró bruscamente. Unos tacones se alejaron en la oscuridad.

–Ahora ya no lo sabremos. –Calypso bebió otro trago.

–¿Walter era? ¿Tú y él…?

–No, nunca. Ojalá. Ahora ya no puedo. Mierda, mierda, ¿por qué él? Nunca hizo daño a nadie. Creo que es mejor que te vayas, Brian. Voy a quedarme aquí. Esa chica podría volver en cualquier momento. Es horrible que esté sola.

–¿No puedo…?

–No. Oye, si te dejo mi llave, ¿podrías ir a buscar a Fling? ¿Traérmelo? Sé bueno. Así yo podré esperar aquí, por si ella vuelve.

–Pero yo creía que…

–Ya lo sé, pero yo no quería de todos modos. Iba a decírtelo mientras cenábamos, pero estabas tan encantador que… Por favor, Brian, ve a buscar a mi perro.

–¿Algo de ropa? –Brian tragó saliva y trató de ocultar su decepción.

–Me las arreglaré con algo de Polly.

–Mañana me marcho.

–Sí, ya me lo has dicho. Ninguno de los dos ha tenido mucha suerte esta noche.

Cuando se quedó sola, Calypso volvió a leer el telegrama del Almirantazgo. Se fijó en que llevaba fecha de cuatro días antes. «Qué triste –murmuró–. Qué triste. Ya han pasado cuatro días.» Entre las cartas encontró un papel con una nota: la letra era de Walter. «Le he dado una llave a una chica que se llama Elizabeth. Trátala bien y deja que se quede un par de noches. He estado en Cornualles. Recuérdame que te cuente una cosa de Sophy. Hasta el próximo permiso.» La chica había dejado su llave al lado de las cartas. Calypso se la guardó en el bolso.

Pensó cuántas chicas habrían querido a Walter. Siempre llevó sus amores en secreto. Se acordó de él con su uniforme de marinero de primera, el día de su boda, cuando se fue con Oliver, borracho. ¿Dónde estaban ahora Oliver y, ya puestos, Hector? ¿Qué estaría haciendo?

Cuando volvió Brian, le dio las gracias por traer a Fling.

–¿No puedo pasar?

–¡No, Brian! ¿Es que no ves que quiero estar sola?

–Pero no estabas enamorada de él.

–Es parte de mi vida. Es mi primo. Siento que me han robado algo.

–Pero no estabas enamorada: no es lo mismo. Esa pobre chica que salió corriendo sí lo estaba.

–Yo no sé lo que es el amor. Vete, Brian. Por favor. Déjame con Fling.

Brian se fue por fin, y Calypso cogió unas mantas, encendió el fuego en el salón y se instaló con Fling en el sofá. A la luz de una lámpara de mesa todo parecía cubierto de polvo, abandonado por sus tíos, a quienes una bomba sin sentido les había arrebatado la vida. En aquel salón se habían celebrado fiestas, juegos infantiles y bailes improvisados, retirando las alfombras, en los que había bailado en brazos de Walter o de Oliver con la música del gramófono. Recordaba las risas y los gritos de dolor cuando los chicos le pisaban los pies, los cócteles cuando se hicieron mayores y las ventanas abiertas en las calurosas noches de verano. Y ahora todo era muerte y polvo. Esperaría a Polly.

Se arropó con las mantas, abrazó al perro y lamentó que Hector no estuviera. Él sabría cómo ayudar a Polly; lo haría mucho mejor que ella. Le sorprendieron estos pensamientos y se acordó de la semana que acababa de pasar en Escocia, de la amistad que había hecho y de algunas cosas que le habían contado de Hector: aspectos de su vida que él se había cuidado mucho de ocultar. Había ido a casa de su prima con la intención de hablarle de sus cosas, y le fastidió pensar que ahora tendría que apoyar a Polly en su dolor y dejar a un lado sus necesidades. Adormilada, intentó espabilarse y se preguntó si no habría sido mejor que mataran a Hector, o a Oliver, o a los gemelos. Oliver la quería y ella disfrutaba con su adoración. ¿Hector? Su dinero lo tendría, tanto si vivía como si moría. La admiración de los gemelos había disminuido desde que empezó la guerra, y también la de Walter. Trató de imaginarse a Oliver muerto en vez de Walter y sonrió, somnolienta, al recordar lo que Oliver había dicho de Hector: «Espero que lo maten». Pensó que podía prescindir de todos ellos. Achuchó a Fling, apoyó la cabeza y cerró los ojos.

Polly estaba a sus pies cuando se despertó, con el telegrama en la mano. Se miraron a los ojos.

–Me he quedado para estar aquí cuando volvieras. –Se sentó en el sofá.

–Gracias. –Polly estaba muy callada.

–¿Dónde has estado? Estás muy morena.

–En Portugal. En Lisboa. Es precioso y hacía calor.

–¿Por tu trabajo?

–Sí. No volverá a ocurrir. Me pareció una oportunidad. Mi jefe me necesitaba. Se supone que no puedo hablar de eso.

–Polly, había aquí una chica…

–Elizabeth. Walter dejó una nota. Elizabeth ¿qué? ¿Lo dijo?

–No. Se fue llorando.

–Supongo que estaba enamorada de él. Varias lo estaban. Tendré que decírselo.

–¿Por qué él? ¿Por qué Walter? ¿Por qué no Hector o Oliver o los gemelos?

–Los gemelos no. –A Polly se le cortó la voz. Miró a Calypso–. ¿Qué haces aquí, de todos modos?

–Vine a verte. Quería hablar contigo. Vi el telegrama, lo leí y decidí esperarte. Estarías sola y…

–Has sido muy amable. ¿Para qué querías verme?

–Estoy embarazada. Quería decírtelo.

–¿De Hector?

–Claro.

–Entonces todo bien. Supongo que lo que tenías eran náuseas y no te habías intoxicado con nada.

–Sí.

–¿Se lo has dicho? Se alegrará muchísimo, ¿no?

–Le he escrito. Ya se habrá enterado. Quiere un heredero. Una empleada suya será la niñera. He estado en Escocia. Hector me dijo que si tenía un hijo Catherine tenía que cuidarlo. Es bajita, coja, fea y de toda confianza. Fui a verla. Vendrá cuando yo le diga, para cuidar del niño.

Polly escuchaba a Calypso con el telegrama entre los dedos bronceados.

–A lo mejor eso te hace feliz.

–Ya soy feliz.

–Eso no es felicidad: es dinero –replicó Polly con una voz sumamente desagradable. Enseguida rectificó–. Lo siento, Calypso. Necesito un baño. ¿Podrías llamar a Cornualles, y a Helena y a la tía Sarah? –Dejó el telegrama en la mesa, al lado de Calypso–. Yo no me veo capaz. ¿Llamas tú?

–Claro. –Calypso se quitó las mantas de encima–. Voy a sacar a Fling un momento. Tú ve a darte un baño.

En la puerta, viendo cómo trotaba el perro por la calle, de madrugada, Calypso se sorprendió llorando, salpicando la acera de lágrimas. Mientras, Polly estaba tendida en la bañera, y el agua de los grifos ahogaba sus sollozos. Aparecería al cabo de un rato, triste y con los ojos hinchados, sin querer hablar

con nadie de la muerte de su hermano, insistiría en que se encontraba perfectamente, se iría a trabajar y se acostaría con todo el que le mostrara un poco de comprensión. Calypso entró a llamar por teléfono.

–Tía Helena, soy Calypso. Ha muerto Walter. Sí, un telegrama. Sí, segurísimo. Sí, ya lo sabe. No, está dándose un baño… Bueno, ya conoces a Polly. Sí, yo estaba aquí. De hecho fui yo quien abrió el telegrama. ¿Qué? ¿Que no se abren los telegramas de la gente? Que lo hubiera leído ella. Lo leyó. Me quedé dormida, llegó a casa y lo encontró. ¿Qué tiene que ver el tío Richard con todo esto? Ah, tu primer marido… Perdona. ¿Te sirvió de algo abrir el telegrama? ¿En serio? Bueno, ya es demasiado tarde. Sí, se lo diré. Está en el baño. Tía Helena, tengo que dejarte. Voy a llamar a la tía Sarah. Sí, sí, naturalmente. Sí. Seguro que lo hace. Sí. Adiós.

Calypso llamó a la centralita y pidió el número de Sarah en Bath.

–¿Tía Sarah? Soy Calypso. Tía Sarah, han matado a Walter. Sí, segurísimo… Un telegrama del Almirantazgo. Bueno, ya conoces a Polly: está llorando en la bañera. Sí. Yo estoy llorando aquí… Y tú llorando ahí. En Bath. Supongo que tiene gracia. Bueno, no la tiene. ¿Por qué Walter, por qué él? ¿Por qué no alguien que sobrara? Sí, se lo diré. Sí, seguro que le gustaría que vinieras. Sí, se lo he dicho a la tía Helena y se ha enfadado porque abrí el telegrama. ¿Qué? Lo encontré y lo leí. Polly no estaba en casa. La tía Helena me ha recordado cuando abrió ella el telegrama por lo de su primer marido. Me había olvidado de que ya había estado casada. ¡Ay, Dios! ¡Tres minutos! Adiós…

Colgó, se secó los ojos y bajó a la cocina con Fling, para darle un poco de leche. Oyó el ruido del agua cuando Polly vació la bañera. Llamó corriendo a la centralita desde la línea de la cocina y pidió el número de Cornualles.

–Sophy, ¿está el tío Richard? Bueno, ¿y Monika? ¿Cuándo vuelven? Tarde. ¡Ay, Dios! Sophy, escucha. Hay malas noticias. No, no, no es Oliver. Es Walter. Walter ha muerto. Sí. ¿Qué has dicho?

–Que era el más cariñoso. –La voz de Sophy se oía con claridad desde Cornualles.

–Bueno, cariño. ¿Se lo dirás? Sí, por favor, Sophy. Sí, claro que le doy un beso de tu parte. Sí… está en el baño. Justo acabo de oír correr el agua, así que… sí… bueno, adiós.

Polly entró en la cocina con los ojos hinchados.

–¿Has hablado con ellos?

–Sí. Sophy ha dicho que era el más cariñoso.

–Lo era. –Polly se ajustó el cinturón de la bata–. Necesito un café y me voy corriendo, o llegaré tarde al trabajo.

–Te lo preparo mientras te vistes.

–Gracias, pero entonces llegarás tarde tú.

–En mi oficina no protestan.

–En la mía sí. Mi jefe no es nada comprensivo.

–Pero seguro que hoy…

–¿No estarás sugiriendo que se lo diga? –fue la brusca respuesta de Polly. Y luego, viendo el gesto de Calypso, añadió–: Bueno. Ven a cenar esta noche y me cuentas lo de tu hijo.

–De Hector.

–Muy bien. De Hector. –Polly estaba encogida de dolor: casi parecía fea–. No creo que el hijo de Hector pueda sustituirlo.

–¡Nadie puede sustituir a Walter! –Calypso abrazó a su prima y la notó recelosa y tensa–. Yo me ofrecería, cariño, si sirviera de algo. Pero ¿quién soy yo? Me encantan el dinero y la diversión, y estoy disfrutando de la guerra. Me resulta emocionante y aterradora. Me gustan los bombardeos, me gusta que los hombres me inviten a salir. Me gusta estar divorciada, o al menos así es como yo lo vivo. –Notó que Polly se tranquilizaba–. Pero cuando ocurre algo así no puedo aceptarlo, Polly, no puedo aceptarlo; y ahora voy a dejar de divertirme una buena temporada, y a hincharme como un globo, y nadie querrá acostarse conmigo hasta dentro de muchos meses. ¿Crees que recuperaré el tipo? Polly, ¿de qué te ríes?

–De ti. –Polly se apartó de Calypso y le cogió la cara con las manos–. Eres una egoísta sin remedio. –Le dio un beso cariñoso–. Anda. No te preocupes. Tengas el tipo que tengas, todos los hombres te seguirán deseando. Walter dejó de intentarlo porque le parecía una pérdida de tiempo. No se veía lo bastante guapo. Piensa en Oliver… –Besó a su prima–. Tengo que irme. No aguanto llegar tarde.

Subió corriendo a vestirse. Calypso la siguió despacio.

–¿Puedo venir esta noche? Me has consolado mucho, aunque creía que era yo quien tenía que consolarte a ti.

–Claro. –Polly se estaba poniendo las medias–. Claro que tienes que venir. Quiero que me lo cuentes todo. ¿Cómo se va a llamar?

–No lo he pensado –mintió Calypso, con el instinto de proteger a Hector, que tenía que ser el primero en saberlo. Yo soy solo un vehículo, pensó. Este niño aburrido es de Hector.

XXV

–¿A qué viene tanto escándalo? ¿Qué más da? Un telegrama no es una carta íntima. Además, no era para ti.

–Es cuestión de principios. Cuando mataron a Anthony y vi que venía el chico del telégrafo, el telegrama lo abrí yo. El mensaje era para mí. Anthony era mi marido. Esto no era asunto de Calypso… –Helena estaba alterada.

Max la abrazó.

–Helena, ¿dónde está tu calma? Las chicas no piensan en esas cosas. Calypso no se ha portado mal…

–Calypso siempre se porta mal. He oído que se lía con cualquiera desde que no está Hector. Eso…

–Abrir telegramas y tener líos son cosas diferentes. A lo mejor creyó que hacía bien abriendo el telegrama. Estás anticuada, mi Flema…

–¿Anticuada?

–No, cariño. Es mi mal inglés. Soy del continente. No creo que la pobre Calypso…

–¡Esa chica es rica! Y además del dinero de Hector tiene mucho descaro. Ten cuidado con ella, Max, o el día menos pensado estará retozando contigo en la cama.

–*Ach,* Helena. –Le acarició el pelo, pensando en el cuerpo color melocotón de Calypso, relajada y alegre, antes de los ensayos–. No creo que quiera retozar conmigo, como tú dices. –No tendré esa suerte, pensó Max–. ¿Qué podemos hacer por Polly? –añadió, recordando con lástima que Calypso se había negado a volver acostarse con él–. Tenemos que hacer algo. Ir a verla, pero llamarla primero: no le hizo mucha ilusión que apareciéramos cuando mataron a sus padres.

–Eso era distinto. Pobre Polly. Qué bien lo pasamos: con el taxi lleno de flores. Nunca olvidaré esa mañana en Covent Garden. –Helena lo besó como había aprendido, con la boca abierta.

–Vamos a llamar ya, cariño. –Empujó a Helena para que se acostara–. Mejor llamamos luego. –Le pasó la lengua por los dientes.

–Acabamos de desayunar –se rió Helena.

–¿Sigues pensando que el amor se hace solo entre las diez y media y media noche?

–Ya no. Ven, estropéame el maquillaje. ¿A qué hora tienes el ensayo?

–Chsss, *meine Kleine…*

Después, Helena habló con Sarah por teléfono.

–Hemos llamado pero no contestaba. Supongo que habrá ido a trabajar. ¿Cómo de mal crees que lo lleva, Sarah?

–Yo diría que muy muy mal. Dejémosla tranquila. Me he ofrecido a ir pero me ha dicho que espere unos días, que los gemelos van a pasar dos noches de permiso. Iré cuando se vayan ellos; quizá sea mejor para Polly estar con los jóvenes. Dice que Calypso la está ayudando mucho.

–Esto sí que es una noticia. Calypso nunca ayuda a nadie.

–No sé –dijo Sarah, recordando que fue Calypso quien consiguió que Oliver la llamase al volver de Noruega–. Calypso es muy particular. La he visto ser generosa.

Mientras se retocaba el maquillaje, Helena se preguntó si Sarah acababa de lanzarle una pulla. En ese momento nadie diría de ella que era generosa, pensó, extendiéndose la crema por la cara. Aquí estoy, recuperando el tiempo perdido, tan contenta. Tengo que ir a Hatchards, pensó, y elegir unos libros para Richard, y mandarle algo bonito a Monika, que lo está cuidando por mí y que se preocupa por Sophy como yo nunca podría. Es increíble, se decía, quitándose la crema y empezando de nuevo, que con las noticias tan tremendas que llegan de Oriente Próximo, y con la muerte de Walter, mientras la guerra se extiende por todo el mundo, yo sea tan feliz y Calypso, que es tan distinta a mí, parezca estar divirtiéndose al máximo. Si no fuera por Hitler nunca habría conocido a Max; si no fuera por la guerra, Hector nunca habría decidido volver a casarse. Puede que los judíos estén perseguidos, pensó, mientras se empolvaba la nariz, pero yo me he librado del pelma de Richard. Si el chico de correos no me hubiera traído el telegrama que anunciaba la muerte de Anthony, ¿en qué clase de mujer me habría convertido? Seguro que no sería la amante de Max. Sigo pensando, se dijo, que Calypso hizo mal en abrir el telegrama. Era para Polly. Pintándose los labios con cuidado, trató de recordar sus sentimientos en 1917, cuando perdió a su joven marido. Ese día llevaba una falda de tweed, de espiga gris, una blusa blanca y una chaqueta de lana con los bolsillos hundidos de tan llenos que siempre los llevaba. Se acordaba de que tenía un resfriado y de que el llanto lo empeoró, de que le había venido la regla la noche anterior a recibir la noticia. Se acordaba de haber dado gracias por no estar embarazada. De que su suegra lloró y dijo: «Era el mejor del rebaño». Le quedaban dos hijos más; los dos ovejas negras. Se miró en el espejo. Después de la muerte de Anthony conoció a Richard. Era un poco injusto que, habiendo dejado la Gran Guerra tres millones de viudas, ella hubiera encontrado otro marido y ahora tuviera un amante; un aliciente en esta nueva guerra.

Poco después, cuando se disponía a salir a la calle, Helena se encontró con el cartero. Una factura y una carta de Richard para ella. Dejó la factura en la mesa

del vestíbulo y abrió el sobre de Richard. Decía que, tal como estaban las cosas, con la ropa racionada, había pensado ir a Londres para ver a su sastre y quedarse con ella, en la casa nueva, mientras le hacían los trajes. No tardaría más de unas semanas. Estaba seguro, añadía, de que Helena coincidiría en que era inteligente comprar lo mejor y utilizar los cupones en cosas prácticas y duraderas. También, decía Richard, le gustaría ir al teatro. Esperaba que quisiera acompañarlo. Sería una excelente ocasión para ir a un concierto de Max. Como Monika no se decidía a salir de Cornualles –lo cierto es que no tenía con quién dejar la vaca y las gallinas–, iba a darle una lista de cosas que comprar, y «Le he dicho que seguro que estarás encantada de ayudarme».

La puerta de la calle estaba abierta y Helena tenía la sensación de que un aburrimiento mortal la engullía como la niebla. ¿Cómo se atrevía Richard a inmiscuirse en su nuevo mundo? Sabía que no podía impedírselo. Releyó la carta. No tenía escapatoria. Había una posdata: «He pensado que podríamos ir a buscar a Sophy y sacarla del colegio». Estrujó la carta con las dos manos. «Ve tú –dijo con rabia–. Yo no pienso ir.» Esa tarde volvió a llamar a Sarah.

–Sarah, ¿no podrías venir y quedarte unas noches? Así ves a Polly y de paso me ayudas.

–¿Qué ayuda necesitas? –Sarah parecía agobiada.

–Richard viene a quedarse unas semanas. No te rías, que no tiene gracia.

–Veré qué puedo hacer. Cuántos días puedo ir.

–Te lo agradecería mucho. Es que…

–Iré. Richard no te estropeará nada. Ya me encargo yo.

Helena, consciente de lo frágil que era su felicidad, sintió un impulso de gratitud.

En la autopista, con Hamish, muchos años después, Helena dijo:

–En esa época nadie se sentía seguro.

–¿Cuándo?

–En la guerra.

–Me imagino que no. Los bombardeos darían mucho miedo.

–A mí no me preocupaban los bombardeos sino mi marido.

–No llegué a conocerlo –dijo Hamish, sorprendido. Apretó un botón para echar agua en el parabrisas y puso en marcha las escobillas para limpiar el polvo. ¿Qué tenía de malo el marido de esta anciana? Y, ahora que caía, ¿no se había casado dos veces?–. ¿Qué? –preguntó, sin saber qué decir–. ¿Por qué?

–Estaba en un momento difícil. Más adelante ya daría todo igual. Max y yo nos estabilizamos, como H. G. Wells y Rebecca West…[25]

–¿Él no siguió correteando con otras mujeres?

–Claro que sí. Y Max también, pero siempre volvía conmigo y con Monika.

–¿Quién era Monika?

–Monika era su mujer. Murió. Seguro que la conociste.

–Ah, sí. ¿Qué hizo tu marido? –Tengo que aclararme con estas relaciones, pensó Hamish. Son de interés histórico.

–Aburrir –dijo Helena con su voz de anciana–. Su hándicap era ser un pelma. Max, con todos sus defectos, nunca aburrió a nadie.

–Bueno, eso es cierto –asintió Hamish, sonriendo a la carretera–. No llegué a conocerlo bien pero me parecía una persona muy animada, y también muy valiente.

–Eso decía tu madre. Siempre dijo que Max tenía un valor increíble, que podría haberse ido con Monika a Estados Unidos y vivir sin peligro. Es muy curioso que dijera eso. Al fin y al cabo no corrían ningún peligro en Inglaterra.

–Eran judíos –señaló Hamish.

–Claro que eran judíos, pero nosotros ganamos la guerra. Una vez que llegaron aquí no tenían de qué preocuparse.

–Podríamos haberla perdido –dijo Hamish, que había leído algo de historia–. Faltó muy poco.

–Nunca se me ocurrió que pudiéramos perder. –Helena tensó la mandíbula–. Nunca. La gente como tu padre decía que lo de Dunkerque había sido un desastre pero que lo de Oriente Próximo sería pan comido, y creo que Oliver hablaba mucho de Noruega. Eso fue un revés, pero al margen de algunas pérdidas ocasionales…

–¿Singapur? ¿Birmania?

–Las recuperamos. Los judíos no tenían motivos para quejarse tanto. Max no era más valiente que cualquiera.

–Ah.

–Tu madre demostró valentía. Ahora lo entiendo. Entonces todos la teníamos por una mujer egoísta y cargante.

–¿Qué hizo que fue tan especial? –Hamish siempre quería hablar de su madre, con quien nunca había tenido intimidad.

–En un momento en que a los niños y a las mujeres embarazadas los mandaban al campo, ella se atrincheró en Londres. Se negó a irse con sus padres y se negó a ir a Escocia. No hizo caso a nadie y se quedó en su casa de Londres, sola, sin más compañía que su perro y la asistenta que iba a diario. No cambió de opinión. Decía que el campo en guerra le daba miedo. Consideraba valiente a Max, hizo piña con Polly, y de Richard decía que era un héroe.

–Qué interesante. ¿No era una especie de cerebrito que arriesgó su vida y su pierna? ¿Desempeñaba misiones secretas? ¿Esas cosas?

–Richard no era ningún cerebrito. –Helena soltó una carcajada que terminó con un ataque de tos. Al ver que se le amorataba la cara, Hamish desaceleró y

paró en la cuneta. Apagó el motor para darle a Helena palmaditas en la espalda hasta que dejó de atragantarse.

–Ya estoy mucho mejor. Ahora me parece cómico, pero entonces estaba enfadada… Sí.

–Me parece muy interesante cómo arrimaron el hombro los ingleses en la guerra, cómo trabajaron.

–Yo no llamaría trabajar a lo que hacía Richard. –Sin dejar de reírse, Helena guardó la petaca en el bolso–. Anda, sigue, o llegaremos tarde al funeral.

XXVI

Con la llave que había dejado Elizabeth, Calypso entró en casa de Polly. Le quitó la correa a Fling y fue al salón a buscar en el escritorio una cuartilla.

«Querida Polly –escribió–: No les he dicho a papá y a mamá que estoy embarazada. Querrían que fuera a casa y no lo aguantaría. Qué agobio. Qué aburrimiento. Ayúdame. Diles que en Londres no hay peligro, que necesito estar cerca de mi médico, algo verosímil. Con cariño, C.» Metió la nota en un sobre y la dejó en la mesa del vestíbulo. «Vamos –le dijo al perro, que estaba olfateando un montón de chaquetas encima de una silla. Calypso se fijó. Gorros de la R. A .F., cazadoras y máscaras de gas–. Deben de haber venido los gemelos. Qué bien.» Empezó a subir las escaleras. En la puerta de la habitación de Polly, el perro acercó el hocico y olisqueó. Calypso lo cogió en brazos y cruzó la puerta. Por las rendijas de las persianas entraban rayos de luz sesgados. Polly estaba dormida, con una parte de la cara escondida por el pelo oscuro y una expresión serena: las pestañas largas, las mejillas bronceadas y la boca triste relajada. A un lado de Polly estaba David y al otro Paul, abrazándola.

Calypso se quedó de piedra. Parecían en paz, hermosos. Se movieron ligeramente, disfrutando en sueños de una tregua en la guerra y en el dolor. Retrocedió, cerró la puerta, bajó las escaleras de puntillas, enganchó la correa en el collar del perro y salió a la calle.

De momento no podía contar con Polly. Se acordó de la noche que fue a pedirle ayuda y Richard las interrumpió. Desde entonces le estaba agradecida a Richard. Miró la ventana con la persiana cerrada y echó a andar hacia casa de Helena. Si Polly había descubierto qué hacer con su vida, Helena, a su manera, también. No estaría mal hacerle una visita. Iba despacio, recordando la noche que Oliver la acompañó a casa, lleno de rabia, y la aridez que sintió ella, su alivio al oír que Hector tropezaba con la bicicleta y le ahorraba la incómoda conversación con él. Ahora estaban los dos en Oriente Próximo. ¿Coincidirían y hablarían de ella? Apretó con el pulgar el timbre de Helena, pensando con cuál de los gemelos se habría acostado Polly primero. Estaba sonriendo cuando Max abrió la puerta. Salió y cerró rápidamente.

–Ven –dijo, cogiéndola del brazo–. Iba al cine. Tú también vienes.

Y echó a andar, tirando de ella.

–Pero he venido a ver a Helena.

–Está de mal humor. Es mejor dejarla sola un rato, *ja*.

–Pero yo no quiero ir al cine, quiero…

–¿No quieres ver *Una noche en la ópera,* de los hermanos Marx?

–Ya la vi con Hector. En Leicester Square.

–Ahora la ponen en Kensington High Street. Te sentará bien reírte. Tienes pinta de que te hace falta. A mí me hace mucha.

Calypso se dejó llevar por la acera a paso rápido.

–¿Por qué?

–*Ach*. Helena está de un humor de perros porque tu tío viene a Londres y no quiere verlo. No sabe vivir sus dos vidas: quiere separarlas en compartimentos.

–Yo en su lugar haría lo mismo –dijo Calypso con voz seca.

–Mi Calypso está gruñona. –Max la observó con atención–. Ah, estás embarazada, *nicht?*

–¿Cómo lo has adivinado?

–Se te nota en los ojos. ¿Te encuentras mal?

–Con náuseas permanentes.

–¿El niño es de Hector?

–Pues claro que es de Hector.

–No está tan claro. Yo podría tener el honor, y ¿quién sabe cuántos más? Uno ve que otros te cortejan y uno oye…

–Cerdo.

–Es broma. ¿Está contento Hector? Ahora tendrá su heredero. Yo de él estaría encantado. ¿Sabes que en Harrods puedes comprar unas botas de suela de goma que se llaman «botas del desierto»? Deberías mandarle unas al orgulloso papá.

–Ya tiene botas.

–Bueno, Hector tiene un heredero en camino, tiene botas, los hermanos Marx animarán a la mamá, y la harán olvidarse de las náuseas, y volveremos de buen humor con Helena y su malestar.

–¿El tío Richard viene a Londres a husmear?

–*Nein*. Dice que viene a hacerse unos trajes, pero yo creo que hay algo más. Todavía no sé qué es.

–La tía Helena intentará impedírselo.

–No. Yo le impediré que se lo impida. Ven, sube al autobús.

Ya en el autobús, Max preguntó a voces:

–¿Y Polly? ¿Has visto a la pobre Polly? Debe de estar sufriendo mucho por su hermano. ¡Qué chico tan encantador! ¿Quién puede consolarla?

–Tiene su trabajo.

–No será suficiente. Tenemos que apoyarnos, como decís vosotros, tratar de limar el horror de la muerte, distraer a Polly con cosas agradables. ¿Qué podemos hacer por ella? ¿Qué sugieres?

–Pues…

–Un amante es lo que necesita: un buen amante que la cuide. Pero no se encuentra un amante así como así. Tenemos que…

–Ocuparnos de nuestros asuntos –dijo Calypso tajantemente–. ¿Ibas a ofrecerte voluntario?

–Oye, pues… ¿por qué no?… *Das ist sehr interessant*.[26]

–Eres…

–Ya me callo. –Max sonrió con lascivia–. Ven. Nos bajamos aquí para nuestra sesión de risa terapéutica.

En el cine, las carcajadas de Max resultaron contagiosas y Calypso se rió más que la primera vez que había visto la película con Hector. Cuando encendieron las luces se sintió muy débil y tuvo que esperar en la butaca hasta que el cine se vació.

–Gracias, Max. Me ha encantado. –Le sonrió con cariño.

–Podríamos haber traído a Polly.

–O no. –Calypso se puso seria–. Seguro que a Walter le habría chiflado.

–Vamos a contarle a Helena lo que se ha perdido.

–¿Le pediste que viniera contigo? Apuesto a que no.

–La verdad –le dijo Helena a Hamish en el coche– es que Max podía ser complicado. Salía solo muchas veces y no me contaba lo que había hecho. Una vez volvió del cine con Calypso y dijo que se había encontrado allí con ella. No me lo creí. Fue cuando Calypso se quedó embarazada. Tenía náuseas a todas horas.

–Eso dice –asintió escuetamente Hamish.

–Eras tú, claro. Se me olvida. El niño eras tú: una monada de niño, aunque a mí no me gusten los niños.

–A ella tampoco.

–No se le cae la baba al lado de la cuna, no. ¿Por dónde iba?

–Max y Calypso fueron al cine.

–Eso. Vieron *Una noche en la ópera* y volvieron a casa a tomar el té. Calypso me dijo que estaba embarazada; fue una sorpresa. Me alegré por tu padre, por supuesto. Sentía debilidad por él.

–Le caías muy bien.

–Creo que sí. Cuando Calypso me lo contó le di la enhorabuena. Recuerdo que le dije que imaginaba que ahora se iría a vivir con sus padres. ¿Sabes qué me contestó?

–No. –Hamish no apartaba los ojos de la carretera; quería ser puntual.

–Dijo: «Vamos, ni de coña». A Max también le sorprendió.

–Ah.

–Sus padres, tus abuelos, eran sosos y aburridos. En eso yo estaba de acuerdo con Richard. Convencionales, puritanos, en muy mala situación económica. No sabían tratar a una hija como Calypso. Tuvo muy pocas diversiones. Lo único que

hicieron fue reprimirla e intentar impedirle casi todo. Le metieron ideas raras en la cabeza, si quieres saber mi opinión. Fue una suerte para ella conocer a tu padre. Con su personalidad, le habría sido muy fácil…

–¿Qué?

–Volverse promiscua –se rió Helena–. Tus abuelos habrían preferido un eufemismo: «alocada». El caso es que dijo que no tenía intención de aburrirse, y me preguntó si sabía lo que había dicho su madre cuando la pilló leyendo a T. S. Eliot.

–¿Qué dijo mi abuela?

–Dijo: «Ah, leyendo a ese que no escribe poesía». A Max le dio un ataque. Lloró de risa. Yo no le veía la gracia por ninguna parte. Max dijo que Calypso no podía ir con tus abuelos de ninguna manera, que sería psicológicamente perjudicial para el niño. Tu madre contestó: «No estoy preocupada por el niño sino por mí». Y se quedó en Londres.

–¿Nadie intentó impedírselo? Seguramente era más prudente irse al campo.

–Llamó ignorante a tu abuela, con la excusa de T. S. Eliot. Yo no podía decir mucho por aquel entonces –explicó Helena, contemplando la amplia cinta de la autopista–. Tampoco había leído a Eliot. Me fui a Harrods a escondidas y compré sus poemas. Fueron una de las cosas buenas de la guerra.

–¿Qué?

–Los libros. No podíamos comprar compresas pero se publicaban libros a montones. La gente como yo se aficionó a leer: nos quitaba ataduras mentales y morales.

–Cuesta imaginarte sin ataduras.

–Las chicas de buena familia, como Polly y Calypso, tuvieron muchas oportunidades, y yo me transformé en una mariposa.

Hamish no contestó.

–Puede que ahora parezca una crisálida –dijo Helena con rabia– pero a los cuarenta florecí. La guerra inspiró incluso a Richard. Cuando vino a Londres me cortó las alas. Tu madre lo alentó. Si lo hubiera dejado en paz se habría hecho los trajes y habría vuelto a Cornualles, pero Calypso y Polly fomentaban las chaladuras de Richard. Eran muy traviesas.

–Me habría gustado conoceros en esa época. He visto fotos, claro.

Helena resopló.

–¡Fotos! Polly con esa pinta de no romper un plato, cuando lo cierto es que era egoísta y ambiciosa y despreciaba los convencionalismos. Se salió con la suya, porque nadie podía creerse lo que estaba haciendo. Si sus padres no hubieran muerto habrían puesto freno a la situación, o al menos lo habrían intentado. Tu madre hacía exactamente lo que le venía en gana, hacía oídos sordos a los consejos y animó a Richard a ponerse en ridículo con la excusa de que necesitaba

un poco de diversión.

–Pero ¿qué hizo Richard? ¿Qué fue tan horroroso?

–Yo creía que su comportamiento afectaba a mi imagen. Me enfadé con las chicas, con tu madre en particular, y me sacó de quicio que la madre de Oliver se pusiera de parte de Richard.

Bebió un trago de la petaca. Mirando de reojo, Hamish calculó que cabía en ella media botella de whisky y pensó cuál podría ser la contribución de Helena al funeral.

–Siempre llevaba esta petaca a los conciertos de Max. Me ayudó a soportar muchas veladas. –Cerró bien el tapón–. La gente sospechaba que tenía la vejiga floja, porque iba mucho al guardarropa. Ja, ja.

–¿Cuándo llega el tío Richard? No, no quiero azúcar, gracias, tía, me revuelve el estómago.

–Le he pedido a Sarah que venga la semana que viene a ver a Polly. Puede echar una mano. Bueno, echar una mano con Richard. Yo estoy muy ocupada.

–Le pediré que me lleve a comer fuera. Te lo quitaré de encima.

Calypso sabía que Helena sabía que ella sabía lo poco bienvenida que sería la presencia de Richard en Enderby Street.

–Pero si estás todo el día en la oficina.

–Lo dejo esta semana.

–¿Ya no te necesitan?

–No es eso. Es que estoy siempre mareada. Están un poco molestos conmigo: dicen que pierdo un tiempo de trabajo muy valioso para la causa bélica.

–Ay, hija, ¿es…? –Helena miró a Calypso con alarma–. Quiero decir…

–Es de Hector –aclaró Calypso con hartazgo–. ¿Tan mala fama tengo?

–No, no, claro que no. Iba a decir si era sensato tener un hijo en plena guerra.

–Hector quiere, sobre todo si es niño. Por eso…

–¡Qué manera de hablar! ¿No estás contenta? Hector lo estará.

–Hector no tiene náuseas a todas horas ni se va a hinchar como un globo. Su parte es la fácil y le pone mucho empeño.

–Ya vale, cielo. No hables así delante de Max, que le da vergüenza.

–No parece que le dé vergüenza. Se está riendo. Venga, vamos a hacer planes para quitarte al tío Richard de encima.

–Ay, Calypso. –Helena también empezó a reírse–. Richard tendrá ganas de verte. Os quiere mucho a ti y a Polly; se alegrará de veros. A lo mejor podrías acompañarlo a visitar a Sophy. Yo no tengo tiempo.

–Ah. –Calypso no se lo creía–. ¿En serio?

–Soy voluntaria de la Cruz Roja. Dedico a eso las mañanas y…

–¿Por qué de la Cruz Roja? ¿No está lleno de snobs?

–Es útil para Max. La Cruz Roja organiza conciertos benéficos y da publicidad a su nombre, y lo que cuenta es el nombre. Da lo mismo si no saben distinguir una nota de otra. Yo tampoco sé.

–Seguro que Max conoce a sir Thomas Beecham.

–Pero no a lady Cunard[27]. Así que ya ves, cielo, que estoy atareada.

–Has cambiado, tía.

–Solo tengo más espacio. ¿Más té?

–No, gracias.

–Lady Cunard me ha dicho que la llame Esmeralda.

–¡Vaya! Vuelas alto. ¿Cuándo llega el tío Richard? Iré a buscarlo. –Calypso vio que Max untaba un panecillo sin escatimar mantequilla–. ¿De dónde sacáis tanta mantequilla, tía?

–Monika nos manda un cesto en el tren todas las semanas, y yo se lo devuelvo vacío. Es un poco incómodo tener que ir a Paddington a recogerlo, pero nos viene muy bien.

–¿Qué más cosas manda?

–Nata, huevos, verdura y fruta. La semana pasada mandó una langosta. No le había atado bien las pinzas y me picó.

–¡Ay!

–No fue grave.

–¿Eso no es mercado negro?

–Es mi casa, mi huerto, mi producción. Monika es mi invitada.

–¿Gris? –sugirió Max–. *Le marché gris*.[28]

–No digas tonterías, Max. Necesitas la comida.

–Me gusta la comida. Yo también iré a esperar a Richard cuando venga: traerá conservas y cosas así.

–Iré contigo –se ofreció Calypso.

–No te voy a dejar que asaltes los cestos.

–Qué cosas tienes, tía.

–Deberías mostrar un poco de iniciativa y pedirle a la familia de Hector que te mande pollos, venado y sardinas.

–Se estropearían.

–Que sean ahumados.

–Lo pensaré.

Richard llegó con varios cestos y se instaló en la habitación de invitados de Helena con sus cepillos de marfil, la fotografía de su primera mujer, sus cepillos de dientes, su esponja y su pijama, y lo ordenó todo a la perfección. En cuestión de media hora, pensó Helena, se había instalado siniestramente.

A la mañana siguiente salió con su cojera a hacer una primera visita a su sastre

y después fue en autobús a la City y al East End para ver las zonas bombardeadas.

–Es impresionante –le dijo a Calypso, que apareció a la hora del té–. Mira que vi montones de escombros en Francia, pero como esto nada. Aquí no hay barro ni caballos muertos. Los de la Defensa Antiaérea parecen eficientes localizando cadáveres. Se echa de menos el olor: un aroma inquietante a muerte húmeda. ¿Cómo está tu barrio?

–Me reventaron todas las ventanas cuando bombardearon el Parlamento.

–¿Nada más? ¿Has visto la City?

–No.

–Dios mío. ¿Vives en Londres y no la has visto? Te llevaré mañana. Tienes que ver los muelles y la City. Te llevaré de excursión. Como mejor se ve es desde un autobús. Andando también, claro, pero con mi pierna…

–¿Tampoco con la nueva?

–No es como las de carne y hueso pero no me impide bailar.

–¡Bailar! –exclamaron a dúo Helena y Calypso.

Richard sonrió con satisfacción.

–Me he apuntado, mejor dicho me ha apuntado Monika, a unas clases de baile en el Soho.

–¿Cuántas clases? –preguntó Helena con suspicacia.

–Doce. Dos a la semana. Así que dentro de seis semanas… ¿Adónde ha ido?

Helena se había llevado la tetera del cuarto de estar con los labios apretados.

–¿Te propuso Monika las clases de baile, tío?

–Sí. Es que le doy patadas cuando bailo con ella, y uno se cansa de bailar con una silla.

–¿Una silla?

–Sí. Retiro la alfombra y bailo con una silla. La silla no se queja si le doy patadas, aunque no es lo mismo que bailar con un ser vivo. Pero Monika también protesta por la silla.

–¿Por qué?

–No la dejo dormir con el ruido que hago en el parquet. Entre esto y la música se desvela. Madruga mucho para ordeñar a la vaca: dice que no puede esperar. Yo le digo que la enseñe. El caso es que se le ocurrió este plan. He pagado por adelantado y empiezo el miércoles.

–Una idea genial. Muy valiente.

–¿Qué es valiente? –Helena volvió con la tetera–. ¿Alguien quiere más té?

–Que el tío Richard aprenda a bailar es heroico.

–¿Cuánto va a durar esta pantomima? –Helena miró a Richard con frialdad.

–Seis semanas, querida. Ya te lo he dicho.

–¡Dios mío!

–No voy a molestarte. Tengo mi club, mi sastre, las compras para Monika, y

me han hablado de un bar que se llama el Windmill.

–Es para viejos guarros.

–No, tía Helena. Hector conocía a alguien que había ido. Dijo que era un local de diversión limpia y sana.

–¿Él también fue?

–No, no creo.

–Hector no lo necesitaría –dijo Richard, mirando a Calypso.

–Es un bar de chicas desnudas –suspiró Helena.

–Tú no estás en posición de decir nada. –Richard le tendió la taza para que se la rellenara.

–Bueno, bueno, no os peleéis –terció Calypso.

–Ya no se puede decir que eres una niña –observó Richard–. Entras más bien en la categoría de Monika: *femme d'un certain âge*[29]. Ahora que me has abandonado para hacer tu vida en Londres estás muy guapa…

–Gracias –interrumpió Helena.

–Monika está susceptible, lógicamente. Tiene muchos quebraderos de cabeza: no sabe si su hijo está vivo… Yo diría que está muerto, pero las mujeres no pierden la esperanza… Y Max está aquí contigo, y con otras también. ¿Tú qué opinas, Calypso?

–No sabría qué decir.

–Claro que lo sabes. Ese tiene un buen ojo para las mujeres, y no solo ojo. –Richard, mirando a Helena, estalló en carcajadas–. Pero bueno, ¿quién soy yo para quejarse si Monika lo consiente? Parece que le gusta la vida en Cornualles. Se ofreció a enseñarme a bailar, pero yo prefería la silla. Una silla hace lo que tú quieres: no intenta llevarte sino que va a donde la mandas.

–¿Qué música pones? No hay tantos discos en casa.

–Es verdad: qué lista eres. Hay un programa de música de baile en la radio por la noche. La música tampoco deja dormir a Monika. Yo diría que es cuando se pone a pensar en su hijo.

–Sí, probablemente –asintió Calypso, recordando la angustia de Monika.

–Bueno, ¿qué tal si paso a ver a Polly? Supongo que ya habrá vuelto del trabajo. Quiero pedirle que me acompañe a visitar a Sophy. Nunca he visto de cerca un colegio femenino.

–Yo llamaría antes de ir –se apresuró a decir Calypso.

–¿En serio? ¿Así están las cosas? Madre mía, cuánto habéis cambiado todas. Seguro que me encuentro con que Sophy no quiere salir del colegio.

–Claro que querrá. Yo iré contigo. Podemos pasar el día con ella. Salvo que tú quieras venir, tía Helena. –Helena negó con la cabeza–. A Fling le encantará pasar un día en el campo. Podemos hacer pícnic.

–Muy bien. Llamaré al colegio.

–Le contaré a Sophy que estoy embarazada. Tengo curiosidad por ver cómo reacciona.

–Traigo una gallina guisada en uno de los cestos: la que llamaban Jane. Sophy le tenía mucho cariño, pero dejó de poner, y Monika le dio el hachazo.

–Qué brutalidad.

–¿Estás segura de que Polly no querrá venir? Para olvidarse de Walter. Los Floyer están destinados allí cerca, a lo mejor podríamos…

–Los han destinado a otro sitio ahora que han vuelto a operaciones.

–Lástima. Podríamos haber aprovechado para… ¿Los has visto recientemente?

–No. –Calypso esquivó la pregunta–. No.

–En el pueblo los llaman «los Floyer de altos vuelos». El sacerdote baptista está ganando terreno al alto sacerdocio del párroco. Una broma graciosa hasta que los maten a tiros. A lo mejor podemos invitar a algunas amiguitas de Sophy. Es lo que les gusta a las niñas cuando están internas.

–No creo que Sophy siga siendo una niña –señaló Helena, mirando a su marido con aire pensativo.

–Razón de más para no limitarme a pagar las facturas. Le escribo cartas, y ella me contesta, pero cuando está en casa a veces me pregunto…

–¿Qué? –Helena manifestó su preocupación.

–Si es del todo normal. No soltó ni una lágrima cuando mataron a Walter. Dejó una nota en la mesa del vestíbulo y se fue a dar una caminata. Monika y yo nos quedamos de piedra. «Ha llamado Calypso. Han matado a Walter.» Así, sin más. Fue muy fría.

–Me pareció que se alegraba de que no hubiera muerto Oliver. –Calypso miró a Helena con aire pensativo–. Está enamorada de él.

–Qué tontería. Una niña no sabe lo que es el amor. Pero se llevará un disgusto si se entera de que nos estamos comiendo a Jane –dijo Richard con sarcasmo.

–Eres bobo –contestó Helena con crueldad.

XXVII

–Bueno, yo creí que se pondría contenta. –Richard buscó la bisagra de la pierna entre la tela de los pantalones–. Las amiguitas de Sophy han estado más habladoras que ella. Parecía más interesada en la comida que nosotros, si te digo la verdad.

–Se ha alegrado de vernos.

–¿Estás segura? He hablado más con sus amiguitas, aunque no es que me hayan contado mucho de ella.

–Dice que apenas las conoce. No son de su clase. Le dan pena porque nadie va a verlas.

–¿De veras? Esto demuestra que tiene buen corazón. Me equivocaba en lo de Jane. «¿Esta es Jane?», me preguntó antes de darle un mordisco al muslo. Y después, con la boca llena, añadió: «¿Puedo comer un poco de pechuga?». Y luego se pelearon por quién se quedaba con la espoleta. Ya os dije yo que era fría. Bueno, hemos cumplido nuestra obligación.

Richard se ajustó la pierna y abrió el periódico vespertino. El jefe de estación tocó el silbato. El tren arrancó con estrépito camino de Liverpool Street.

Calypso bajó la cortina, se acomodó en el asiento y cerró los ojos. Pensando en la piel de marfil de Sophy, en sus ojos observadores, la boca vulnerable, los labios carnosos, no le parecía una niña fría ni difícil de querer, pensó, con una punzada de envidia.

Habían disfrutado de un día magnífico, azul y dorado, con The Backs[30] en su mejor momento. Calypso y Sophy seguían despacio a Richard, que iba delante con las dos invitadas: una rubia y otra pelirroja. Le contó a Sophy que iba a tener un hijo.

–¿Qué piensas hacer con él? –Sophy sabía por instinto que Calypso no podría ni querría atenderlo.

Y entonces le habló de su visita a Escocia y del plan que había trazado. Sophy comprendió perfectamente que en el castillo de Hector recibirían al niño con alegría. Calypso le habló de Catherine, la mujer coja que se haría cargo de él y lo criaría. Mientras paseaba con Sophy, hizo una descripción objetiva del ambiente escocés. Sophy no necesitaba explicaciones ni excusas para entender por qué era un ambiente insufrible para Calypso pero perfecto para el hijo de Hector.

–Supongo que Catherine quiere a Hector.

–Creo que sí.

–¿Tiene él la culpa de que esté coja?

–Se siente responsable, aunque ella dice que el accidente no fue culpa de Hector, que habría ocurrido de todos modos.

–Y ¿es verdad?

Sophy miró a su tío, que iba cojeando delante de ellas y de vez en cuando tocaba a alguna de las chicas: le ponía la mano en el brazo o en el hombro.

–Catherine no da detalles.

–Hector se sentirá culpable de no quererla. ¿Qué has organizado?

Calypso le contó que, cuando estuviera a punto de nacer el niño, Catherine vendría a Londres.

–Le he reservado una habitación en una residencia, en Simple Street.

–¿Y luego?

–Luego se lo llevará a Escocia y lo criará en la casa de Hector. El castillo ahora mismo está lleno de comandos aliados, pero hay alguna habitación cómoda en el ala donde dormía y jugaba Hector, encima de las cocinas.

–¿No tendrás leche?

–¿Leche?

–¿No vas a darle el pecho? Es lo normal. He leído algunas cosas: lo llaman «lactancia materna».

–No podría. –Calypso se estremeció y se llevó las manos a los pechos inconscientemente. Sophy no dijo nada. Seguía observando al trío que tenía delante. Luego, como sin darle importancia, añadió–: De ningún modo. Mis pechos son míos. ¿Qué más?

Sophy soltó una de sus extrañas carcajadas. Se reía de Calypso, que también se echó a reír.

–No se lo he contado a nadie. Hector me ha dejado que lo descubriera yo sola. El muy cabrón. Su familia es católica: todos sus empleados son católicos. Cayó en desgracia al divorciarse de Daphne y ahora nadie me considera su mujer.

–¿Creerán que el niño es…?

–La sangre pesa más que la religión, y aunque a mí no me acepten al niño lo querrán.

–A ti nunca te ha interesado la religión.

–Claro que no. A ninguno nos interesa. Piensa en los gemelos. Viéndolos a ellos nadie se imaginaría que el señor Floyer es clérigo. Por lo visto Hector es de una familia de rancio abolengo que sobrevivió al ataque de Enrique VIII. Muy elegantes. Yo soy una atracadora.

–Creería que si te lo contaba no te casarías con él.

–Me habría casado igual. Me casé con él porque es rico: todo el mundo lo sabe.

–Espero que no les meta la mano por debajo de la falda –dijo Sophy de pronto.

–¿Qué?

–El tío Richard. A mí me lo hacía. No para de darle palmaditas a Valerie y de acariciar a Miranda.

–Pues vamos más deprisa para alcanzarlos. –Calypso apretó el paso.

–¿A ti y a Polly no os hacía eso?

–Supongo que sí, veladamente. Ay, Sophy, es horrible. Date prisa.

–No es tan horrible –dijo Sophy–. Solo es aburrido. Pero ellas no lo entenderían. ¡Tío Richard! –gritó–. Espéranos. –Las niñas que iban delante volvieron la cara inocente con un gesto de interrogación–. Calypso quiere ver la Capilla del Rey y está en dirección contraria.

–Luego podemos tomar el té en una tetería, si encontramos alguna –le dijo Calypso a Miranda, la pelirroja.

–Estaría muy bien –contestó Miranda–. ¿Podemos pasar por un lavabo antes de ir a la capilla?

–Yo os espero en la capilla –dijo Richard–. Así descanso la pierna.

Al verlo dormido en el rincón, Calypso sintió cariño por él. Había sido amable y servicial. Lo único que les interesaba a esas dos niñas era zampar un poco. ¿Por qué no podía meterles la mano por debajo de la falda?, se preguntaba con indignación. Para eso llevaban elásticos en las bragas. Vio que Valerie, la rubia, envolvía un pastel con el pañuelo y se lo guardaba debajo de la camisa.

–Ven a verme alguna vez cuando pases por Londres –le dijo a Sophy.

–¿Puedo? Me encantaría. Polly a veces está hasta arriba.

¿Qué quería decir Sophy?, pensó Calypso. ¿Qué sabría?

–No estaban mal las amigas de Sophy. –Richard se despertó de pronto–. Muy guapas y apetecibles a su modo. Es una pena que Sophy esté creciendo tan deprisa.

–Va a ser una belleza.

–¿Tú crees?

–Sí. Con esos ojos, como la tinta… ¿Quién era su padre, tío Richard?

–¡Buena pregunta! Es mejor no saberlo. Yo nunca he preguntado. Aunque hubiera querido no habría servido de mucho. Su madre murió antes de que yo llegara, y de pronto me vi con la niñita en brazos. Fíjate. Por suerte convencí a Helena para que se casara conmigo, aunque la verdad es que nunca le ha tenido cariño a Sophy. No le gustan los niños.

–A mí tampoco.

Richard se echó a reír.

–Busca una nodriza.

–Ya he encontrado niñera. Le dará el biberón.

–Bueno, no tiene nada de malo.

–Pero todavía tengo que parirlo.

–Eres una chica fuerte. –Richard Cuthbertson chasqueó los dedos–. Eso no es nada. Mi pobre hermana era la débil de la familia.

–¡Ah! No sé nada de ella.

–Tenía cerebro, eso sí. Tenía cerebro y la manía de viajar. No podía conformarse con su país. Siempre andaba por ahí, en el extranjero. Perdí la cuenta de sus viajes.

–¿Y su marido?

–Por Dios, nunca se casó. Un marido la habría atado. Le habría impedido dar vueltas por el mundo. Volvió a casa para tener a Sophy… Un pasaporte británico es importante hasta para personas como mi hermana… Y casi no llega a tiempo: la niña nació prácticamente en los muelles. Le salió bien.

–¿De dónde venía?

–Tengo tan poca idea como tú. Cuando recibí la carta, la niña ya había nacido y mi hermana estaba muerta.

–Vaya. ¿Hubo…?

–Nada. Un cura le dio la extremaunción. Si el muy idiota se hubiera parado a pensar un poco, podría haberle sonsacado alguna información. Pero era como Floyer, de la Alta Iglesia, de los que se interesan por lo espiritual. Católico, ahora que lo pienso. Supongo que hizo lo que tenía que hacer. Me dijo: «Su hermana murió en estado de gracia». ¿Cómo lo sabía? Y me contó que le había dicho: «Dígale a mi hermano que…», y luego estiró la pata. Desde entonces no dejo de pensar en qué tenía que decirme. –Richard Cuthbertson levantó la cortina y escudriñó en la oscuridad–. Parece que estamos llegando a Londres. Indochina.

–¿Qué?

–Por lo visto venía de Indochina. Y ¿ahora qué pasa? ¿Por qué paramos?

–Habrá retraso.

El tren suspiró y silbó antes de que todo se sumiera en el silencio. Calypso intentó captar una conversación en el compartimento de al lado. Hubo una pausa larga.

–La vida no es fácil, ¿verdad? –Richard miró a su sobrina.

–Sinceramente, no.

–Hoy te he visto. No puedo evitar que me gusten las niñas. Son tan guapas…

–Tío Richard, no hace falta que…

–Nunca les he hecho daño. ¿Verdad que nunca os hice daño a ti o a Polly? Ahora Sophy está creciendo, se está yendo. Dicen que Ruskin era un pervertido, pero supongo que no podía evitarlo. Probablemente solo había visto cuadros y estatuas. El «arte» de su época era distinto. El pobre hombre era virgen, creo yo. Y cuando se casó se llevó un susto de muerte. ¿Tú eras virgen cuando te casaste?

–Por supuesto.

–No hay nada por supuesto. Apuesto que te asustaste…

–La verdad es que…

–Ah, ya arrancamos. ¿Crees que habrá una bomba en la vía?

–Hace siglos que no hay ataques aéreos.

–No, no ha habido. Es curioso el efecto que tienen los trenes: le da a uno por hablar como si estuviera en un limbo, por contar intimidades… Ideas muy íntimas, la verdad. Solo ideas, claro.

–Claro, tío Richard.

–Pues verás. Lo increíble es que en Monika no me molesta, incluso me gusta que no se depile las axilas como hacéis vosotras.

–Es costumbre del continente –se rió Calypso.

–¿De qué te ríes?

–De ti, tío Richard. ¡Ay, ay, ay! –Calypso se secó los ojos con el dorso de la mano–. ¡Ay, ay, ay! –gimió–. ¡Ay!

–Me gustaría saber qué te hace tanta gracia. Siempre os burláis de mí. Soy un pobre mutilado en esta maldita guerra. –De repente, se puso hecho una furia–. Voy a mi club y está lleno de imbéciles de uniforme, mientras que yo no sirvo para nada. Helena tiene un amante que es un violinista famoso: se ha hartado de un marido aburrido y con una sola pierna. Nunca he sido capaz de hacerle el amor, te lo confieso. Nunca me gustaron las mujeres hasta…

–¿Monika?

–Sí. ¿Por qué digo estas tonterías? ¿Es por el tren? ¿Qué te pasa?

Calypso se había cambiado de asiento para sentarse a su lado y le estaba abrazando.

–Eres valiente, tío Richard. Estás aportando muchas cosas. Mira cómo me has levantado el ánimo. Estaba deprimida. Eres maravilloso. –Oscilaba entre la risa y las lágrimas.

–No, no. –Richard parecía incómodo.

–Sí, sí. Muy valiente. Todos te queremos, y lo sabes.

–Tonterías. –Se había puesto colorado.

–Es verdad –insistió Calypso, y al menos en su caso lo era–. Sin ti la vida de todos habría sido distinta. Y piensa en cuando sacaste del campo de internamiento a Max y Monika… Eso fue maravilloso.

–Estamos llegando a la estación. A ver si encontramos un taxi. –Estaba incómodo.

Calypso se peinó y se pintó los labios. Cuando el tren se detuvo, cogió del brazo a su tío al verlo cojear por el andén.

–¿Quieres ser el padrino del niño, tío Richard?

–No creo que pueda hacer gran cosa por él. No soy rico y no creo en Dios. Pero eres muy amable por ofrecérmelo.

–Lo digo en serio.

–En ese caso, gracias. Sube, date prisa.

Richard subió, arrastrando la pierna. El taxi se abrió camino por las calles oscuras.

–Ojalá hubiera vivido los bombardeos. Me siento un poco excluido –dijo, después de un rato en silencio.

–Supongo que habrá más. ¿Me dejas en la próxima esquina? Ya casi estoy en casa.

–Díselo al taxista. Gracias por venir conmigo.

–Me lo he pasado bien. Buenas noches, tío. Me bajo aquí. –Calypso abrió la puerta del coche.

–Adiós, hija. Monika me ofreció afeitarse el… Ya sabes…

–¿Qué? ¿Quién? –Calypso no había acabado de salir del taxi.

–Monika, el coño… Pero le dije que… Bueno, cuídate. A Enderby Street, conductor.

Había dos cartas de Hector en el felpudo. Calypso cerró la puerta y las cortinas antes de sentarse a leerlas. Era evidente que Hector aún no sabía nada del niño. Con su pulcra caligrafía, hablaba de sus conocidos, reunidos ahora en El Cairo, de un antiguo amigo del colegio que iba en carro para ahorrar combustible, de que nadaba en el club Gehzira, jugaba al tenis y había visitado las pirámides, del rencor que destilaba el rey Faruk, de la interminable ronda de fiestas, de las mujeres que habían conseguido reunirse con sus maridos, del temor de que ella pudiera verse en peligro en el caso de que quisiera ir. Hablaba de la luz y los olores, y decía que le encantaría llevarla a Egipto algún día. Después, a lo largo de varios párrafos que Calypso se saltó, hablaba de sus planes para la paz y de cómo estaban cambiando sus ideas políticas. El final forzado de la carta la llevó a preguntarse si echaba de menos a ese hombre, a ese animal político, a un hombre tan viejo como su padre. Por lo menos le interesan las mujeres y no babea con las niñas. También en la segunda carta Hector seguía sin enterarse del embarazo. Calypso frunció el ceño. Hector tenía planes de comprar tierras en Inglaterra y plantar árboles.

> Viendo tanto desierto añoro los árboles. Antiguamente había bosques en las costas del Norte de África. Los romanos talaron los árboles, que nunca se replantaron, y la erosión dio lugar al desierto en el que combatimos. Hablo metafóricamente. Por ahora participo en el combate desde un escritorio. A lo mejor puedo remediarlo. Volviendo a mi sueño… Quiero plantar bosques de robles, hayas y castaños, y mezclarlos con cerezos que den flores. Plantaré los cerezos en curvas y en círculos, para que cuando un aviador los sobrevuele en el futuro vean el nombre de Calypso dibujado con flores. Se me ocurrió la idea cuando estaba en el hospital, con fiebre. Ayer me encontré con tu primo Oliver en un bar, de permiso. Tenía llagas del desierto: desagradables pero no graves. Con cariño,
>
> HECTOR

Calypso se quedó pensativa, con las hojas de papel fino en el regazo. No conocía

a este Hector. En Escocia había pocos árboles. Pinos, abedules y serbales. Hacía frío cuando fueron en su luna de miel, y también cuando fue ella sola a ver a Catherine. Habían salido a dar un paseo por la orilla del río. Catherine, la hija del criado, iba a su lado, cojeando, hablando con su cadencia escocesa, deteniéndose a señalar la roca desde la que Hector la incitó a tirarse cuando vino a pasar las vacaciones: la obligó a saltar para demostrar que podía cogerla y presumir de fuerza.

–Ahí –dijo Catherine, señalando con la barbilla afilada–. Ahí nos caímos y me rompí la pierna.

–Y te quedaste coja –señaló Calypso, impresionada.

–Sí –sonrió Catherine–. Para acordarme de él.

Se miraron la una a la otra: los ojos de la mujer mayor, azules y claros, observaron los de Calypso, enmarcados por densas pestañas y de un tono azul verdoso con la luz de las Highlands. Luego, Catherine cerró el capítulo con una carcajada.

–Esa Daphne no era tan saltarina como tú. Y a nuestro Hamish le encantarán los valles, descuida. Paseará por las montañas.

Sola, en la ciudad atacada, Calypso no pensaba en Hector sino en las montañas y los arroyos tempestuosos en-tre los que se había criado, en las nubes veloces y la lluvia intensa que se convertía en nieve, y en cuando Catherine había entrado a atizar el fuego del dormitorio y a echarle encima otro edredón en la cama de Hector, donde se sentía una intrusa. Agradeció que Catherine, igual que Hector, no intentara obligarla a enamorarse de aquella belleza salvaje, que la aceptaran como inglesa, del sur, y la respetaran por no buscar, como había hecho Daphne, la aceptación de la familia de su marido. Con insinuaciones y comentarios triviales, la familia había dejado claro que, aunque Daphne siguiera siendo la mujer de Hector a los ojos de Dios, ellos en el fondo lo lamentaban.

Calypso llamó a Polly.

–¿Qué son las llagas del desierto?

–Ni idea. ¿Por qué?

–Hector dice que Oliver las tiene.

–Pobre Oliver. Pregúntale a la tía Sarah. Está a punto de llegar a Londres. ¿Piensas venir por aquí? Están los gemelos.

–Esta noche no. Estoy ocupada.

–¿Con qué?

–Con nada. Esto me quita todo el tiempo.

–¿Te encuentras bien sola?

–Tengo a Fling. Prefiero estar sola.

–Eso no es propio de ti.

–Sí, bueno.

Colgó el auricular.

–Se está volviendo insociable con el embarazo –le dijo Polly a David, que estaba pelando patatas para la cena.

–Siempre ha sido un poco imprevisible –murmuró el otro gemelo–. Una artista que interpreta en solitario…

–No como nosotros –observó su hermano–. Pero nosotros estábamos predestinados.

–Sigo sin saber quién de los dos es el mayor –dijo Polly, interrumpiendo unos momentos la tarea de poner la mesa.

–Nosotros tampoco –contestó Paul–. La actitud de nuestros padres era la de que los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. Papá vive de acuerdo con sus principios eclesiásticos y mamá con su idea de justicia.

–Ah.

–Se parece mucho a ti, cariño. ¿Bastará con estas patatas?

Polly se había puesto colorada mientras miraba a los gemelos.

–Creo que sí –asintió–. Me dais un poco de esperanza.

–¿Irás a verlos cuando nos vayamos?

–¿Adónde vais?

–A ultramar, cariño. Tal como están las cosas tendremos que irnos pronto. Ahora toda la acción está en el Norte de África. Uno de nosotros acabará en Malta, o puede que los dos.

–¡Ay, no!

Polly se echó a llorar.

–¿Tan horrible te parece? Ya lo suponíamos.

Miraron a Polly, con su delantal de cocina, un guante de horno en la mano y las mejillas llenas de lágrimas.

–No llores, cielo. Piensa que vamos a tomar el sol.

–No podemos dejarlo todo en manos de los soldaditos de tierra. Hector y Oliver llevan siglos allí y no les ha pasado nada.

–Oliver tiene llagas del desierto. Me lo ha dicho Calypso. –Las lágrimas de Polly parecían inagotables.

–Y Hector trabaja en un despacho, ya lo sé. –La abrazaron con cariño, la acariciaron, le secaron las lágrimas y le apartaron el pelo castaño de la cara–. Vamos. Vamos –dijeron–. Ya está.

Polly escupió unas palabras inaudibles en el hombro de David, con la cabeza apoyada en la suya, mientras buscaba la mano de Paul.

–Es por Walter.

–Han pasado muchos meses.

–Ya, pero de todos modos…

Los gemelos cruzaron una sonrisa por encima del pelo revuelto de Polly.

–Anda, suénate la nariz. A lo mejor no tienes que llorar por nosotros.

–¿Cuándo os iréis?

–Son solo conjeturas. Probablemente en tu oficina te enteres de más cosas.

–Por eso lloro. –Polly se secó los ojos, haciendo un esfuerzo por dominar el miedo.

XXVIII

Mientras estaba sola en Cornualles, Monika incrementó la producción de alimentos. Añadió a las gallinas unos patos y los dejó vagar a sus anchas por el jardín para que se comieran las babosas. Compró dos conejos y los encerró en la pista de tenis, donde correteaban ajenos al destino que les tenían reservado. El general fue a ver a los animales.

–¿Te das cuenta, Monika, de que tienes dos machos? Te han estafado.

–No entiendo.

–No tendrás descendencia con dos machos. Tienes que matar a uno de estos y comprar una hembra.

Y de allí salió un estofado de conejo que el general jamás se habría imaginado. Se invitó a volver otro día, para deleite de los vecinos, que observaban todos sus movimientos, o eso decía la señora Penrose. Se hicieron apuestas sobre si el general conseguiría seducir a Monika y llevársela a su casa de soltero antes de que Richard volviera de Londres o Max viniera de visita. En la casa parroquial, Mildred Floyer le dijo a su marido que podía haber algún fundamento en las habladurías del pueblo y que llamaba la atención que Monika fuese tan ingenua.

–El miedo por su hijo la tiene atormentada. Cualquier cosa que se lo quite de la cabeza es buena para ella –dijo el párroco–. El Instituto de la Mujer tendría que haber propuesto lo de los conejos en vez de esperar a que Monika diera ejemplo.

–Ella no es socia.

–¿Por qué no?

–Porque es extranjera: ni siquiera es inglesa. A las mujeres del Instituto les indignan sus *delicatessen*.

–¡Dios mío! ¡Qué mujeres! –El párroco se sentía con derecho a quejarse ante Dios en su cocina.

–Monika es capaz de todo –se rió Mildred–. A las mujeres les horrorizan los hongos, les asquea el ajo y les da mucha rabia ver que produce tanto sin indicios de dedicarse al mercado negro. Esperan que algún día reciba un escarmiento.

–¿No ha tenido ya suficiente escarmiento?

–Esperan que los hombres se enemisten con ella.

–Normalmente tienes razón –dijo el párroco–. Pobre mujer. Nosotros tenemos la suerte de saber más o menos lo que hacen nuestros hijos.

–Más o menos. Aunque a veces creo que pasan demasiado tiempo en casa de Polly.

–La conocen de toda la vida. Era Calypso quien a mí me parecía un posible

peligro antes de sentar cabeza.

–No sé yo si la habrá sentado.

Sin responder a esto, el párroco fue a pelearse con su sermón: predicar la paz, en la que seguía creyendo, consolaba a los feligreses con hijos en la guerra.

Sophy, que estaba en casa de vacaciones, le pidió prestada la bicicleta a la señora Penrose para ir al puerto de Newlyn, donde el acceso a los muelles estaba prohibido a quien no tuviera un pase pero se hacía la vista gorda con las niñas, sobre todo si llevaba huevos para cambiarlos por pescado.

Después de intercambiar huevos por langosta, se sentó en un caldero puesto del revés, al lado de una trainera belga amarrada al muelle, a escuchar la conversación de los pescadores, que hablaban con una alegría desbordante de la faena de la noche en su flamenco incomprensible. Otros iban llegando de dos en dos y de tres en tres, se unían al grupo, se saludaban con palmadas en el hombro y se reían de vez en cuando a carcajadas. Apareció Willy Penrose, primo segundo de la señora Penrose, y se sentó en un noray.

–¿Qué están diciendo, Willy?

Willy echó un vistazo y se lo explicó.

–Anoche pescaron algo divertido.

–Ah, sí, ¿qué?

–No puedo decírtelo. ¿No eres un poco mayor para entrar en el puerto?

–¿Qué pasó, Willy?

–¿Lo juras? –le guiñó un ojo.

–Lo juro, Willy.

Willy bajó la cabeza, se llevó un cigarrillo a los labios y cubrió la cerilla con las manos.

–Cayó un avión alemán entre Land's End y las Sorlingas. El piloto saltó en paracaídas. Los belgas lo sacaron del agua, le ataron los pies con una cuerda y lo arrastraron. A los belgas no les caen bien los alemanes.

–¡Ay, Willy! –Sophy estaba horrorizada.

–Lo has jurado, ¿eh? Y tampoco hace falta que te creas lo que digo. Muchos no se lo creen.

–Ay, Willy.

–Pues deja de venir al puerto, que aquí no pintas nada. Llévate tu langosta, vete a casa y no vuelvas. Ya eres una chica grande: demasiado para andar por los muelles.

Sophy fue a por su bicicleta, metió la langosta en la cesta y, media hora más tarde, obsesionada por el cadáver del paracaidista arrastrado a través del mar, resbaló con una bosta de vaca, se cayó y se despellejó las rodillas. Estaba sentada en la carretera, examinándose las heridas, cuando oyó voces en una casa de campo. Se acercó cojeando y llamó a la puerta. Cuando una mujer abrió la

puerta, Sophy se señaló las rodillas sin decir nada. La invitaron a entrar, se sentó en una silla, le limpiaron dolorosamente las heridas, le ofrecieron una taza de té y le dijeron que la llevarían a casa en cuanto el padre volviera con el coche.

–La bici. –Sophy seguía temblando del susto.

–Tom irá a recogerla.

Un chico huraño fue a por la bici y la dejó apoyada en la verja.

–Es la bici de la señora Penrose, ¿no?

–Sí. Me la ha prestado. ¿Le ha pasado algo?

–No.

El chico se sentó a la mesa de la cocina de malos modos y cubrió con gesto protector una caja de cartón.

Su madre lo miró y reanudó la discusión interrumpida por la llegada de Sophy.

–Devuélveselos directamente a ese tal John.

–No puedo. No querrá devolverme mi cuchillo.

–Haz lo que te digo.

–No puedo.

–Lo que no puedes es guardar esto aquí. –La madre miró a Sophy mientras se tomaba el té–. Tom ha cambiado un cuchillo por unas cobayas, o sea unas mascotas. Voy a tirarlas a la basura.

–Tíralas. No las quiero.

Le pasó la caja a su madre de un empujón y salió dando un portazo.

–Trae animales a casa y deja que se mueran –explicó su madre.

–¿De verdad?

–Perritos, gatitos, pájaros. Se le mueren todos, como si no tuviéramos bastante con que nos maten a los jóvenes.

–¿Tiene usted un hijo en el Ejército?

–No, pero esta guerra me saca de quicio. ¿Tú no eres de los Cuthbertson? ¿De la cima del acantilado?

–Sí.

–Perdiste a tu primo. Se ahogó, imagino.

–Sí.

–Pues llévate las cobayas. El padre de Tom se enfada cada vez que trae algo a casa, pero él sigue erre que erre.

Poco después, el padre de Tom dejaba a Sophy en casa con la bicicleta y las cobayas, y Monika las llevó con los conejos. Esa tarde pasó el general con una botella de jerez barato.

–Si no te gusta puedes usarlo para cocinar.

–Claro que me gustará. Ven a ver lo que le han regalado hoy a Sophy.

Monika lo llevó a la pista de tenis.

–Mira –dijo con orgullo.

–¡Ostras! Me recuerda mis tiempos mozos, cuando tenía cobayas. El problema está en que crían más deprisa que los conejos, y eso a mi madre la volvía loca.

El general cogió a Monika por la cintura y la achuchó.

–A mí me recuerda a Perú –dijo ella, apartándose–. Max hizo una gira de conciertos por Sudámerica, y cuando estábamos en Lima fuimos a las montañas, a conocer las aldeas.

–He oído que las mujeres llevan sombreros hongos. ¿Te has enterado de lo del avión alemán?

–Volvía a casa cuando un misil certero, yo diría que lo dispararon desde Bristol, lo derribó cerca de Land's End. Unos pescadores belgas pescaron al piloto, que llegó a Newlyn muerto.

–¡Qué horrible! –Monika miró al general con angustia.

–Alemanes, Monika. Eran alemanes. Era un avión enemigo. No tiene nada de horrible.

Monika frunció el ceño y volvió a casa.

–Si uno no supiera lo preocupada que está por su hijo pensaría que está a favor de los alemanes –le dijo el general a Sophy, disgustado.

–No le gusta que maten a nadie.

–Tonterías de mujeres. No empieces. No se puede hacer una guerra sin matar. Es imposible.

–Ella no quería una guerra…

–No entiendo su actitud. Y mira que es guapa y buena cocinera.

En casa, Monika se echó en la cama, deseando que Max fuera a pasar unos días con ella, que le hablara en su lengua materna, para aliviar la continua tensión de ser extranjera en un país que estaba en guerra con el suyo. Les había hecho creer a todos que no iba a Londres por miedo a los bombardeos. Le convenía la situación mientras Helena montaba una casa a la que Max podría invitar a otros músicos: entrar en los círculos ingleses le resultaría más fácil si estaba con Helena. Una vez se viera establecido, Monika sabía que Helena perdería importancia. Oía romper las olas en los acantilados. Le daba miedo el mar y a veces odiaba a los ingleses, su valentía obstinada y su amabilidad condescendiente. Cuánto echaba de menos los chistes vieneses, el olor a chocolate y a cigarrillos continentales. Max le había contado el intento de soborno para llevarlos a Estados Unidos, un país que a ella le gustaba todavía menos que Inglaterra. Se alegró de que se hubiera negado. Abrió el cajón de la mesilla y se permitió mirar una foto de Pauli. Se le veía con el ceño fruncido y un gesto de reproche la hacía sentirse culpable.

–¿Es tu hijo? –No había oído entrar a Sophy–. He llamado a la puerta.

–Yo estaba muy lejos de casa. Sí, es Pauli –añadió–. Si es que sigue con vida.

Volvió a guardar la fotografía en el cajón.

–El general se ha ido. Ha dicho que volverá otro día. –Cruzó una mirada con Monika–. Está prendado de ti.

–¿Qué es eso?

–Que se está enamorando de ti, como el tío Richard. –Se rieron–. ¿Estás muy triste?

–No es más que un arranque de nostalgia.

–Ya es bastante –dijo Sophy–. A mí me pasa a todas horas cuando estoy en el colegio. ¿Te horroriza estar aquí?

–Solo a veces. Lo que echo de menos es mi lengua materna.

–Ah.

–Max dice que tenemos que hablar siempre en inglés, aprender a pensar en inglés, pero a veces me rebelo. Ahora mismo me estaba acordando de los olores de casa. ¿Lo entiendes?

–Sí, claro. En el colegio me acuerdo del olor del césped de manzanilla. ¿A qué olía Pauli? Espero conocerlo. No volverás corriendo a casa, ¿verdad? ¿Iréis a buscarlo o él os encontrará?

–No volveremos nunca. Los judíos se han marchado.

–Entonces vendrá él y lo conoceré. Ojalá –dijo Sophy, observando las nubes rápidas–. Ojalá vinieran todos. Walter ya no puede. Ay, Monika. –Se echó en sus brazos y le contó lo de la trainera belga y lo que había dicho Willy Penrose. Y, ya tranquila, en sus brazos, añadió–: No se lo digas a nadie.

–Para qué. Aquí parece que solo el otro bando comete atrocidades –fue la seca respuesta de Monika.

–Pero…

–¿Crees que Oliver no haría lo mismo, o Hector, o los gemelos? –preguntó Monika con amargura–. Les darán una medalla. Una chapa, como dicen ellos.

–No es lo mismo –sollozó Sophy–. Los pescadores no eran ingleses.

–Pero el hombre que te lo contó se alegraba, *nicht?* Él sí era inglés.

–Sí, supongo… Bueno, de Cornualles.

–¿Qué diferencia hay? Los nazis no son los únicos.

–Pero empezaron ellos.

–Cuando esto haya terminado a nadie le importará quién empezó. –Monika acarició el pelo de Sophy–. Ven –dijo–. Ayúdame a preparar las cestas para nuestra valiente familia de Londres.

–Muy bien.

–¿Me haces el favor de llevarle unos huevos a la señora Floyer y un poco de mantequilla para el señor Floyer? No come suficiente.

Sophy dejó la bicicleta en el porche y entró en la casa parroquial sin llamar. Oyó la voz de Mildred en la cocina: «No tan fuerte», casi ahogada por las voces de los niños, que cantaban una emocionante versión de *Putting on My Top Hat*,

de Fred Astaire, y bailaban claqué alrededor de la caldera de hierro de edad incierta y horrible temperamento con la que calentaban el agua del baño.

–Monika le envía estos huevos, y la mantequilla para herr Floyer –dijo Sophy, pasándole la cesta.

–Se cree que lo mato de hambre. Siempre ha sido delgado pero come como un buey. Niños –subió la voz–. No hagáis tanto ruido, por favor. –El alboroto disminuyó ligeramente–. Pasa a la cocina, cariño. Herr Floyer os lo agradecerá mucho. Aunque probablemente le dará la mantequilla a alguien que según él lo merezca más. No se lo digas a Monika.

–Claro que no. Parece que los refugiados están muy contentos. ¿Cómo van las liendres?

–Las tenemos a raya.

–Se los ve a todos muy adaptados.

–Sí. Algunos han ido a casa, pero volverán si vuelven los bombardeos.

–Hace siglos que no hay. ¿Saben algo de Paul y David?

–Sí. Vienen de permiso: los dos.

–Qué bien.

–No tanto. Es un permiso antes de embarcar. –Mildred Floyer parecía preocupada.

–Ah. ¿Adónde?

–No lo sé. ¿Por qué es peor tenerlos al otro lado del mar? Corren peligro de todos modos. Es su segundo o tercer viaje. Ya estoy perdiendo la cuenta.

–Sin teléfono. Con lo que tardan las cartas. Y sin poder imaginarse dónde están. Yo lo intento y…

–¿Sí?

–Intento imaginarme a Hector cuando veo a Calypso, y a Oliver cuando veo a la tía Sarah. –Y también en otros momentos, pensó Sophy–. A lo mejor se encuentran allí todos y se acuerdan de casa.

Mildred estaba al lado de la mesa de la cocina, con la cesta de Monika en la mano.

–Es muy difícil saber lo que pasa. Son muy pocos los indicios de guerra. Aunque hay gente entrenando por aquí: primero esos comandos, cerca de St. Ives, y ahora los americanos, pero en realidad nunca vemos que pase nada.

Sophy se imaginó el cadáver del piloto arrastrado por la trainera belga.

–Monika dice que los dos bandos cometen atrocidades.

–Qué cosa tan rara. Es extranjera, claro.

–¿Y?

–Pobre Monika. Su hijo. Parece que las personas como Monika no tienen forma de enterarse de nada. Yo creía que la Cruz Roja…

–Dice que la Cruz Roja no tiene acceso a los campos de concentración.

–Creo que Monika exagera: ojalá. Cuesta mucho creer que incluso un hombre como Hitler… Seguro que es propaganda nuestra… En fin, eso también se exagera. Estoy segura de que cuando termine la guerra encontrará a su Pauli sano y salvo, y sabrá que ha estado haciendo algo útil todo el tiempo. –Mildred se aferraba a su ética cristiana.

–Yo creo que lo más probable es que esté muerto.

–Sophy, qué horror que digas esto.

–¿Por qué? Así no sufriría como ahora está sufriendo.

–No, si tiene un buen trabajo.

–Es pianista.

–Bueno, entonces seguramente estará entreteniendo a las tropas. No pueden ser tan distintos de nosotros.

–Pero él es judío: no le permiten trabajar.

–Ah. –Mildred apartó los huevos–. Nadie sabe nada, y ahora que los chicos se van a ultramar ya no sé qué pensar. Oímos las noticias pero en realidad no nos aclaran nada, ¿verdad? Esos nombres…

–Tobruk, El Cairo, El Alamein, Malta –dijo Sophy.

–No digas Malta. Creo que si los mandan allí me voy a volver loca. –Puso la mantequilla en un plato y se fue a la despensa–. No puedo permitirme el lujo de volverme loca –añadió–. Tengo demasiadas cosas que hacer, con todos estos niños. Dile a Monika que esta vez quiero que los chicos se queden conmigo. Me gustaría que estén en su casa, porque es la… –Mildred rompió a llorar desconsoladamente–. Perdóname por ser tan tonta.

–No será la última vez –le aseguró Sophy–. No llore, señora Floyer.

Le dio un pañuelo.

–Creo que es por esa canción –dijo Mildred–. Los niños llevan seis semanas cantándola sin parar. Me pone los nervios de punta.

–Es la mejor para bailar claqué.

Sophy se sorprendió cantando la canción mientras volvía pedaleando entre los campos. En la cima miró el mar, salpicado de palomillas. El sendero que bajaba por el acantilado estaba cubierto de helechos y zarzas. Si no fuera por el alambre de espino no quedaría ni rastro de la Carrera del Pánico. *Putting on my top hat*, tarareó Sophy, pedaleando con el viento en la cara. *Tra, la, la my tails*. El aire frío le escocía en los ojos y se llevaba su voz hasta que la tapó el graznido de las gaviotas, al pie del acantilado.

XXIX

Polly se sumergió en el trabajo: llegaba pronto a la oficina y se iba tarde. Se obligó a escuchar, escribir y hablar únicamente del trabajo. Sorprendió a sus compañeros yendo con ellos a comer o tomar un té, y aceptando invitaciones a cenar o tomar una copa que normalmente habría declinado. Cuando llegaba a casa, encendía la radio o llamaba a sus amigos, dispuesta a ponerse al día con personas de las que se había distanciado. Amplió su círculo, aunque evitaba la cercanía de la gente y llenaba su vida de trivialidades, con tal de no enterarse de lo que pudiera estar pasándoles a Helena, a Calypso o a Sophy. Aun así se despertaba de madrugada, demasiado temprano para levantarse y demasiado tarde para volver a dormir, y recordaba mil veces las bobadas que con falsa alegría y a grito pelado le habían dicho por teléfono David y Paul desde la base aérea de la que partieron rumbo al Norte de África. Estaban borrachos y asustados. Harían el viaje con un piloto americano, y eran muy reacios a dejar los mandos en manos de nadie. Si le hubieran preguntado a Polly con quién de los dos habló por última vez, si con Davido con Paul, no habría sabido decirlo con certeza, como tampoco estaba segura de con quién de los dos había hecho el amor por primera vez. Para ella eran un solo hombre duplicado: sus amantes. Los deseaba a los dos.

Polly pasó las semanas siguientes muy inquieta y angustiada. Educada en el molde convencional de su clase social, nada la había preparado para aquella situación. Adelgazó y se volvió irascible; cometía errores en el trabajo y su jefe la llamó a su despacho.

–¿Estás enferma? –La observó atentamente.

–No, claro que no –respondió ella, a la defensiva.

–¿Te preocupa algo? No pretendo meterme donde no me llaman –explicó, mirando hacia otro lado.

–No. Gracias –contestó Polly con frialdad.

–Echas de menos a tus padres, a tu hermano. Tiene que ser difícil…

–No, me alegro de que… Me alegro de que… Bueno, solo me entorpecerían y… –Miró a su jefe con desprecio.

–Creo que te vendrían bien unos días de permiso. –Se ha enamorado de un hombre casado, seguro–. Vete a algún sitio tranquilo. Te gusta Cornualles, ¿no?

–No, allí no quiero ir. No, por favor.

–Prueba Dartmoor. ¿Lo conoces? ¿No? Pues ve a pasear por algún sitio donde no haya tropas haciendo maniobras. Pasea hasta que entres en coma y a ver qué te revela tu inconsciente.

Polly se permitió una ligera muestra de sorpresa.

–No me imaginabas leyendo a Freud y a Jung, ¿verdad? Bueno, ve a Newton Abbot, coge un taxi y… Te lo anoto… Alójate en esta posada. ¿Montas a caballo?

–Sí.

–Cuando te canses de andar puedes alquilar un caballo. El dueño tiene varios. Seguro que en unos días encuentras la respuesta. Vete mañana.

–Gracias.

Cogió el papel y se despidió. Su jefe se quedó con la duda de que pudiera estar embarazada, pero no se atrevió a preguntárselo. Los hombres casados eran tan potentes como los solteros.

Las compañeras de Polly estaban celosas y molestas.

–Es la mascota del jefe. Se la llevó a Portugal. ¿Por qué no me llevó a mí, que hablo portugués?

–Calla, por favor. Cuando volvió a casa se enteró de que habían matado a su hermano.

–¿En serio? Nunca ha dicho que…

–Me lo contó alguien que conocía a una amiga del hermano, una chica que se llamaba Elizabeth.

–Y a sus padres también los mataron, ¿no?

–Sí, poco antes. Mala suerte.

–No sé qué decirte. Ahora tiene una casa y dinero. En cierto modo está bien. A mí me gustaría… Mi familia siempre está entrometiéndose en mi vida.

–Mi madre tiene tanto que hacer que ni se molesta. Se conforma con que me funcionen los intestinos y no me quede preñada.

–Ahí está. –Polly cambió de marcha cuando llegaron a la cima del acantilado–. Me encantan estas vistas. La tierra prometida…

Las ondulantes colinas de Dartmoor se extendían al oeste hasta el horizonte.

–¿Por qué no vamos por la carretera que cruza el páramo y hacemos un pícnic? –Iris se inclinó desde el asiento trasero–. Para que el perro pueda correr un poco.

Al oír la palabra «correr», el chucho se levantó en el asiento y movió la cola.

–Es más largo –dijo James– pero es precioso. ¿Tenemos tiempo?

–El funeral no es hasta mañana.

–Nunca vemos el páramo. Siempre vamos con prisa. ¿Lo conoces, mamá?

–No mucho. Estuve allí unos días de permiso, en la guerra. Paseando y montando a caballo.

–Suena agradable. ¿Adónde fuiste?

–A un sitio que estaba entre Haytor y Manaton. A ver si lo encuentro. Siéntate –le ordenó al perro–. Necesito concentrarme.

Después se sentaron al sol, con la espalda apoyada en una roca, a comer pan de centeno con queso y encurtidos, y a beber vino. El perro estaba feliz, correteando entre los helechos, saltando por encima de las frondas doradas para ver por dónde iba. Veían asomar la cola entre las hojas temblorosas. El sol del otoño les daba en la cara.

–Esto es precioso. –Iris se tumbó, estiró las piernas y levantó la cara hacia el sol–. ¿Por qué no venimos más a menudo?

–Siempre vamos con prisa por llegar a Cornualles.

James estaba apoyado en un codo, con un vaso de vino en la mano. Tenía dos años menos que Iris y el mismo color de pelo, castaño, pero los ojos de su hermana eran oscuros y los suyos verdes, como los de Polly. También tenía los dientes torcidos como ella.

–¿Con quién viniste aquí?

–Sola. Estaba pasando un mal momento.

–¿Por qué?

James parecía interesado. Su madre rara vez hablaba de su vida privada.

–¿Cuándo fue? –preguntó Iris como de pasada, con miedo a dar pie a una perorata.

–Paseé –recordó Polly–. Paseé por estos páramos y subí a ese peñasco de ahí. Intentaba cansarme para poder dormir. Llevaba una temporada sin dormir. Fue en la guerra. Estaba preocupada. Tenía que tomar una decisión. –Los hermanos se miraron–. Pensaba que… –Polly hablaba como si estuviera entre desconocidos–. Pensaba que tenía que renunciar a ellos, que no podía casarme con uno y dejar al otro. Pensaba que si mataban a uno de los dos no tendría la necesidad de tomar la decisión. Estaba muy triste. A las chicas como yo nos educaron para ser respetables. La guerra sacudió estos principios, pero la sacudida era dolorosa. A la gente como Calypso no parecía preocuparla, pero yo tenía muchas dudas. Nunca he llegado a conocer a Calypso a fondo, porque no se deja. Hubo montones de chicas que siguieron siendo virtuosas, pero nosotras estallamos.

Polly acarició al perro, que acababa de volver con ellos.

–Muy bien. ¿Te has divertido?

Iris y James no dijeron nada. Posaron la mirada en el páramo, violeta y pardo en la lejanía.

–Después alquilé un caballo. Así podía adentrarme más en el páramo. Pasaba por allí –señaló Polly–. Un día pasé justo por detrás de ese peñasco y, al otro lado, no demasiado lejos, había una granja, de campos verdes entre cercas de piedra, en la cabecera de un valle con un arroyo al fondo. Campos esmeralda y cielo azul. Los trinos de las alondras: me acuerdo sobre todo de las alondras. Y de pronto, a la vuelta de un recodo, un rebaño de llamas, blancas contra el cielo. El caballo se

asustó y se puso de manos; las llamas escupieron y el caballo se desbocó. Perdí los estribos y me caí.

–¡Llamas! –Iris y James se rieron–. ¿Llamas? ¿Cómo es que nunca nos lo habías contado? ¿Qué hacían ahí?

–Luego supe que las habían evacuado del zoo de Paignton. –Polly acarició la cabeza del perro mientras contemplaba el peñasco lejano: las nubes que venían del oeste lo dejaban tan pronto al sol como a la sombra–. La caída me produjo una conmoción cerebral. Un granjero me encontró y me llevó al hospital. Todo el mundo fue muy amable. Nadie sabía lo de las llamas, y creyeron que tenía *delirium tremens* o algo por el estilo. El médico vio que era verdad, que las llamas estaban en el valle, solo que nadie lo sabía; nadie se imaginaba que yo anduviera montando a caballo por el páramo.

–Yo habría pensado que…

–Estábamos en guerra. La gente vivía tan aislada en su mundo personal que no necesariamente se enteraba de lo que pasaba en el pueblo de al lado. Por eso a veces pienso que los alemanes que dicen que no sabían nada de los campos de concentración a lo mejor no mienten. El caso es que… –Tiró de las orejas con cariño al perro, que la miraba con aire soñador.

–¿El caso es que…? –preguntó Iris, casi susurrando.

–El caso es que vi que podía hablar con ese médico y le conté mi dilema. Era un hombre amable y simpático. –Polly se transportó a la cama del hospital. Iris y James cruzaron una mirada de exasperación mientras su madre reflexionaba–. No me dio consejos. Se sentó en mi cama y me habló de Nepal, donde había estado en una expedición. Me habló de la poliandria. Y luego, una mañana, dijo que ya podía volver a Londres y…

–¿Y? –suspiró Iris, alargando la palabra.

–Me dio la mano y dijo: «Lo que vas a hacer no es ilegal». Había adivinado que no iba a renunciar. Y así... –Polly miró a su hijo y a su hija por primera vez desde que empezó su relato–. Así es como nacisteis los dos. Bueno –se levantó–. Voy a hacer pis. Y luego nos vamos.

Desapareció detrás de unas rocas.

–Supongo que será demasiado preguntar quién es hijo de quién. Si de uno o de los dos –le dijo James a su hermana.

–Más que demasiado. Hay permutaciones. No creo que ella lo sepa. Hemos hablado de esto muchas veces: no creo que nunca aclaremos nada más. Yo también tengo que hacer pis.

Iris se alejó entre los helechos. James recogió los restos de la comida y los guardó en la cesta. Polly volvió enseguida y cubrió de sombra a James, que estaba arrodillado. Le dio un vuelco el corazón al ver cuánto se parecía a los gemelos. James se levantó y besó a su madre.

–Avariciosa –dijo, con una voz llena de cariño.

–Eso decía todo el mundo.

–¿Qué decían? –Iris apareció bajándose el jersey por las caderas delgadas.

–Que era avariciosa y egoísta.

–Pero también hiciste un buen trabajo. –Sin dudarlo, Iris le dio un beso rápido en la mejilla y después añadió–: Nosotros no pensamos lo mismo.

–Se avecina tormenta. Mirad el cielo. –James señaló hacia el oeste–. Tiempo de funeral. Tengo curiosidad por ver quién viene, además de nosotros. Supongo que si te hubieras casado con uno de los dos habrías hecho sufrir a todo el mundo.

–Naturalmente.

–Está bien que nos cuentes aunque sea solo un poco. Ahora que crees que somos de mediana edad me imagino que…

–¿De mediana edad? –protestó Polly–. Ni mucho menos.

–Tengo casi treinta.

–Yo no sé cuál es la mediana edad. Mirad a Helena, que tiene noventa. Yo diría que ella llegó a la mediana edad muy tarde.

Iris colocó la cesta del pícnic entre el equipaje.

–Esa generación era dura. La tuya también.

–Dura, avariciosa y egoísta: todo –dijo Polly, con buen humor–. Vivíamos en tensión. La gente reacciona de maneras distintas cuando vive en tensión. Nos divertimos muchísimo.

–Y viviste aventuras divertidas. ¿Por qué no nos habías contado nunca lo de las llamas?

–Era algo íntimo. –Polly arrancó el coche–. Íntimo.

Y comprendieron que no se refería a las llamas.

–¿Se escandalizó mucho tu familia, con lo estirados que son todos? –Iris se había hecho esta pregunta muchas veces.

–Tardaron siglos en enterarse. Y para entonces había pasado tanto tiempo que había gente mucho más interesante. Calypso llamaba la atención, y Monika. La posición de la casa parroquial no se manifestó hasta más tarde, y no sé cómo pero el caso es que por hache o por be todo el mundo se había enterado y acostumbrado sin tener tiempo de escandalizarse. ¿Qué más daba, si no hacíamos daño a nadie?

–Yo diría que fuiste muy hábil.

–Es posible. Sí, probablemente fue por eso.

–¿Solitaria?

–En cierto modo. Y mira que Calypso es solitaria, y Sophy ha salido supersolitaria. Fue el modo de rebelarnos contra nuestra educación.

–Y lo pasasteis bien. –James, apoltronado en el asiento trasero, disfrutaba del

paisaje.

–Sí –asintió su madre–. Mucho.

–Mirad: relámpagos. –Iris señaló al frente–. Va a llover a cántaros.

–Sophy nos hablaba de las tormentas en otoño. Del aullido del viento, de las olas estrellándose contra los acantilados y de la manta de agua que caía. Espero que no nos muramos todos de un resfriado y nos vayamos con Max.

–¿No era un mujeriego de cuidado? –Iris sacó a colación la leyenda. Quería saber la verdad.

–No lo sé. Hay hombres que cuando lo pasan mal se refugian en la botella. Max se refugiaba en la chica que tuviera más cerca, y si era ella quien lo pasaba mal la consolaba muy bien. No, yo no diría que fuese un mujeriego. Simplemente era activo. –Polly, acercándose a la tormenta, sonrió al recordar el pasado.

–¿A ti te consoló alguna vez? –se atrevió a preguntar James.

–Yo no diría eso.

Los dos hermanos cruzaron una sonrisa.

–Será curioso ver quién más se presenta con este tiempo horrible. ¡Mirad!

La lluvia, que venía del oeste, ya empezaba a caer sobre el parabrisas. El perro bajó del asiento y se escondió debajo del salpicadero mientras Polly, sorprendida, se acordó de repente de una tarde de domingo, en los días de la invasión de Normandía, que Max la encontró sola, la llevó a la cama, le hizo el amor y mitigó con delicadeza y cariño su angustia sin liberar. «Esto, querida Polly, lo hago por los gemelos. Estás preocupada, y yo estoy preocupado por Monika y Helena. La preocupación me pone cachondo, como decís vosotros, con Monika y Helena, como decís vosotros. Por desgracia las dos han cerrado el kiosco. Tú abres las piernas, *nicht?*» Polly, a sus más de sesenta años, subió la velocidad del limpiaparabrisas y se rió con alegría.

–¿De qué te ríes?

–Me estaba acordando del desembarco en Normandía.

–Los gemelos estuvieron allí, ¿verdad?

–Sí. Estaba preocupadísima.

–Y ¿por eso te ríes? –preguntó Iris, confundida.

–Max me animó. Tenía un don para que todo el mundo se sintiera bien. Tendríais que saberlo. Habéis ido a sus conciertos.

–No te has reído como si te acordaras de un concierto…

–Qué otra cosa podría ser… –murmuró Iris, para que solo la oyera su hermano. Sonrieron con complicidad en el asiento trasero, divertidos por su madre y por la vida que había llevado.

–Y ¿qué le preocupaba a Max? Su carrera iba como un cohete en los años de la guerra.

Iris trató de visualizar a su madre en la cama con el hombre de pelo blanco a cuyo funeral estaban a punto de asistir.

–Él también tenía preocupaciones. Su carrera iba de maravilla, pero sufrió mucho con la guerra. Le preocupaba ver a Monika preocupada, y se moría de miedo por Pauli. No contaba con volver a verlo. Hablaba mucho de él y de lo buen pianista que sería si sobreviviera.

–¿Qué se sabía?

–Había rumores. Llegaban noticias de los países neutrales. De haber sabido la magnitud del horror no habríamos podido resistirlo. Los refugiados como Max se enteraban de las cosas por gente que recibía cartas a través de Suiza o Suecia. Max siempre tocaba mejor después de haber oído algún rumor escalofriante. La tristeza estimulaba su talento, y expresaba sus emociones con el violín. –Polly se quedó callada y miró hacia delante.

–Y con los huevos –dijo James, llenando el silencio.

–Sinceramente sí. –Polly torció los labios–. Pero no es manera de recordar a los difuntos.

–Es que nos hablas muy poco de tu intimidad, y nos gusta mucho.

–Creía que estábamos hablando de Max.

–En relación contigo.

–Todos estamos relacionados.

El tono de Polly indicó que daba por terminada la conversación. Sin quitar la vista de la carretera y de la lluvia, pensó que las grabaciones en discos y cintas nunca podrían sustituir al hombre delgado que una vez tocó para ella en la cocina del sótano tras recibir la noticia de la muerte de un gran amigo.

–Dicen que ha muerto en un hospital. Eso es lo que dicen, pero he oído que están gaseando a miles de personas…

–No me lo creo –protestó ella–. Es repugnante.

Max cogió el violín y tocó con una tristeza tan profunda que la hizo llorar por su amigo muerto, cuyo nombre ni siquiera le había dicho, y esa vez fue ella quien lo buscó a él.

–Parece que erais una pandilla que se quería –dijo Iris, que se dedicaba a las buenas obras para aplacar una conciencia que no tenía ningún motivo para sentirse culpable, porque era buena por naturaleza.

–No tanto, como se demostró con Calypso. Tampoco es que fuera culpa suya, pero sería difícil dar con un personaje más lleno de secretos.

–¿Vendrá al funeral? –preguntó James con intriga.

–Hamish ha quedado en traer a Helena, así que no me parece probable –dijo Iris.

–Hamish busca la gloria de traer a la amante principal –observó su hermano, que se había ofrecido y lo habían rechazado–. Además, tiene el mejor coche.

XXX

Helena estaba impaciente por que Richard terminara las clases de baile. Ya vislumbraba algo de luz al final del túnel del aburrimiento. Cierto es que se encargaba de llevar a Paddington los cestos vacíos y recoger los llenos. Cierto que comía todos los días en el club, donde coincidía con hombres más jóvenes que él, con quienes había combatido en la Gran Guerra, ahora militares de alto rango. Cierto es que normalmente no volvía a casa hasta el anochecer, pero siempre a tiempo para el té de las cinco y después se quedaba hablando con ella, como si le prestara atención, o con Max, si estaba en casa, y no se cansaba de charlar con sus amigos músicos, que normalmente cenaban en la casa y probaban los patés, las compotas y la carne con verduras frescas que Monika enviaba en los cestos. Las abundantes remesas de huevos y mantequilla le garantizaron a Helena un sinfín de agradables reuniones, cuando lo único que ella quería era estar a solas con su amante.

–Eres impaciente, Helena mía.

–Ya tiene sus trajes nuevos y ha hecho las compras para Monika. Tendría que irse a casa.

–Se está divirtiendo. Pasa todo el día fuera. Yo no. ¿Por qué no vienes a la cama ahora? Tengo un ensayo sobre las tres: hay tiempo. –Max la abrazó, le acarició la espalda y la besó en el cuello, echando un vistazo a su reloj por encima del hombro de ella. Las dos menos cuarto–. Ven, bollito mío. –Le olisqueó el cuello–. Hueles bien.

–Podría venir en cualquier momento. A veces viene y vuelve a salir.

–Pues que salga. A mí déjame entrar. –La tumbó en el sofá.

–¡Max! –Su señal de protesta–. ¡De verdad!

–*Ja, ja,* relájate y disfruta…

–Suena el teléfono y….

–Deja que suene. Haremos una sinfonía con los timbrazos. El teléfono no tiene alma pero a ver si consigo dirigirlo. Ha estado bien, *nicht?*

–Para ti. –Helena rompió a llorar con furia.

–*Du bist nervös*[31] –dijo Max, abrazándola con ternura–. ¿Dónde está tu flema?

Helena se bajó la falda.

–No me gusta que me llames así. La gente se ríe.

–La gente no lo sabe.

–A veces se te olvida y lo dices… Lo dices delante de tus amigos.

–*Kleine*, los refugiados judíos no saben lo que significa. Creen que te llamo heroína. Creen que flema es como el espíritu de Dunkerque o el de *Rule*

Britannia[32] o algo así, *nicht?*

–De todos modos… –Helena se ablandó y lo besó en la oreja.

–Tengo que irme. Me esperan en el ensayo. –Le dio un beso enérgico–. ¿Hay comida, si traigo a unos amigos? Haré una tortilla. La mujer de Ludwig hace tortillas con huevo deshidratado, sal de frutas Eno, para que suba el huevo en polvo y parafina medicinal para aliñar la ensalada. Ludwig está más sano que nunca.

Se alisó el pelo, se enderezó la corbata y se agachó para darle un beso mientras se subía la bragueta.

–Richard fue a recoger un cesto esta mañana –dijo Helena con frialdad.

–Bien. *Auf Wiedersehen*. –En la puerta se encontró con Richard–. Amigo mío. ¿Te gustaría venir al ensayo? Voy para allá.

–Encantado –dijo Richard, y dio media vuelta para irse con él–. ¿Sabes que he visto al general de Gaulle en Piccadilly, cuando pasaba por delante del Ritz? Me ha dado la impresión de que se sentía solo, el pobre. Tiene una nariz bien grande y la lleva bien alta.

Con resentimiento, Helena los vio alejarse y doblar la esquina: iban con las cabezas juntas, hablando de algo interesante. Le fastidiaba que fueran amigos. «¡Mierda, mierda, mierda!», gritó en su salón vacío. Ahuecó los asientos del sofá y se dispuso a sacar la comida del cesto y a preparar una cena fría. Max nunca volvía del ensayo sin dos amigos como mínimo. Si esta noche me llama «flema» le daré un bofetón, pensó, o le negaré mis favores. Se estaba riendo cuando sonó el timbre. Le abrió la puerta a su cuñada.

–Sarah, querida. ¡Qué alegría!

–He llamado por teléfono. Estarías fuera.

–No, no. Lo oí. Estábamos… Estaba en el lavabo.

–No sabía si estarías visible.

–¿Cómo visible? Estoy aquí.

–Quería decir ocupada –corrigió Sarah, pensando que quizá estuviera en la cama con Max–. ¿Estás ocupada?

–Iba a preparar la cena. Max se ha llevado a Richard al ensayo. Ay, Sarah, ¿crees que volverá a casa algún día?

–¿Por qué no?

–Se está divirtiendo. Dice que aquí ve la guerra de cerca.

–Creí que había venido de compras y a ver a su sastre.

–¿Te quedas a cenar? Ya ha terminado con el sastre y ha hecho las compras; ha ido a varios cines y al Windmill; le quedan pocas clases de baile, y no parece que tenga intención de marcharse. Te digo que se está divirtiendo.

–Y ¿eso no es bueno? –Sarah, que había seguido a Helena a la cocina, la ayudó a vaciar el cesto–. ¡Qué cantidad de comida!

–Monika es lista. No me tiene por buena cocinera y manda un montón de comida preparada. Y acierta, naturalmente. ¿Puedes trinchar esto y ponerlo en una fuente? Nunca sé cuánta gente traerá Max. Es una suerte que el cesto llegara hoy. Richard va a la estación a recogerlos y de paso devuelve los vacíos. Al menos se ocupa de eso.

–¿Qué es esto? –Sarah buscó un cuchillo.

–Pollo, conejo. Los confundo. También hay paté. Pero andamos escasos de bebida.

–Te he traído una botella.

–¡Estupendo, Sarah! Es muy difícil de encontrar.

–¿Qué hace entonces el pobrecillo?

–Sacarme de quicio. Corta esto, anda. Aquí tienes una fuente. Va al club y cuenta generales. A muchos los conocía cuando era joven. Luego merodea por la ciudad.

–¿Por qué dices que merodea? –preguntó Sarah con preocupación.

–Merodea por los alrededores de la zona de los clubs, Sarah, y por Whitehall. Es como un niño. Se emociona si ve al general Eisenhower o Brooke o Alexander: a cualquiera que salga en las noticias. Esta mañana vio al general de Gaulle. Lo he oído cuando se lo contaba a Max.

–A mí me parece todo inofensivo.

–Es tu hermano. Sabes que es inofensivo. Soy yo quien sufre. Quiero que se vaya a casa. Da por sentado que tiene derecho a venir a estas casas porque yo vivo aquí. –Helena rompió a llorar escandalosamente–. Quiero estar sola con Max. Casi nunca puedo. Es muy sociable y siempre trae invitados. Si no puedo estar con él de noche, ¿cuándo voy a estar? No te rías, Sarah, que no tiene gracia.

–Sí que la tiene. ¿Y Monika? Creía que Richard y ella…

–Yo también lo creía. Pero nos manda toda esta comida, lleva la casa de Cornualles mucho mejor que yo y por lo visto se ha hecho muy amiga del general, de los Floyer y de la gente del pueblo.

–¿Por qué no le dices que venga?

–No, por favor. Además, no puede dejar a la vaca y las gallinas. No, Sarah. Richard tiene que irse. Me está destrozando la vida.

–A ver si se me ocurre algo. Por cierto, tengo que hablar con Calypso. No quiere ir con sus padres y están preocupadísimos.

–No hace falta que le digas nada. Es otra que está disfrutando de la guerra.

–Está embarazada.

–*Ceci n'empêche cela*.

–¿De verdad?

–Eso he oído. No para en casa. Sale a comer, a cenar y a bailar con franceses, polacos, americanos, belgas y australianos. Hasta la han visto con un sij. Lo

siguiente será un negro.

–No hay oficiales negros.

–Da lo mismo. Ahora que no trabaja tiene todo el tiempo del mundo y esa casa divina.

Después de despedirse de su acompañante, un oficial de la Francia libre con el seudónimo de una estación de metro de París, Calypso cogió un autobús a Kensington y, desde su posición aventajada en el segundo piso, vio al tío Richard con Max por Knightsbridge. Richard seguía con paso ágil al violinista, más joven, que había acortado su zancada larga habitual para acomodarse al ritmo de su amigo. El autobús pasó volando por Kensington Gore. Calypso bajó en Broad Walk para que Fling diera un paseo por los parques. La gigantesca avenida de olmos estaba velada por una neblina verde, casi invisible contra el cielo claro, que aún conservaba el frío del invierno. En el lado norte del parque cabeceaban con hostilidad los globos de barrera. Cruzó el césped, pasó por delante de la estatua de Watts, *Energía física,* y siguió hasta el lago Serpentine, donde los patos se congregaban con la esperanza de que las niñeras y los niños, evacuados al campo hacía mucho tiempo, les dieran algo de comer. Le gustaba el césped, grande y vacío desde que estalló la guerra; libre de pequineses, dachshunds y caniches. Fling le ladró a una ardilla, adormilada aún después del largo invierno, que exploraba una bolsa de papel. Los jardines tenían un aire abandonado y triste, con sus sillas caídas y despintadas, y papeles arrastrados por el viento frío. La nostalgia le hizo dar media vuelta hasta el Round Pond. Pero allí no había nadie haciendo regatas con barcos de juguete ni maquetas de veleros. Algún vándalo había lanzado un banco al agua; una fila de gaviotas descansaba en la orilla. Una vez, Oliver la había empujado al estanque. Se quedó sentada, con el agua gélida hasta la cintura, mientras Walter, contagiado por su primo, empujaba primero a Polly y luego a la niñera, que se había agachado para rescatar a la niña con la esperanza de no mojarse los pies. Se acordó de la bronca que les echaron al volver a casa de la tía Sarah, y de que después tomaron un té con bollos. Las gaviotas remontaron el vuelo entre graznidos y se alejaron hacia el oeste. Se fijó en un soldado que paseaba solo: no iba al encuentro de ninguna chica, a una cita amorosa. Apretó el paso hacia el jardín holandés. Allí, entre los estanques, al asomarse para ver si las fochas o los patos ya estaban anidando, atareados en su pequeño mundo de juncos, Fling vio su bigotudo reflejo y retrocedió de un salto y ladrando. Con las manos en los bolsillos, Calypso volvió hasta el Serpentine y siguió por el lado norte, donde los ánades reales perseguían a los patos que patinaban sobre el agua antes de alzar el vuelo hacia el parque de St. James, mientras su graznido se perdía en el atardecer. En el Dell se acercó a la barandilla. Una gallineta salió a trompicones de los arbustos mientras los conejos brincaban

tranquilamente por la hierba, ajenos a la guerra. Hector la había advertido de que tuviera cuidado con Fling, que podía ponerse nervioso y perseguirlos. Había tenido un perro cazador que saltó la barandilla y causó estragos. Continuó hasta el Row, triste y desvencijado sin sus verjas. Hector se enfadó mucho, elevó sus protestas a la Cámara y acusó con muy malos modos a lord Beaverbrook de la profanación de los parques y las plazas de Londres cuando arrancaron las verjas fabricadas con los cañones de Waterloo y de la Guerra de Independencia española. Se acordó de un día que bailaron en el bar 400: apretada contra Hector, notó cómo se le levantaba la polla al roce de su cuerpo. Ahora, al borde del camino de Rotten Row, desierto, sintió un calambrazo. Miró con asco la creciente montaña de escombros de los edificios bombardeados en el campo de fútbol de la Guardia Real. ¿Habría entre los escombros huesos humanos, muebles preciosos, obras de arte? Cruzó Hyde Park Corner sorteando el tráfico y, ya cansada, pasó por delante del Palacio y se adentró en el laberinto de calles de los alrededores de Petty France. Cerca del metro, le hizo gracia ver salir a Polly en bicicleta de un bloque de oficinas hacia Knighstbridge. Contempló el feo edificio donde su prima desempeñaba su trabajo secreto. El suyo estaba solo dos puertas más adelante. Las dos habían jurado no revelar dónde trabajaban. Podrían haber comido juntas, se dijo, y pensó con socarronería en la cantidad de documentos que llevaban el sello de alto secreto y ofrecían información a menudo igualmente disponible en *The Daily Mirror*.

Estaba sonando el teléfono cuando metió la llave en la cerradura.

–Hola –dijo–. Hola.

–Telegramas.

–¿Sí?

–¿La señora Calypso Grant?

–Soy yo. Sí, por favor. Léamelo… Sí, lo tengo. Sí. No… Sí, una copia de confirmación. Sí, por favor. Gracias.

Colgó el auricular y se agachó para quitarle la correa a Fling. Con las prisas por coger el teléfono había dejado la puerta de la calle abierta. Los plátanos de sombra dibujaban un claroscuro en la acera y en el río sonó la sirena de un remolcador. Cerró la puerta y escuchó el silencio de la casa. Entró en el guardarropa y vomitó. Se refrescó la cara con agua fría y se enjuagó la boca para quitarse el sabor persistente de la bilis.

–¿Qué coño estaba haciendo? –le preguntó al perro–. Yo creía que en El Cairo estaba a salvo.

Se secó la cara y echó un vistazo al guardarropa. Paraguas, un bastón de caza, botas de agua, un sombrero de paja viejo, una caricatura del abuelo de Hector en la pared y un leve olor a tabaco y brillantina. Se sentó en la escalera. Fling se acomodó a su lado, apretando el cuerpo áspero contra sus piernas. Apoyó la

cabeza en la barandilla mientras recuperaba las fuerzas. Cuando abrió los ojos era de noche. Sintió un peculiar aleteo en el vientre.

–Ah –dijo con tristeza–. Él no estará aquí para darte la bienvenida y yo no te quiero mucho.

XXXI

–¡Qué buena fiesta! –Sarah ayudó a Helena a recoger la mesa–. Cena para nueve. Me recuerda los tiempos de antes de la guerra. La comida estaba deliciosa.

–Todo se lo debo a Monika.

Helena se llevó una bandeja a la cocina, bajando con cuidado las empinadas escaleras del sótano. Si las casas sobrevivían a la guerra pensaba hacer una remodelación drástica. Esquivó una silla en el pasillo donde los hombres habían amontonado los abrigos y pasó rozando el estuche del chelo de Ludwig, apoyado contra los paraguas. Maldijo el instrumento de Ludwig y a Irena, su mujer, que tenía la irritante costumbre de sentarse en el suelo con las piernas cruzadas: «Dejo las sillas para los demás. Soy tan pequeña que no ocupo espacio».

Sarah bajó al sótano.

–Ahora toca lo malo. Déjame lavar los platos y tú los secas.

–De acuerdo.

Y Helena buscó un trapo sin dar las gracias.

–¿Qué pasa?

Sarah abrió el grifo del agua caliente.

Sin responder, Helena siguió esperando los platos lavados.

–Suéltalo. ¿Qué pasa?

Sarah le pasó un plato.

–Es difícil de explicar. Prefiero no intentarlo.

–Muy bien. –Sarah lavó los platos y los puso a escurrir–. Tengo que llamar a George. Puede que haya llegado carta de Oliver. Estamos preocupados. Ha habido muchos combates en el desierto occidental.

–El teléfono está en el salón. Será una buena excusa para que se vayan temprano.

Helena se animó.

–No les hagas esto. Se están divirtiendo.

–Pero tú quieres hablar en privado.

–Iré a casa de Polly. Está solo a un paso. No quiero interrumpir la fiesta.

Helena suspiró, pensando que ojalá la interrumpiera, que ojalá se acabara. La culpa era suya, por no haberse opuesto mucho antes a que Max invitara a sus amigos a comerse su comida, beberse su bebida y despatarrarse en su salón. Al poco de comprar las dos casas le gustaba recibir a los amigos de Max, pero ahora había cambiado. No se quejaba por la comida, se quejaba de la cantidad de horas que se quedaban después hablando de música, sintiéndose, eso le decían muchos

con agradecimiento, como en casa, como si estuvieran en Viena, en Praga, en Berlín o en Budapest. La trataban con afecto: no parecían darse cuenta de que se moría de ganas de que se largaran con su música y sus risas para quedarse sola con Max, en la cama, sentir su cuerpo delgado contra el suyo y disfrutar de ese milagro que había ocurrido tan tarde para ella.

–Voy un momento a casa de Polly. Vuelvo enseguida. ¿Estás bien, Helena? Te noto rara.

–No, no estoy bien –dijo Helena en voz muy alta.

–¿Por qué no? ¿Estás enferma?

–No. Quiero que se vayan todos. Ahora que Richard está aquí nunca veo a Max. Nunca estoy a solas con él. Yo creía que…

–Si te vuelves posesiva lo perderás. Procura ser como Monika y dale cuerda.

–¿Como Monika?

–Llevan muchos años casados. Ella no intenta cambiarlo. Si escucharas a esa gente verías que también son amigos de Monika.

–Entonces ¿por qué no está aquí?

–Yo diría que es muy evidente.

–¿Por mí?

–Por ti y por los bombardeos. No la conozco pero creo que está haciendo todo lo que puede por él, además de cuidar de Richard, mandaros comida y ocuparse de tu casa.

–Qué ganas tengo de que Richard vuelva con ella.

–Los amigos seguirán viniendo.

–Supongo –refunfuñó Helena.

–Son su vida, igual que su violín. No puedes elegir una sola cosa…

–¿La cama?

–Si quieres conservarlo tendrás que aceptar que es algo más que la cama.

–¿Eso significa ir a todos los conciertos y escuchar eternamente a sus amigos?

–Sí, si quieres conservarlo –repitió Sarah.

–Lo quiero.

–Entonces piénsalo. Voy a llamar a casa de Polly. No tardaré mucho.

Sentada a la mesa de la cocina, atenta a las carcajadas y la conversación en el piso de arriba, Helena intentaba captar la voz de Max entre el barullo, oía la risa de Richard y las vivas exclamaciones de reconocimiento de las mujeres, y se angustió. ¿Llegaría a encajar algún día en este grupo tan cosmopolita, ella que no tenía oído? ¿Bastaría con el amor? Irena bajó al sótano. Irena, tan pequeña y que ocupaba tanto espacio con su entusiasmo.

–Helena, ¿qué haces aquí sola?

–Nada –contestó sin la menor cortesía.

–Sube, te echamos de menos. No nos dejes solos.

–No me necesitáis –dijo de mal humor.

–Claro que sí. Eres nuestros cimientos. Sin ti no podemos.

–*No tengo oído* –dijo Helena, en un tono duro y contundente, con la esperanza de espantar a Irena y echarla de la vida de Max, de su música y de su amor. En ese momento tenía la sensación de que aquella mujer, o cualquier otro amigo de Max, podían echarla a ella. Se iría sin rechistar a la casa del acantilado y volvería a su vida anterior. La presencia de Irena la desesperaba. Irena se echó a reír.

–Qué ridiculez –dijo con alegría, sin cuestionar la afirmación de Helena y con una carcajada que también la hizo reír a ella y reconocer sus celos de cascarrabias. Se cogieron del brazo y subieron la estrecha escalera empujándose. En el vestíbulo se encontraron con Sarah, que volvía de llamar por teléfono desde casa de Polly.

–¿Hay noticias? –preguntó Helena, aunque, en su felicidad, le traía sin cuidado que las hubiera o no.

–George ha recibido carta de Oliver. Me la ha leído. Dice que Hector…

En ese momento sonó el teléfono en el salón, con noticias que borraron las que pudiera traer Sarah.

Richard había contestado.

–Mildred, querida, ¿estás bien? Tienes una voz…

El teléfono chisporroteó y Richard lo apartó de la oreja con cara de incredulidad.

–Quiere hablar contigo –le pasó el auricular a Max–. Me ha llamado manazas. Te prometo que no sé qué le pasa. Dice que Monika…

Max se puso al teléfono.

–Max *hier*. –Todos se habían callado, tratando de interpretar las respuestas de Max–. ¿Cuándo… dónde? El acantilado… Y ¿cómo ha podido…? ¿Qué cerdos? No comemos cerdo. ¿El general ha dicho eso? Es un viejo loco y *dummkopf* [33]. ¿Dónde está Monika? El guardacostas… Ahora mismo voy a matarlo. Cogeré el primer tren. –Colgó el teléfono con los ojos echando chispas–. Se ha tirado por el acantilado. ¡Mi preciosa Monika! ¿Por qué la has dejado sola tanto tiempo? –le gritó a Richard–. Yo tengo que trabajar. Eres mi amigo. Tendrías que cuidar de ella.

–¿Ha muerto? –preguntó Helena, con el valor que les faltaba a todos.

Irena rompió a llorar escandalosamente y se echó en brazos de Ludwig.

–*Monika ist tot*.[34]

–No –gritó Max–. Pero voy a matar a ese general de mierda, a ese nazi hijo de puta.

–¿Qué ha pasado? Deja de gritar y cuéntanoslo, Max –le pidió Helena, mirándolo a la cara y cogiéndole las manos.

–¡Malditos ingleses! –gritó Max, destrozado.

Helena le dio una bofetada en la cara, poniéndose de puntillas.

–Deja de insultarnos y cuéntanos qué ha pasado, idiota.

–Ha sido por tus cestos, tus *verdammt*[35] cestos de comida. Ha mandado cerdos de…

–¿Estás loco? –Helena se alteró y levantó la voz–. Había pollos, conejos, mantequilla y huevos. Sabes perfectamente que no tiene cerdos.

–Cerdos de Guinea, querida Flema. Cobayas. Nos las hemos comido. Y el cabrón del general dice que Monika es una espía, extranjera y judía, y que en Inglaterra las buenas costumbres no permiten comer cobayas.

–Yo tenía cobayas de pequeño –dijo Richard–. Eran muy monas…

–Calla –protestó Helena–. Max, intenta tranquilizarte y dinos.

Max se sentó en el sofá, con la cabeza entre las manos.

–Y los boches comen ranas, pero ¿cobayas? La verdad es que es un poco fuerte –añadió Richard.

–Que te calles, te digo –le ordenó Helena–. Venga, Max, por favor, intenta contarnos lo que Mildred…

–Parece ser que algún idiota le dio las cobayas a Sophy. Sophy se las dio a Monika, *ja,* y Monika las mezcló con los conejos que nos comemos. A lo mejor también hemos comido cobaya esta noche.

–Pues estaba delicioso –dijo Ludwig tranquilamente, acariciando el hombro de Irena, sosteniéndola con la misma delicadeza con que sostenía su chelo–. Delicioso y original.

–¿Y? –La interrupción de Ludwig fastidió a Helena.

–Pues que Monika ha invitado a cenar a ese viejo *schrecklich*[36]. Él le ha preguntado qué estaban comiendo, tan rico, tan poco parecido a la asquerosa comida de los cupones. Monika se lo ha dicho y entonces… –Max levantó la voz–, el muy canalla la ha insultado y ella se ha venido abajo, ha salido corriendo y se ha tirado por el acantilado.

–Ay, no, no, no –gimieron Irena y otra chica–. Ay, no, no, no. –A dúo.

–Pero ha caído en una cornisa, y entre los Floyer y los guardacostas la han rescatado.

–¿Está herida?

–¡Yo qué sé! Mildred dice que tiene un ataque de nervios.

–Tenemos que coger el tren de medianoche. Rápido… que alguien vaya a buscar un taxi. Max, iré contigo.

Helena, tranquila de repente, británica y práctica, se hizo cargo de la situación.

–Yo también voy. –Richard salió con su cojera–. No tardo ni un minuto en hacer las maletas. Lo tengo casi todo listo…

Pero nadie le hizo caso. Sarah, horrorizada por la escena, se fue a casa de Polly,

sin ganas de verse envuelta en aquel tumulto extranjero. Cuando llegó a la esquina de la calle, Irena y Ludwig estaban abordando un taxi que vomitaba a sus pasajeros.

–Lo siento, guapa –dijo el taxista–. Estoy hecho papilla, muerto de cansancio. Me voy a casa.

–Esto es *sehr important*[37] –suplicó Irena.

–Lo siento, guapa. Esta noche no.

–Solo hasta Paddington –le rogó Irena.

–Lo siento, guapa…

–Es por el rey de Grecia en el exilio –dijo Ludwig–. Vive aquí. Es de vital importancia que coja el tren.

–¿El rey de Grecia? –preguntó el taxista con incredulidad.

–Alto secreto –asintió Irena, bajando la voz–. Es muy urgente. Muy secreto.

El taxista abrió la puerta. Irena y Ludwig, sonrientes, dijeron adiós a Sarah con la mano cuando el coche arrancó. Sarah estaba impresionada de su ingenio, a pesar de que no le parecía bien.

Camino del funeral de Max, con Hamish, Helena se acordó de esa noche.

–¿Te han contado alguna vez la anécdota de las cobayas?

–Sí. Es un detalle de vuestra guerra que me impresionó.

Por el tono de Hamish quedó claro que la impresión no era buena.

–Si piensas en los horrores de la guerra, es curioso que la causa de la crisis de Monika fueran unas cobayas. Max me echó la culpa a mí. No se portó bien con lo de las cobayas, y fue entonces cuando le cogí mucho cariño a Monika.

–¿Por qué?

–Cuando quieres a alguien de verdad –dijo Helena con su voz vieja pero firme– ves a sus parientes y amigos a través de sus ojos. Monika le habría comprado flores si estuviera aquí y yo vengo sin nada.

–¿Eso habría hecho?

–Sí. Max odiaba los crisantemos. Eso no le puedo llevar. Le hacían estornudar.

–A mí también.

–¿Lirios? Un poco frívolo. ¿Por qué no violetas? Esa noche, cuando íbamos a coger el tren, vio a una florista con una carretilla y le pidió al taxi que parase para comprarle a Monika un cesto de violetas. Casi perdemos el tren.

–Ah.

–La verdad es que fue una tontería –se rió Helena–, porque las cultivaban en Cornualles. Incluso puede que las cultivara el idiota que había alterado a Monika tanto como para que intentara quitarse la vida.

Hamish guardó silencio, imaginando la escena.

–Esa noche estábamos desquiciados. Con las prisas por coger el tren se nos

olvidó echar la llave.

–¿Os robaron?

–No. Sophy apareció a media noche. Se había escapado del internado. Nunca supimos por qué.

–Pobrecilla. –Hamish conoció a Sophy tiempo después–. No parece de las que se escapan –dijo con aire pensativo.

–¿La conoces bien? –preguntó Helena, observando el perfil de Hamish y decidiendo que era guapo. Soy vieja, pensó, pero me encantan los hombres atractivos.

–No diría que bien. Ni mucho menos bien.

Se acordó de cuando tenía dieciséis años y, estando en el sur de Francia, en casa de un amigo común, Sophy se lo llevó a la cama y lo liberó con ternura de su virginidad, y que a él la experiencia lo marcó para siempre. Entonces creía que estaba enamorado de ella. No hubo sufrimiento en su relación.

–¿Era infeliz? –le preguntó a Helena–. ¿Sufría?

–Es una pérdida de tiempo preocuparse por lo que sentía esa chica. Yo nunca se lo pregunté. Ahora es igual. No tiene sentimientos. La gente dice que es enigmática, pero yo me pregunto si de verdad tiene algo dentro.

Hamish sintió antipatía por Helena.

–A lo mejor nunca te has molestado en averiguarlo –dijo.

Helena no respondió al reproche del hijo de Calypso. Le gustaba la aprobación de los hombres. Max le había dado ese lujo. Ahora tendría que vivir con menos aprobación, con menos de todo.

–Estaría bien encontrar violetas –dijo–. Le encantaban las violetas.

–No es época –contestó Hamish, con ganas de hacer daño, pensando en Sophy–. No hay violetas.

La escapada de Sophy no fue premeditada. De repente no podía más. Arrastraba desde finales del trimestre anterior un horror que seguía esperándola al reanudarse las clases y que fue aumentando semana a semana hasta adquirir dimensiones insoportables. Si hubiera sabido el motivo quizá hubiera contraatacado, pero no podía hacer nada frente las burlas de sus compañeras, nada para protegerse de las sarcásticas insinuaciones de las profesoras, nada frente a los comentarios maliciosos, nada frente a la incomprensible envidia, frente a las manifestaciones de repugnancia y las acusaciones veladas que la envolvían en una niebla aterradora. En vez de estudiar historia, cogió el monedero, se puso el abrigo y los zapatos de calle, y subió a un autobús para ir a la estación. Con el dinero que tenía le alcanzó para comprar un billete de ida a Liverpool Street, y desde allí fue andando hasta casa de Polly. Llegó de madrugada, con los pies doloridos, con hambre y con la euforia de haberse fugado de una prisión. Tenía

muchas ganas de contarle a Polly cómo había cruzado la ciudad sola, en pleno apagón.

Llamó al timbre pero nadie abrió la puerta. Se alejó un poco y miró las ventanas. Las persianas de la planta baja estaban cerradas. A la luz de la luna vio que también habían echado las cortinas en el piso de arriba. Se acordó de que Polly le decía en una carta: «A veces voy a Bletchley». Debía de ser una de esas veces. La euforia se evaporó. Estaba demasiado cansada para ir andando a casa de Calypso, en Westminster. Helena vivía a la vuelta de la esquina. Fue a su casa. Confiaba en que Richard o Max abriesen la puerta, que estuvieran para protegerla del rechazo de Helena. Se detuvo en la puerta, sin decidirse a tocar el timbre. ¿Cómo explicarle a Helena un misterio que tenía un trasfondo indecente y repugnante? Llamó al timbre. Se preparó para salir corriendo si era Helena quien abría la puerta pero, lo mismo que en casa de Polly, tampoco allí había nadie. Se apoyó en la puerta, derrotada, y la puerta se abrió de par en par.

Al terminar el turno en el puesto de bomberos, con ganas de dormir un par de horas, Tony Wood pasó por delante de casa de Helena y vio la puerta abierta y una luz encendida. Entró a investigar.

–¿Hola? ¿Hola? ¿Helena? ¿Estás ahí? La puerta de la calle está abierta. ¿Pasa algo?

No hubo respuesta. Intrigado, dejó el casco y la máscara antigás en la mesa del vestíbulo, cerró la puerta y fue a indagar. Un fuerte olor a tabaco y alcohol, señales de una fiesta, cojines aplastados, sillas descolocadas, partituras amontonadas en una mesita y nadie en casa. Bajó a la cocina y encontró a Sophy petrificada de terror, con un vaso de leche en una mano y un pedazo de carne en la otra.

–Joder. ¿Qué narices estás haciendo aquí? ¿Dónde está Helena?

Sophy se le echó al cuello, murmurando frases incomprensibles.

–No podía más… Aquí no hay nadie… Hambre… Andando desde Liverpool Street… Eso decían… No puedo… Era horrible… No pienso volver nunca… Por favor, Tony… Por favor, ayúdame… No quiero… No puedo… Tenía que huir.

Lo apresaba con los brazos delgados como una tenaza. Tony pensó en un gato que se sube a un árbol, aterrorizado.

–Tranquila –dijo–. No pasa nada, cálmate, déjame respirar. –Intentó que le soltara, pero Sophy apretó con más fuerza y hundió la cara en su cuello, tapándole la nariz con el pelo. Él abrazó el cuerpo tenso de la niña mientras la acariciaba y le daba palmaditas en la espalda–. Tranquilízate y cuéntame qué pasa. –Consiguió apartar la cara del pelo de Sophy–. Ven, vamos a buscar dónde sentarnos. –La llevó al salón, la sentó en el sofá y le pasó un brazo por encima del hombro–. Intenta contarme qué ha pasado. Pobrecilla. Dímelo. –Pero ya no es

una niña, pensó, es una jovencita, y muy guapa–. ¿Te ha pasado algo con algún hombre? ¿Te escribías notas con un chico? A mi hermana le pasó en el colegio. ¿Es eso?

–¡No! –gritó Sophy, apartándose de él–. No. Decían que… creían… que… que… No era nada de hombres… Decían que yo… que yo… que estaba enamorada de la señorita Stevens.

–¿De una mujer? ¿De una profesora?

–Sí.

–Qué burras.

Tony, que estaba atónito, vio por fin un destello de luz. Un enamoramiento de colegiala.

–¿Cómo voy a estar enamorada de una mujer?

Sophy lo miró con sus ojos enormes, pálida y con una profunda expresión de disgusto.

–A veces pasa.

–¿Que una mujer se enamore de una mujer? No me lo creo. –Parecía incrédula.

–¿A lo mejor se siente atraída por ti?

–Por favor. –Sophy se estremeció–. ¡Qué asco!

–Hay hombres que quieren a otros hombres –se oyó decir Tony.

–Eso es distinto. –Se apartó de él–. Eso está bien. Ya lo sabía. Pero entre mujeres… Puaj.

Tony se echó a reír y la acercó hacia él.

–Procura olvidarlo. Ya ha pasado.

–No, si tengo que volver.

–No creo que te obliguen –contestó Tony. Aunque en realidad pensaba: Probablemente la obliguen. Helena no quiere tenerla cerca.

–Ay, Dios mío. –Sophy se echó a llorar–. ¡Ay, si supieran cómo ha sido!

Tony no dijo nada. La abrazó, la dejó llorar y le ofreció un pañuelo para secarse las lágrimas con las que diluía el miedo a lo indefinible. Creía que Sophy no le diría nada más, que probablemente no podía.

–Lo que hacen las mujeres no es ilegal –dijo al cabo de un rato–. Con los tíos es diferente. Si te pillan vas a la cárcel.

–¿Por qué?

–Me he hecho la misma pregunta montones de veces –dijo Tony, que se sentía atraído con frecuencia por personas de su mismo sexo–. Las leyes del sexo son muy complicadas.

–Ojalá supiera algo de sexo. Nadie me cuenta nada, y está claro que lo que dicen las chicas en el colegio es mentira.

–Me encantaría saberlo.

–No te lo pienso decir. Te reirías. ¡Ay! –dijo de repente–. Qué cansada estoy.

–Pues a la cama. –Tony la cogió de la mano y la llevó al piso de arriba–. Anda, acuéstate en la cama de Helena. Parece que se ha ido a alguna parte, y Max también.

–No me dejes sola. –De nuevo se detectaba el pánico en su voz.

–Vale, pero ve a lavarte y a desvestirte –bostezó Tony, que empezaba a acusar las largas horas de trabajo.

Sophy se quitó el jersey y la falda del colegio y las dejó en una silla. Él se quedó mirándola: estaba de espaldas, con unos pololos grises por los que asomaban las piernas delgadas y con calcetines de hilo negros. Tuvo tiempo de contarle las vértebras antes de que se diera la vuelta. Se adivinaban los pechos por debajo de la camiseta de tirantes.

–¿Crees que puedo ponerme un camisón de la tía Helena?

–Claro. –Bostezó otra vez.

Sophy buscó en una cómoda.

–¡Madre mía! ¡Qué ropa interior! ¡De seda! ¡Mira! –Tenía en la mano un picardías rosa–. ¡Menudo cambio ha dado desde que se enamoró de Max! Antes llevaba corpiños prácticos. Y mira esto.

Había cogido un sujetador.

–A lo tuyo. Busca un camisón.

–¿Crees que puedo ponerme esto? –susurró Sophy, como si estuviera en la iglesia, señalando un camisón de seda blanca con el borde de encaje–. Es muy de novia. –Se echó a reír–. Vaya con la tía Helena... ¡Con lo mayor que es!

–Date prisa, Sophy. Estoy reventado.

–Vale.

Entró en el baño con el camisón.

Tony se pasó una mano por la barbilla y notó las púas de la barba. Se oían leves exclamaciones en el cuarto de baño, grifos que se abrían y cerraban, el choque suave de un vaso contra la repisa de cristal.

–Date prisa. Estoy medio muerto.

Sophy salió del cuarto de baño envuelta en una asfixiante nube de perfume, con el pelo cepillado y el camisón blanco recogido por un lado como un vestido de baile. Tony se fijó en los brazos y las piernas largas, en los ojos y el pelo negros, en la sombra del pubis debajo de la seda blanca, en la mano de Sophy tendida.

–¿Qué crees que es esto? –Se acercó a él–. Tiene litros de Chanel n.º 5 y maquillaje de Elizabeth Arden. ¿Qué crees que puede ser? –Le pasó un diafragma–. ¿Para qué sirve?

–Anda, déjalo donde estaba.

–Ah, ¿es un artilugio médico?

–Podría decirse que sí.

–¿Algo así como un braguero?

–Termina y métete en la cama. Pero antes deja eso en su sitio.

–Vale.

–Ahora a la cama y a dormir.

–No te vayas.

Otra vez tenía miedo.

–Estaré abajo.

–¿No puedes quedarte hasta que me duerma? La señora Floyer siempre se quedaba conmigo. Dame un beso de buenas noches, como ella.

–¿Quién es?

–La mujer del párroco. La madre de los gemelos.

–Yo no soy la mujer del párroco –protestó Tony, apretando los dientes.

–Ella se sienta en mi cama.

Tony se sentó en una silla, a una distancia prudente, y cayó en la cuenta de que se había sentado encima de la falda y los pololos arrugados.

–¿No vas a darme un beso?

Sophy le tendió los brazos.

Él se agachó y la besó en la boca.

–¡Apestas! –protestó.

–No quería ponerme tanto. –Se tumbó en la cama–. ¿Por qué no te acuestas aquí, si estás tan cansado?

–Por favor duérmete ya –gritó con exasperación.

–Perdona.

Sophy cerró los ojos. Tony vio que de pronto se relajaba como un gato y se quedaba dormida. Se levantó entonces y observó los labios carnosos y las pestañas cortas y densas. Se apretó los genitales con la mano y gruñó de rabia y necesidad.

En el piso de abajo, cogió el teléfono y dejó el auricular en la mesa para marcar con una mano mientras buscaba la bragueta con la otra. Polly no contestaba, y en casa de Calypso el teléfono sonó sin que nadie hiciera caso.

–¡Malditos percances sexuales! –protestó en voz alta–. Y encima es menor de edad –murmuró con angustia–. Una niña, en realidad. Anda con la señorita Stevens… ¿Y yo qué? –Se tumbó boca abajo en el sofá y borró en un cojín el recuerdo de los labios de Sophy mientras intentaba conciliar el sueño.

XXXII

Sarah, con la esperanza de encontrar en casa a la asistenta de Helena, llamó al timbre en Enderby Street. Se sorprendió cuando Tony Wood, medio dormido y despeinado, le abrió la puerta.

–¿Quién eres? –preguntó–. No estabas aquí anoche. –Parecía ofendida.

Tony se explicó, mientras se peinaba con los dedos y se ajustaba la corbata floja.

–Soy amigo de Helena. La conocí a través de Polly y Calypso.

–Son mis sobrinas. –Sarah lo miró con frialdad.

–Entonces será usted tía de Sophy. Está arriba.

–Sophy está en el internado.

–Está durmiendo en la cama de Helena. O lo estaba la última vez que la vi. Se ha escapado del internado.

–A lo mejor puede explicármelo. ¿Le molesto si paso?

Sarah cruzó el umbral. Tony se abrochó rápidamente los pantalones y fue a buscar su chaqueta.

–¿Ha habido un incendio? –Sarah empezó a olisquear el salón, sin entender qué hacía un bombero en casa de Helena–. ¿Dónde está la asistenta?

–Creo que hoy no viene. ¿Le apetece un café o algo?

–Prepararé un poco –dijo Sarah, tomando las riendas–. Abra las ventanas para que se vaya este aire viciado. Puede explicármelo mientras hago el café.

Tony obedeció, sintiéndose culpable. Abrió las ventanas de par en par y dejó que entrase el aire frío. Bajó a la cocina con Sarah.

–¿Por qué se ha escapado? ¿Está enamorada de usted o…?

Tony vio que los respetables labios de Sarah se congelaban antes de decir «una tontería».

–Ojalá. Quiero decir que no. Vino aquí porque no encontró a Polly. Y…

–Seguramente nos cruzamos. Volví tarde de la cena de Helena. Vamos, cuénteme lo que sepa.

–¿Sabe dónde está Helena?

–A estas horas supongo que estará llegando a Cornualles.

Mientras preparaba el café, Sarah explicó escuetamente que Helena se había ido con Richard y Max, pero no el motivo del viaje. Tony, por su parte, le contó que había visto la luz encendida, la puerta abierta y a Sophy en la cocina. No le dijo por qué se había escapado Sophy.

–¿Por qué se escapó?

–Mejor que se lo cuente ella. Anoche estaba muy alterada. No quiere volver.

–No se habría escapado si estuviera a gusto –dijo Sarah secamente.

Tony se tranquilizó, pensando que no había hecho nada. Bueno, no mucho.

–Helena se va a disgustar –añadió Sarah.

–Sí. Gracias. –Tony cogió la taza que le ofrecía.

–Veremos qué puedo hacer. Tengo que ver a Calypso. Puedo llevarme a Sophy.

–Llamé a Calypso anoche. No contestaba. Primero intenté hablar con Polly.

–Polly está fuera. Y yo tengo un sueño muy profundo. Estoy pasando unos días en su casa.

–Ya –dijo Tony con neutralidad–. Ya.

Se habían sentado frente a frente. Tony se tomó el café. Sarah lo observaba sin saber muy bien cómo catalogarlo, si era de fiar.

–Entonces ¿es amigo de mis sobrinas?

–Sí.

El tono de Sarah era frío, inquisitorial. A este paso, la siguiente pregunta sería si se había acostado con Polly y Calypso. A Tony no le apetecía contarle que se había acostado con Polly, pero ya no seguían juntos, y que la última vez que quiso meterse en la cama de Calypso ella lo rechazó con la débil excusa de que la última vez no le había gustado. Y, en el caso de Sophy, todo había sido cuestión de pensamiento más que de obra. Tenía la esperanza de que eso cambiara en el futuro. Sonrió a Sarah, confiando en su carisma.

–Usted debe ser la madre de Oliver.

–Sí.

–¿Cómo está Oliver?

Ojalá le hayan reventado las tripas, pensó, al acordarse de que Oliver, tan confiado, tan guapo, le había robado una noche a Calypso.

–¿Oliver? ¿Has dicho Oliver? –Sophy entró con impaciencia en la cocina–. Tía Sarah, ¿cómo estás? ¿Cómo está Oliver? –Dio un abrazo a su tía–. Me alegro de verte –dijo con sinceridad.

–Ve a ponerte una bata y luego te preparo algo de desayunar. Así vas a coger frío.

–¿Verdad que es precioso? La tía H. tiene cosas increíbles. ¿De dónde saca los cupones?

–No lo sé, cariño. Ve a ponerte algo.

Sarah estaba sorprendida por la transparencia del camisón.

Tony dejó su taza en el fregadero. Se preguntó si Sarah, que había salido detrás de su sobrina, creería que la virtud de Sophy seguía intacta, que él la había respetado. Debía de parecer poco probable. Con el camisón de seda de Helena parecía mucho mayor de lo que era, más deseable. Se despidió por el hueco de la escalera.

–Tengo que irme, Sophy. Te llamaré para ver cómo sigues. ¿Dónde vas a estar?

–Con la tía Sarah, en casa de Polly –contestó Sophy con voz alegre–. O con Calypso.

–Gracias, señor Wood. Ya le avisaremos. –Sarah se asomó por la barandilla. Tony vio que desconfiaba de él, que le atribuía malas intenciones–. Ya me ocupo yo de ella. –Lo estaba despidiendo.

–Entonces me voy. Adiós.

–Adiós –dijo Sarah–. Y gracias de nuevo.

Tony salió a la calle con una sensación de vacío. Sophy le había necesitado unas horas. Ahora tenía a su robusta tía con traje de tweed. A la madre de Oliver. Una bruja.

–Cuando te hayas vestido –le dijo Sarah a Sophy, que estaba en la bañera– iremos a casa de Calypso. Ha llegado carta de Oliver. Creo que a Hector le ha pasado algo.

–Oliver se habrá alegrado muchísimo si Hector ha muerto.

–¡Qué cosas tan horribles dices!

–Pero es verdad –insistió Sophy–. Nada le gustaría más.

–¡Sophy! –Sarah estaba horrorizada.

–Yo no me alegro. –Buscó la camiseta y los pololos–. Y odio esta ropa –añadió con rabia.

–¿Me puedes decir por qué te has escapado? ¿Es grave? ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

–No ha pasado nada. No he hecho nada. Para mí es grave. No pienso volver.

Sophy tenía un gesto impenetrable. Sarah era realista y sabía que la niña se dejaría sacar los dientes antes que contar nada. Dio en silencio las gracias a su dios, que votaba a los conservadores e iba en el bando de los Aliados, por no haberle dado una hija. Observó a su sobrina mientras se ponía la falda del colegio, la corbata, el jersey y los zapatos prácticos que borraron a la chica deslumbrante que había aparecido en la cocina.

–Podemos coger el autobús 11 para ir a Sloane Square –propuso.

–Claro –dijo Sophy, tan contenta como si Sarah hubiera dicho que irían en la carroza de Cenicienta.

Llegaron a casa de Calypso y llamaron al timbre. Fling se puso a ladrar como loco y se acercó a la puerta corriendo y arañando las baldosas con las uñas. Nadie venía a abrir.

–Debe de haber salido.

–Estoy segura de que está en casa.

Sophy llamó de nuevo y apretó un buen rato con el pulgar. Fling ladraba como un descosido, atragantándose de tanta excitación. Sophy empujó la puerta, abrió la solapa del buzón y trató de mirar por la ranura. La puerta se abrió de

golpe.

–Hola –dijo Calypso–. Pasad. –Cogió al perro con una mano y las cartas del felpudo con la otra–. Pasad –repitió–. Me alegro de veros. –Les dio un beso y se puso a ordenar las cartas con indiferencia–. La mayoría son facturas –dijo, y las dejó en la mesa–. Calla, Fling. No hagas ruido. Ha hecho sus cosas por ahí. Cuidado con dónde pisáis. Todavía no ha salido.

–Me imagino que no podría aguantar. Son las diez pasadas –dijo Sarah, dispuesta a derrochar simpatía y enfadada consigo misma por el reproche implícito en sus palabras.

–Ahora mismo lo limpio. A la señora Welsh no le hace gracia. Creía que estabas en el internado, Sophy.

–Me he escapado.

–No me extraña. A mí me invitaron a irme del mío. Me acusaron de coquetear con el jardinero. Fíjate, como diría el tío Richard. Era un chico con granos. Fue un insulto para mi inteligencia. Yo era casi tan ignorante como un recién nacido. –Calypso se atragantó al recordar lo mucho que Hector había iluminado su ignorancia–. Venid a la cocina. Prepararé un té o algo.

Echó a andar por el pasillo con el balanceo característico del embarazo.

–He recibido carta de Oliver, cariño.

Mientras Calypso llenaba el hervidor, Sarah la observaba con curiosidad por saber cuándo nacería el niño.

–Supongo que te habrá dicho que Hector ha muerto. Se habrá alegrado.

–Claro que no, cariño –dijo Sarah, con horror.

–¿Cómo está de los forúnculos?

–¿Qué forúnculos? –La pregunta pilló a Sarah desprevenida.

–Los de Oliver. Hector me contaba en una carta que Oliver tenía llagas del desierto. ¿No te lo ha dicho?

–No. –Sarah no sabía cómo sortear la barrera de indiferencia que había levantado Calypso–. He venido a ver si podía hacer algo –dijo, armándose de valor.

–Gracias, tía Sarah –contestó Calypso, mirando el hervidor–. No necesito nada.

–¿Cuándo te enteraste? –preguntó Sarah–. ¿Por qué no has…?

–¿Por qué no os lo he dicho? Prefiero estar sola, supongo. –Puso unas cucharadas de té en la tetera y la llenó de agua–. Solo que no lo estoy. Está el dichoso niño. Qué ganas tengo de que mi cuerpo vuelva a ser el de antes. De que los nueve meses pasen pronto.

–Estás alterada, y es natural. –Sarah se sentía de lo más inútil.

–¿Por qué no cuentan la verdad? ¿De qué sirve decir «desaparecido y probablemente muerto»? Lo dicen porque no han encontrado el cadáver. El de

Walter no lo encontraron. Lo dicen para prolongar la agonía. –Calypso ardía de rabia–. ¿Quieres leche y azúcar? –Como si se hubiera activado un interruptor, su expresión volvía a ser normal.

–Solo leche, por favor. –Sarah estaba sentada en una silla, con la espalda rígida–. Es un golpe durísimo cuando estás enamorada…

–Yo no sé lo que es el amor –la interrumpió Calypso–. ¿Azúcar, Sophy? Me casé con Hector por dinero. Tengo su dinero. Fue muy generoso en su testamento: todo para el niño cuando yo no esté. Puedo volver a casarme si quiero y seguiré conservando el dinero mientras viva. Los gastos del niño van en otro apartado. –Saboreó el té y sonrió con aspereza–. «Apartado» es la palabra clave. Cuando me haya librado de este bulto todo irá bien. Esto más o menos lo resume todo. No estoy «enamorada», tía.

Sarah se levantó, demasiado horrorizada para responder.

–Voy a recoger lo que ha ensuciado el perro y a darle un paseo.

–La correa está encima de la mesa. –Calypso miró a su tía mientras salía de la cocina con el perro y luego sonrió a Sophy–. Que le dé un paseo por Parliament Square y así se tranquiliza un poco. ¿Por qué no te quedas conmigo, cielo, mientras se hacen a la idea de que no volverás al internado?

–¿Crees que me dejarán?

–Sí. Monika ha intentado quitarse la vida. Tony me llamó antes de que vinierais. No te asustes, no lo ha conseguido. La tía Helena tendrá que ocuparse de que las cosas se tranquilicen en Cornualles. Yo me encargo. La tía Sarah no puede alojarte en Bath. Está atareadísima con el voluntariado. Quédate aquí una temporada para entretenerme.

–Ojalá pudiera.

–Puedes. Lo solucionaremos. Hay que comprarte ropa. No puedes ir por ahí con esta pinta.

–¿Cupones?

–La señora Welsh tiene una reserva inagotable, a una libra el cupón, del *marché noir*.

–¡A una libra! ¡Madre mía!

–Soy rica. ¿Qué es una libra?

–¿Qué le ha pasado a Monika? La tía Sarah dijo que estaba enferma.

–Seguro que está enferma. Tony solo sabía que ha intentado tirarse por el acantilado. Creo que la guerra afecta a la cabeza. ¿Sabes de qué me hablaba Hector en sus cartas? De árboles. De plantar árboles. «Diseñar», lo llamaba él. Diseñar bosques. Daba la impresión de que era lo único que le interesaba.

–No creo que cayera muy abajo –dijo Sophy, que no estaba prestando atención a Calypso–. El Ejército ha cerrado la zona de la Carrera del Pánico con alambre de espino.

Sarah volvió a la cocina con el perro y ya tranquila.

–¿Qué cuenta Oliver en sus cartas, tía Sarah?

–Ay, cariño, dice que el desierto es duro y frío, que está aburrido, que está cansado, que está…

–¿Asustado?

–No lo dice, pero es evidente. No puede contar lo que nos gustaría escuchar, por la censura. Es todo horrible.

Sarah se sentó y miró a su sobrina con angustia.

–Hector hablaba de árboles. Antes de eso hablaba de política: decía que el Ejército en pleno votará por los laboristas la próxima vez y que él pensaba hacer lo mismo y dejaría la política. Bueno, ahora ya da igual.

–Solo está desaparecido, cariño –dijo Sarah con dulzura.

–Lo dan por muerto –replicó con firmeza. Se miraron a los ojos, hasta que Calypso dijo alegremente–: Le he pedido a Sophy que se quede conmigo. Para hacerme compañía. ¿Puedes hablar tú con el internado, para decirles que no volverá?

–Es Helena quien tiene que hablar con el internado. A lo mejor Sophy debería volver. No sé por qué se ha ido.

–Yo sí –dijo Calypso, que se había enterado por Tony–. No puede volver. ¿Lo dejas en mis manos?

–Pero…

–No sabrán que tengo solo veinte años. No sabrán quién soy. Puedo ser de lo más estirada. Sé cómo tratarlos. Voy a ponerlos verdes. Me apetece tener a Sophy aquí. Así me quito cosas de la cabeza.

–Si crees que… –empezó a decir Sarah con vacilación.

–Lo creo, tía Sarah. Lo sé. Nos vendrá bien a las dos. Sophy me cuidará. ¿Verdad que sí, Sophy?

–Sí.

–Bueno, de momento. Solo una temporada. –Sarah, con su tweed de campo, miraba con preocupación a Calypso, con una bata de encaje que no hacía nada por esconder sus formas–. Me quedaría con ella si pudiera –dijo, levantándose, con la sensación de que tenía que irse–. Hablaré con Helena y Richard.

–El bulto y yo estaremos encantados de tenerla aquí –dijo Calypso.

–Te acompaño hasta el autobús –se ofreció Sophy.

–¿Te pido un taxi? –Calypso besó a su tía mientras le metía prisa mentalmente.

–No. Voy en bus. En el 11. –Sarah besó a Calypso–. Cuídate, cariño. –Se sentía inútil, expulsada.

–Me cuidaré. Y a Sophy –le aseguró Calypso, firme y serena.

–Ojalá estuviera segura de estar haciendo lo mejor.

–No te preocupes, tía. Y no dejes de darnos noticias de Oliver.

–Seguro que a ti te escribe más que a mí.

–Qué va –dijo Calypso, saludando con la mano desde la puerta–. No es verdad.

Saludó una vez más y después recogió las cartas que había dejado sobre la mesa. En el montón había una de Oliver.

–Seguro que se alegra, el muy cabrón –murmuró. Abrió el sobre fino de correo aéreo y empezó a leer: «Ahora que estás viuda, cariño, podemos empezar a hacer planes para el futuro, si es que sobrevivo a esta puta guerra. Calculo que podemos vivir muy cómodos con el dinero de tu difunto y llorado (no por mí) marido mientras escribo mi primera novela, y después todo será un camino de rosas. Hablando de follar, aquí en el desierto estamos muy necesitados, así que ve preparándote para recuperar el tiempo perdido cuando…». –Estrujó la carta y la tiró al suelo–. Mierda –murmuró–. Mierda, mierda, mierda.

Y vio que Fling se abalanzaba sobre el papel y lo hacía pedazos, gruñendo y sacudiéndolo como si fuera una rata.

Sophy ya había vuelto.

–¿Qué se está comiendo? –dijo.

–Una carta de Oliver.

–Fue él quien le dijo a la tía Sarah lo de Hector. Estará encantado.

–Muy triste no parece. A Oliver lo pueden matar, y a los gemelos, y entonces ya no habrá pandilla. Aunque Hector no formaba parte de ella… –Se le apagó la voz.

–¿Es verdad que Oliver tiene llagas del desierto? –preguntó Sophy.

–Eso dijo Hector. Vamos a encender la chimenea del salón. –Calypso empezó a subir las escaleras–. Espero que la señora Welsh la haya preparado. –Encendió una cerilla, la acercó al papel y vio cómo la llama se extendía y prendía–. No me cuentes lo que pasó en el colegio si no quieres. Me lo imagino. ¿Fue amable Tony?

–Mucho, aunque me dijo que apestaba. –Sophy le habló del baño de Helena, de los jabones y el perfume–. Me puse demasiado. Me dio un beso de buenas noches.

Se tocó los labios inconscientemente. Calypso sonrió.

–Se va a enamorar de ti.

–Nadie se va a enamorar de mí. En el colegio las chicas me llaman…

–¿Qué?

–Euroasiática. Dicen que sus hermanos nunca…

–A la mierda sus hermanos. No necesitas a los hermanos de esas chicas. Eres un encanto, Sophy. Eres muy guapa. ¿No lo sabías?

–¿Yo? –Miró a Calypso con asombro–. Lo dices solo por ser amable.

Calypso se rió.

–«Amable» es una palabra que no va mucho conmigo. Voy a vestirme. Lee esto mientras me doy un baño y luego iremos a comprarte algo de ropa.

Le pasó a Sophy un montón de cartas y se fue.

Sophy cogió las cartas y las miró por los dos lados. Eran de Hector, escritas en papel muy fino. Empezó a leer, desplegando las hojas con cuidado y plegándolas una a una según terminaba. Después de leerlas las dejó en una mesita y se puso a contemplar el fuego. Allí la encontró Calypso poco después.

–Ojalá alguien me escribiera cartas como esas.

–Habla de árboles –contestó Calypso con desprecio–. ¿En qué estaría pensando? ¿Qué quería decir? No cuenta nada, absolutamente nada, de la guerra ni de lo que hace. Lo único que sabemos es que Oliver tiene forúnculos.

–A lo mejor no quería pensar en la guerra. En todas las cartas habla de después de la guerra y de las cosas que quiere hacer para ti, contigo…

–No las he leído a fondo –se defendió Calypso.

–Quería plantar un bosque y escribir tu nombre con cerezos.

–Dicho así suena poético. No he sabido entenderlo. Vamos de compras. No me apetece hablar de Hector, Sophy. Él no es así. Es un bruto que se emborracha y…

–Lo mismo que Oliver y los gemelos, lo mismo que el tío Richard y lo mismo que Walter.

–¿Tony estaba borracho anoche?

–No.

–Tuviste suerte. –En ese caso, pensó Calypso, Sophy no estaría aquí ahora mismo con ese aire virginal–. Es por la guerra. Todo el mundo bebe. Hasta la tía Helena.

–¿En serio?

–Sí. Dicen que es por miedo. Yo creo que es porque creen que hay escasez. Se lo pimplan antes de que se lo lleve otro. La guerra nos empuja a beber. A mí en este momento el alcohol me da ganas de vomitar. En cuanto me haya librado del bulto me pillo una buena.

Sophy salió a dar un paseo por el acantilado para hacer tiempo antes del funeral. El viento la hacía llorar. Recordaba los días que pasó con Calypso mientras Richard y Helena, en Cornualles, cuidaban de Monika con idéntica solicitud aunque por distintos motivos: Richard porque de verdad le tenía cariño; Helena porque quería volver a Londres. Max se escapaba a Cornualles siempre que podía, muy preocupado por Monika. Cuando estaba en Londres iba a ver a Calypso, le llevaba libros o flores y le hablaba de la vida en Viena antes de la guerra, y muy de vez en cuando de su hijo, Pauli, de quien insinuaba con perplejidad que tenía un

carácter agresivo y violento, que si sobrevivía tal vez llegara a ser un artista, o tal vez no; era un joven que en cierto modo asustaba a sus padres y les causaba una culpa excesiva; parecía que una fuerza nefasta impidiera quererlo. Después se callaba, se frotaba las manos, sacudía los hombros, se reía y cambiaba de tema. También Calypso hablaba de Hector muy rara vez, y Polly, que iba a verla con frecuencia al salir del trabajo, nunca nombraba a los gemelos si no era en broma y a la ligera, llamándolos los Floyer de Altos Vuelos.

Iba deprisa por el camino bien señalizado mientras recordaba esos meses en Londres como una época feliz. Calypso la llevó de tiendas y le compró ropa bonita, le enseñó a arreglarse el pelo y las uñas. Max, Brian Portmadoc, Tony Wood y otros amigos suyos y de Polly pasaban las noches en la cocina de Calypso, charlando, bromeando, preparando la cena y compartiendo las botellas de vino que alguien siempre llevaba. Todos, pensó Sophy, evitaban hablar de asuntos incómodos, como Hector, Pauli, Oliver y los gemelos, y la trataban como a una persona con quien estaban seguros y cómodos. La llevaban al cine y a comer fuera. En un par de ocasiones Max la invitó a un concierto y varias veces Tony la llevó en secreto a un bar. Sacaba a Fling al parque con Brian. Todos daban por hecho, aunque nadie lo decía, que, cuando Monika se hubiera recuperado y Helena volviese a Londres, Sophy volvería a Cornualles para ayudar con la vaca y las gallinas, y a lo mejor iría al colegio como alumna externa. Pero en general parecía que no había prisa, que las cosas saldrían bien y, mientras pudiera olvidarse del internado y su crueldad podría divertirse y crecer. Sí, pensó Sophy, pisando la hierba corta del acantilado con sus botas de agua verdes: esos días me hice mayor. Fueron días de charlar, chismorrear y hablar de vez en cuando por teléfono con los adultos: con Helena, Sarah, el tío Richard y Monika. Ninguno de ellos, aparte del tío Richard, era tan mayor como yo ahora.

Comentaban las noticias de la guerra, hablaban de la escasez, de la bomba sin explotar que había estado meses amenazando el puente de Knightsbridge, mientras los autobuses pasaban por encima, y de la avalancha de americanos en Londres, que alborotaban mucho cuando se emborrachaban y eran tan serviciales y atentos: no paraban de regalar medias de nylon a las chicas. Sophy seguía adelante por el acantilado, oyendo las voces frenéticas y chillonas de las gaviotas, como siempre sobre el mar gris. Intentó acordarse de lo que había dicho Calypso cuando llamó al internado, que era como una pesadilla, pero no pudo. Estábamos todos enamorados, pensó, deteniéndose en la punta de tierra a contemplar el mar. El tío Richard de Monika, Max de Monika y de Helena, Polly de los gemelos, Helena de Max, yo de Oliver, y Oliver y todos los hombres de Calypso, que decía que no sabía lo que era el amor.

Sophy no sabía cómo le habría quedado la cara a Calypso después del derrame cerebral. Decían que se había recuperado de todo menos de la cara. Llevaba unos

años sin verla. ¿Se teñiría el pelo? ¿Cómo estaría, con la cara torcida? Aunque alguien había dicho que casi no se notaba. Me acuerdo, pensó, siempre me acordaré, de la cara que puso cuando llegó la noticia de que Hector no había muerto, sino que estaba prisionero.

XXXIII

Cuando volvía, zarandeada por el viento y con la amenaza del invierno hiriéndole los oídos, vio al fondo de los campos la torre de la iglesia detrás del pueblecito agazapado, protegiendo los huesos de los muertos como venía haciendo desde hacía siglos. Entre esos huesos estaban los del tío Richard, los Floyer y Monika, y al día siguiente se sumarían los de Max, con quien Sophy había pasado el día que a Calypso le dieron la noticia de que Hector no estaba desaparecido sino que lo habían hecho prisionero.

Con el color que daba el viento a sus pómulos altos, Sophy recordó ese día, o creyó recordarlo, pues sabía muy bien que la memoria nos engaña y que las opiniones y las emociones se construyen a partir de la memoria. El recuerdo viene a iluminar la imagen que en su día no estaba clara.

Max la había llevado a un ensayo de Yehudi Menuhin. Lo oyó hablar y lo observó junto con los de más músicos, hasta que el sonido ultraterreno del violín de Menuhin la elevó a un plano inédito de la existencia. Vio que Max había salido del auditorio para hablar con un desconocido. A la vuelta, se sentó a su lado, la cogió de la mano hasta el final del ensayo y entonces le dijo: «Tenemos que irnos». Y la sacó del teatro. No se despidió de nadie. Mientras la empujaba a un taxi le pidió: «Quédate conmigo y procura no decir nada». No dejó de abrazarla en todo el trayecto: estaba tenso, pero no la soltó hasta que llegaron a Enderby Street, y tuvo que buscar el dinero en los bolsillos para pagar el taxi, en silencio; y luego entraron en casa de Helena. En el salón o en el dormitorio le explicó que, en el auditorio, un hombre que tenía acceso a cierta información –nadie sabía exactamente cómo– acababa de comunicarle que Pauli había muerto en el campo de concentración.

–He perdido a mi hijo. ¿Qué le digo a Monika? ¿Por qué no nos quedaríamos allí? ¿Por qué huimos?

Abrazó y acunó a Sophy, estrechándola contra su cuerpo huesudo. Ella acercó la cabeza a su pecho y lo consoló con toda la emoción que Menuhin le había despertado. Y esa tarde traumática, en la cama de Helena, se sumergió en la ternura de un hombre profundamente triste. Siguió a su lado cuando se quedó dormido, contenta de lo que le había hecho. Cuando se despertó, Max le dio un beso y preguntó:

–¿Te he hecho daño, niña?

–Muy poco –contestó con sinceridad.

–Me alegro de que estés aquí –añadió, consolándola.

–Yo también me alegro –dijo ella, animándolo.

Recordó lo cómoda que era la cama de Helena, y lo duras que eran las costillas de Max, y se alegró de haber podido acompañarlo en el dolor de la pérdida: no era una muerte inesperada, ninguna lo era. Después se bañaron juntos, con la esencia de baño de Helena, y se envolvieron en sus toallas blancas y enormes, con la «H» bordada en rojo en una esquina. Después de vestirse, fueron andando a casa de Calypso. Max no le soltó la mano en todo el camino. En la cima del acantilado, Sophy sonrió, porque ahora que él había muerto solo ella sabía que fueron amantes. Se dio la circunstancia de que casualmente estaba ahí justo cuando él la necesitaba.

Se detuvieron, mientras caía la tarde, a contemplar un solar bombardeado, y se fijaron, sin hacer comentarios, en cómo crecía la hierba entre las grietas de lo que antes había sido una casa. Ya anochecía cuando llegaron a casa de Calypso y entraron sin llamar. Fling salió corriendo a recibirlos. Calypso llamó desde el piso de arriba.

–¿Eres tú?

Estaba sentada en el centro del sofá, embarazadísima, con las piernas separadas y el telegrama en la mano. Sophy recordaba sus ojos y también la cara que puso Max al leer el telegrama.

–Qué alegría –dijo Max, y le dio un beso.

Calypso le echó los brazos al cuello y escondió la cara en la suya. Max cruzó una mirada con Sophy para indicarle: «No». Y ninguno de los dos dijo una sola palabra de Pauli.

–Unas burbujas, *nicht?* –propuso Max.

Le encantaba hablar en lo que él llamaba «argot inglés». Bajaron al sótano a saquear la valiosa bodega de Hector, y Calypso llamó por teléfono a la tía Sarah, a sus padres, a Helena y a Richard. Al rato llegó Polly, con Brian Portmadoc, Tony Wood y un francés que conocía a Hector. Fue una buena fiesta. Probablemente, pensó Sophy, fue lo mejor para Max, que no le dio la noticia a Monika hasta unas semanas más tarde, cuando ya se había recuperado del todo y no parecía probable que quisiera tirarse por el acantilado, como intentó cuando el escándalo de las cobayas. Seguramente sería por aquí, pensó Sophy, asomándose al borde. Vio la repisa en que había caído Monika. Si hubiera sido otra persona, todo el mundo habría dicho que sabía que la altura no era mucha. Mientras miraba hacia abajo, consciente del mar, el viento y los graznidos de las gaviotas, midiendo la caída hasta la repisa, uno de los muchos zorros impertinentes a los que perseguía el pobre Duck cruzó la ladera. A Sophy se le llenaron los ojos de lágrimas por el perro, por Max, a quien iban a enterrar al día siguiente, por su virginidad, que ella le entregó con tanta alegría. Menos mal, pensó, que no se le ocurrió sustituir a Pauli. Y se acordó de un detalle olvidado desde hacía mucho tiempo: de la

mirada que Calypso cruzó con Max, de la complicidad con que se sonrieron, y del cambio de tono en la voz de ella.

–A lo mejor sigue prisionero el tiempo suficiente para recibir la noticia de que estoy embarazada.

–Lo dices como si estuviera en un hotel –le reprochó Polly implícitamente.

–Está muy lejos –fue la respuesta de Calypso–. Me cuesta imaginarlo cuando no está aquí.

Sophy subió el último tramo del acantilado y llegó jadeando al césped de manzanilla. Observó la casa, en silencio, con sus habitaciones vacías y sus ventanas ciegas. El roble seguía protegiendo la fachada a levante; la rama por la que ella trepaba de pequeña oscurecía el salón. Ahí se sentaba Helena, en su tumbona. Ahí Oliver, Walter, Polly, los gemelos y Calypso se tendían a charlar las noches de verano de su juventud. Desde ahí silbaba ella para llamar a Duck cuando iba a cazar a los zorros del acantilado, cuando el tío Richard pasó la neumonía. Estaba muy preocupado por su perro. Estuvo muchas horas silbando y llamándolo, mezclando su voz con la de las gaviotas. A la tercera noche, el perro apareció con las almohadillas de las patas en carne viva, la tierra incrustada en el pelo y los ojos taponados de arena: tan cansado que se arrastró hasta los pies de Sophy, casi sin fuerzas para mover el rabo. Lo llevó a casa en brazos, le dio agua, le ofreció comida y lo subió al cuarto del tío Richard, que seguía acostado entre almohadas sin apenas poder respirar. Tosiendo, le dijo: «Dámelo. Ponlo aquí». Duck se acostó en el codo de Richard, con el hocico largo apoyado en la manga del pijama de rayas y los ojos cerrados de agotamiento. Y Richard pudo dormir por primera vez desde hacía días. Monika, que no se separaba de él, la mandó a la cama, muy preocupada porque parecía que Richard estaba cada vez peor y no respondía a las pastillas que le había recetado el médico.

Mildred Floyer fue a verlo y se sentó al lado de la cama. Sophy oyó decir a las dos mujeres que lo único que podía salvarlo era la penicilina, pero que la reservaban para el Ejército. Incapaz de dormir, bajó a la cocina y se las encontró tomando cacao.

–Estaba muy preocupado por el perro. Ahora que ha vuelto se pondrá mejor.

–Eso espero –dijo Monika, que ya no esperaba nada de Pauli, que ya no se alteraba cuando alguien hablaba de las cobayas. Monika, que en su dolor encontraba fuerza para derrocharla en Richard, que la quería, dijo–: Tal vez ahora intente ponerse mejor; tal vez lo intente por el perro.

Pidió que la dejaran quedarse con Richard, y la dejaron. Mildred se fue a descansar un rato, con la angustia por los gemelos grabada en las facciones. En ese momento estaban en Italia: la guerra había dado un giro favorable y los ejércitos alemanes se retiraban, aunque muy despacio.

Sophy, parada en el césped, se acordó de Richard, de cuando, sentada a su

lado, le oía respirar, roncar y resoplar. Le daba asco el olor de la habitación del enfermo, y, muy tensa, incapaz de relajarse, observaba la cara gris de su tío, la boca abierta y floja, su esfuerzo para respirar. Richard abrió los ojos.

–La estoy diñando.

–¿Qué?

–Ven aquí.

Sophy se levantó y se acercó a la cama.

–El perro también está acabado.

Richard silbaba al respirar.

–¿Qué? –Apenas lo oía, de puro miedo.

–No puede sostener las piernas, el pobre animal.

Sophy palpó al perro, lo cogió y lo dejó en el suelo. Duck se revolcó y la miró a los ojos con apatía.

–Ponlo en la cama.

Richard tosía, intentaba respirar, jadeaba y resoplaba, con la cara amoratada.

Sophy volvió a acomodar al perro donde estaba.

–No es viejo. –Quiso defenderlo, con la sensación de que lo criticaban.

–Pero está acabado.

–Llamaré al veterinario en cuanto amanezca.

–Da igual. Los dos nos estamos muriendo.

Richard la miraba a los ojos y el perro no la perdía de vista, no fuera a atreverse a moverlo, enseñándole los dientes.

–Te quiere mucho –dijo, y añadió–: Todos tenemos que morir.

–Querer –repitió Richard con un hilo de voz y una expresión de desprecio y cansancio–. Yo quería a Helena. –Sophy se había acercado para oírlo. El perro gruñó y amenazó con darle un mordisco–. Ahora quiero a Monika. Tu madre dijo que quería a ese hombre. El sacerdote me contó que se lo había dicho. –Se le hundió la barbilla en el pecho–. Debía de ser chino, digo yo. Un criado. No me extrañaría nada. Menos mal que vamos ganando la guerra, porque los alemanes dirían que no eres aria pura.

Se le perdió la voz en un ataque de tos. Sophy recordaba que esperó con el vaso en la mano para darle de beber un poco, y que le repugnaba su aliento. Richard le cogió la mano.

–Una cosa, Sophy. ¿Eres Sophy?

–Sí. Sí, soy Sophy –dijo con asco.

–Acércate.

Aguantando la respiración, para evitar la fetidez, se acercó un poco más.

–Ocúpate de que lo entierren conmigo.

–¿A tus pies?

–En el féretro. Promételo. –Los ojos angustiados, muy cerca de los suyos,

reflejaban la expresión del perro–. Te lo pido…

Dejó de apretarle la mano y se le hundió de nuevo la barbilla en el pecho. Se oía el tic-tac del reloj en la cómoda, donde lo había puesto Monika. Sophy miró al perro, que seguía observándola. Le cerró los ojos a Richard, capaz de tocarlo ya sin miedo. Recordaba haber ido a despertar a Monika y que esta sacó al perro de la cama y dijo con voz práctica: «Ponlo en su cesto» y que llevó al perro a su cesto, en el vestidor, buscó algo con lo que cubrirlo y lo primero que encontró fue un par de pantalones. Apartó la pierna artificial y envolvió al perro con los pantalones.

Sophy recordó que la mañana que murió Richard se había parado en el mismo sitio. Había llorado por el perro, que se estaba muriendo. Volvió a casa corriendo justo cuando Monika estaba llamando al médico y a Helena, y encontró al perro muerto. Fue Max quien la ayudó a esconderlo en el féretro en el que metieron a Richard, con un traje oscuro, el pelo ralo pulcramente peinado hacia atrás y la cara que a juicio de la funeraria se correspondía con la idea de dignidad. Duck, con una mueca de ladrido en los labios y el cuerpo doblado y rígido, acompañó a su amo. Max lo puso al lado de Richard y pidió al de la funeraria que cerrase la caja. En el césped, mirando hacia la casa, Sophy se preguntaba ahora qué propina le habría dado Max al de la funeraria, cómo consiguió que el entierro del perro se guardara en secreto. Ya en el cementerio con Helena, Monika y Mildred Floyer, mientras el señor Floyer leía el responso con la sobrepelliz sacudida por el viento frente al féretro en la fosa, Max la miró desde el otro lado de la tumba abierta y sonrió. ¡Qué hombre!, pensó Sophy, volviendo la vista al mar, por donde poco después, en la primavera de 1944, remolcaron unas cosas extrañas que resultaron ser piezas del puerto artificial de Mulberry. Cuánto le habría gustado al tío Richard la invasión de Normandía, pensó, a pesar de que allí hirieron a los gemelos y de que varios hombres del pueblo nunca volvieron a casa. Cuánto habría disfrutado viendo a los bombarderos americanos sobrevolar la costa para atacar Francia. Sin su entusiasmo, la guerra se había vuelto aburrida, algo que tenía que terminar lo antes posible, porque se había quedado sin público. Todos los demás, pensó, los que en 1939 nos reunimos en el césped de manzanilla, interpretamos papeles menores. Se agachó para tocar la textura de la hierba. Era increíble que aún resistiera. La acarició con la palma de la mano, aspirando la esquiva fragancia que evocaba otros tiempos, otros amores. Alguien llamó a la puerta vidriera. Creía que la casa estaba vacía y se sobresaltó. La luz, atenuada por las nubes rápidas, le daba en los ojos. Vio una silueta a contraluz, detrás del cristal, que llamaba otra vez antes de desaparecer.

Cruzó el césped y se asomó al salón que Monika había amueblado meticulosamente hasta borrar todo rastro de Helena. Cuando Max compró la casa, en los años cincuenta, Helena se había instalado definitivamente en

Londres. Probó a abrir las ventanas, pero estaban cerradas, y rodeó la casa hasta la puerta principal.

–Estoy en la cocina –dijo Calypso–, haciendo té.

–Ah.

Sophy sintió una mezcla de emociones: rabia por la interrupción de su viaje nostálgico y alegría al oír la voz de Calypso.

–Ven, cariño. Soy yo.

Se abrazaron, escondiendo cada una la cara en la mejilla de la otra.

–Te sigues poniendo Mitsouko –dijo Sophy.

Calypso se apartó, sonriendo y sujetando a su prima de los hombros.

–No tienes ni una cana. Y ¡no te tiñes! ¿Cuántos años?

–¿Qué haces aquí? El funeral es mañana.

Lo habían dicho a la vez.

–Me apetecía ordenar las ideas. No había vuelto por aquí desde hace muchos años.

Sophy le devolvió a Calypso la sonrisa torcida.

–No se me nota mucho, ¿verdad? Se me ocurrió venir una noche antes del velatorio. Tengo el coche lleno de alcohol. ¿Sabes quién más viene?

–Los vecinos. Y los amigos, supongo: otros artistas. A Helena la trae Hamish, ya lo sabes.

Calypso se echó a reír.

–¡Caramba! ¡Con la de años que tiene!

–Le gustan los funerales. Es fuerte. Ha estado en el de Richard, en el de Monika y en los del señor y la señora Floyer. Hasta apareció en el del general Peachum.

–Me parece excesivo. ¿Tú estuviste en todos?

–No, no. Solo en el de Monika y en el del tío Richard. Pensé que se lo debía. ¿Por qué no viniste?

–Estaba fuera del país. Además, si quieres decir lo que creo que quieres decir, no sé si…

–Siempre he pensado que tenías derecho.

Calypso volvió a reírse.

–Supongo que vendrá Polly. ¿Tú que crees?

–Sí. –Observó a Calypso mientras buscaba las tazas, encontraba el azúcar y calentaba la tetera–. Quería dar una vuelta por la casa.

–Te acompaño, a menos que quieras estar sola.

–No.

–Me imagino que ahora la venderán. Pauli no la querrá.

–Seguro que no.

Salieron de la cocina y cruzaron el vestíbulo…

–¿Te acuerdas de los jacintos de Monika? En el salón… De los desayunos de las vacaciones, del tío Richard arrugando *The Times*.

–Monika dejó precioso este salón.

–La verdad es que Helena no tenía ni idea.

–Los dormitorios siempre fueron cómodos.

–En invierno hacía frío.

–Hasta que pusieron calefacción central.

Subieron las escaleras amigablemente. Sophy notó que Calypso arrastraba una pierna.

–Esta habitación era la que tenía las mejores vistas. –Calypso abrió la puerta de un dormitorio.

–Aquí murió el tío Richard.

–Ay, Sophy. Mira. ¿Lo sabías?

Ahí estaba el ataúd de Max, sobre unos caballetes. Calypso se santiguó. Sophy le dio la mano.

La luz de la tarde era amable con Max. Daba la sensación de que escuchaba, con el pelo blanco y suave peinado hacia atrás, la nariz arqueada, la boca expresiva, un leve mohín en el labio inferior, la frente arrugada aunque serena y los párpados finos como el papel que tapaban los ojos negros y observadores.

–Nunca había reparado en que fuera tan guapo –susurró Calypso.

–Porque estaba muy ocupado haciéndonos sentir guapas a nosotras –dijo Sophy, con una voz normal–. No hace falta susurrar.

–No aparenta los años que tiene. Es tan mayor como la tía Helena.

–No tanto.

Sophy se agachó para besar el semblante inmóvil.

Calypso la observaba.

–Yo no puedo. Ni siquiera pude despedirme de Hector. ¿De qué te ríes?

Se volvió hacia Sophy, que se había sentado en la cama y se estaba riendo.

Le contó cuando Max metió a escondidas al perro de Richard en el ataúd. A Calypso se le escapó una carcajada.

–Qué gamberro.

–Tenía compasión –dijo Sophy.

–Y era un mujeriego –sonrió Calypso.

–Pero fiel a Monika y a Helena.

–Si te gusta el *ménage à trois* –puntualizó Calypso.

–A ellos les gustaba. Una mujer en el campo y otra en la ciudad. Eran felices.

–Y amantes.

–No veo por qué le buscas tres pies al gato –dijo Sophy, que nunca se había casado.

–¿Nos tomamos el té? –Bajaron a la cocina–. Voy a darle otro hervor. No

entiendo por qué no han cerrado el féretro. Por qué está solo, por qué la casa está vacía.

–Tendremos que quedarnos y hacerle compañía.

–No me apetece. Tengo una habitación en el Queen's.

–Pues me quedaré yo –dijo Sophy–. Alguien tiene que quedarse hasta que llegue Pauli.

–Claro, por eso está abierto el féretro. Me había olvidado de Pauli.

Calypso preparó el té.

–Todo el mundo se olvida.

Sophy observó a Calypso mientras llenaba la tetera de agua.

–Él no es de los nuestros, ¿verdad? –Calypso sirvió el té–. Lapsang Souchong: suena mejor que el Earl Grey pero no es tan bueno. –Le pasó a Sophy una taza–. ¿Azúcar?

–No, gracias.

–Ven a pasar la noche en el Queen's. Yo te lo pago.

–No, gracias, Calypso.

–Pues ven a cenar, entonces. Tenemos que ponernos al día. Han pasado muchos años.

Pero Sophy no aceptó la invitación.

–No, gracias, cariño.

Había estado a punto de casarse con Hamish. ¿Cómo habría sido Calypso de suegra?

–Dime una cosa –dijo Calypso, saboreando el té y leyendo los pensamientos de Sophy.

–¿Qué? –Sophy se puso en guardia–. Siempre he creído que tú lo sabes todo.

–¿Hamish quería casarse contigo?

–Yo lo vi nacer.

–Esto no es una respuesta.

Sophy se echó a reír.

–Tengo casi edad para ser su madre.

–No me has contestado. –Calypso estaba alerta–. Habrías sido rica. ¿No te tentaba? A mí me gusta ser rica. Siempre me ha gustado.

–Siempre lo has dicho. También decías que no sabías lo que era el amor. Mentías.

–¿Sí? –Calypso parecía evasiva–. ¿Por qué lo crees?

–Cuando nació Hamish te rendiste.

–¿Cómo?

–Tu voz.

–No recuerdo que dijera nada. Recuerdo que grité mucho.

–Cuando lo viste, cuando lo miraste, dijiste: «Tiene los huevos tan grandes

como Hector»… Y lo dijiste con una voz…

–Nunca había visto un recién nacido. Me impresionó.

–Lo dijiste como si quisieras a Hector.

–Tienes mucha imaginación. –Calypso bebió un sorbo de té sin dejar de observar a Sophy–. Sigues sin responder a mi pregunta.

–No habría salido bien.

–Entonces, él quería casarse contigo.

–Era un niño.

–¿Demasiado joven para saber lo que quería?

–Claro.

–No se ha casado con nadie.

–Tiene tiempo de sobra –señaló Sophy con tenacidad.

Calypso se rió.

–¡Qué duro fue el parto! Se me quitaron las ganas de repetir.

–No querías tener otro.

–Cierto. Con Hamish bastaba. Nos habríamos llevado bien, tú y yo. Podrías haberme dado un nieto. A Hector le habría gustado.

–Somos primos.

–No tan cercanos. Walter sí era cercano, y Oliver. –Calypso dejó en el aire el nombre de Oliver–. ¿Viene a Inglaterra alguna vez?

–No lo sé. –La voz de Sophy sonó firme y neutra–. Sería terrible que apareciera.

Se quedaron pensando, con las tazas de té en la mano, en la cocina que había acabado siendo territorio exclusivo de Monika.

–Fuiste muy valiente cuando nació Hamish. Nunca te di las gracias. No volví a verte después de que me llevaran al hospital. ¿Qué te pasó?

–Brian me dejó en el tren de Penzance.

–¿No fue Max?

–No, Brian. Fueron los dos a buscarte al mismo tiempo. Max se fue contigo al hospital.

–Ah.

Recordaron entonces el ataque aéreo, la bomba solitaria que destrozó la casa de Calypso y las dejó atrapadas en el sótano, el susto del parto prematuro, las horas interminables mientras los equipos de rescate cavaban frenéticamente.

–¡Cómo ladraba Fling!

–¡Cómo gritaba yo! ¡Qué miedo pasarías!

–Sí, hasta que nació el niño.

–Lo envolviste con los trapos de secar la vajilla.

–No había otra cosa.

–Cogiste el delantal de la señora Welsh.

–Sí.

–Fue maravilloso cuando nos rescataron.

–¡Ya lo creo!

–Y aún más maravilloso cuando vino Catherine y se llevó a Hamish a Escocia para que yo pudiera ser libre. No sé quién la avisaría.

–Fui yo.

–¿En serio? Qué lista.

–La llamé y vino enseguida. Estaba muy enfadada. Dijo que eras una irresponsable.

–Es verdad. –Calypso se echó a reír, sin ofenderse por la crítica–. Pero no había necesidad de armar tanto escándalo. Me encontraba perfectamente.

–Era Hamish quien le preocupaba a ella –dijo Sophy secamente–. No tú.

–El hijo de Hector –asintió Calypso–. Hace tanto tiempo que casi parece mentira. –Se levantó–. ¿Estás segura de que no quieres venir al hotel? Es cómodo. –Cogió el bolso y se puso el abrigo sin esperar respuesta–. Nos vemos mañana en la iglesia. Adiós, cariño.

Acercó la mejilla a la de Sophy en una muestra de afecto. Sophy la vio subir al coche y perderse de vista. Entonces se acercó a mirar por la ventana del salón. Cruzó los brazos, abrazándose, y recordó ese momento en Londres, en la cocina reventada por la bomba, cuando cogió en brazos a Hamish, que pregonaba a los cuatro vientos su oposición a este mundo horroroso. Se había agachado, protegiendo al recién nacido, y oía las maldiciones de los rescatadores mientras se abrían camino entre los escombros en busca de Calypso: sabían que estaba sepultada y creían que estaba herida; no tenían ni idea de que Sophy estuviera con ella; ni idea de que hubiera dado a luz a Hamish. Sophy se arrastró por la cocina, asombrosamente intacta. El techo no llegó a derrumbarse del todo hasta después de que las rescataran. Vio el teléfono y probó a llamar. Funcionaba, de milagro. Y le dijo a la operadora: «Póngame con Escocia». Debió de encontrar el número anotado en alguna parte. O ¿se lo preguntó a Calypso? No se acordaba. Catherine cogió el teléfono… Recordaba la claridad con que se oía su voz desde las Highlands: «Ya lo oigo saludar». Había envuelto al niño pegajoso y gritón con el delantal de la señora Welsh y, agachada al lado de Calypso, esperaba a los rescatadores.

–¿Crees que conseguirán sacarnos de aquí?

Calypso mostró una entereza increíble.

–Claro que sí.

Sophy oía los picos y las palas, los gruñidos de los hombres que intentaban localizarlas guiándose por los fuertes ladridos de Fling.

–Hector me matará. –Calypso parecía contenta, acurrucada en la cocina destrozada–. Cuando se entere... Creía sinceramente que había muerto.

–Lo sé. ¿Cómo será ser prisionero de guerra? Al menos está vivo.

–Sigue hablando en sus cartas de los árboles –se quejó Calypso–. No dice nada del campo de prisioneros ni de mí.

–Si te escribiera cartas de amor no querría que las leyera nadie más. Supongo que lo hace por intimidad. Yo haría lo mismo.

–¿Tú crees que es por eso? No se me había ocurrido.

–Pues claro. Sustituye los árboles en flor por las cosas que te dice cuando te dice que te quiere.

Calypso se rió.

–Qué lista eres, Sophy. Adivina lo que dice cuando me dice que me quiere.

–No puedo. Pero sé que te quiere.

–Le encanta mi trasero y, bueno, no puedo decirte lo que dice. Te escandalizarías.

–A lo mejor.

–Te lo diré en voz baja. No podemos dejar que el niño oiga lo que dice su papá.

Y se lo susurró al oído. Estaban riéndose cuando asomó el primero de los rescatadores, ocasionando una lluvia de escombros. ¡Cuánto nos reíamos entonces!, pensó Sophy. Y Hector no estaba en un campo de prisioneros sino dando vueltas por Italia en una fuga complicadísima. Ella estaba en Cornualles cuando Hector volvió a casa con Calypso. Hamish creció en Escocia. Hector se afilió al Partido Laborista y se dedicó a la silvicultura. Calypso siguió viviendo, guapa, distante, adorada. Hector murió en la década de 1950. Calypso no volvió a casarse y Oliver al parecer nunca dejó de estar enamorado de ella. Es verdad que se había casado, pero nadie le había oído decir que fuera feliz.

Contemplando el mar plomizo y hostil, Sophy recordó la última etapa de la guerra, cuando vivió con Monika, ayudando con la vaca, las gallinas y el huerto, y también al señor y la señora Floyer, y las actividades en el pueblo, y las ganas de volver a aquel internado horrible solo para poder pasar algunos días en Londres y sentir que formaba parte de la vida de Helena, de Polly o de Calypso, tener noticias de Oliver, ver de vez en cuando a los gemelos, pasar ratos con Max, hablar de Hector, sentirse en familia con los primos y los amigos con los que había cenado en el césped de manzanilla uno de los últimos días de agosto de 1939, con velas en la mesa y la luna que salía sobre el mar.

Estaba sola entonces, pensó. Y sigo estando sola. Oliver ha sido mi cruz.

XXXIV

–Es curioso que hayan muerto los dos en esa casa.

Helena llevaba unos kilómetros sin decir nada y Hamish pensó que se había dormido.

–¿Quiénes? ¿Qué dos? –preguntó con sorpresa.

–Mi marido, Richard, y mi amante, Max. Esos dos –dijo Helena con voz cortante–. Le vendí la casa a Max cuando murió Richard. Dicen que lo asfixié yo con una almohada. Se ha convertido en leyenda. Pero no lamenté su muerte.

–Ah. –Hamish había oído la leyenda–. Ah. –Estaba incómodo.

–No pude asfixiarlo. Estaba en Londres con Max. Fue él quien me asfixió a mí hasta que decidí comprar las casas que tengo ahora. Fue una buena inversión, aunque entonces no lo pareciera. Pagué dos mil libras por las dos.

–Increíble. ¿Tan poco?

–Según Richard eran una chapuza. Vivirán más que yo. –Helena se paró a pensar en sus casas–. Me gusta el riesgo. A Polly le cayó una bomba encima y solo sobrevivió su cama. Tu madre también se quedó atrapada en un ataque aéreo.

–Eso dice. Se puso de parto.

–Es un poco pelma con esa historia. Estaba con Sophy, que resultó ser muy útil. Casi puede decirse que hizo de comadrona.

–No lo sabía.

Hamish pensó que tenía que acordarse de preguntarle a su madre si Sophy estaba con ella. A lo mejor Helena se lo había inventado.

–Si alguien asfixió a Richard tuvo que ser Sophy. Estaba con él cuando murió.

–¿Por qué narices iba a asfixiarlo?

Hamish no daba crédito a la cantidad de cizaña que era capaz de sembrar esa mujer.

–Digamos que era arriesgado dejar a las niñas con Richard, aunque creo que para entonces Monika le había quitado esa costumbre. A lo mejor fue Sophy. A lo mejor me equivoco. –Helena puso la vista en la carretera–. De pequeña era muy reservada, y lo sigue siendo. Tenía unos trece años cuando murió Richard. A lo mejor fue su venganza. Ocurrió algo extraño al principio de la guerra. –Se calló un momento y cambió de tema–: Bueno, da igual. Ha pasado mucho tiempo. Yo estaba muy ocupada con Max. Estar enamorada no me dejaba tiempo para nada más. Puede que tú no lo sepas.

Cómo no voy a saberlo, pensó Hamish, recordando con tristeza el cuerpo de Sophy, su pelo de seda, su ternura y sus ojos rasgados. Qué mujer tan horrible es

Helena. ¿Por qué habré venido a este funeral?

Helena seguía hablando.

–Puede que me equivoque. En su día nadie lo pensó. Fue solo un pálpito…

–¿Qué fue solo un pálpito? –preguntó Hamish, curioso a su pesar.

–Uno de los guardacostas se cayó por el acantilado. Yo pensé que tal vez lo había empujado Sophy.

–¡Joder!

–¡Joder no! Sophy. Fue solo una idea. La niña tuvo una especie de ataque. Se me ocurrió que la explicación podía ser que había empujado a ese hombre. Entonces detuvieron a Max y a Monika y ya no pude pensar en otra cosa. –Helena se rió con su risa de persona entrada en años–. La guerra nos tenía a todos muy ocupados, aunque no estuviéramos en el frente, como tu querido padre y los chicos: Oliver, Walter, David y Paul. Qué guapos eran. Ya son mayores, claro. Menos Walter, que no tuvo tiempo de deteriorarse.

–Pero Sophy… –Hamish se había delatado. Helena se dio cuenta.

–Sophy era mucho más joven. Demasiado tímida para empujar a nadie desde ninguna parte. El mero hecho de que se me pasara por la cabeza demuestra en qué estado nos puso la guerra. Aunque no voy a decir que no disfrutara en la guerra: mentiría si lo negara. Sophy era incapaz de hacer daño a una mosca –añadió con determinación, para no herir a Hamish, el hijo de Calypso–. Tenía algo que atraía a la gente. Incluso antes de volverse tan *comme-il-faut*[38], Max estaba…

–¿Max? –Hamish no era consciente de cómo los celos teñían su voz, pero Helena se dio cuenta y confirmó la sospecha de que quería a Sophy. Soy una charlatana, se recriminó.

–Max le tenía cariño. Decía que Sophy iba a tener mucho éxito con cierto tipo de hombres.

–¿De verdad?

Hamish se había tranquilizado. Helena sonrió. A ti no, hijo mío. No te voy a decir lo que nunca le he dicho a nadie: que encontré pelo asiático en mi cama y me dolió, cuando nunca me había dolido que estuviera con otras mujeres. Y, sentada en el coche de Hamish, camino del funeral de Max, exclamó con voz firme:

–¡Me duele! ¡Dios, cuánto me duele!

–¿Qué?

A Hamish le molestaba el dolor de Helena.

–La muerte de Max –suspiró, mintiendo.

–A ver si encontramos violetas –dijo él, arrepintiéndose de su rabia. Pero no había manera de mitigar la pena de Helena.

–Que sea muy vieja –dijo con amargura– no significa que me haya olvidado

de lo que es el amor.

Hamish, mustio y callado, lamentó que la curiosidad por conocer a los parientes de su madre le hubiera animado a ir al funeral.

–Estoy segura de que esta función no será una cagada –dijo Helena, con una de las expresiones favoritas de Max, que la había aprendido de los gemelos–. Era una expresión muy suya –explicó, mirando el perfil de Hamish.

–¿De quién? –preguntó él, con la sensación de que nunca se acostumbraría a las expresiones de su pasajera.

–De Max. Le gustaba mucho aprender la lengua de la calle. Aprendió de David y Paul a decir «cagada» y «sacar el dedo», y lo decía sin que viniera a cuento.

–¿Dónde?

–En la cama. Yo nunca lo saqué del error. En uno de sus conciertos, oí que una mujer, muy indignada, le contaba a una amiga que Max la había camelado, se la había llevado a la cama y después le había dicho: «Esto es una cagada, ¿verdad?». Ja, ja, ja, ja. –Helena se rió con ganas–. Se esforzaba mucho por ser inglés. Ja, ja, ja, ja.

Observando a Helena, Hamish vio que los años se esfumaban de golpe.

–Parece que os divertíais.

–Sí, sí. Nos divertíamos mucho. Max y yo, Max y Monika, Monika y yo. Nos reíamos un montón.

–Nunca he entendido la actitud de Monika –dijo Hamish, que como tantos católicos de nacimiento tenía opiniones bastante puritanas.

–Pues es muy sencillo. Nos teníamos cariño. Cuando se acostumbró a la vida en el campo, Monika se convirtió en la reina de Cornualles. Yo era la mujer de Max en la ciudad. Nos turnábamos para viajar con él. No era asunto de nadie más que nosotros. Después de la muerte de Richard el arreglo funcionó muy bien. Y, cuando murió la pobre Monika, yo seguí en mi sitio. Max necesitaba dos mujeres, igual que Polly…

–¿Polly?

–Iba a decir que necesitaba dos hombres. Era avariciosa. Quería a los gemelos, los consiguió y los ha conservado. ¡Si la hubieras visto de joven!

–¿Cómo era?

–Guapa, reservada. Parecía una chica convencional, de esas a las que nadie se atrevería a cuestionar. Y en general nadie la cuestionaba. Tenía tanto desparpajo que acallaba las críticas y se ganaba la admiración de la gente. Fue un acierto que tuviera a James y a Iris.

–¿Sabes cuál de los gemelos es el padre de Iris o el de James? Siempre he tenido curiosidad.

–Supongo que ellos también la tienen. Nunca lo he preguntado, porque no

creo que Polly lo sepa. –Helena volvió a reírse a carcajadas, admirando el valor de la sobrina de Richard, y añadió–: Funcionó, y todavía funciona. Ahí los tienes, hijo, dos casos en los que hacen falta tres en el matrimonio. ¿Por qué no lo pruebas? –sugirió alegremente.

–Por la Iglesia, por mi educación.

–Nosotros no dejamos que la educación se interpusiera en nuestra forma de vivir.

–Bueno…

–¡Tu niñera, Catherine! ¡Tu madre! ¡Ay! ¡Ay! Tu madre se hizo católica por fastidiar a tu padre, que había dejado de practicar. Y luego, como san Pablo cuando se cayó del caballo, o lo que fuera, resultó que le gustaba. Tu padre no daba crédito.

–No le molestaba.

–Ella hacía con él lo que quería.

–Él la adoraba. Tenían unas peleas tremendas –dijo Hamish, recordando su infancia.

–Cuando él se emborrachaba. Solo cuando se emborrachaba. Le puso un ojo morado.

–No creo que a mi madre le gustara eso –contestó con horror.

–Te sorprendería lo que aguanta la gente cuando está enamorada.

–¿Insinúas que mi madre estaba enamorada de mi padre?

A Helena le encantó el tono de incredulidad de Hamish.

–Pues claro. Aunque nunca soltó prenda.

–¡Dios mío! –susurró Hamish–. ¡Dios mío!

–¿Por qué crees que nunca volvió a casarse? –Helena dejó que la cuestión calara en Hamish. No puedo con los hombres espesos, pensó. ¿Cómo voy a soportar la vida sin Max? Buscó la petaca en el bolso y desenroscó el tapón. Después de dar un trago cambió de tono–: Si ves un bar decente, para, por favor, que quiero ir al lavabo y llenar la petaca.

–Y yo te encontraré violetas aunque me muera en el intento –dijo Hamish, con un acceso de gratitud por la revelación que Helena acababa de hacerle sobre su madre–. No le diré que me lo has dicho.

–Más te vale –asintió Helena, recordando el regreso de Hector, su fuga del campo de prisioneros en Italia y el esfuerzo de Calypso por ocultar su alegría.

«Intenta protegerse, *unsere*[39] Calypso –le había dicho Max–. Finge que no ama: es su camuflaje.»

–Si tu padre no hubiera querido tan desesperadamente a tu madre, habría vuelto a la Iglesia –dijo Helena con aire pensativo.

–¿Qué quieres decir? No te entiendo.

–Ella habría cambiado su opinión de él, y él no podía correr ese riesgo.

–Si no consigo encontrar violetas, ¿qué otras flores le gustaban a Max?

–Encontraremos violetas –le aseguró Helena, que sentía simpatía por Hamish, el hijo de Calypso. Le recordaba a Hector, su padre. Y, con cariño, añadió–: Como sabes, tu madre tenía fama de acostarse con todo el mundo. –Hamish parpadeó–. Pero después de que tu padre volviera de la guerra nunca volvió a llegarme un solo rumor. Max dice que dejó de fijarse en otros hombres, porque se dio cuenta de que tenía lo mejor de ambos mundos.

–¿Cuando se hizo católica?

–¡Exacto! Se casó por dinero y acabó descubriendo el amor. Lo del catolicismo supongo que lo hizo por ti, tanto como por Hector. Digamos que fue una impertinencia.

–¿Mis padres estaban hechos el uno para el otro?

–Hay un bar a cosa de un kilómetro. Podemos parar. Vuestra iglesia celebró una sonada misa de réquiem cuando murió tu padre. Fui con Max y Monika: fue impresionante. Maniobras de Calypso. Tú estabas. Eras un niño. Tenías el mismo pelo que tu padre.

–No veo qué maniobras pudo hacer –se defendió Hamish–. La Iglesia no es así.

–Pero Calypso sí. –Helena cerró el bolso con un chasquido cuando ya llegaban al bar–. Mira: el coche de Polly. Viene con Iris y James. ¡Toca la bocina!

Hamish obedeció y paró al lado del coche de Polly.

James salió del bar.

–Hola. –Besó a Helena en la mejilla mientras bajaba del coche–: Iris y mamá están en el lavabo.

–Bien. –Helena se enderezó–. Llena esto. –Le pasó la petaca a Hamish–. Me gusta el Vat 69. Podemos ir todos juntos.

Hamish y James la miraron mientras entraba en el bar.

–Es una esponja –observó Hamish.

–No sabíamos si encontraríamos algo de comer. Hicimos provisiones en el mini Fortnum de Tavistock. Pasamos la noche allí. –James era muy simpático.

–La tía abuela Helena está rememorando el pasado –dijo Hamish.

–Mamá también –sonrió James–. Es lo que pasa en los funerales.

–¿Ha revelado algún secreto?

–No exactamente. Ha sido más bien una pequeña aclaración. –James entró con Hamish en el bar–. Sobre nuestros orígenes.

–Nuestros firmes orígenes –contestó Hamish–. ¿Qué quieres tomar?

–Nada, gracias. Me toca conducir el último tramo.

Hamish pidió un whisky y le dijo al camarero que llenara la petaca de Vat 69.

–Teniendo en cuenta nuestros orígenes –observó James–, los tuyos y los míos, yo diría que somos asombrosamente firmes.

–¿Qué quieres decir? –Hamish no sentía demasiada simpatía por James. Prefería a su hermana, que era discreta.

–Nosotros tenemos dos padres y tú ninguno –dijo James con orgullo.

–Yo tuve uno –replicó Hamish, ofendido–. Murió. No se divorciaron ni nada parecido. Los vuestros no llegaron a casarse con vuestra madre.

–¿Cómo iban a casarse? –James se había enfadado.

–Bueno, bueno.

Iris apareció por detrás.

–Por favor, dejadlo. Cuanto menos desenredemos las relaciones, mejor. No os olvidéis de que estoy casada y tengo dos niños que pronto empezarán a hacer preguntas.

Hamish se puso a reír. Era cierto que se había olvidado de que Iris estaba casada y tenía dos hijos. Tenía un marido y una vida tan respetable y feliz que nunca llamaba la atención.

–Y ¿qué vas a decirles? –preguntó, saboreando el whisky y sonriendo a Iris, que era menos guapa que su madre y también mucho menos guapa que Calypso.

–No creo que les interese –contestó Iris–. Ha pasado mucho tiempo. Solo nos interesamos en ocasiones como esta, cuando un funeral despierta los recuerdos de nuestra madre.

–Y de Helena –añadió Hamish.

–Sí, supongo. Pobrecilla. Pero cuando ella falte…

–Queda mi madre, queda Sophy, vuestros… Eee… vuestros padres. ¿Vienen, por cierto?

–Tal vez no lleguen a tiempo. Están en Vichy. No creo que puedan.

Hamish se acordó de que Paul y David rara vez participaban en las reuniones familiares. Ponían como excusa la artritis.

XXXV

Pauli Erstweiler llegó en su Mercedes. Cerró el coche de un portazo. Sophy oyó pisotones en el vestíbulo. Se detuvo al lado de la mesa y fue a ver a su padre, que vivía en Inglaterra mientras él estaba en el campo de concentración. Sophy notó la amargura con que Pauli impregnaba la casa: un silencio gélido la había envuelto como una mortaja. Se escondió en la habitación de al lado, detrás de la puerta. Oyó los pisotones de Pauli cuando bajaba las escaleras, y luego oyó que cogía el teléfono, marcaba, hablaba y ordenaba a la funeraria que viniera a cerrar el ataúd. Y después:

–Gracias. *Ja, ja*. Mañana a las dos y media. ¿Qué? Sí, sí, la casa se pondrá en venta. ¿Conoce a un comprador? Mañana entonces, gracias. Mañana está bien.

Tenía un acento muy fuerte.

Entró en el salón como si estuviera en su casa. Levantó la tapa del piano y tocó unos acordes confusos con los dedos que los guardias del campo de concentración le habían machacado para erradicar la música de su vida. Bajó la tapa sin el menor cuidado y volvió a la entrada haciendo ruido, abrió, cerró de un portazo, dio otro portazo al subir al coche, revolucionó el motor, los neumáticos rechinaron y el viento ahogó el ruido del coche mientras una cortina de lluvia cubría la ventana.

Pobre Pauli, tan lleno de amargura, había pensado Sophy cuando estuvo entre sus brazos. ¿Cómo puedes amar si estás lleno de odio?

¿Cómo creía que podría ser músico si no tenía amor? Se había hecho multimillonario, decían, vendiendo tanques, aviones y armas. Sophy volvió con Max, que yacía en silencio, con su música enmudecida y su pena por Pauli agotada. Qué alegría les dio saber que Pauli estaba vivo. Se acordaba del joven esquelético. De que la felicidad de Monika y Max se transformó poco a poco en miedo, dolor y amargura.

–Necesita amor –dijo Monika.

–Necesita amor –dijo también Max.

–Necesita descanso –dijeron los Floyer– y paz.

–Necesita una buena bofetada –dijo Helena.

Y vieron cómo Pauli se aferraba a la vida y la utilizaba, sin reparar en el dolor que causaba, con codicia, crueldad, egoísmo y frivolidad.

–Era un chico egoísta y cruel –le dijo a Max, tendido en su ataúd–. Hice el ridículo tratando de despertar su amor. Calypso tenía razón cuando dijo que era un caso perdido. Lo sigue siendo. Cuando conoció a Pauli, Calypso dijo: «No es

como nosotros». Y Polly dijo: «Los gemelos no fueron a la guerra por un judío como él».

Y Helena lo había calado a la primera. Dijo que habría sido preferible para Max y Monika que se hubiera muerto, que así tendrían un buen recuerdo de él.

Sophy acarició la cara de Max con cariño, deteniéndose en la mejilla fría, en la boca expresiva. Habría sido mejor enterrarlo sin la arrogante presencia de Pauli.

Intranquila por el viento, molesta por la brusca llegada de Pauli, se puso a dar vueltas por la casa, devolviéndola mentalmente a como estaba amueblada cuando ella era pequeña. Subió a su dormitorio y, mirando desde la punta de la rama de la encina, se acordó de los años en que soñaba con Oliver. Y él quería a Calypso. Intentó recordar un momento en el que no lo hubiese querido o el momento en que dejó de quererlo, y no pudo. No se acordaba de cuándo ni de dónde lo había visto por última vez. Hacía muchos años, en otra vida, pensó, mientras entraba en el dormitorio del tío Richard. El pobrecillo estaba tan enfermo que ni podía quitarse su lágrima. ¿Por qué no se la quité yo? ¿Por qué le dejé morir con la mejilla sucia?, se reprochó.

–Sophy –llamó Calypso con voz clara–. ¿Sigues aquí? ¿Estás loca?

–He pensado quedarme a pasar la noche con él.

Sophy salió al rellano a recibir a Calypso.

–Es morboso, pero tú sabrás. ¿Puedes echarme una mano? He comprado alcohol para mañana. ¿Me ayudas a descargar el coche?

Sophy salió con Calypso.

–Madre mía, champán.

–A Max le gustaban las burbujas. ¿Te acuerdas de que lo llamaba así, «burbujas»? Te acuerdas de que lo celebramos cuando nos dijeron que a Hector no lo habían matado.

–Me acuerdo muy bien.

–Lo suponía –dijo Calypso, acercándose al coche–. Mañana tomaremos burbujas. A él le gustaría.

–Sí.

–Adivina a quién he visto en la ciudad… A Pauli.

–Ha estado aquí. Me escondí.

–No me extraña. Es un cerdo. Creo que es un niño cambiado al nacer. Cuando piensas en Monika y en Max, no parece posible que sea su hijo.

–Casi.

–Casi no. Del todo. Imposible que sea suyo. ¿Sabías que…? ¿Puedes con todo eso? Pesa mucho… ¿Sabías que una vez me tiró los tejos?

–Yo me acosté con él.

–¿Cómo pudiste? ¿Qué te pasó?

Sophy se echó a reír al ver la cara atónita de Calypso.

–Pensé que podía enseñarle a querer –dijo escuetamente.

Calypso dejó la caja que llevaba en el suelo y soltó una carcajada. Por unos momentos volvió a ser la misma de antes de la guerra.

–Pero, cariño, tú quieres a Oliver. Siempre lo quisiste. Nunca te interesó nadie más.

–De pequeña. ¿Cómo lo sabes?

Bajo el viento y la lluvia, con la caja de champán en los brazos, Sophy se aferró a su intimidad: quería protegerla.

–Todos lo sabíamos. –Calypso abrió la puerta principal–. Tu carita enigmática, tus ojos. ¿Dónde dejamos esto?

–En la cocina. –Sophy se adelantó, con la caja de champán, alegrándose de darle la espalda a Calypso–. En la despensa hace fresco. Lo dejaremos ahí.

–Oliver es un imbécil. ¿Lo has visto últimamente?

–Hace años que no lo veo.

–Sus dos mujeres. Qué horror.

–¿Hay más cajas como esta? –preguntó Sophy, con ganas de dejar de hablar de Oliver.

–Sí, en el coche. Renunció a mí hace muchos años, cuando cayó la moneda –insistió Calypso.

–¿Qué moneda?

–La que me hizo elegir a Hector.

–Yo siempre supe que querías a Hector.

–No, no, no era amor. Me convenía, nada más.

–Esa es tu versión –replicó Sophy.

–Cuando terminemos de descargar te invito a cenar.

–Pensaba pasar la noche aquí.

–¿Por qué?

–Max está solo. Siempre necesitaba estar cerca de alguna de nosotras.

–Muy bien. Tomaremos unos huevos con beicon y te haré compañía. No puedes quedarte aquí sola. Pauli podría volver. ¿Por qué crees que habrá venido?

–Para ver a Max. Le oí llamar a la funeraria para pedir que cerraran al ataúd y decir que la casa está en venta. Ahora es suya.

–No pierde ni un momento. Tampoco es que tenga importancia. Ya nunca será lo mismo. Para mí esta casa siempre será de Richard y de Monika. Desde la guerra, cuando Brian disparó el cañón.

–De Monika y de Max. Últimamente solo de Max. Y Helena venía de visita.

–Claro, pero nuestras raíces están en el césped de manzanilla. ¿Tú crees que ahora huele?

–Muy poco. –Sophy sonrió a Calypso. Se alegraba de que hubiera vuelto.

–Vamos a terminar de descargar y abrimos una botella para la cena. A Max le

parecería bien.

–No me gusta dejarlo a oscuras.

–Pues encenderemos unas velas. La luz eléctrica no quedaría bien. Ojalá tuviera unas velas.

–Max solo usaba velas cuando había apagones. Se iba corriendo a rezar. A Helena le horrorizaba.

–Seguro que a la Iglesia no le parecía mal –dijo Calypso mientras rebuscaba en un armario–. Aquí hay velas. Lástima que sean rojas.

–La luz es casi igual. –Sophy cogió las velas y empezó a subir las escaleras–. Vamos a ponerlas en los candelabros que pusimos la primera vez que cenó aquí, antes de la guerra.

–¿Te acuerdas de esa noche?

–Sí, había luna llena. Le diste la mano a Oliver.

–¿Lo viste? –Calypso se echó a reír.

–Y el tío Richard brindó por los ausentes, pensando en Pauli.

–Y el césped desprendía un olor delicioso, después del calor del día, y Max nos miraba a todas.

Calypso encendió una cerilla.

–La tía Helena llevaba un vestido largo, y le dio una patada al tío Richard, porque hizo un comentario grosero sobre Pauli.

Sophy dejó los candelabros al lado de la cabeza de Max.

–Y Monika puso unos ojos enormes, pensando que Pauli estaba en Auschwitz. ¿Por qué crees que lo dejaron allí? –preguntó Calypso mientras encendía la última vela.

–Un amigo en el que confiaban les prometió que lo sacaría del campo y lo mandaría aquí con ellos. No fue posible. El amigo también terminó en un campo.

–¡Au! –Calypso se había quemado los dedos. Tiró la cerilla, que cayó en el pecho de Max.

–Ten cuidado. Vas a prenderle fuego. –Sophy cogió corriendo la cerilla–. Le has chamuscado el traje. –Apagó la cerrilla de un manotazo.

–Qué mal huele. Puaj. –Calypso se sopló los dedos–. Monika era muy lista –dijo, con aire pensativo, mirando a Sophy por encima del cadáver de Max–. Al final Helena y ella se adoraban. ¿La atracción de los contrarios? ¿Mutuo interés? Era lista. Y también buena.

–Y astuta. Cuando el escándalo de las cobayas se mudó a casa del general.

Sophy sonrió al recordarlo.

–Pero ¡si fue el culpable de todo! ¡Qué viejo tan horrible! –protestó Calypso–. ¿Qué es eso de que se mudó?

–Hizo una maletita, fue andando por el acantilado a casa del general y le dijo

que, si la prensa aireaba la historia, él, que era un caballero inglés, tendría la obligación de protegerla y darle asilo.

–¡Caramba, qué hábil!

–Él sabía que quedaría como un idiota si la prensa aireaba la historia, así que lo tapó todo. Me pareció un gran triunfo de Monika.

–Seguro que se lo dijo Max.

–No, no. Cuando llegaron Max, Helena y el tío Richard, la encontraron escondida en casa del general.

–No lo sabía.

–No lo sabía nadie. No le quedó más remedio que hacer el papel de caballero inglés –dijo Sophy.

–Siempre nos cogía de la cintura para achucharnos. ¿Cómo te enteraste?

–Por la madre de David y Paul. Dijo que le parecía un castigo justo, por sus opiniones pronazis.

–Ah, sí. Se me había olvidado. –Calypso se quedó pensativa–. ¿No intentaba toquetear también a Monika?

–Sí. Pero eso se acabó después del lío con las cobayas. Ojalá pudieras sumarte a la conversación –dijo Sophy, mirando a Max–. No creo que se note la quemadura.

–Vamos a abrir una botella. Nos acordaremos de más cosas después de un par de copas. –Calypso fue hacia las escaleras–. Si no tuviéramos tantos años echaríamos una carrera a la luz de la luna. Madre mía –dijo, dándole la mano a Sophy–. ¡Qué ignorantes éramos!

–Mucho.

–¿Con quién te acostaste primero? ¿Quién fue tu primer amante? –Calypso se mordió la lengua, al ver la cara de póker que ponía Sophy–. El mío fue Hector –confesó–. Nadie se lo creía, pero Hector fue el primero, y no tardé mucho en darme cuenta de que también era el mejor. –Vio que Sophy bajaba la guardia–. Dicen que me volví una estirada cuando me casé, y puede que fuera cierto. Ser rica se me subió a la cabeza. –Ha pasado el peligro, pensó–. Vamos a descorchar una botella –dijo, entrando en la cocina. Se la veía muy mayor, con esa luz tan fuerte, pero desde que tuvo el derrame cerebral parecía mucho más humana que la chica del césped de manzanilla.

XXXVI

Era demasiado temprano para el funeral y Sophy paseaba por el cementerio con sus botas de goma verdes, la falda alborotada por el viento alrededor de las rodillas y un chal en la cabeza.

Buscó entre los vecinos –Penhaligan, Boscence, Penrose, Tremayne y Tredinnick– a los Floyer, al tío Richard y a Monika. Leyó los nombres de los Floyer, su fecha de nacimiento y defunción. Párroco local, R. I. P. Alguien había plantado narcisos en la tumba. En primavera una alfombra amarilla cubría la sepultura. También habían plantado crocos de otoño. Llovía, y los Floyer descansaban en ese momento bajo un vistoso manto rosa que se extendía hasta las sepulturas vecinas, tal como se había extendido su espíritu por toda la parroquia. A Sophy la maravillaba que nunca hubieran criticado la relación de sus hijos con Polly, que nunca se entrometieran. Su manera de aceptar una situación tan insólita acalló las malas lenguas con la misma eficacia con que la espuma apaga el fuego.

La sepultura de Richard Cuthbertson estaba apartada, adornada con ciclamen de otoño y primavera. Las cabezas aflautadas de las flores rosas asomaban entre las hojas veteadas como el mármol.

«Hola, tío Richard, y Duck.» Sophy acarició las hojas frescas. Richard fue un día a bailar claqué con los refugiados de la casa parroquial alrededor de la caldera de agua caliente, sudó mucho, cogió frío y el resfriado derivó en la neumonía que le costó la vida. *Putting on My Top Hat*. ¿Dónde, cuando llegara el momento, enterrarían a la tía Helena? Daba pena estropear el ciclamen, tan espléndido.

Sujetándose el chal por debajo de la barbilla, examinó la fosa que habían abierto para Max, con la tierra oscura amontonada a un lado; la misma sepultura en la que ya descansaba Monika, ahora cubierta de césped artificial. ¿Habría sitio para tres? Se aguantó la sonrisa mientras volvía paseando entre los Penhaligan, los Boscence, los Penrose, los Tremayne y los Tredinnick. ¿Cuál, entre los muchos Penrose, era el Penrose que no fue un buen marido, el exhibicionista que aterrorizaba a una niña y se cayó, o lo empujaron, por el acantilado? En el pórtico de la iglesia, Sophy se quitó el chal y lo sacudió. El recuerdo pertinaz del grito de un hombre se perdió entre las gotas de agua mientras contemplaba los campos, los acantilados y la furia del Atlántico gris azotado por los vientos de poniente. Volvió a ponerse el chal y entró en la iglesia, ajustando la vista a la penumbra.

La capilla era una hoguera de color rojo, amarillo, rosa y naranja: dalias, lirios, crisantemos y estrelladas; hortensias blancas, rosas, verdes y azules; gavillas de

maíz, manojos de verduras, tarros de mermelada, sacos de patatas, pilas de zanahorias y calabacines, tarros de encurtidos, cestos de hongos, ristras de ajo y cebolla, naranjas y plátanos. El día siguiente se celebraba la Fiesta de la Cosecha.

Fuera de la iglesia, el viento gritaba y golpeaba. Caían chuzos de punta de los nubarrones. Tiempo de arcoíris.

Delante del altar, dos caballetes esperaban el féretro de Max. Se sentó en las últimas filas. No tardarían en llegar todos –los amigos, los compañeros, las amantes, los curiosos– para dar sepultura al extranjero, al refugiado, al hombre que había hecho suya aquella tierra, que se había ganado el derecho a descansar entre sus vecinos. Al cabo de casi cincuenta años, incluso a Monika le habían perdonado sus costumbres extranjeras –las ristras de ajos y los cestos de hongos–, prueba muda casi de aceptación. Sophy estornudó por la fragancia intensa de los crisantemos y el fuerte olor a tierra de los sacos de patatas. Tenía frío y se puso en la zona de debajo de la torre, donde se congregaban los campaneros, a bailar una giga para activar la circulación pisoteando el suelo de piedra con las botas de agua. Al oír voces en el pórtico volvió a sentarse, jadeando, bien escondida entre las sombras.

Tres o cuatro periodistas se quitaron la capucha del anorak.

–No durará mucho. Se celebrará un funeral en Londres. Bastará con uno o dos párrafos.

–Nunca se sabe. Hay dos agentes dirigiendo el tráfico. Y en el bar he visto varias caras dignas de mención.

Los vecinos llegaron de dos en dos y de tres en tres: las mujeres de mediana edad con paraguas y los hombres con traje sobrio. Se sentaron en las últimas filas, cerca de Sophy.

–Está preciosa este año. –Admiraron con orgullo la decoración de la cosecha.

–Veo que Lorna Tremayne ha puesto tres tarros de conservas al lado de la fuente. No es propio de ella.

–Ya se los llevará después del servicio. Esa tacaña no te daría ni los mocos, si se los pidieras.

–Pues ya puede andarse con ojo el párroco si los quiere para el hospital.

–La señora Floyer siempre hacía una lista. No se le escapaba una. Este párroco nuevo necesita una mujer.

–Es demasiado alto. Más alto que los Floyer de Altos Vuelos.

–Sí. Los echamos de menos cuando faltan. Este de ahora no parece que tenga lo que hay que tener.

Las voces se convirtieron en un susurro inaudible, y un callado ataque de risa sacudió el banco.

Más pasos en el pórtico. Los periodistas preguntaban nombres. Un plantel de mujeres bien vestidas, seguidas por sus consortes con abrigo y sombrero, pararon

un momento a dar su nombre a los periodistas y buscaron con la mirada un banco en el que sentar sus posaderas, saludando discretamente a los amigos y admirando las flores y las verduras de la Fiesta de la Cosecha.

Un grupo de jóvenes con instrumentos musicales entró con prisa y timidez: las chicas con melena larga; los chicos incómodos con su atuendo formal.

–Son sus mejores alumnos –explicó una mujer bien informada que estaba delante de Sophy.

–Entonces tendremos música. Ah.

Polly, y detrás Iris y James. Qué gorda esta Polly: tenía una pinta rara, con un sombrero marrón, dando el paraguas a su hijo para que lo escurriera antes de sentarse los tres en la tercera fila.

Un hombre mayor, al que apenas le sostenían las piernas, con una mujer grande y sana. Sophy reconoció a Brian Portmadoc.

Otra cara vagamente familiar, con el pelo peinado desde un lado para disimular la calva.

–¿Dónde nos sentamos? ¿Por qué lado vamos? –preguntaba con voz quisquillosa.

Sophy lo reconoció por la voz. Tony Wood, el valiente bombero y amigo fiel.

–Da igual. Esto no es una boda. Nos sentamos donde podamos. Aquí está bien.

Su amigo. Tony finalmente se había emparejado con un hombre. Tenían una tienda de antigüedades en Brighton.

Dos figuras idénticas, calvas, con una orla de pelo blanco; las dos barrigudas, las dos cojas, las dos gordas. Echaron un vistazo, buscando a Polly, Iris y James. Polly los vio y saludó con la mano.

–No sabía que veníais.

Parecía encantada. Sonrió con su sonrisa contagiosa, enseñando los dientes.

–Hacednos sitio. Hemos venido en tren. Vas a tener que sentarte en el otro banco, James. –El tono era de cariño paternal.

–No. No pasa nada. Mejor todos juntos. –También cariño en la voz de James.

–Un poco apretujados. –Paul se sentó, sonriendo.

–¿Qué tal en Vichy? –Iris se alegraba de verlos.

–¿Habéis encargado una corona? –David, con ligera preocupación.

–Claro. Chsss…

Seguía llegando gente. Los músicos montaron los atriles, el órgano entonó un par de notas con vacilación; un chirrido de violín; el tañido de un chelo. Sophy, respirando el olor húmedo de las flores de otoño, soñaba con la manzanilla, con el olor seco y aromático de su juventud. En el pórtico, los periodistas se apartaron para dar paso a Helena, que entró en la iglesia envuelta en olor a whisky. Recorrió el pasillo sin tropezar hasta el primer banco y se sentó sola, a la izquierda, cerca de

los caballetes del féretro. Los cuchicheos se interrumpieron. Todas las miradas estaban puestas en ella, clavadas en su espalda. Detrás de ella, deprisa, entró Calypso, con abrigo blanco, sombrero, guantes, medias y zapatos ne-gros, guapa y con cara de circunstancias. Hamish, a su lado, la llevaba ligeramente del brazo. Se agachó para dejar una caja de cartón al lado de Helena, que asintió con agradecimiento.

La iglesia estaba llena. Ya solo quedaba sitio en primera fila. A la izquierda estaba Helena. El banco de la derecha seguía vacío, a la espera del deudo principal.

Imponiéndose a al murmullo de la congregación, el viento azotaba y zarandeaba la iglesia, gemía entre los pináculos de la torre, bramaba en el tejado de plomo. Helena sacó la petaca del bolso, desenroscó el tapón y dio buen lingotazo.

–A ver si consigo entrar en calor…

La congregación se puso en pie. Se oyeron pasos lentos en la gravilla del camino.

–*Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor…*

La voz grave del nuevo párroco retumbó en medio del vendaval, acompañando al féretro hasta la iglesia. Los periodistas se apartaron cuando el sacerdote se detuvo un momento en el pórtico: un gigante con una túnica negra inflada por el viento, que dejaba al descubierto su forro rojo.

–*Nada hemos traído a este mundo y nada nos llevaremos de él.*

Las palabras resonaban con espléndida cadencia.

–Te llevas mi amor –murmuró Helena, con rebeldía, y Calypso tomó aire mientras Hamish la miraba de reojo, preguntándose si estaría rezando y cuáles serían sus oraciones. Siempre parecía especialmente guapa en la iglesia–. Me duele. Dios, cuánto me duele. –Helena observó cómo apoyaban el féretro en los caballetes. No oía la voz vibrante del párroco; no prestaba atención al oficio ni a la música que interpretaban los alumnos de Max. El espíritu de Max no estaba en ese féretro, demasiado ostentoso, que había escogido Pauli. Pauli había entrado en la iglesia siguiendo el féretro y ahora estaba sentado en el banco de la derecha, solo. ¿Cómo podía ser hijo de Max? ¿Cómo había podido concebirlo una mujer tan dulce y encantadora como Monika, que era buena sin ser aburrida? Helena volvió la cabeza para mirar a Pauli, que tenía la vista al frente. ¿Qué negocio estaría tramando este mago de las finanzas que había engendrado Max? «Seguro que en la cama nunca eres frívolo», murmuró, porque, sí, puede que hubieran tardado un tiempo, pero Max y ella se habían reído mucho. «¿Qué voy a hacer sin sus bromas?», clamó su viejo corazón.

La ceremonia seguía su curso inexorable. Helena se levantaba, arrodillaba y sentaba automáticamente, y detrás de ella, divagando, como le ocurría siempre en

misa, Calypso pensaba en comida, en sexo y en Hector. En el tacto de su piel, su olor a frutos secos, su risa, su pasión, sus arrebatos de ira. Max también era bromista. Prestó atención unos momentos. A Max le habría gustado ver a Helena y a Polly, a Sophy, escondida en las últimas filas, y a ella: todas presentes en su funeral, y a saber cuántas más de las que están aquí, pensó Calypso, se habrán acostado con él. Hector siempre decía que Max sembraría la simiente del espíritu musical en este rincón de Cornualles. Ojalá pudiera pedirle a Helena un trago de la petaca sin faltar al decoro. Le estrujó la mano a Hamish y disfrutó de su escueta sonrisa, tan parecida a la de Hector.

–Ya no falta mucho.

–Sí.

Helena seguía fulminando a Pauli con la mirada. Había vuelto de entre los muertos para odiar, amasar dinero, odiar más y amasar más dinero. Nunca tuvo afecto para Monika ni para Max, ni comprensión, ni, curiosamente, música. Max, incapaz de entender a su hijo perdido y encontrado, había llorado por él, y Monika había estado a punto de saltar desde el acantilado, culpándose por los accidentes del destino.

–Otra vez no, *mein Schatz*. No puedes hacerlo dos veces. Con lo de las cobayas ya fue suficiente.

Helena dedicó una amplia sonrisa al párroco, recordando la voz de Max, la relajación, la risa. No podría soportar esto sin estar borracha, pensó.

El párroco, al verla sonreír, se puso a tartamudear en mitad del sermón y perdió el hilo, pero continuó con valentía, alegrándose de que la experiencia le permitiera actuar sin pensar demasiado. También se alegraba de haberse puesto unos calcetines gruesos. Haría frío al lado de la tumba.

Cuánto odia Helena a Pauli, pensó Calypso. ¿Cómo pudo Sophy acostarse con él? Ojalá se hubiera casado con Hamish. La edad habría sido lo de menos. El problema de Sophy era que creía que todo se curaba con un poco de amor. ¿Qué decía Hector? «Está echando a perder su talento deliberadamente.» Ah, Hector, cariño, tú no echaste a perder el tuyo: los árboles que plantaste escriben mi nombre en primavera. ¿Habrá encargado Pauli algo de comida para absorber el champán? Tendría que habérseme ocurrido antes, no en mitad de la ceremonia. Su expresión de reverencia agradó al párroco, que se olvidó de Helena y posó la mirada en Calypso con satisfacción. ¿Cómo será en la cama?, pensó Calypso, por pura costumbre. ¿Necesitarían también los clérigos entonarse un poco, como Max antes del ensayo? Cómo se había reído en el cine. ¿Qué película vieron? Frunció el ceño, intentando acordarse.

–¿Max era protestante? –susurró Hamish cuando se arrodillaron.

–Ni la más remota –susurró Calypso, con la boca oculta por las manos unidas–. Algo tenía que ser de nacimiento.

–Si era católico esto es un error.

–Ya no tiene remedio. Calla.

–Voy a preguntárselo a Helena. Helena –se agachó y acercó la cabeza a la de Helena, que seguía sentada en el banco, delante de él, porque le dolía arrodillarse–. Tía Helena, ¿Max era católico o protestante?

–Judío. ¿Por qué lo preguntas? –dijo Helena con voz clara.

–Por este funeral. Seguro que…

–No practicante. No practicaba ninguna religión: solo el violín. Y las mujeres también, claro.

–Calla –susurró Hamish.

–Tú has empezado. Calla tú.

Helena se levantó al ver que el coro se preparaba para cantar.

–*Nuestro Dios, nuestra ayuda en épocas pasadas*.

Helena se aclaró la garganta, al reconocer la letra. No habría muchas más épocas, pensó satisfecha mientras cogía la caja de cartón, preparada para seguir al féretro hasta la tumba. Nunca le molestó que yo no tuviera oído, se dijo. Le hacía gracia.

Oliver, empapado por la caminata desde la estación, se arrepintió de haber hecho el viaje. Primero le horrorizó ver el puerto de Penzance, donde el murmullo del agua siempre acudía a recibir al tren, drenado para construir un aparcamiento. Ahora, por llegar tarde, estaba amontonado con la multitud en la entrada de la iglesia, soportando el espectáculo de ver a Polly hinchada y gorda, flanqueada por sus hijos, que tendrían como mínimo treinta años. Calypso, acompañada por una versión joven de Hector, se conservaba bien. Se conservaba, ¿para qué? Le había llegado la noticia de que había tenido un derrame. Esbelta, *tiré à quatre épingles*[40], el epítome de todo lo que él aborrecía: una zorra elegante, conservada en dinero. Bueno, era lo que buscaba: en eso fue sincera. Qué idiota era uno de joven. Y los gemelos, no podían ser otros. Ese par de gigantes como dioses, ahora gordos, calvos y cojos. Seguro que tenían almorranas. Había oído que todos los pilotos las tenían. No podía hablar de esto en su novela, no quedaría bien. Y ¿por qué no? Ahora todo vale. Aunque era una ocurrencia idiota recrear el funeral de Max. Los funerales, en los libros y en la escena, eran *vieux jeux*[41]. Y ¿esa mujer viejísima? ¿Sería Helena? Tenía que ser ella. Debía de andar cerca de los cien: era una momia, una superviviente; y cómo miraba al tipo del otro banco. Pauli, claro. Pauli, resucitado de entre los muertos. ¡Caray! No me lo esperaba. ¡Conque ese es Pauli! ¡Caray! Se acordó de cuando Max le contó su peligrosa huida de los nazis, con Monika, y su angustia cuando supieron que Pauli no podría seguirlos, tal como esperaban: «Siempre nos sentiremos culpables. Siempre nos quedará la sensación de que tendríamos que haber muerto con él». Pues bien, no había muerto. Y al parecer llevaba un abrigo de vicuña. ¿Aún

llevaba la gente abrigos de vicuña? Tengo que consultarlo, aunque ningún personaje mío lleva cosas así. Oliver movió las piernas con cuidado: tenía los pantalones de pana húmedos; los hombros encorvados por el peso del anorak a prueba de tormentas, y se arrepintió de no haberse puesto otro jersey. La mujer que tenía delante, con botas de goma y un chal en la cabeza, estornudó. No iba vestida como las respetables, que no llevaban botas de goma. Botas de cuero y de tacón, y botas de plástico con cremallera aquí entre los del fondo. No, no me sirve para la novela, pensó Oliver, mejor me quedo a disfrutar de la música cuando llegue el momento. Los alumnos de Max parecen dispuestos a tocar con el corazón, aunque tampoco creo que vaya a oírse muy bien con este maldito vendaval.

–¿Qué van a tocar? –le preguntó a quien estaba a su lado–. ¿Lo sabe?

–Mozart, creo, y Bach, mientras llevan el féretro a la tumba. Podemos acercarnos cuando se queden libres los bancos delanteros.

–Gracias. –Oliver se dio cuenta de que no había estado atento al oficio. Un hombre de pelo blanco estaba terminando la lectura:

–*… y todas las trompetas sonarán para él al otro lado*.

Oliver se puso hecho una furia. Trompetas. ¿Cómo lo sabían? ¡Qué indignante! Nos toman el pelo. ¿Cómo se atreven a hablar de trompetas? Lo que hay es tierra. Lo vi en España. Lo vi en el desierto: tierra, tierra, tierra; no trompetas de mierda: solo agujeros en el suelo. Yo no escribo sobre estas ilusiones, escribo sobre cosas incómodas: eso es lo que vende. Con un arranque de placer que mitigaba su amargura, se alegró de que el chico inmaduro que había sido se hubiera convertido en un escritor de éxito.

Terminaba la primera parte del oficio. El párroco, espléndido con su túnica teatral, se disponía a acompañar a Max hasta la sepultura. Pronto podría acercarse un poco para escuchar la música. Por encima de las gafas en forma de media luna, observó cómo se formaba el cortejo: Pauli detrás del féretro, ancho y gordo, con los ojos de Monika, las mejillas grasientas, sin una pizca de la ductilidad de Max ni de su cara divertida. Helena encogida, con todo el peso en la cintura, llevaba una caja de cartón: los ojos azules, la mirada perdida, el pelo del color del polvo. Calypso, con un llamativo abrigo blanco, los ojos velados por el sombrero negro. Hamish,una réplica de Hector. Los gemelos, corpulentos y co-jos, con bastones. Sus hijos de mediana edad. Polly con gafas y el pelo casi del color de la henna. Elizabeth, seguro que esa mujer era Elizabeth, la chica que estaba enamorada de Walter y se casó con Brian Portmadoc. Walter se reiría de esta panda. Y Brian, hablando con Tony Wood, tenía que ser Tony. No podía ser otro. Y todos los demás, ¿quiénes eran? ¿De dónde habían salido? Oliver notó una risa histérica formarse en su pecho cuando el cortejo pasó por delante de él. No tardarían en tranquilizarlo los violines y los chelos. Un hombre en el que reconoció al que

probablemente era el mejor crítico musical puso la mano en el brazo de Helena.

–Querida Helena. Solo quiero decirte que siento mucho que Max… Siento mucho la muerte de Max.

–Hay mucha pena por aquí.

Helena posó un momento en él sus ojos viejos y salió de la iglesia sin tambalearse. Calypso, Hamish y los gemelos la acompañaban. Oliver se olvidó de los violines y los chelos para seguir al grupo, subiéndose las gafas en la nariz y el cuello del anorak hasta las orejas. Había dejado de llover y unos haces de luz de la tarde pugnaban con las nubes veloces y negras.

–Va a salir el arcoíris –se oyó decir a un niño entre los pasos lentos.

–Olvídate del arcoíris y mira dónde pones los pies. –La voz angustiada de una madre reprendió al niño, que estaba pisoteando las coronas y los ramos de flores caras que los empleados de la funeraria habían amontonado a la orilla del camino, con su belleza oculta por los envoltorios de celofán–. ¡Mira que eres patoso!

La mujer de las botas de goma estornudó escandalosamente. Aaachís, aaachís.

–¿Quiere un pañuelo? –le ofreció Oliver.

–Tengo uno, gracias.

Estaban metiendo a Max en el agujero de plástico verde.

–*El hombre nacido de mujer, corto de días…*

Dios mío, pensó Oliver. La que estornuda es Sophy. Qué sorpresa.

–*¿… en quién buscar socorro sino en…?*

¿Cuánto hacía que no veía a Sophy? Años y años. Intentó acordarse. Sophy volvió a estornudar y se apretó la nariz con un pañuelo para amortiguar el ruido. La voz suntuosa del párroco resonaba en el aire y en la iglesia se oía la música de Mozart.

–*… Oí una voz que desde el cielo me decía: «Escribe…».*

Sí, claro, pensó Oliver, te decía: «Escribe», así, sin más. Escribir es difícil de narices, incluso cuando no influye una voz del cielo. Y ahora el Padre Nuestro. Oliver lo murmuró con los demás, resentido, como siempre, por el «No nos dejes caer en la tentación». Si Dios fuera Dios, suponiendo que existiera, no haría semejante gilipollez.

–*La gracia de…*

Oliver miró a Helena, al otro lado de la sepultura. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué era esa caja?

–*… sea siempre con nosotros. Amén.*

–Amén –repitieron Calypso y Hamish, santiguándose.

Claro, Oliver había oído decir que se había hecho católica, que Hector era papista.

–Amén. –Helena abrió la caja de cartón y, con una mano flaca, salpicada de manchas de la edad y con las venas muy marcadas, empezó a esparcir algo en la

sepultura: violetas, que al caer sobre el féretro perfumaron el aire húmedo.

Hamish y los gemelos arrojaron entonces un puñado de tierra, y lo mismo hicieron Calypso y Polly, que, despacio, a ambos lados de Helena, fueron a estrechar la mano del párroco antes de dirigirse hacia los coches.

Oliver se acercó a Sophy por detrás y la cogió del codo.

–¿Puedes llevarme?

–Claro.

Sophy, sobresaltada, lo examinó con sus ojos orientales: encorvado, el pelo ralo y gafas, muy alto, muy flaco, empapado y totalmente reconocible.

–He venido andando desde Penzance –dijo, cogiéndola del brazo.

–Está muy lejos. –Sophy se apartó de él.

–Han drenado el puerto –señaló Oliver con rabia.

–Sí. Hace mucho tiempo.

Pauli estaba en la verja. Era imposible evitarlo.

–Sophy. Vendrás a casa, por supuesto. –Era una orden.

–Bueno, no sé si… –Parecía angustiada.

–Tienes que venir. Calypso ha traído bebidas y Polly comida.

–Este es Oliver Anstey.

–He oído hablar de ti, claro. Ven tú también. Supongo que estará Helena. –Pauli tenía autoridad y confianza.

–Sí, iremos –asintió Sophy, y echó a andar hacia el coche deprisa. Oliver la siguió.

–Parece encantado –explotó Sophy.

–Es lo que el tío Richard llamaría un canalla.

–El campo de concentración no le sentó bien. –Los nervios le hicieron echarse a reír–. Ay, se me están congelando los pies. Tengo que cambiar de calzado. –Se quitó las botas y buscó unos zapatos–. Están en el asiento de atrás. Ah, gracias.

Oliver la observó atentamente.

–No has cambiado. Todos los demás…

–Nos hemos hecho mayores. –Sophy guardaba las distancias.

–No es eso, es…

–La tía Helena está borracha. Hay que ir a casa. –Arrancó el motor–. Creo que me he resfriado.

–Te he visto estornudar.

–Invitada en su propia casa.

–¿Sigue siendo suya?

–Se la vendió a Max hace años, pero venía cada dos por tres. Ha sido una casualidad que estuviera en Londres cuando murió Max.

–Entonces ¿no es de Pauli?

–Legalmente sí pero…

–¿Qué?

–Él no es de aquí. Max era nuestro. No era de Pauli.

–¿No te cae bien?

–No creo que nosotros le caigamos bien. –Se le caló el coche–. Mierda.

–Oye –le dijo Oliver, poniéndole una mano en el brazo–, baja la ventanilla.

La tormenta había dado una tregua y una ráfaga de música llegó de la iglesia cuando los violines y el chelo alcanzaron el clímax. Oliver detuvo con el dedo la lágrima que resbalaba por la mejilla de Sophy.

Se chupó el dedo.

–Qué lágrimas tan saladas tienes –dijo.

Sophy arrancó de nuevo y siguió el cortejo de coches.

–Supongo que hay que ir a este paso –señaló Oliver.

–Quiero asegurarme de que la tía Helena está bien –Sophy estaba nerviosa.

–La tía Helena está hecha de una pasta más dura que nosotros, y es sorda. ¿Sabes? –Oliver se acomodó en el asiento y estiró las piernas–. Un amigo mío la vio leyendo *Guerra y paz* de pe a pa en una representación de *El anillo*.

–Es genial. ¿Dónde narices aparco? No tenía ni idea de que vendría tanta gente. Mira qué cantidad de coches. –Parecía desesperada.

–Déjalo aquí. Vamos andando. –Oliver estaba tranquilo.

Aparcaron el coche en la cuneta, subieron los peldaños de una cerca y fueron por el camino del acantilado.

–No había vuelto desde las últimas vacaciones antes de la guerra. ¿Dónde hacíamos la carrera? –Oliver se asomó a mirar por el borde.

–En la guerra pusieron una alambrada en el camino, y la maleza lo invadió todo. Este camino es nuevo.

–Yo tenía vértigo. Me daba pánico.

–A mí también me daba miedo. Corría para presumir, para llamar la atención.

–Deja que te dé la mano. –La ayudó a subir por la orilla hasta el césped de manzanilla–. ¿Todavía huele?

–Claro –dijo Sophy con voz distraída.

Estaba mirando la casa. Se soltó de la mano de Oliver y echó a correr por el césped hasta las puertas vidrieras. Llamó para que la dejasen entrar y se deslizó como una sombra oscura cuando James abrió la puerta, dejando fuera a Oliver. A él le embargó una emoción que trató de identificar. Miedo. ¿Tengo miedo?, se preguntó. En tal caso, ¿de qué? Ha echado a correr, me ha dejado solo. ¿Por qué coño habrá hecho eso? Se había parado en el césped. El viento había arreciado y lo estaba vapuleando; las nubes cubrieron el sol que había asomado brevemente, y otra vez empezó a diluviar. Hamish abrió las puertas vidrieras blandiendo una botella de champán.

–Te vas a empapar. Entra, por Dios, entra y bebe algo antes de que se acabe. –

Hamish se había tomado un par de copas y su temperamento, en general precavido, estaba en expansión.

–¿Sophy está casada? –Oliver se quitó el anorak mojado.

–No, por Dios, claro que no. No por falta de…

–Era curiosidad. He pasado mucho tiempo fuera del país y no he estado en contacto. Ah, gracias. –Oliver aceptó la copa que un desconocido le ponía en la mano.

–Soy un gran admirador. He leído todos tus libros. –Hamish miró a Oliver con una sonrisa radiante, acorralándolo contra la ventana–. Supongo que vives fuera por los impuestos.

–¿Los impuestos?

–Por el fisco. –Hamish seguía sonriendo.

–No soy de esos escritores. Me sorprende que sepas leer. –Dolido de repente, Oliver iba a hacer daño–. ¿Eres el hijo de Calypso?

–Sí, sí. –Hamish parecía ofendido.

Oliver experimentaba un placer perverso.

–Vi cómo a tu padre lo arrollaba un tanque en la guerra. Aunque no lo mató. En su día me fastidió que no muriera; hoy es como una bruma. Me caía bien tu padre: era un hombre con imaginación. Cuando Calypso se casó con él creí, todos creímos…

–¿Qué? –Hamish observaba a Oliver entre los efluvios del alcohol. El champán estaba haciendo un efecto pernicioso en el estómago vacío.

–Que no hacía bien en casarse por dinero.

Hamish quiso darle un puñetazo y le dio a la cortina. Mientras intentaba recuperar el equilibrio, Oliver extendió una mano para ayudarlo.

–Vamos, vamos. ¿Qué pasa? –Había aparecido Calypso–. ¿Os estáis peleando? No puede ser.

–Ha dicho… –intentó explicar Hamish.

–He dicho que te casaste por dinero –dijo Oliver.

–Es verdad –afirmó Calypso sin darle importancia–. Es lo más sabio que he hecho en mi vida. Me casé por dinero. Y luego me enamoré. –Apartó los ojos de Oliver para mirar a Hamish.

–¿Por qué no me lo habías contado? –rugió Hamish–. ¿Por qué lo guardabas tan en secreto? ¿Por qué nunca lo has dado a entender? ¿Por qué me has dejado sufrir?

–Estás borracho. Ve a comer algo con grasa. Estás montando un número. –Le ordenó con la mano que se fuera–. ¿Has tenido hijos, Olly?

–No.

–Pero te casaste.

–Dos veces.

–Dos veces. Madre mía, se me había olvidado. ¿Ahora estás casado?

–No. –Oliver buscaba algo con la mirada.

–¿Eres feliz? –Calypso lo observaba. Estaba flaco pero había envejecido bien.

–¿Y tú? –Volvió a fijarse en Calypso–. ¿Qué te ha pasado en la cara?

–Tuve un leve derrame cerebral. Sí, gracias, soy feliz. Bueno, lo soy en la medida de lo posible. ¿Dónde vives?

–Fuera del país –dijo, evasivo.

–Muy bien, no me lo digas.

–Polly se ha puesto muy gorda y muy respetable.

–Ha ensanchado. Y también es feliz…

–¿Quién es el padre de…?

–¿Iris y James? Nunca lo he preguntado. ¿Por qué no se lo preguntas? Nosotros no nos atrevemos.

Dejando a Oliver, Calypso volvió a mezclarse con la gente. Ahora la mayoría tenía en la mano una copa de champán. Oliver se quedó en la ventana, observando el patrón de la fiesta: dos círculos en movimiento. Uno se acercaba a Pauli para saludarlo, pero nadie se quedaba a su lado. El otro rodeaba a Helena, sentada en una butaca, protegida por Polly y sus hijos, que filtraban, sin que lo pareciera, a los invitados que querían hablar con ella. Calypso, de blanco, circulaba entre la multitud. En la cocina se oían risas y estallidos de corchos a medida que los gemelos abrían botellas para llenar las copas que los jóvenes músicos llevaban en las bandejas y ofrecían con una sonrisa tímida, recibiendo felicitaciones por su actuación y agradeciendo los elogios de los mayores con la amabilidad típica de la juventud.

–Qué bien que hayas venido. –Tony Wood estrechó la mano de Oliver–: ¿Te acuerdas de mí? Tony Wood. Nos conocimos en la puerta de casa de Polly.

–Sí, me acuerdo. –El tiempo había hecho estragos en Tony Wood.

–Todos hemos cambiado. Hemos envejecido sin darnos cuenta. –Tony observó la expresión de Oliver con maligno placer.

–Sí, es verdad.

–¿Has visto a Sophy? –preguntó amablemente Iris–. Helena quiere hablar con ella.

–No. –Oliver cayó en la cuenta de que lo que buscaba con la mirada era a Sophy–. Estaba aquí hace un momento. Hemos venido juntos de la iglesia.

–¿Ah, sí? –Tony la buscó con los ojos brillantes–. Qué niña tan exquisita. Uno casi…

–¿Casi?

–Sucumbía. Ah, estás aquí. ¿Conoces a Peter? Peter y yo tenemos una tienda de antigüedades en Brighton. Peter, este es Oliver Anstey. Te encantan sus libros.

–¿Me encantan, cariño? –Peter miró a Oliver haciendo mueca.

–Sí, te encantan. ¿Qué tal otra copa y un poco de esa comida tan rica que ha traído Polly? –Peter se dejó llevar por Tony. Oliver los siguió, abriéndose camino a codazos–. Entonces no creía que acabarías escribiendo –dijo Tony, mirándolo por encima del hombro.

–Ni yo que tú de viejo serías maricón.

–Anda, vete a la mierda. –Tony soltó una carcajada.

Oliver se detuvo un momento a escuchar a Pauli, que había conseguido acorralar a un desconocido.

–Si añado un ala para hacer un restaurante y construyo una piscina, será un hotel estupendo por su situación.

–Ah –dijo el desconocido. Oliver seguía atento a la conversación–. Claro.

–El nombre de mi padre atraerá a la gente. Ya sabes que aquí daba sus clases magistrales.

–Sí, eran maravillosas.

Pauli señaló con los dedos torcidos.

–Como digo, la situación de la casa sobre el mar es única, ahora que Patrimonio Nacional quiere comprar toda la costa. La piscina será climatizada, huelga decirlo.

–Naturalmente –asintió el interlocutor de Pauli con una sonrisa.

Oliver pensó que no parecía amigo de Max. ¿Era Pauli capaz de hacer negocios en un funeral?

–Levantar el césped y embaldosarlo con tonos cálidos para hacer una terraza. –Pauli señaló el césped empapado y descolorido por la lluvia.

–Y poner sillas de plástico y macetas con flores. –Oliver se metió en la conversación–. Algo que no huela.

–Una sugerencia admirable –le agradeció Pauli–. Y, por supuesto, garajes, una sauna y alta cocina, huelga decirlo. Hay que conseguir que se autorice el proyecto.

–Será muy bonito –dijo el hombre–. ¿Cuánto piensa pedir? –Sin mirar a Pauli, observaba con indiferencia el césped encharcado.

–Tengo que calcularlo –contestó Pauli en tono pensativo.

Oliver fue a sumarse a otro grupo, pensando que tenía que despedirse de Helena. Estaba asqueado y quería largarse.

–¿Alguien ha visto a Sophy? –La voz de Polly no había cambiado mucho–. Se hace tarde. Helena quiere verla antes de irse. No la veo por ninguna parte.

–Voy a ver si está arriba. –Oliver subió las escaleras de dos en dos.

Sophy estaba en la ventana del que había sido su dormitorio, mirando entre las ramas de la encina, que temblaba y crujía con el vendaval.

–Sophy, Helena quiere verte –dijo con aspereza.

–¿Qué quiere? –Daba la sensación de que Sophy quería huir.

–¿Te vas esta noche? –Oliver se acercó a ella, despacio, como si fuera un animal nervioso.

–Sí, enseguida. –Sophy ya iba hacia la puerta–. ¿Por qué has venido? No viniste a los otros funerales –preguntó con recelo.

–Pensé que a lo mejor sacaba ideas para el libro que estoy escribiendo. Ha sido una idiotez. –Sophy no había crecido mucho, en comparación con las demás. Era muy bajita–. ¿Qué haces aquí arriba?

Ella evitó mirarlo.

–Me gustaba trepar por esa rama.

–En pijama, para escuchar a escondidas.

Lo miró de reojo.

–¿Qué quiere Helena?

–Saltaste desde el árbol y yo te cogí. ¿Me llevas? He venido en tren. Podríamos comer algo en el Red Lion, en Truro. –La siguió hasta el rellano.

–Lo han cerrado. Ya no existe. –Sophy apretó el paso en las escaleras.

–¡No me digas! –Oliver iba tras ella, angustiado.

–Pues sí. –Ya estaba en el vestíbulo.

–Pauli va a levantar el césped. –Oliver la cogió del brazo.

–Ahora es suyo –dijo Sophy con voz neutra–. No tendrías que haber venido –añadió, mirándolo con dolor–. Es peor para ti.

–El puerto, tan precioso, lo han convertido en un aparcamiento. –En la rabia de Oliver se traslucían otros pesares–. Oíamos el murmullo del agua contra el muelle al bajar del tren.

–Sí, ya lo sé. Por favor, Oliver… –Le dio la espalda y fue a buscar a Helena, colándose entre la multitud como una anguila.

–¿Para qué me querías?

Helena la cogió de la mano.

–Escucha, Sophy. Agáchate. –Le dijo algo urgente al oído. Oliver, al acercarse, oyó que decía–: Prométeme que lo harás por mí.

–Por supuesto. ¿Se lo has dicho a tu abogado? ¿Lo has puesto por escrito?

–Naturalmente. Todavía no estoy senil. Espero morirme antes.

–De acuerdo, entonces.

Sophy se quedó al lado de Helena, con Polly, David, Paul, Iris y James.

–¿Cuál es el secreto? No sigas huyendo. Antes no eras tan escurridiza.

–Quiere que entierren sus cenizas en la tumba de Max y Monika.

–Dios mío. –Oliver no daba crédito.

–Parece lógico.

–¿Y el tío Richard?

–Él está con su perro. ¿No lo sabías? Es lo que querrían Max y Monika. El tío Richard no querría estar con ella.

–Dios mío –repitió Oliver.

–Es evidente. Me parece bien. El tío Richard sería el primero en… ¿De qué te ríes?

–Se me hace muy raro –contestó Oliver, mirando a Sophy–. Éramos personas corrientes cuando nos juntamos esa noche a cenar.

–¿De eso también te acuerdas? Fue la primera aparición de Max.

–De lo más convencionales –insistió Oliver–. Eso éramos.

–Calypso era convencional –dijo Sophy, a la defensiva.

–¿Qué dirá el párroco?

–No pienso decírselo.

–Entonces ¿cómo vas a hacerlo?

–Iré a plantar romero o lo que sea a la tumba de Max y Monika, y de paso echaré las cenizas de Helena. No hace falta decir nada ni contárselo a nadie. Se hace y ya está. Puedes venir a ayudarme si quieres –lo retó Sophy–. Tú antes no eras tan convencional.

–Sí que lo era. Ese era mi problema –dijo Oliver, comprendiendo de repente cómo había sido de joven–. Si el Red Lion está cerrado, ¿qué me dices de unas ostras cerca de Helford River? Podríamos…

–No sé. –Sophy volvía a distanciarse, era evidente.

–¿Qué es lo que no sabes?

–Ya no entiendo nada. Esta era mi casa. Ya no está. Se está desmoronando. –Parecía a punto de llorar.

–Vamos a algún sitio donde ninguno de los dos haya estado nunca. –Sophy se alejó de él–. Estás disgustada.

Oliver se sentía inútil. Sophy estornudó muy fuerte.

–Me he resfriado. Tengo que irme.

–Voy contigo. No podemos marcharnos antes que Helena. Sigo siendo lo suficientemente convencional para saber eso.

–Pobre Helena. –Sophy parecía angustiada–. Se está levantando. Se va.

Oliver había cogido a Sophy de la cintura.

–Suéltame –susurró ella.

–No. –La apretó con más fuerza cuando Sophy se volvió para soltarse.

–Me estás haciendo daño.

–No. Mira, se dispone a marcharse. –Oliver seguía sin soltar a Sophy, que dejaba de resistirse y se tranquilizaba–. Mira, se toma un último trago. No sabía que Helena bebiera. En esa petaca cabe media botella.

–En realidad no bebe. Esta es una ocasión especial.

–¡Bueno! –Hamish había aparecido a su lado–. Le rellené la petaca en el camino y encontré las violetas. Maravilloso, ¿verdad? Encontrar violetas en octubre. No quería otra cosa para Max. –Hamish tenía una melopea simpática.

–Yo llevaré a Helena. –Calypso se acercó a su hijo–. Tú mejor te sientas detrás.

–Y ¿qué pasa con mi coche? –Hamish estaba agresivo.

–Ya está organizado. ¿No querrás que te hagan un test de alcoholemia? Aquí viene.

Miraron a Helena, que ya iba a salir de la casa.

–¿Dónde está tu mujer? –Sophy se soltó bruscamente de Oliver.

–¿Qué mujer? –Oliver volvió a darle la mano.

–Creía que estabas casado. –Como no quería hacer una escena, no soltó la mano de Oliver.

–Me casé dos veces. Calypso está como siempre. No ha envejecido mucho. Me separé hace años. ¿Y tú?

–No, no. –Sophy parecía angustiada.

–¿Amantes?

–Sí, sí.

–Me llegaron rumores de varios…

–Ya me imagino –dijo, secamente. Y añadió–: ¿Me sueltas, por favor? Ya no somos niños. –Torció la muñeca.

–Tengo más de sesenta. ¿Y tú?

–Más de cincuenta. Ay, mira.

Oliver seguía sin soltarle la mano. Sophy observaba a Helena.

Helena iba despacio. Se paraba a dar la mano o a besar a la gente y decía: «Me alegra que hayas venido. Ha sido bonito para Pauli. Gracias». Le dijo lo mismo a todo el mundo, hasta que el «bonito para Pauli» se convirtió en lo más importante: «Gracias. Bonito para Pauli». Andaba muy erguida, flanqueada por Polly y Calypso, entre la multitud de invitados que ya se disponían, como ella, a despedirse del heredero, el hijo de Max y Monika, fuerte, próspero, capaz de hacer negocios en cualquier circunstancia, con un alma libre de sentimentalismos musicales.

No se anda con tonterías, pensó Helena, acercándose a él y mirándolo a la cara.

Sujetando la muñeca de Sophy, para que no se le escapara, Oliver estaba atento a Helena, como todos los que iban a expresar su gratitud al anfitrión, a despedirse, a darle el pésame de nuevo antes de subir a los coches, de marcharse con un suspiro de alivio, de coger el tren y volver a la normalidad, a la vida, de olvidar este breve intervalo hasta el siguiente funeral, quizá el propio.

Helena estaba hablando en ese momento. Llamaba la atención que una mujer tan mayor tuviese una voz tan clara. Su voz, en la humedad del atardecer –había dejado de llover y la puesta de sol sería preciosa–, la oían todos los que estaban en la casa, en las escaleras, en la avenida.

–Adiós, Pauli. Siento… –Dudó unos momentos–. Se me ha olvidado lo que

iba a decir –añadió, examinándolo, buscando en sus facciones algún rasgo de Max sin encontrar ninguno. Con un gesto ambiguo, dio media vuelta, se cogió del brazo de Calypso y siguió hacia el coche.

Me da pena, pensó Helena, que algo tan insignificante como que Pauli quiera levantar el césped de manzanilla me lleve a desear que hubiera muerto en el campo de concentración, que no hubiera vuelto nunca, que se hubiera apagado poco a poco.

–No lo puedo evitar –le dijo a Calypso mucho después–. Me hierve la sangre.

Mientras la concurrencia se dispersaba, una bandada de estorninos que volvía al nido oscureció el cielo, cubriendo con el ruido de sus alas todos los demás ruidos. Oliver se metió la mano de Sophy en el bolsillo y la llevó hasta el coche.

Polly, mirándolos, les dijo a los gemelos:

–Ojalá Oliver no haya esperado demasiado.

En el coche de Calypso, Helena se volvió hacia Hamish, que se había sentado en el asiento trasero.

–Corre a alcanzarlos, hijo, y dales esto. –Le pasó la petaca de plata–. Les ayudará a romper el hielo. –Y, viendo que Hamish dudaba, porque su lado más mezquino codiciaba la petaca, añadió–: Y sé elegante.

Hamish echó a correr, obediente, y alcanzó el coche de Sophy justo cuando arrancaba. La vio alejarse sin mirar atrás y volvió muy despacio con Calypso y Helena.

Sophy conducía por un lado del camino, con la vista al frente. De vez en cuando estornudaba, y un espasmo le sacudía todo el cuerpo. Oliver la miraba de reojo. Sentía un cansancio inmenso, reseco de rabia y de rencor.

Los asistentes al funeral los adelantaban, rechinando con los neumáticos en asfalto mojado y salpicando de barro el parabrisas.

Polly, con su familia: hablaban todos a la vez entre los ladridos del perro, en una fugaz y alegre cacofonía. Oliver pensó que era lo normal en ellos y por unos momentos los envidió, mientras veía pasar a los amigos, colegas y vecinos de Max en otros coches. Entonces vio a Calypso de perfil, con su abrigo blanco, conduciendo con serenidad. A su lado iba Helena, anciana, exhausta, marchita. Hamish, en el asiento trasero, con la boca entreabierta y un gesto inexpresivo.

El último en adelantarlos fue el Mercedes de Pauli, con las luces encendidas y los intermitentes puestos, tocando el claxon con una risa loca. Ahí terminó el cortejo, y quedaron únicamente el viento, el mar a lo lejos, el graznido de las gaviotas y la lluvia de nuevo en el cristal.

Oliver examinó el perfil de Sophy: la cara diminuta, los pómulos altos, los inmensos ojos negros, los labios carnosos. Sophy levantó la nariz para estornudar, sujetando el volante con los dedos delgados, y se le escapó una lágrima.

–Ay. –Apoyó la cabeza en las manos, sobre el volante–. Ay, Dios mío. –Oliver

contó las canas en el pelo negro y observó las arrugas en la boca y los ojos. Cogió la petaca de Helena, quitó el tapón, dio un trago de whisky y le ofreció a Sophy.

–¿Quieres?

–No, gracias –contestó, sin mirarlo.

–Una vez –dijo Oliver, con la vista en la carretera desierta– te escondiste detrás de las cortinas de la habitación roja y te llevé a la cama para que entraras en calor. Olías a jabón. Un jabón muy agradable. No sé qué aroma era.

–Geranio rosa. –Sophy volvió, en protesta, la cabeza.

–Cuando te quedaste dormida te llevé a tu cama. ¿Te acuerdas?

–No. No.

–Mentirosa. –Oliver dio otro trago de whisky–. Eras una niña muy rara.

–De eso hace cuarenta y cinco años –susurró Sophy.

–Pues tendremos que aprovechar lo que nos queda. ¿Qué me dices?

–No podemos. –Lo miró con desesperación.

–¿Por qué no? –Dejó que Sophy observara sus arrugas, las entradas del pelo, los ojos brillantes y ligeramente entornados.

–Estoy aterrorizada.

–¿Qué te hace pensar que yo no tengo miedo? –Le ofreció una vez más la petaca–. Por dentro soy el mismo –señaló, desafiante.

Se abstuvo de decir que era más sabio. No sabía si hablar de Calypso. Sophy cogió la petaca, se la llevó a los labios y bebió un trago. Oliver vio cómo movía la garganta al tragar.

–Ya no siento nada –dijo, apartando los ojos–. No te conozco. Soy mayor, y tú también.

–Reconozco que hay una brecha enorme en nuestra relación. –Seguía mirándola. Ella no contestaba–. Si estás pensando en Calypso –añadió, bruscamente–, era como enamorarse de Greta Garbo o de Marilyn Monroe. No era real. Fue como un sarampión.

–Pues te duró mucho –fue la seca respuesta de Sophy.

–Vale. Fue un sarampión muy largo. –Oliver estaba demostrando una paciencia que no era natural en él. Estaba fastidiado, pero se aguantaba.

–Te acostaste con ella.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo adiviné.

–Solo una vez. Me dejó claro que no le había gustado. Fue humillante.

–Ay. –Sophy estornudó–. Siento no parar de estornudar. He debido de coger frío en el cementerio. –Se le quebró la voz–. Mirando las lápidas.

–Ya empezaba a pensar que me tenías alergia –refunfuñó Oliver.

–No es *eso*. –El énfasis pasó inadvertido.

–Bueno, ¿qué sientes? –insistió él.

–Un hambre espantosa. No he podido comer nada en el velatorio.

–Pues vamos a buscar unas ostras. Tiene que haber algún sitio donde comer algo en el camino.

–No hay ningún camino –Sophy lloró con tristeza–. No sabemos nada el uno del otro. Hay una laguna de cuarenta años. –Se volvió a mirarlo de nuevo.

–Pues arranca de una puñetera vez y a ver si podemos llenarla –gritó Oliver, perdiendo la paciencia.

Atragantándose de risa de repente, Sophy arrancó el motor, sin saber si lo que sentía era auténtico o era efecto del whisky.

–Corremos el riesgo de hacer el ridículo –dijo, cambiando de marcha.

–Es un riesgo que estoy dispuesto a aceptar. –A Oliver le gustó que hubiera hablado en plural.

De camino a Helston, Sophy se acordó con inquietud del viejo dicho: «Ten cuidado con lo que deseas, porque seguro que se cumple».

Notas

[1] Arthur Neville Chamberlain (1869-1940), primer ministro británico entre 1937 y 1940, artífice de la «política de apaciguamiento» con la Alemania nazi. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]*

[2] Marca de lencería británica muy popular en la década de 1930. Su innovación fueron los sujetadores con las dos copas diferenciadas.

[3] Durante mucho tiempo, la calle por excelencia de los médicos en Londres.

[4] «Eterna victoria» (el saludo nazi) y «Prohibido a judíos».

[5] Tenista francesa, campeona olímpica (1899-1938).

[6] ¿Dios con nosotros?

[7] ¡Sí! […] ¡Qué bonito!

[8] ¡Inaudito!

[9] ¿Humor fino?

[10] «Si muero, pensad solo esto de mí: / que habrá algún remoto rincón en un campo extranjero / que será siempre Inglaterra»: de *The Soldier* [El soldado] (1915), de Rupert Brooke, uno de los poemas emblemáticos en Inglaterra sobre la Primera Guerra Mundial.

[11] «¿Y todavía queda miel para el té?» es el último verso de *The Old Vicarage, Grantchester* [La vieja casa parroquial, Grantchester] (1912), también de Rupert Brooke. Oliver le añade el toque obsceno final.

[12] Dos grandes almacenes del centro de Londres.

[13] Augustus John (1878-1961), pintor posimpresionista británico, famoso sobre todo por sus retratos.

[14] A falta de algo mejor.

[15] Pequeña.

[16] Aprieta el culo.

[17] Una cosa no quita la otra.

[18] El Women's Institute se fundó en Canadá en 1897 y a partir de 1915 se extendió por toda la Commonwealth. Fue muy destacada su actividad en la producción de alimentos durante las dos guerras mundiales. Véase más adelante el capítulo XXVIII.

[19] Tipo de danza individual escocesa.

[20] La mayor de las islas Sorlingas, un archipiélago al sudoeste de Cornualles.

[21] Eduardo VIII había abdicado en diciembre de 1936 para poder casarse con la divorciada estadounidense Wallis Simpson.

[22] Tesoro mío.

[23] Organización benéfica fundada en 1915 para auxilio de veteranos de guerra ciegos.

[24] *ITMA: It's that Man Again*, radionovela cómica de la BBC que estuvo en antena de 1939 a 1949. *The Brains's Trust* era un programa informativo, muy popular en las décadas de 1940 y 1950, en el que un panel de expertos respondía a las preguntas de los oyentes.

[25] El novelista H. G. Wells (1866-1946), casado, y la periodista Rebecca West (1892-1983) fueron, a partir de 1914, amantes durante diez años, y amigos hasta la muerte de él, y tuvieron un hijo.

[26] Eso es muy interesante.

[27] Thomas Beecham (1879-1961), director de orquesta, fue durante un tiempo amante de lady Maud Cunard (1872-1948), esposa de un barón y conocida anfitriona de las altas esferas londinenses; al morir su marido se hacía llamar «Esmeralda».

[28] El mercado gris.

[29] Mujer de cierta edad.

[30] Parque al que da la parte trasera de varios *colleges* de Cambridge, cruzado por el río Cam.

[31] Estás nerviosa.

[32] Himno patriótico basado en un poema de James Thomson al que en 1740 puso música Thomas Arne.

[33] Imbécil.

[34] Monika ha muerto.

[35] Malditos.

[36] Horrible.

[37] Muy importante.

[38] Como es debido.

[39] Nuestra.

[40] Vestida de punta en blanco.

[41] Estaban muy vistos.

Créditos

ALBA rara avis

TÍTULO ORIGINAL: *The Camomile Lawn*

© Mary Wesley, 1984

© DE LA TRADUCCIÓN: Catalina Martínez Muñoz

© DE ESTA EDICIÓN: **alba editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

Conversión a formato digital: La Letra, S.L.

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2022
ISBN: 978-84-9065-882-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las san- ciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es